



# DOUBLE TROUBLE

*Sara Halley · Martin McCoy*

# **DOUBLE TROUBLE**

Sara Halley  
&  
Martin McCoy

Copyright © 2019 Sara Halley & Martin McCoy

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: Double Trouble.

©Sara Halley & Martin McCoy 2019

Diseño de portada: Adyma Design.

Imagen de portada: Fotolia.

Maquetación: Martin McCoy

Corrección: Carol RZ

Esta novela fue registrada en Safe Creative con el código de registro 1906171186880

Esta novela fue autopublicada en Amazon en Julio de 2019.

ASIN:

*“El mundo pertenece a quienes creen en la belleza de sus sueños”*

*Eleanor Roosevelt*

# ÍNDICE

PRÓLOGO

LISTA DE CANCIONES

UNA MARIPOSA EN GRACELAND

TODO NEGRO

EL TESTAMENTO Y LA HEREDERA

ALGUNOS HOMBRES MOLESTOS

AMARGAS VERDADES

TE ESTARÉ VIGILANDO

CHUCHILLOS, ESCOBAS Y ROCK AND ROLL

POR LAS BUENAS...

O POR LAS MALAS

AMANTES *MA NON TROPPO*

DÍA DE PARTIDO

*HOME RUN*

UNA MUJER EN MI CAMA

BÓXER PARA DOS

LOS PLACERES DE LA COCINA

*GELBELAS*

ENTREVISTA CON EL OGRO

TRES SON SUFICIENTES

UNA CHICA DE ARMAS TOMAR

[CABALGANDO A DUKE](#)

[CURANDO HERIDAS](#)

[ESPOSADA](#)

[NI CONTIGO NI SIN TI](#)

[Y NADA MÁS QUE LA VERDAD](#)

[PRUÉBAME](#)

[CARTAS DESDE EL PASADO](#)

[PECADOS Y PECADORES](#)

[DESAYUNO EN LA CAMA](#)

[LA PERSIANA VENECIANA](#)

[CONOCIENDO A LOS EVERGREEN](#)

[TODO](#)

[\*ALL IN\*](#)

[HERIDAS Y CICATRICES](#)

[UNA VISITA INESPERADA](#)

[LA DISCULPA MÁS ESPECTACULAR DE LA PUTA HISTORIA](#)

[MERMELADA DE ARÁNDANOS](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS DE SARA HALLEY](#)

[AGRADECIMIENTOS DE MARTIN MCCOY](#)

[SOBRE SARA HALLEY](#)

[OTRAS OBRAS DE SARA HALLEY](#)

[SOBRE MARTIN MCCOY](#)

[OTRAS OBRAS DE MARTIN MCCOY](#)

# PRÓLOGO

Sara se acerca al estrado y ordena sus papeles. Da un sorbo a un vaso de agua y se dispone a leer para la audiencia lo que ha traído preparado. Un paso por detrás de ella, Martin no deja de hablar por el costado de la boca para ponerla nerviosa.

Si ya nos conoces, puede que pienses que somos como el ajo y nos repetimos demasiado, pero queremos y necesitamos ponerte en situación. Esto es algo que ya contamos el día que sacamos a la luz lo que habíamos creado juntos. El día en el que la gente escuchó hablar por primera vez de Double Trouble.

*Nos estamos repitiendo. Ya verás cómo nos mandan al carajo en el mismo prólogo. La pareja cebolla nos van a llamar.*

Es curioso esto de las redes sociales porque ninguno de los dos podemos decir ni cuándo ni cómo pasamos a formar parte de la lista de amigos del otro. A veces ocurre que envías o aceptas una solicitud de amistad y luego no interactúas con esa persona. A veces no, esto sucede en la mayoría de los casos. No en el nuestro.

*Seguro que me pediste tú amistad. Si es que tengo un atractivo que no me lo aguanto ni yo.*

De algún modo, comenzamos a intercambiar comentarios en los post de uno u otro y, lo más gracioso, fue que la química estaba ahí desde el primer momento. Teníamos el mismo tipo de humor, ese negro y un poco ácido que no todos entienden pero que a nosotros nos arrancaba más de una carcajada. En realidad, no solo a nosotros, porque pronto muchas personas comenzaron a estar pendientes de aquellos intercambios y cada día esperaban un poco más.

No era algo que hiciéramos de cara a la galería, sino que nacía. Sin más. Partidos de tenis, decían algunos. Los Pimpinela del mundillo indie, nos llamaban otros.

De ahí llegaron las primeras sugerencias que decían:

«Tenéis que escribir algo juntos».

«¿Por qué no hacéis un café a medias?».

Y la idea era muy atractiva, la verdad. Así que entre medias se lanzó un soterrado: «¿A que no te atreves?».

*No fue tan fino, ¿eh? Que ahora vas de remilgada.*

Martin, pobre iluso, llegó con una idea para hacer aquel divertido café, mientras que Sara se planteaba si decirle o no que a ella se le había ocurrido algo más. Una historia corta, pensó, menos que una novela pero más que ese pequeño intercambio que les sugerían en las redes.

*Iluso pero de manual, joer.*

La sorpresa fue que ambos nos entusiasmamos de la misma manera con la idea y, sí, pensamos en hacer algo corto, pero al final ha resultado ser más Juanón que Juanillo.

Una novela en toda regla.

*Y de las tochas.*

Lo que queremos explicarte es que esta es una historia de primeras veces en muchos más sentidos de los que nadie pueda imaginar. No hablamos de nuestros personajes, que también, sino de nosotros.

*Se van a acabar pensando lo que no es, Sara... Si es que cuentas las cosas siempre con doble sentido.*

De Martin y Sara.

La primera vez que una lectora y autora de romántica lo aparcó todo a un lado y viajó a Ilarki para conocer y acabar queriendo a Seb Damon. La primera vez que un autor de novela negra se arriesgó a leer una historia

romántica y acabó adentrándose en el mundo de los chicos del Distrito 9 de Chicago.

Ahí comenzó todo y no nos imaginábamos lo que estaba por venir.

Podríamos decir que ha sido difícil, que hemos chocado o que nos ha costado ponernos de acuerdo en según qué cosas, pero la compenetración ha sido tan brutal que asusta. Además, lo primero que dejamos claro fue que antes de discutir por algo relacionado con esta historia la aparcaríamos y guardaríamos en un cajón. Teníamos muy claro que nuestra amistad estaba por encima de la novela.

Nunca hemos estado ni siquiera cerca de ese punto. Ni una sola vez.

*Bueno. Igual sí. El casting de maromos se me hizo cuesta arriba, la verdad. Tanto hombre semidesnudo a la vez...*

Ambos tenemos nuestras vidas, trabajos, responsabilidades y proyectos literarios, pero nos gustó tanto la idea de este proyecto que de inmediato nos pusimos manos a la obra. Daba igual lo que tuviéramos entre manos en aquel momento, cada día se sucedían las conversaciones e ideas para ir dando forma a lo que hoy os presentamos. Al mismo tiempo que nuestros personajes y la historia crecían, también lo hacía la amistad entre nosotros.

*Me estoy poniendo tontón, tía. Ains...*

Fue otra primera vez, porque estas cosas no se fuerzan: o nacen o no. Intentar lo contrario es un error abocado al más puro y absoluto fracaso. Así que en ese sentido hemos sido muy afortunados. No es la primera vez que se escribe una historia a cuatro manos, pero también ha sido una primera vez para nosotros ya que nunca habíamos hecho algo así antes. De hecho, si nos paramos a pensarlo, seguro que se puede sacar algún chiste malo (bueno) sobre un autor de CiFi y novela negra y una autora de romántica escribiendo juntos. Ya puestos, hemos roto todos los clichés habidos y por haber y nos hemos lanzado en bomba.

*Oye... ¿Te acordaste de mirar si había agua en la piscina?*

Por supuesto que nos hemos sentido inseguros en algún momento, pero cuando eso ocurría el otro siempre tenía palabras de aliento. Claro que nos hemos atascado, pero ahí estaba el otro para dar el empujoncito que faltaba. Al final, todo ha sido una cuestión de complicidad y entendimiento.

*Y toneladas de conversaciones de Messenger.*

Es la primera vez que este hombre se atreve con la romántica.

Es la primera vez que esta mujer intenta ir un paso más allá de lo que conoce.

Es la primera vez que estas dos personas sienten como la pena y la añoranza les agarra el corazón en un puño por el hecho de poner la palabra «Fin» a la historia.

*Todavía estamos a tiempo. ¿Lo quitamos y seguimos escribiendo? Vale, vale. Ya me callo.*

Desde el primer intercambio de ideas, los dos hemos vivido un continuo y riquísimo proceso de aprendizaje. Siempre empapándonos y asimilando todo lo que el otro tenía que aportar a este curioso tándem.

Nos hemos divertido hasta decir basta y hemos disfrutado como nadie se puede imaginar.

*Van a volver a buscarte el doble sentido. Si es que lo vas pidiendo a gritos...*

A pesar de todo lo bueno, es la primera vez que ambos arriesgamos tanto.

No queremos que te guardes nada y tampoco esperamos palmaditas en la espalda que no nos hayamos ganado. Si al perderte entre estas páginas experimentas solo una pizca de lo que nosotros hemos vivido creando la historia, será que algo hemos hecho bien.

Lo que sí queremos, es que disfrutes.

*Sin tocarte, ojo. O tocándote, qué cojones. Pero que disfrutes.*

Lo que queremos es hacerte sentir, igual que lo hemos hecho nosotros. Esperamos que todas las emociones que hemos plasmado en el papel pasen a ser tuyas.

Coge la mano de Lance y Charlie y camina con ellos por las calles de Chicago, deja que te muestren The Loop y Wrigleyville. Nota el estadio vibrar en un partido de los Cubs, tómate un *cupcake* en Charlie's y siente tu corazón bombear con fuerza en una persecución de la que puede que no salgas con vida. Ríe, enfádate y enamórate con ellos. Y, a ser posible, quíérelos también a ellos.

*Sobre todo a Lance, que mola mucho más que Charlie. ¡Ay! Deja de darme collejas, joer.*

Sin importar lo que sientas al llegar a la última página, queremos darte las gracias.

Gracias por apostar por estos dos indies novatos que han decidido jugársela con algo diferente.

# LISTA DE CANCIONES

Dentro de Double Trouble se mencionan canciones que están sonando en momentos determinados o en las que los personajes piensan. Aquí tienes una lista para poder escucharlas al mismo tiempo si lo deseas.

American Bad Ass	—	Kid Rock
Sweet Child O'Mine	—	Sheryl Crow
Po-Dunk	—	Kid Rock
Let's Get It On	—	Marvin Gaye
First Kiss	—	Kid Rock
Kryptonite	—	3 Doors Down
Cotton Eye Joe	—	Rednex
Sadness	—	Enigma
Sir Duke	—	Stevie Wonder
I Just Wanna Make Love To You	—	Etta James
You Are The Reason	—	Calum Scott ft.
Leona Lewis		
Turn Me On	—	Norah Jones
If It Makes You Happy	—	Sheryl Crow
Chasing Cars	—	Snow Patrol
So What	—	Miles Davis
All Summer Long	—	Kid Rock
Picture	—	Kid Rock ft. Sheryl

Crow

# UNA MARIPOSA EN GRACELAND

*Lance, jueves 9 de mayo de 2019*

Si hay una manera de hacerle saber a un detective que la ha cagado, es invitarlo al funeral de su cliente. Yo, Lance Evergreen, detective privado, estaba en el cementerio Graceland de Chicago, Illinois. A una docena de yardas estaba mi cliente, Edward Miller, un tipo con más dinero del que yo podría contar en lo que me quedaba de vida. Claro que eso poco le importaba ya a Edward ahora que estaba metido en una caja de madera.

Sí. La había cagado.

El señor Miller me contrató porque sospechaba que alguien quería matarlo. Jodido ricachón, qué buen olfato tenía. Según el forense, había sido muerte natural. Le gustaban demasiado las comilonas, los puros y los buenos licores. Miller se había ido con todos los honores, sí, señor. Nadie había sospechado que pudiese ser asesinato, pero es que nadie sabía que me había contratado. Algo olía a podrido en Glencoe<sup>[1]</sup>.

Alrededor del difunto estaban sus seres queridos. Familia, compañeros de trabajo... Todo el mundo quiere a un muerto y más si está podrido de millones. Yo me había quedado lejos porque no me conocía nadie de los que allí se habían reunido. Mejor. Habría sido muy violento explicar que yo era el detective que debería haber evitado su asesinato.

En primer plano estaba Camila Miller, la viuda. Llevaba cuatro años casada con el difunto y era veinte más joven que él. A los ricos les gusta tener mujeres despampanantes cerca y saben cómo conseguirlas. Aquella rubia con cuerpo de infarto hacía bien su papel. Incluso se había puesto un gorrito de

esos que llevan el velo incorporado. Sin embargo, había algo raro en ella. No la había visto soltar ni una puñetera lagrima.

Junto a ella estaba James Gibson, Jimmy Gibson para los amigos, y Edward lo era. Habían ascendido juntos desde la nada. Gibson era un abogado que se dedicaba en exclusiva a los negocios de Edward Miller y sus empresas. Empezaron comprando una imprenta en quiebra y la reflataron para venderla por diez veces el precio de compra. Gibson se ocupaba de todos los trámites legales y los que no lo eran tanto. Tras despedir a un noventa por ciento de la plantilla, vender propiedades de la imprenta y rehipotecar la sede, el valor de aquella empresa subió como la espuma. No todo fue limpio. No todo fue legal. Fue rentable, eso sí. Desde entonces no habían parado de hacer lo mismo, cada vez a mayor escala. Los destinos de Miller y Gibson llevaban más de treinta años unidos.

Había muchos empleados, socios, conocidos... Todos de riguroso luto. Todos de negro. En medio de aquella solemne y oscura multitud estaba Charlotte, la hija del difunto. Destacaba como una mariposa en un pantano con su vestido largo de colores chillones. Azules, verdes, amarillos, rosas... Daba tal sensación de alegría, que la habría metido en chirona sin pensarlo. Si no lo había matado ella, al menos se alegraba demasiado de la muerte de su padre. Había discutido con él años atrás y se había largado de casa. Tras terminar sus estudios universitarios, entró a trabajar en una cafetería de Wrigleyville<sup>iii</sup>. Esto descolocaba a cualquiera. No necesitaba la pasta, pero se buscaba un trabajo. Terca y orgullosa. Se veía a la legua.

A pesar de aquello, era la que más afectada parecía. Tal vez durante sus estudios de arte y diseño se había dedicado al teatro, porque tenía la cara hinchada y no había parado de moquear en todo el jodido entierro.

Volví a observarlos detenidamente recordando lo que aprendí en la academia de policía: mira cerca del muerto. El asesino suele estar al lado de

la víctima. Una esposa demasiado joven deseando heredar. Sospechosa. Un amigo de juventud con el que ha tenido muchas oportunidades de discutir. Sospechoso. Una hija que se vestía de fiesta para el funeral de su padre. Sospechosa. Si alguien había matado a Miller, como yo creía, el asesino estaba, casi con total seguridad, delante de mis narices. Era fácil deducir que mi contrato se había extinguido. Muerto el cliente, se acabó la pasta. ¿Qué me llevaba a estar en aquel funeral? Dos razones. Por un lado, aquel caso se me había quedado clavado como una astilla debajo de la uña. Estaba empezando a investigar y ya se había acabado. Nadie conocía mi vinculación con Miller, por lo que mi currículum quedaba impoluto. Punto para mí. Sin embargo, aquello me jodía en lo más hondo. Era mi cliente. Era mi caso. No podía seguir investigando sin un contrato en vigor o me podrían denunciar por acoso, pero eso no significaba que no quisiera saber qué demonios había pasado en realidad. Maldita fuera la hora en la que recibí aquella llamada en mitad de la noche. Maldita fuera la una y cuarto.

*Lunes, 6 de mayo de 2019. Tres días antes del funeral*

*Tenía a un chico llamado Eddie vigilando la mansión Miller, en Glencoe. No tenía muchas luces, pero estaba atento por si pasaba algo raro en el lugar que le asignabas. Aquello era todo lo que necesitaba. Aquello y las fotos que sacaba a la gente que entraba y salía. A todos los que entraban y salían, joder. Buscar algo útil entre la tonelada de fotos diaria era un trabajo brutal. Sin embargo, aquella noche Eddie me había llamado para decirme que había policía y ambulancias en la casa de los Miller. Fui hacia allí perdiendo el culo.*

*Cuando llegué, vi que el patio de la mansión parecía una discoteca con tantos flashes de colores. Eddie estaba fumando un cigarrillo junto a un tipo*

*vestido con uniforme de chófer. Mi hombre me dijo que, como era de esperar, era el encargado de llevar al señor Miller de un lado para otro, como si conducir no le gustara. Se iba a largar a su casa después de ser interrogado, pero mi chico le dijo que me esperase y se ganaría unos dólares. Por supuesto, lo que Eddie quería era ganárselos él. Le di veinte pavos y lo mandé a casa más que contento. El chófer fue más caro. Necesité doscientos dólares para que me contase que el señor Miller se había sentido mal durante la visita al bar de su hija y le había llevado de vuelta a casa. Un par de horas después, con el médico delante, había muerto. Los síntomas, mareos y dolor de estómago, encajaban con algo que había tenido en la cabeza tiempo atrás, en un caso teórico de la academia de policía. No se me ocurría por dónde seguir cuando vi aparecer a Wilkins, forense del Departamento de Policía de Chicago y viejo conocido.*

*—Vaya horas para levantar un cadáver, Wilkins —solté acercándome para que los polis no me impidieran el paso.*

*—Los muertos de hoy en día ya no saben morirse a horas normales, Evergreen —replicó él estrechando la mano que le ofrecía.*

*—No sé lo que te vas a encontrar ahí dentro, pero te quiero pedir un favor —dije bajando la voz—. Hay unas pruebas de tóxicos que no se hacen sin una buena razón y tú no la vas a tener.*

*—Las pruebas le cuestan dinero al estado, chico —explicó Wilkins—. No puedo ir siguiendo todas tus corazonadas.*

*Corazonadas. Aquella era la clave. A Wilkins le encantaba apostar, pero tenía peor ojo que Stevie Wonder. Yo le pasaba información buena de vez en cuando. En aquellos intercambios entre jugadores se había basado nuestra amistad. O lo que fuera.*

*—Una corazonada buena es que mañana los Knicks pierden por veinte —susurré guiñándole un ojo—. Otra es que a ese viejo lo han envenenado.*

*Wilkins me miró como si estuviera loco. Imaginé que sería por lo del veneno. Me equivoqué.*

*—¿Por veinte? —preguntó, escéptico—. Si los Knicks pierden por más de diecinueve puntos, pido pruebas de venenos. Y te invito a una copa, qué cojones. Nos vemos, Evergreen.*

*Pocas veces he animado tanto a un equipo para que lo haga mal, pero los Knicks palmaron por veintisiete puntos.*

Todavía no había recibido los resultados de aquella maldita prueba y la espera me estaba matando. Cuando vi que Gibson, el abogado, se separaba del resto de asistentes al funeral para dirigirse hacia mí, recordé la segunda razón que me había llevado hasta allí: la invitación del propio Gibson para hablar de un asunto importante. El tipo no me conocía. Jamás habíamos tratado, pero en mi buzón había aparecido aquella carta invitándome al funeral del señor Miller. No me gustaba cómo olía aquello. No me gustaban los abogados.

Cuando llegó hasta mi posición, alejado del entierro bajo un árbol, me erguí esperando lo peor.

—¿Es usted el señor Lance Evergreen? —preguntó a un par de pasos de distancia—. Conozco a todos los asistentes. A todos, excepto a uno.

—Soy yo —respondí sin sacar las manos de los bolsillos de mi pantalón—. Estaba esperando a que los asistentes presentasen sus respetos a la familia para acercarme.

—No será necesario —contestó muy serio—. Yo no era familia del señor Miller. Podemos tratar este asunto ahora mismo. — Me quedé esperando. A los abogados les gusta hacerte hablar de más. Se creen psicólogos—.Tengo que entregarle esta citación —dijo al fin tendiéndome un sobre. Lo cogí, pero él siguió agarrándolo. Me miraba con suspicacia. Enarqué una ceja y sonreí. Dos. Tres. Cuatro. Por fin soltó el puto sobre—.Es

una citación para la lectura del testamento del señor Miller, que tendrá lugar el próximo sábado en su casa de Glencoe —soltó de golpe entre dientes—. ¿Conoce la dirección?

—Por supuesto —aseguré con una sonrisa que quería decir «sé más de lo que tú crees»—. Allí estaré.

—¿Puedo preguntarle por su relación con el señor Miller? —inquirió entrecerrando los ojos.

—Puede —contesté alejándome—. Estamos en un país libre. Igualmente, yo puedo no contestarle. Nos vemos el sábado.

Mientras me alejaba no podía dejar de pensar en Charlotte, la hija. Algo no cuadraba con ella. Nadie se pondría un vestido como aquel para el funeral de un padre al que ama, pero no había parado de llorar en toda la ceremonia. Aun moqueando y con la cara hinchada, aquella chica era preciosa. ¡Joder! Todos me parecían los sospechosos perfectos. Odiaba aquella fase de la investigación.

# TODO NEGRO

*Charlie, jueves 9 de mayo de 2019*

*Ese mismo día...*

Las lágrimas seguían llegando.

Era como cuando se abren las compuertas de una presa y toda contención desaparece. Solo queda por delante la más absoluta libertad para que el agua, durante largo tiempo confinada, corra a su antojo. Así me sentía. No sé muy bien cómo definirlo, porque, a pesar de estar dejando salir todo el amor y el dolor por aquel hombre en forma de llanto, el nudo en mi pecho apenas me dejaba respirar.

La última vez que se vivió una situación parecida en mi familia ni siquiera pude estar presente, puesto que me recuperaba de una grave lesión en el hospital. En aquel momento, odié a mi padre por no esperar, por no darme la oportunidad de decir adiós, por hacerlo sin mí y ahora... ahora compadecía a aquel hombre que, solo y con el corazón roto, enterró a su esposa mientras su hija, malherida, aún no era consciente de la tragedia que acababa de vivir su pequeña familia.

A pesar de la fecha, había una fresca brisa que tenía cada vello de mi cuerpo erizado, pero me negué a tapar lo que vestía con una chaqueta. Era mi pequeño y silencioso homenaje hacia él. Fue su regalo. No a Charlotte Miller, sino a Charlie, a la mujer que yo era tanto si le gustaba como si no. Fue su modo de decirme cuánto le recordaba a mi madre y cuánto me amaba, sin importar nuestras diferencias pasadas o futuras. Así que allí estaba, ataviada con un largo vestido de gasa en tonos pastel lleno de color, luz y vida: verde,

rosa, blanco, azul; algo poco apropiado para el funeral de tu padre, al menos a ojos de los demás. Escuchaba al sacerdote hablar acerca de Edward Miller, y eso que apenas lo conocía; de hecho, si me paraba a pensarlo, ninguno de los allí presentes sabía quién era realmente aquel hombre al que le estaban diciendo adiós. Ni empleados ni amigos... ni la viuda. Ni siquiera James, su más íntimo amigo desde la universidad, su compañero en los mejores y peores momentos, su abogado y hombre de confianza. Todos ellos vestían de riguroso negro. Absolutamente todos, sin excepción. Si alguno lo hubiera conocido, si de verdad hubiesen querido respetarlo y homenajearlo, habrían usado cualquier otro color, pero jamás el negro. Pasé las manos con suavidad por la falda de mi vestido, puesto que no quería mirar a ninguno de ellos; tampoco aquel maldito ataúd cerrado. Cuando levanté la vista, mis ojos captaron una imagen imposible de pasar por alto: un hombre. Uno bien parecido y al que no conocía de nada, permanecía alejado, de pie y bien erguido, bajo la sombra de un enorme y frondoso sicómoro. Un pensamiento de lo más tonto me asaltó: no vestía de negro, sino con un elegante traje en color gris antracita. Era la única otra nota discordante en aquella reunión de falsos dolientes y yo no tenía ni la menor idea de quién era. Sin embargo, por absurdo que parezca, de algún modo me reconfortó porque no me sentía tan sola. Pensando en aquello, aparté la vista cuando me di cuenta de que sus ojos estaban clavados en mí con una abrumadora intensidad y, sin querer, acabé mirando la enorme fotografía de mi padre que habían colocado presidiendo el sepelio, junto a su último lugar de descanso. Contuve el aliento cuando los recuerdos de nuestro último encuentro acudieron a mí en tropel.

*—Dudo mucho que esto sea una simple visita de cortesía —apunté. Crucé los brazos y los apoyé sobre la barra, preparándome—. Siempre has sido directo, así que dilo de una vez, papá.*

*Dejó el cupcake sobre el platillo, tomó un sorbo de café y se limpió los labios con una servilleta. Me ponía de los nervios cuando hacía aquello, tomándose su tiempo, desquiciando a su presa cuando en realidad ya tenía más que claro cómo y por dónde atacar. Porque así era Edward Miller: un hombre franco y sin ambages que no dudaba en ir a por su objetivo, sin importar el costo.*

*—¿Por qué lo has hecho?*

*No había un genuino interés tras aquella pregunta, tampoco curiosidad, solo... no lo sé, supongo que se trataba de la exasperante necesidad suya de exponerme. Como cuando eres un niño, haces una trastada y, aun sabiendo la respuesta, tus padres te acorralan con un: «¿has sido tú?».*

*Enarqué las cejas y sonreí, ladina. Si quería jugar, los dos podíamos hacerlo igual de bien.*

*—¿Qué se supone que he hecho ahora?*

*—Charlotte... —suspiró, molesto.*

*—Charlie —corregí.*

*—¿Por qué has comprado esta cafetería?*

*Hacía semanas que esperaba aquella conversación. Me encogí de hombros y pasé un trapo por la barra.*

*—Es un sitio bonito, los dueños no podían mantenerla más y me daba pena que se perdiera.*

*—Quiero la verdad —exigió, molesto.*

*—Esa es la verdad —repliqué mirándolo a los ojos. Tan parecidos a los míos y a la vez tan diferentes.*

*—Si lo fuera, me habrías pedido el dinero para comprarla en lugar de hipotecarte hasta el cuello.*

*—¿Cuándo fue la última vez que te pedí algo de dinero, papá? —desafié, porque ambos sabíamos la respuesta—. Dime una... ¡solo una! —exigí, tan*

*molesta como él—. Desde que tengo edad para trabajar, no ha habido una sola vez en la que te haya pedido un centavo. Lo sabes.*

*—Porque siempre te ha podido el orgullo —gruñó.*

*—No —respondí con suavidad—. Porque jamás me gustó lo que hacías para ganar ese dinero.*

*Quizás decirle aquello fuese demasiado duro o incluso cruel. Puede que no se lo mereciera. Vi cuánto le afectaron mis palabras. Ninguno de los dos apartó la mirada y me di cuenta de que, a sus cincuenta y ocho años, mi padre parecía mucho mayor si observabas sus ojos color avellana con la suficiente atención. Demasiada presión, cargas y remordimientos para un solo hombre. Quise retractarme o, al menos, decirle que lo quería y que apreciaba todo cuanto hizo siempre por mí porque, sin importar lo que los demás vieran o creyeran conocer de él, era un buen hombre. Pese a todas nuestras diferencias, lo era y lo amaba por encima de todo.*

*Dio un golpe seco en la barra justo antes de levantarse.*

*—Sé lo que intentas hacer.*

*—Estoy construyendo una vida, papá.*

*—¡No! —gruñó. Vi cómo se llevaba una temblorosa mano al estómago y hacía un gesto de dolor—. Solo intentas retrasar lo inevitable y no funcionará, Charlotte.*

*—Quieres destruir un lugar que amo y reconvertirlo en... ¡no lo sé! ¿Un centro comercial? ¿Qué?*

*—¡No depende solo de mí!*

*—Eres el dueño de la empresa, por supuesto que depende de ti.*

*—Hay más socios, accionistas, no puedo so...*

*—Si quieres, puedes —desafié. Abrió la boca para responder algo, cuando volvió a hacer un gesto de dolor y se encogió. Salí de detrás de la barra y fui hacia él—. Papá, ¿estás bien?*

*—Estoy bien —refunfuñó con la frente perlada de sudor.*

*—¿Seguro? No lo parece, si quieres podemos ir al hosp...*

*—Escúchame bien. —Tan dolorido como parecía estar, se irguió y endureció la voz—. Eres mi hija y te quiero, pero esto son negocios. —Me aparté un paso de él y crucé los brazos—. Estos terrenos se venderán...*

*—Y los pequeños comercios en ellos desaparecerán —interrumpí.*

*Continuó como si no me hubiera escuchado.*

*—Todo será absorbido y reconvertido en algo nuevo. —Apreté los dientes, porque allí no estaba mi padre, sino el tiburón Miller—. Y tú no podrás impedirlo. Ha sido un estúpido error de juicio embarcarte en un negocio abocado al fracaso.*

*Inspiré hondo y tragué el nudo en mi garganta antes de poder hablar.*

*—No. —Sacudí la cabeza con pesar—. Mi error fue pensar que me entenderías.*

*Con la más absoluta decepción reflejada en su rostro, negó e hizo sonar la campana sobre la puerta cuando, airado, salió por ella y se dirigió hacia el coche donde su chófer, Randy, ya lo esperaba.*

Se me escapó un sollozo porque la última vez que lo vi no hubo sonrisas o abrazos, sino reproches y una discusión que jamás arreglaríamos, puesto que aquella misma noche murió. Algo me pinchó en el costado y, cuando miré, era Camila —la pobre y desamparada viuda—, que me había dado un codazo y me tendía un pañuelo de tela. Seco, por supuesto. Ni una sola lágrima había tocado aquel tejido porque, a pesar de llevar uno de esos estúpidos tocados negros con velo incorporado para ocultar su rostro, aquella mujer permanecía tan fresca como una rosa. Puede que aquel trocito de tul negro engañase a los demás, pero no a mí.

Una mano se posó con ternura en mi otro brazo. Se trataba de James que,

con gesto de dolor y preocupación, me tendía otro pañuelo que sí acepté.

—Charlie, ¿te encuentras bien, cariño? —susurró.

Sus ojos azules estaban enrojecidos y no era de extrañar, pues sabía cuánto quería a papá. El funeral llegaba a su fin. Era costumbre que cada familiar y amigo depositara una flor en señal de respeto y despedida sobre el féretro antes de que lo bajasen a tierra. Camila dio un paso queriendo ser la primera, pero me adelanté. Cuando llegué a él, me arrodillé y dejé la flor sobre la fresca hierba, cogí un puñado de tierra, lo deposité sobre el ataúd y dejé la mano extendida sintiendo la mezcla de madera y tierra bajo mi palma. Según me contó James tiempo atrás, aquel fue el ritual que siguió mi padre cuando se despidió de mi madre.

—Lo siento —susurré mientras las lágrimas seguían cayendo—. Te amo, papá.

Di un beso, no a su mejilla como me habría gustado, sino a la caja en la que descansaba. Me puse en pie y, sin mirar a nadie más, me marché y fui hacia el coche de James. Me negaba a hacer el viaje hasta casa en compañía de Camila. Mientras esperaba a que este llegase, fruncí el ceño cuando, antes de venir hacia mí, se detuvo unos minutos con aquel hombre que continuaba bajo el sicómoro y, tras un breve intercambio de palabras, le entregó un sobre.

Aquella maldita recepción estaba resultando un infierno.

No solo acababa de perder a mi padre, sino que se suponía que debía saludar y ser cortés con personas que no paraban de susurrar a mis espaldas y que me lanzaban miradas despectivas en el mejor de los casos. Ni siquiera las tres copas de vino que había tomado aligeraban en lo más mínimo mi humor. En todo caso, a cada momento que pasaba en aquella casa que ahora sentía extraña, estaba más y más enfadada. Si de mí hubiera dependido, los habría echado a patadas. Solo me habría quedado emborrachándome con James y

sonriendo al recordar anécdotas de mi padre, los buenos momentos. Porque por supuesto que los hubo.

Enarqué una ceja cuando pillé a uno de los socios de mi padre repasándome con una sonrisa nada inocente de arriba abajo. Cogí una copa de vino, otra más, y, cuando nuestros ojos se encontraron, le sonreí justo antes de enseñarle el dedo corazón.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —siseó Camila.

Me sujetó del brazo con fuerza, clavándome aquellas horribles uñas acrílicas, y me llevó a un rincón apartado. De un tirón, me solté de su agarre.

—Homenajeando a mi padre, querida Camila —repliqué mordaz.

—Si tu padre estuviera aquí, lo matarías de vergüenza por presentarte así —escupió y puso sus delgados brazos en jarras—. Estás ridícula y ha sido una afrenta acudir de ese modo al funeral. —Cerró los ojos y se frotó la frente—. Ya puedo ver lo que van a decir sobre esto las páginas de sociedad.

No pensaba consentir que ensuciara algo hermoso. Ni mucho menos.

—Jamás lo entenderías, porque *jamás* te importó mi padre en lo más mínimo. —Di un paso adelante, acechándola—. Dime una cosa, ¿de qué color era el traje que elegiste para enterrarlo?

—Negro, por supuesto. —Retrocedió a medida que yo avanzaba.

—Negro —reí sin humor y, al sacudir la mano, algo de vino la salpicó—. Mi padre odiaba el negro, Camila. Mira en su guardarropa, no hay ni un solo traje de ese color, ¡ni uno! No se me ha permitido decidir ni tomar parte en nada relacionado con este funeral o jamás habría permitido algo así. —Sin poder ni querer evitarlo, levanté la voz—. De modo que no se te ocurra hablar de mi padre ni de lo que querría o haría, ¡porque no es esto!

Ignoré el silencio que se instaló entre los asistentes, las miradas de sorpresa y bocas entreabiertas. Tan solo James, que permanecía en pie al final del pasillo con los brazos cruzados, asintió y me sonrió con aprobación.

En décimas de segundo, tomé una decisión. Fui escaleras arriba hasta mi antigua habitación y busqué y rebusqué hasta que di con lo que quería. Lo que necesitaba. Ni siquiera me molesté en guardarlo en alguna bolsa. Tan solo lo doblé y, con él bajo el brazo, me marché de aquella casa sin una palabra más.

Dos días después, me mordía la uña del pulgar mientras miraba el vestido extendido sobre mi cama y me preguntaba hasta qué punto aquello había sido buena idea. Ya se sabe que nunca se debe actuar en caliente. Lástima que yo siempre lo recordaba demasiado tarde. Era sábado y tenía que acudir a la lectura del testamento de mi padre, que se llevaría a cabo en su casa de Glencoe. Tras todo lo sucedido en el funeral, tenía claro lo que vestiría aquel día. No se trataba de ningún homenaje o adiós a mi padre y, puesto que él siempre odió todo lo relacionado con testamentos y últimas voluntades, decidí que era un día perfecto para vestir de negro ya que no se trataba de algo que me interesara en lo más mínimo. Más bien se trataba de un guiño a él y de una bofetada a Camila.

Suspiré.

Hacía años que no me ponía aquel vestido, de hecho, lo usé una sola vez. Fue mi modo de desafiar a papá por obligarme a acudir a una estúpida recepción repleta de *snoobs* y gente de lo más aburrida. Aquella noche también estaba de luto.

Yo era firme en mis decisiones, así que, sin importar lo poco que me gustase, llevaría aquel maldito vestido negro a la lectura del testamento.

No mentiré, requirió de mucha destreza y habilidad poder enfundármelo; incluso de algún momento aguantando la respiración hasta que todo estuvo en su sitio, pero lo conseguí. Cuando me miré en el espejo de cuerpo entero de mi armario, me mordí el labio.

—Oh... mierda.

# EL TESTAMENTO Y LA HEREDERA

*Lance, 11 de mayo de 2019*

*Dos días después del entierro...*

A pesar de estar acostumbrado a tratar con gente de pasta, rara vez me invitaban a sus casas. Le daba vueltas a la carta del abogado en las manos mientras miraba la mansión que la familia Miller tenía en Glencoe, una de las mejores zonas de Chicago. Había que ser un cabrón muy rico para comprarse algo como aquello. Había que ser muy cabrón y punto. Las buenas personas nunca se forran. Miré el reloj otra vez. Faltaban siete minutos. Me dije a mí mismo que ya había esperado suficiente y me dirigí hacia la entrada para ser interceptado por un tipo que comprobó mi nombre en una tableta antes de franquearme el paso. No me pasó por alto el pinganillo de su oreja ni el bulto bajo su chaqueta. Seguridad privada. El bueno de Miller era un paranoico de manual, aunque, ya que realmente querían matarlo, paranoico no era.

Al entrar en aquella casa me di cuenta de que te hablaba. Te decía que allí había mucho dinero. Te restregaba por los morros hasta el último centavo que se habían dejado en ella. Por suerte, mi traje costaba también un dineral. No desentonaba demasiado.

—¡Señor Evergreen! —saludó Gibson, el abogado que iba a encargarse del trámite—. Llegó usted pronto. Es el primero.

—Señor Gibson —respondí estrechando la mano que me tendía—. Y eso que el resto vive aquí.

—Ya sabe cómo son las mujeres —apuntó poniendo los ojos en blanco en el gesto internacional masculino para estos casos—. La señorita Miller, de todos modos, no vive en esta casa.

Ya conocía aquel dato. Tenía los deberes bien hechos. Iba a decírselo cuando la puerta de entrada se abrió y vi algo que no me habría esperado ni en un millón de años: Charlotte Miller, la hija del difunto, había cambiado su vestido de colores por uno ajustado y corto. *Muy* ajustado y *muy* corto. En su favor debo decir que, en aquella ocasión, se había decantado por el negro. Era lo único que lo hacía adecuado para aquella situación. Al quedarle tan justo, tenía que bajarlo cada tres pasos. Estos eran muy cortos, porque se había encaramado a unos zapatos con demasiado tacón. Se veía a la legua que no sabía caminar sobre ellos. Los pechos rebosaban el escote y el bajo no llegaba a medio muslo. Definitivamente, necesitaba dos tallas más.

—¿Puedo ayudarla? —pregunté tendiéndole el brazo para que se apoyara—. No me gustaría que se cayera.

—No me voy a caer —contestó ella apoyándose en mi brazo a pesar de todo—, pero se lo agradezco, señor...

—Evergreen —respondí siguiendo al abogado y notando un delicioso olor a bizcocho cuando se acercó—. Lance Evergreen.

—Quédese tranquilo, señor Evergreen. No me caeré —dijo dando un traspíe y agarrando con más fuerza mi brazo—. Puede apostar por ello.

Habíamos llegado a un pequeño despacho con tres sillas dispuestas en semicírculo frente al escritorio. Acompañé a la señorita Miller hasta una de ellas y me apené cuando se alejó de mí. Aquel olor a bizcocho me daba incluso hambre.

—Cien dólares —dije mientras me separaba. Ante su cara de incomprensión, expliqué—: me apuesto cien dólares.

En aquel momento llegó la señora Miller disculpándose por ser la última.

Mi reloj marcaba las diez y tres minutos. Llegaba antes de lo que Gibson y yo esperábamos. Sonreí y le hice un gesto con la mano para que se sentase al lado de su hijastra. Cuando tomé asiento, me di cuenta de que tenía unas vistas privilegiadas de las piernas y el escote de Charlotte. Parecía que se había dado cuenta de su error. Intentaba bajar el vestido para no enseñar demasiada pierna. Al hacerlo, el escote bajaba una pulgada y enseñaba demasiado pecho. Tiraba y enseñaba demasiada pierna. Era hipnótico mirar cómo trataba de taparlo todo con tan poca tela. Conseguí contener una carcajada en el último momento, pero ella se dio cuenta y me dedicó una mirada asesina.

—... treinta por ciento —decía el abogado. No había oído nada hasta aquel momento—. A mis socios...

Volví a desconectar para fijarme en la hija. Seguía removiéndose inquieta y, a cada pequeño gesto, su vestido revelaba un pequeño pedazo más de su cuerpo. Cruzaba las piernas, las descruzaba, ponía las manos en el regazo, en las caderas... Me estaba volviendo loco. Aquella ropa era adecuada para una cita caliente, cuando sabes que vas de la mesa a la cama y si se ve algo en el trayecto, mejor que mejor. Desde luego, era la peor elección para la lectura de un testamento. Aquello y el recuerdo del olor a bizcocho me tenían salivando.

—¡Tiene que ser una broma! —soltó la señora Miller en voz demasiado alta y aguda—. Cuatro años casados. ¡Es una miseria después de cuatro malditos años!

—El resto de mis bienes, acciones y dinero en efectivo —siguió Gibson tras una pausa—, se los lego a mi hija, Charlotte Miller.

Camila no dudó en soltar un bufido exasperado al oír aquello.

—¿Todo? —preguntó la reciente millonaria con los ojos como platos—. No puede ser.

—Es la voluntad de tu padre, Charlie —explicó Gibson señalando los papeles que estaba leyendo—. Ya solo queda el sobre con las instrucciones de

llamar al señor Evergreen. — Sacó un papel de dicho sobre y empezó a leer en voz alta—. Al señor Lance Evergreen, detective privado, le dejo un legado diferente —dijo Gibson señalándome con la mano libre—. En vista de que mi abogado y buen amigo James está leyendo esto, mucho me temo que no tuvo usted éxito al tratar de encontrar a quien quería mi muerte. Si lo desea, el contrato queda extinguido. Sin embargo, si decide seguir adelante con la investigación, recibirá una compensación de cien mil dólares cuando haya llevado a los culpables ante la justicia.

Cien mil dólares. Cien mil putos dólares. De golpe, el bizcocho, las increíbles piernas y el resto del universo desaparecieron. Mi padre tardaba siete años en ganar aquella cantidad de dinero y yo podía conseguirlo con un solo caso. Mi puta oportunidad soñada.

—¿Nos estaba investigando? —exclamó Camila poniéndose en pie de golpe—. Mi marido me deja una miseria en herencia mientras pone a un detective privado para espiarme. No tengo por qué aguantar más de todo esto.

La pobre mujer estaba al borde del ataque de histeria. Salió de la habitación sin dejar de farfullar.

—Con esto ya lo tenemos todo —dijo Gibson cuando nos recuperamos los tres de la escenita. Me di cuenta de que tanto él como la señorita Miller me miraban de forma diferente. Concentrados. Con la mosca detrás de la oreja. El puto Edward Miller acababa de ponerme una diana en la frente. Iba a ser difícil investigar una mierda teniendo a aquellos tres en guardia.

—Pues yo me marchó, entonces —dijo Charlotte poniéndose en pie y bajándose el vestido a la vez mientras mantenía un precario equilibrio sobre sus altísimos tacones. Me levanté tan rápido como pude para ayudarla, pero no fue suficiente.

Al girar para dirigirse a la puerta, su tobillo decidió que no estaba diseñado para aquello y se dobló. Empezó a bracear y di un paso hacia ella,

agachándome al mismo tiempo, para recogerla en su caída. Uno no elige cómo evita que alguien se caiga. Lo importante es recogerlo y punto. Los pechos de la nueva rica quedaron bajo mi barbilla y yo, en *shock*. No fueron más que unos segundos, pero me parecieron horas. Me incorporé muy despacio sin soltar su cintura hasta que comprobé que se mantenía en pie. Su respiración era agitada, casi jadeante, y en sus ojos se percibía miedo. Miedo y algo más que no supe identificar. Aquel olor a bizcocho no me dejaba pensar con claridad.

—Gra... gracias —dijo a la vez que rompía el contacto visual y se bajaba el vestido de nuevo.

—¿Quiere que la lleve a casa? —pregunté—. Usted no conduce y no creo que sea buena idea que vaya andando.

Frunció los labios y, sin apartar de mí su mirada, se quitó los zapatos, desafiante.

—Así que sabes que no tengo coche, ¿eh? —dijo entre dientes intentando encararme a pesar de los casi veinte centímetros que separaban sus ojos de los míos. Se puso de puntillas—. ¿Qué más sabes de mí?

Abrí la boca y volví a cerrarla. Era un detective privado. Era mi trabajo. ¿Qué cojones esperaba que hiciera? Me pagaban por conseguir información y era muy bueno en lo mío.

—Charlie —terció Gibson—. Le puedo decir a Randy que te lleve. Al fin y al cabo, ahora trabaja para ti.

Ella apartó su mirada furiosa de mí y la dirigió al abogado.

—Sí, por favor —dijo en un tono mucho más suave que el que acababa usar conmigo.

Me miró de nuevo intentando taladrarme con los ojos y se fue caminando descalza hacia la salida. En una mano llevaba su enorme bolso y en la otra, los zapatos. No quedaba ninguna libre para poder bajarse el vestido. Tan solo la

forma de sus nalgas evitaba que acabase con él en la cintura. Aquella manera de caminar de puntillas, pero con toda la mala hostia del infierno, no ayudaba en absoluto. ¡Joder! Tenía unas piernas preciosas. ¡Qué cojones! Tenía unas piernas de infarto. Deberían estar en un museo.

—Me debe cien dólares —grité a la espalda de la furiosa heredera. Por toda respuesta, levantó la mano del bolso. Supongo que intentaba enseñarme su dedo corazón.

—Será mejor que espere a que la señorita Miller se marche —apuntó Gibson a mi espalda—. No parece buena idea que vuelva a cruzarse con ella.

Asentí con la cabeza y capeé el torrente de preguntas de Gibson como buen detective. No solté ni una pequeña migaja de información. Él también estaba en mi lista de sospechosos, aunque no lo supiera.

Pasados unos minutos, me disculpé y salí de allí recordando a Cicerón. ¿A quién beneficia? En aquel caso, estaba claro quién había salido ganando con la muerte de Edward Miller.

# ALGUNOS HOMBRES MOLESTOS

*Charlie, martes 14 de mayo*

*Tres días después...*

Estaba reponiendo las servilletas, rellenando azucareros, colocando y limpiando mesas y sillas y, en definitiva, poniendo todo a punto antes de que llegasen los primeros clientes del día. Ningún fuego ni hornillo se había encendido aún y, sin embargo, el local tenía un aroma que hablaba de calidez. Dulce y tranquilo. Era mi momento favorito del día porque era todo mío, a solas conmigo misma, con mis fotografías colgadas en las paredes, con el suave zumbido de los refrigeradores y la música. *All Summer Long*, de Kid Rock, sonaba a un volumen suave en la rocola cuando la campanilla sobre la puerta me sobresaltó. Miré a la derecha y allí estaba él.

—¡Buenos días, Owen!

—Buenos días. —Se quitó la chaqueta—. Maldita zorra.

Pasé el paño por la mesa e inspiré hondo. Me incliné un poco hacia delante y miré a través del enorme ventanal que daba a la calle.

—Ajá... —convine—. Tienes razón, parece que hoy lloverá.

Seguí con mi tarea y, pasados unos segundos, lo miré al no obtener respuesta. Me observaba como si me hubiera crecido una segunda cabeza. Gracioso, teniendo en cuenta su saludo.

—Ni siquiera ha amanecido, ¿cómo demonios puedes saber eso?

Maldita sea, necesitaba que pusiera un poco de su parte o acabaría saltándole a la yugular.

—El aire —aclaré. Se quedó allí, como una estatua y con los ojos bien

abiertos—. Hay algo en el ambiente. Huele a lluvia, ¿no lo sientes?

Él solo me miró y, aunque no se trataba de ningún duelo, no me rendí. Instantes después, se pasó la mano por su corto y rizado cabello castaño y se aclaró la garganta.

—Ya, bueno, si tú lo dices... —Se frotó el mentón y sonrió—. Será mejor que me ponga en marcha.

—Desde luego —asentí devolviéndole la sonrisa—. Esto no tardará en llenarse y estás en tu casa, así que ponte a ello cuando quieras.

—Por supuesto —convino caminando hacia la cocina—. Puta trepa de mierda.

Cerré los ojos un momento y suspiré.

«Por Dios bendito...».

Un par de años atrás comencé a trabajar para los Bell en aquella cafetería, un matrimonio mayor cuyo único hijo, Owen, ayudaba a su padre en la cocina. Era su forma de mantenerlo en el negocio, pero también lo más alejado posible de la clientela. Siempre fui consciente de su enfermedad y entendí lo complicado de vivir con alguien que padece el síndrome de Tourette. Pocas personas pueden soportar ser insultadas continuamente. Es por eso por lo que, cuando el matrimonio decidió que era demasiado mayor para pelear contra los gigantes especuladores y me ofrecí a quedarme con el negocio, no dudaron ni por un segundo en traspasármelo. Nos teníamos un cariño especial y, además, por mucho que amasen a su hijo, eran conscientes de que aquel lugar en sus manos duraría un suspiro puesto que acabaría espantando a los clientes.

¿Quién quiere tomarse un *cupcake* mientras lo llaman hijo de puta?

El problema estaba en que, por más comprensiva que quisiera ser, aquellos días mi paciencia estaba al límite y era yo quien necesitaba una muleta en la que apoyarse. Porque desde que el sábado se diera a conocer el testamento de papá, no había tenido ni un maldito segundo de descanso.

Ni.Uno.Solo.

Y no importa con cuanta filosofía te tomes la vida, todos necesitamos respirar.

Acababa de perder a mi padre y ni siquiera pude despedirme de él, de hecho, la última vez que lo vi tuvimos una más que absurda discusión. Lo siguiente que supe fue que me encontraba en la lectura de su testamento para descubrir no solo que me lo había legado absolutamente todo, sino que, además, él sospechaba que alguien quería asesinarlo puesto que, sin que nadie más tuviera conocimiento de ello, había contratado a un detective privado.

¿Desde cuándo andaba tras aquella pista? ¿De quién sospechaba? ¿Por qué no me dijo nada? ¿Durante cuánto tiempo había tenido a aquel detective investigándonos antes de morir? Era su hija, maldita sea. Yo debería haber sabido todo aquello.

A eso, súmale las incesantes llamadas. De todo el mundo. Y quiero decir todos. *Absolutamente todos.*

Por un lado, Camila preguntándome —o exigiéndome— saber si debía abandonar la casa de Glencoe, puesto que consideraba que se había ganado el derecho a vivir allí, constara o no en el testamento. Por otro lado, los socios y accionistas de su empresa, Miller Mergins & Acquisitions, que a lo largo de todo el lunes hicieron mi teléfono arder hasta el punto de que me faltó muy poco para lanzarlo por la ventana. Por suerte, decidí ser más práctica, así que lo silencié e ignoré hasta que se quedó sin batería y murió. Y es que estaban preocupados, por supuesto. Ten en cuenta que la empresa de la que formaban parte había quedado en manos de una mujer de veintiséis años que no tenía ni la más remota idea de cómo dirigirla. Bueno, en realidad es que *no quería* hacerlo. Así de simple. Si bien estaba orgullosa del hombre luchador y emprendedor que siempre fue mi padre, también es cierto que jamás me gustó la actividad a la que se dedicaba; igual el problema radicaba en mi demasiado

colorida visión del mundo, pero comprar negocios con problemas económicos o terrenos en tranquilas y bonitas zonas para despiezarlos, venderlos y reconvertirlos en algo completamente diferente... no lo sé, quizás lo veía como sacar ventaja de un animal herido para atacarlo cuando este se siente más vulnerable. Algo así, supongo.

Entre medias, no faltó la llamada del bueno de James Gibson que, preocupado, se interesó por mi estado anímico. Cuando le conté lo que estaba sucediendo, me tranquilizó de inmediato.

*—No te precipites, Charlie. —Me llegó su tranquila voz a través de la línea—. Acabas de perder a tu padre y estás de duelo, no necesitas decidir nada ahora mismo. Es tu día libre y todo es demasiado nuevo. Ya habrá tiempo para eso, de modo que, en cuanto acabemos esta llamada, relájate y descansa.*

Y eso fue lo único que me evitó tener que comprar un nuevo teléfono tras dejarlo estamparse contra el asfalto.

Estaba cogiendo el cambio en la caja registradora para dárselo a un cliente, cuando observé como la pantalla de mi teléfono se iluminaba.

Andy Cox.

Por todos los demonios... En cuanto el horario laboral comenzó —no el mío, sino el normal—, también lo hizo todo el maldito ritual del día anterior. Me tragué un gruñido, compuse una sonrisa y me giré para despedir a dicho cliente. Cuando este se marchó, volví a mirar el teléfono, cuya pantalla ya se había oscurecido de nuevo. Toqué para que se iluminara y ver la hora: las diez y media de la mañana. Tan temprano y había recibido trece llamadas.

Trece.Malditas.Llamadas.

Iba a desbloquearlo, pero, teniendo en cuenta mi suerte, otra vez insistió Andy y, sin querer, descolgué. Maldiciendo por lo bajo, volví a cortar; no me apetecía en lo más mínimo hablar con él. Con ninguno de ellos.

El sonido de la campana anunció la llegada de clientes, así que me giré con una enorme sonrisa plasmada en mis labios... que murió en cuanto me percaté de quién se trataba.

El detective.

—Perfecto —murmuré por lo bajo—. Lo que me faltaba.

Rogué para que mis mejillas no enrojecieran a causa de la vergüenza porque, si me paraba a recordar lo ocurrido durante la lectura del testamento, me volvería un avestruz y escondería la cabeza bajo tierra. Maldita fuera mi testarudez y mis pocas ganas de retroceder y usar otro atuendo el pasado sábado. Aquello es lo que habría hecho cualquier persona sensata, pero no yo. Por supuesto que no. Parecía una... ni siquiera quería pensarlo demasiado porque jamás, *en toda mi vida*, había enseñado tanta carne como aquel día. El maldito vestido debió encoger con los años mientras permanecía olvidado en el más profundo rincón de mi armario, porque daba igual cuánto tratase de estirarlo, aquello no cedía. Y sentí los ojos de aquel hombre clavados en mí hasta el punto de que me ardía la piel. Pero lo peor vino con aquel estúpido tropiezo.

Todo fue tan rápido que ni siquiera podría describirlo. En un momento intentaba mantener el equilibrio sobre aquellos estúpidos zapatos y al siguiente me encontraba entre los brazos del señor Evergreen. Incluso a través del traje, sentí sus fuertes músculos en tensión bajo mis manos, me olvidé por completo de dónde nos encontrábamos y, cuando levantó el rostro, me perdí observando su cabello castaño y sus ojos verdes. Y su olor... Por todos los santos, creo que ni siquiera usaba perfume y se trataba tan solo de la combinación del gel, su piel y algo más que no sabría identificar.

Y todo aquello en la lectura del testamento de mi padre.

Maldita sea.

Me aclaré la garganta y lo miré con atención.

Caminaba con una seguridad aplastante, asimilando todo a su alrededor para no perderse ningún detalle y, sin embargo, al mismo tiempo daba la sensación de que él fuese el dueño del lugar y lo conociera como la palma de su mano.

—Buenos días, señorita Miller —saludó cuando llegó frente a mí.

Tan solo la barra nos separaba y no pude evitar perderme en aquellos ojos verdes que me observaban con fijeza. Crucé los brazos y los apoyé sobre el mostrador.

—Solo Charlie, por favor —corregí—. Si ha venido a por los cien dólares, está perdiendo el tiempo. —Sonreí y ladeé la cabeza—. No ganó aquella apuesta y lo sabe.

—Discutible —ofreció por toda respuesta.

Asentí e hice un mohín tras arrugar la nariz.

¿Quería cobrar? Pues muy bien.

Fui hacia uno de los expositores y, tras escanearlo, no tardé ni dos segundos en decidir qué escoger. Lo cogí con unas pinzas y lo puse en un platillo antes de colocarlo sobre la barra frente a él.

Era un precioso *cupcake* con una cobertura en color azul claro y salpicado con algunos M&M's. Teniendo en cuenta la destreza de Owen en la cocina, aquello era como un pequeño pedazo de cielo hecho dulce.

Al principio, enarcó las cejas, sacudió la cabeza y rio. Un sonido bajo, ronco y profundo. Incluso oxidado, como si no fuese algo habitual en él y debo decir que también carente de humor.

Como cuando pulsas un interruptor, su semblante sufrió un cambio drástico antes de que apoyase las manos sobre el mostrador y se inclinase hacia delante, acechándome. Fulminándome con una furiosa mirada antes de escupir:

—¿También ha aderezado este con etilenglicol, señorita Miller?

Me eché hacia atrás, sorprendida.

¿Qué demonios había bebido aquel hombre?

# AMARGAS VERDADES

*Charlie, martes 14 de mayo*

*Instantes después...*

—¿Perdón?

Salté cuando comenzó a aplaudir con fuerza. Pero no como lo harías tú, no. Sino pausado, dejando pasar un par de segundos hasta que sus manos volvían a encontrarse, dotando de dramatismo a aquel gesto.

—Estoy seguro de que se creía muy lista —respondió, y cada palabra goteaba desprecio—. Pero tampoco le pega hacerse la tonta, señorita Miller.

No tenía ni la más remota idea de a qué se refería. Lo único que tenía claro era que, por alguna extraña razón, aquel hombre me estaba atacando y ya podía sentir el enorme dolor de cabeza que se avecinaba.

Me eché hacia atrás y me froté la frente.

Solo quería un puñetero segundo de descanso. No era mucho pedir.

¿O sí?

—Me temo que no le sigo, detective.

—El sabor dulzón... perfecto para enmascarar con sus postres —explicó, aunque yo seguía igual de perdida—. La visita de aquella tarde, la herencia. —Chasqueó la lengua—. Supongo que duerme mucho mejor ahora que su negocio no peligra, aunque para ello haya tenido que envenenar a su propio padre.

Esto último lo dijo lanzando una extraña mirada hacia el *cupcake*.

Era cierto que, al heredar la empresa, ciertos terrenos en Wrigleyville ya no corrían peligro, entre ellos el lugar donde se encontraba Charlie's, pero...

—¿Perdón? —repetí como un maldito loro—. ¿Alguien envenenó a mi padre?

Parecía estúpida, lo sé, pero seguro que lo había escuchado mal.

—Disfrute. —Sonrió como el gato que atrapó al canario—. Porque dudo mucho que ese dinero le sirva cuando esté entre rejas.

—Alto ahí —espeté cuando él, queriendo tener la última palabra, se giró para salir del local—. ¿Me está acusando de asesinato? Y etilen... ¿qué? ¿De qué demonios está hablando?

Se quedó parado, mirándome con el ceño fruncido antes de esbozar una sonrisa de suficiencia.

—Al final, va a resultar que sí es usted un poco lenta. —Sacudió la cabeza—. Dígame, ¿cómo se siente uno al quitarle la vida al hombre que le dio la suya?

Muy bien, a la mierda los formalismos.

—Lo primero que debes tener en cuenta es que tu intento de demostrar educación y buenos modales se pierde en el momento en el que vienes a mi casa a acusarme de asesinato —repliqué con una venenosa dulzura—. Así que no tengas problema en tutearme, Lance. —Ví un músculo palpar en su mandíbula y casi podía escuchar sus dientes rechinar, pero no respondió. Se quedó allí, quieto, observándome; metió las manos en los bolsillos del pantalón y, aunque el tipo era atractivo como el demonio, el asunto perdía un poco de gracia cuando quería encerrarte en la cárcel—. ¿En qué te basas para acusarme de asesinato? —exigí poniendo los brazos en jarras—. Solo hace tres días que asistí al funeral de mi padre y no cr...

Bufó y dio un paso adelante.

—Yo asistí al funeral de su padre, señorita Miller —replicó con voz dura—. Usted estaba de celebración y se vistió para ir a una jodida fiesta.

A duras penas resistí el impulso de saltar y lanzarme sobre él.

Hijo de...

Durante algunos segundos, tan solo nos miramos a los ojos. Verde contra avellana. De hecho, ambos parecíamos sumidos en un duelo de miradas o voluntades, no sabría decir. Dejé tras la barra el paño que ni siquiera era consciente de estar apretando entre mis manos, abrí la pequeña portezuela y caminé hasta quedar a solo un par de pasos de distancia.

El hombre era un cretino sin el más mínimo tacto y, aunque no merecía ninguna explicación, sentí la necesidad de justificarme. No porque sus acusaciones me dieran miedo, sino... No lo sé, solo quería que alguien, *quien fuese*, me entendiera.

—La última vez que mi padre vistió de negro fue para el funeral de mi madre, por eso lo odiaba tanto —expliqué con un nudo en la garganta—. Además de mí, tú eras la única persona que no vestía ese color durante el funeral, Lance. Y, por estúpido que resulte, hiciste que me sint... Espera, puedo tutearte, ¿verdad?

—No —espetó.

No pareció entender que se trataba de una pregunta retórica, así que lo ignoré.

—Ese vestido fue un regalo de mi padre. Cuando me lo dio... —Sacudí la cabeza. Tampoco pensaba explicárselo todo—. Solo digamos que aquello supuso un momento de unión muy especial entre nosotros, así que usarlo para el entierro fue mi pequeño homenaje hacia él. Amaba a mi padre. —Me acerqué un paso—. A pesar de las conclusiones a las que has llegado, lo amaba y te aseguro que renunciaría a esa maldita herencia en un suspiro con tal de que siguiera vivo. —Bajé la voz—. Jamás he querido su dinero.

—Por supuesto —asintió. Se frotó el mentón y sonrió antes de decir—: Y su excusa para vestir como una fulana en la lectura del testamento fue...

Me señaló con un vago gesto de la mano, como esperando a que yo

acabase aquella insultante e hiriente oración por él.

Idiota.

Me eché hacia atrás, tan enfadada como sorprendida.

—¿Sabes qué? —hablé con suavidad, justo antes de gritar fuera de mí—:  
¡¡Eres un imbécil!! ¡Lárgate de mi casa!

Con las manos de nuevo en los bolsillos, se balanceó sobre los talones.  
Retándome. Sacándome de mis casillas.

Sus labios dibujaron una mueca de suficiencia que quizás pretendía ser una sonrisa antes de asentir. Vi cómo sacaba la cartera del bolsillo interior de la chaqueta y dejaba diez dólares sobre la barra, justo antes de coger el *cupcake* que minutos antes miró como si fuera una serpiente a punto de atacar.

—Imagino que este no es de la misma hornada que el que le ofreció a su padre —dijo con sorna y enarcando las cejas.

—Fuera —escupí en un bajo gruñido.

Casi podía sentir las lágrimas de pura rabia a punto de salir.

—Nos veremos pronto, señorita Miller —prometió.

—¡¡FUERA!!

Asintió, giró y me dio la espalda. Aún no había llegado a la puerta de salida cuando, a través del reflejo del cristal, lo vi llevarse el *cupcake* a la boca y morderlo. De repente, se detuvo a medio paso y emitió un bajo gemido de puro placer. Observaba aquel dulce como si le resultara increíble que estuviera tan delicioso.

Después de aquello, salió de allí silbando... ¡Silbando!

Lo vi caminar por delante del enorme ventanal, como si todo estuviera bien. Como si no acabase de poner mi mundo del revés.

Cerré los ojos un momento solo para ser interrumpida por un fuerte carraspeo de Owen, que ahora estaba tras la barra esperando a que me acercase. Cuando lo hice, preguntó:

—¿Estás bien? —Asentí. Lanzó una mirada a la pareja que continuaba allí sentada tratando de hacer que no se habían enterado de nada—. Bien, pues intenta no gritar ni insultar a nadie, Charlie... da mala imagen al negocio.

Increíble.

Aquello era increíble.

Sin decir una palabra, le di la espalda antes de salir de mi preciosa cafetería. Una vez en la calle, puse los brazos en jarras, cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás dejándome acariciar por la fresca brisa y las primeras gotas de lluvia del día.

Solo necesitaba un segundo.

Respirar.

Poner todo en perspectiva.

Abrí los ojos y clavé la vista en el gris cielo de Chicago al recordar...

Alguien había envenenado a mi padre.

Había discutido con una de las personas que estaba investigando su muerte, la misma que podría llevarme hasta el culpable.

Edward Miller, mi padre, había sido asesinado... y que se congelase el infierno si yo me quedaba a un lado sin hacer algo al respecto.

No sabía cómo, pero ayudaría a dar con el asesino.

Y para ello necesitaba a Lance Evergreen.

# TE ESTARÉ VIGILANDO

*Lance, martes 14 de mayo*

*Unos minutos después...*

Indiferencia. Cuando le sueltas la bomba al sospechoso y quieres conocer su reacción, hay que aparentar indiferencia, mantener la calma y observar cada músculo de su cara. Su boca no va a decir ni una milésima parte de lo que te va a contar el resto de su cuerpo. Todos mienten. Siempre. A veces no son conscientes de ello, pero lo hacen. Endulzar la verdad es mentir también, aunque nos guste pensar que no. Endulzar... ¡Joder! Aquel puto pastelito era la cosa más rica que había comido en mi vida. Menos mal que lo había probado de espaldas o toda mi puta actuación se habría ido a la mierda. Sin embargo, no me encajaba.

Era como si tuviera un puzle y hubiese ido juntando las piezas. Solo faltaba la última. La más fácil.

«Por los cojones».

¿Qué? Habían matado a Edward Miller.

¿Cómo? Envenenándolo con etilenglicol.

¿Cuándo? Hacía ocho días.

¿Dónde? En la cafetería de su hija.

¿Por qué? Para cobrar la herencia.

¿Quién?

¿Quién? Aquella era la puta pieza que no quería encajar en su sitio. Todas las demás se ajustaban perfectamente entre ellas y dejaban un hueco para colocar la última en el centro, pero la forma no era la que yo necesitaba.

Había algo en aquella chica que no me dejaba forzar que entrase. Su expresión, su furia, su cercanía con el hombre que la estaba investigando... No cuadraba. No era ella. Todos mis putos sensores gritaban que no era ella, pero tenía que serlo. Era perfecto. Era simple. Era plausible.

Pero era falso.

Nunca me dejaba influenciar por los sospechosos. Jamás. Aquellas piernas eternas en la lectura del testamento me habían perseguido varias noches, sí. Aquella alocada personalidad te daba ganas de estar con ella y que te hablase de lo que fuera, sí. Aquel olor a bizcocho cuando se te acercaba a un paso era una de las cosas más agradables que había sentido en mi vida, sí. Solo querías cerrar los ojos y llenarte de aquel olor mientras ella te hablaba, aunque te estuviese gritando para echarte de su local. Sin embargo, nada de aquello me hacía dudar de su culpabilidad. Aquella extraña mezcla de princesa Disney y enajenada mental era sincera. Lo sabía. Lo había visto. No era ella.

Pero tenía que serlo.

Por suerte, había podido colarme en su local el día anterior aprovechando que los lunes cerraban por descanso semanal. Su sistema de alarma debía ser de la Segunda Guerra Mundial. Fue tan sencillo saltárselo que me dio vergüenza. Instalé cuatro cámaras y ocho micrófonos para no perderme nada. Todo estaba siendo grabado en mi ordenador de la oficina y podía consultarlo a través del móvil, por si tenía que ir corriendo para pillarla *in fraganti*. Aunque se sepan investigados, los asesinos no pueden evitar cagarla. Cuando se sienten vigilados, la cagan más. Cuando están seguros de que los vigilan, la cagada llega siempre. Cien por cien. Tenía que conseguir las pruebas que hicieran que aquella puta pieza tuviera la forma adecuada y más después de lo que me había contado Wilkins aquella misma mañana.

Una de las pruebas que mandó hacer tras de la derrota de los Knicks había

dado positivo.

Etilenglicol.

Produce dolor abdominal y mareos, justo los síntomas de Miller antes de morir. Tiene sabor dulce, por lo que es fácil enmascararlo dentro de un pastelito como el que me acababa de comer. Seguro que el señor Miller se comió uno, pero habría sido absurdo preguntárselo a ella. Le bastaría con asegurar que su padre no había tomado nada en la cafetería. Ojalá lo hubiera sabido cuando me colé en el bar. Habría podido buscarlo tranquilamente. Sin embargo, si tenía el veneno allí dentro, yo la vería sacarlo, recogería las pruebas y la tendría bien cogida por las pelotas. Bueno, por las trompas de Falopio. Yo qué sé.

Aquel puto caso me estaba teniendo mucho tiempo lejos de la oficina últimamente. El negocio hay que cuidarlo. Hay que dejarse ver, así que decidí darle una sorpresa a mi secretaria y pasar por mi puesto de trabajo para variar.

—Dichosos los ojos que te ven, Lance —dijo Bella cuando me vio entrar por la puerta. Era una mujer de cerca de cincuenta años. No era la más joven. No tenía el cuerpo más espectacular. No vestía las faldas más cortas. Era, sencillamente, la mejor de todas las candidatas que habían acudido a la entrevista. Tenía experiencia, era inteligente, sabía tomar decisiones sin tener que explicarle cada puto detalle... Era perfecta para el puesto.

—Buenos días, Bella. —Guiñé un ojo como hacía cada vez que nos saludábamos—. ¿Tienes planes para esta noche?

—Cuidar de dos adolescentes locos y un marido inútil, como siempre —contestó con un suspiro—. Hoy tampoco va a poder ser lo nuestro.

Solté una carcajada ante la vieja broma. Aquel tipo de cosas era lo que me hacía sentir tan a gusto en mi oficina, casi como si fuera un hogar. Durante los

primeros años, había alquilado despachos por horas para atender a los clientes. En un par de ocasiones, incluso la novia de turno había hecho el papel de secretaria. No merece la pena tener una oficina en propiedad si no sabes cuándo van a llegar los clientes y tu trabajo se desarrolla en la calle. Era mejor ahorrar para poder alquilar una oficina como aquella en The Loop<sup>[iii]</sup>, el centro financiero de la ciudad. Seguía viviendo en uno de los peores barrios de Chicago, pero tenía un buen coche y buena ropa. Eso, junto con la buena oficina, era lo que necesitaba para poder atraer clientes con más dinero. Aparentar. Ese era el juego que le gustaba a aquella gente. Aquel era el juego al que llevaba jugando desde que salí de la academia de policía sin graduarme. Tan solo necesitaba los conocimientos, no la placa. Los polis mueren pobres. Los detectives privados, si lo hacen bien, mueren ricos. Yo no era rico, pero ya podía permitirme un pequeño estudio en South Loop, una de las mejores zonas de la ciudad.

Poco a poco. Centavo a centavo. La vida iba sonriéndome y los clientes como Miller empezaban a llegar. Lo jodido era que se muriesen antes de poder recomendarme a sus amistades, claro.

Puto Miller.

Resolví tan rápido como pude los pocos temas que no podía dejar zanjados desde casa sin apartar la mirada del móvil donde veía la cafetería de Charlotte. Charlie. Le gustaba que la llamasen Charlie. Era importante no llamarla así jamás. No pasó nada relevante y, tras una escapada para comer, pasé la tarde organizando a mis *sherpas*. Me gustaba llamarlos así. Ellos hacían el trabajo duro, me subían al Everest, y yo me hacía la foto. Aquel sistema era maravilloso para tener muchos casos a la vez. Te pagan diez mil por hacer fotos a una mujer con su amante. Le pagas tres mil a un detective de baja estofa, pero que sabe hacer su trabajo y es de fiar. Entregas las fotos y has ganado siete mil. El único problema es que hay que organizarlo todo, saber

quién está haciendo qué, desde cuándo, cuál es el plazo límite por si hay que apretar las tuercas a alguien... Pura gestión. Puta gestión.

Acabé harto de hablar por teléfono mientras seguía observando a Charlotte en su bar. Nada sospechoso por ningún lado. Todo normal. Conseguí liberarme de obligaciones hasta el viernes, me fui a casa, cené la mejor *pizza* de la ciudad, que era la que hacía yo, y seguí mirando el móvil. Nadie hacía nada sospechoso. Casi se había convertido en una obsesión y me sentía demasiado despierto, así que llené un vaso de Jack Daniel's y me senté a observar. Cuando el cocinero se largó, llegó el momento que estaba esperando. Dificilmente lo habría metido en el ajo, así que lo que tuviera que hacer, lo haría sin él delante.

Nada. Absolutamente nada. En un momento cogió su teléfono e hizo como si lo estrangulase. Luego, se dejó caer encima de la barra con las piernas colgando y estuvo así hasta que el teléfono volvió a sonar y se echó las manos a la cara mientras rugía. Aquella mujer tenía una pedrada importante. Recogió su bolso y se largó. Nada de nada. Di un trago y me dejé guiar por su sabor. Si el viejo Jack no te puede ayudar a dormir, nadie lo hará.

Llevaba en pie desde las cuatro de la mañana. Bueno, más bien llevaba sentado desde las cuatro. Sentado en mi coche que, si bien era cómodo, no era un buen sitio en el que pasar el día. Si sucedía algo, quería estar cerca para actuar de inmediato. Si el maldito etilenglicol aparecía por algún lado, quería pillarlos con las manos en la masa. La puerta de emergencia no cerraba. Me había encargado de ello. Entrar sería cuestión de segundos. Lo reconozco: me estaba poniendo ansioso. Sabía que era ella. Tenía que ser ella, pero no hacía nada sospechoso. Ella y la cafetería eran la conexión con el veneno. Tal vez lo hiciese antes de abrir.

La vi arreglando el local que había dejado perfecto el día anterior. Estaba

histórica, como si se preparase para hacer algo. Algo no muy legal. Se había recogido el pelo en una coleta alta y estaba especialmente guapa. No es que fuera un bellezón, más bien podrías encontrar defectos en todos y cada uno de sus rasgos, pero el conjunto era precioso. Poco después llegó el cocinero y empezó a preparar sus trastos. Alto ahí. ¿Qué estaba haciendo aquel tipo?

Había cogido un cuchillo y estaba asestando puñaladas al aire. No pareció convencido y agarró un rodillo de amasar. Hizo pruebas golpeando el aire también. Charlotte seguía poniendo cada silla un milímetro más acá o más allá de donde estaban. El cocinero dejó el rodillo y empuñó un cuchillo más grande que el primero. Volvió a apuñalar el aire. El muy hijo de puta estaba ensayando. Asintió y estampó la cara contra la mesa. Acto seguido, cogió de nuevo el rodillo y se golpeó las costillas. Por mis muertos que estaba fingiendo una agresión. Cuando se recuperó, volvió a coger el cuchillo y se encaminó hacia la salida de la cocina. ¡La madre que lo parió! ¡Iba a matarla delante de mis narices!

# CHUCHILLOS, ESCOBAS Y ROCK AND ROLL

*Lance, miércoles 15 de mayo*

*Inmediatamente después...*

Conseguí reaccionar rápido. Siempre había tenido aquella virtud. Mientras los demás se quedaban pasmados intentando asimilar lo que sucedía, yo me ponía en movimiento y por el camino iba procesando lo que había visto. Lo malo de reaccionar rápido es, precisamente, que por el camino vas pensando en la información que acabas de recibir. Cargué con el hombro contra la puerta de emergencia. ¿Ha existido alguna vez una puta puerta de emergencia que se abra hacia dentro? Yo no la he visto y la de Charlie's no era una excepción. Recuperé el equilibrio y tiré de ella para precipitarme al interior gritando: «Manos arriba o abro fuego».

Lo primero que sentí fue un golpe de sonido en todo el cuerpo. Algún gilipollas estaba diciendo «*They call me cowboy, I'm the singer in black*» mientras unas guitarras distorsionadas hasta el absurdo estremecían cada célula de mi cuerpo. El cocinero no se había enterado de mi entrada ni había oído mi advertencia. Como para enterarse con aquel estruendo. Mantenía el cuchillo en la mano derecha mientras miraba hacia la zona principal de la cafetería. En tres zancadas, llegué hasta él y me lancé a placarlo mientras oíamos la aguda voz de Charlotte gritando «¡HEY, HEY!» a pleno pulmón. El tipo no se esperaba el impacto, por lo que cayó de bruces y el cuchillo salió despedido. El impulso hizo que mi cara golpease contra su nuca y sentí el

sabor de la sangre en la boca. Mi sangre, joder. Recé por que no se me hubiera partido ningún diente. Charlotte volvió a gritar «¡HEY, HEY!» como si nos estuviera jaleando. Puse todo mi peso encima del cocinero y agarré sus muñecas para evitar que intentase llegar hasta el cuchillo.

—¡Señorita Miller! —grité con todas mis fuerzas. Al levantar la vista, la vi de espaldas a nosotros con una escoba a modo de guitarra y sacudiendo el cuerpo y la coleta al mejor estilo heavy—. ¡Charlotte!

No me oía. Imposible. Dio una vuelta completa sobre uno de sus pies mientras seguía imitando que tocaba la guitarra con la ridícula escoba. A mitad del giro nos vio y su cara cambió. Sus ojos y su boca dibujaron tres grandes oes y, cuando se rehízo del estúpido giro, se dirigió hacia nosotros. Por fin iba a tener un poco de ayuda.

—¡Coge el cuchillo! —grité señalando el arma con la barbilla—. ¡Cógelo!

Su respuesta no fue la esperada. Levantó la escoba y empezó a atizarme en la espalda con ella. ¡Maldita loca! El enajenado de los gritos seguía berreando y mis explicaciones no le llegaban. Se me hincharon los cojones. Me incorporé hasta poner una rodilla en los hombros del asesino y otra en sus riñones. «Muévete ahora con doscientas libras encima, capullo». En aquel proceso recibí una docena de escobazos que, si bien no hacían mucho daño, me estaban sacando de mis casillas. Cuando tuve las manos libres, atrapé la escoba antes de que me diera un nuevo golpe y tiré hasta hacer que Charlotte perdiese el equilibrio y se precipitase sobre mí. La detuve, me acerqué a su oído y, con toda la mala hostia acumulada, le grité que apagase aquella puta música. Cuando la solté, ella se quedó pasmada. Me señalé los oídos mientras le volvía a pedir que apagase la música y por fin me hizo caso.

—¡Charlie, Charlie! —farfulló el cocinero bajo mi peso—. ¡Me quiere matar!

—¡Es un enfermo, maldito loco! —gritó Charlotte—. Suéltalo ahora

mismo y sal de mi local antes de que llame a la policía.

No me lo podía creer. La tipa no se había enterado de nada con aquella música del demonio. Ahora creía que era yo el malo de la puta peli.

—Este cabrón quería matarla, señorita Miller —dije mirándola a los ojos—. He entrado justo a tiempo para desarmarlo mientras usted bailaba como una loca y no se enteraba de nada.

Entonces Charlotte vio la sangre en la nariz de su empleado. No tenía claro si se la había hecho al estampar su cara contra la mesa o había caído de boca cuando yo lo había tirado al suelo y se la había partido aún más. La hemorragia nasal es muy escandalosa. Aquello jugaba en mi contra. Charlotte cogió el móvil y empezó a marcar. Solo tres dígitos. Me habría apostado mil pavos a que eran 911. Busqué mi propio móvil en la chaqueta y retrocedí la grabación hasta el momento en el que el chiflado del cuchillo empezaba a hacer pruebas con las diferentes armas.

—Échele un vistazo a esto antes de acusarme de nada —escupí tendiéndole el móvil. El labio me escocía al hablar. Ella no me hizo caso y sacudí el teléfono un par de veces mientras arqueaba las cejas. Sin dejar de hablar pidiendo ayuda porque alguien se había colado en su local, cogió por fin el mío y se lo quedó mirando.

—¿Has puesto cámaras en mi cafetería? —preguntó observando la imagen congelada. Sus ojos se abrieron como platos—. ¡Has puesto cámaras en mi cafetería!

—¡Reproduce el maldito vídeo de una vez y lo entenderás todo, joder!

Eché la cabeza atrás como si hubiera recibido un golpe, cortó la llamada y empezó a ver el vídeo.

—¿Por qué cojones querías matarla? —dije al tipo que seguía bajo mi cuerpo. Me puse a horcajadas sobre él, cogí una de sus muñecas y fui retorciéndole el brazo hasta que por fin habló.

—¡Me han pagado para que la mate! ¡Me han pagado! —gritó de pronto. Aflojé un poco la torsión—. Me han pagado, hijo de puta. —Miró a Charlie—. Zorra, muérete.

—¿Quién te ha pagado? —pregunté. Como no recibí respuesta, volví al viejo juego de ir retorciéndole el brazo—. Puedo estar así toda la mañana.

Mentira. La policía llegaría en cualquier momento y yo no podía interrogar a un sospechoso. Se me acababa el tiempo.

—No sé cómo se llama —contestó por fin. Aflojé—. Unos treinta años, alto, con unas gafas de sol rojas muy grandes y una barba de estas estúpidas que parece una fila de hormigas recorriendo la mandíbula. Maricón. Hijo de puta.

—Claro que sabes su nombre, chico —dije empezando a retorcer su brazo de nuevo. Hasta ahí llegó mi suerte. Oí la campanilla de entrada y, al levantar la vista, vi a Charlotte abriendo la puerta a dos agentes de policía. A uno no lo reconocí. El otro era un viejo compañero de la academia. «Maldita sea mi puta suerte». El jodido Terry White. Él pareció no reconocermme mientras se acercaba pistola en mano.

—Pon las manos donde pueda verlas, amigo —dijo apuntándome directamente al pecho. Levanté las manos como un buen chico.

—Hola, White —contesté intentando jugar aquella carta—. ¿Así saludas a los viejos amigos?

—¿Evergreen? —respondió guiñando los ojos—. ¿Lance Evergreen? ¿Qué demonios haces colándote en una cafetería de Wrigleyville? ¿Tan mal te trata la vida?

—Acabo de salvar a esa chica de ser asesinada —contesté con las manos en la nuca—. Deberíais ponerme una medalla. ¿No estás muy lejos de tu distrito?

—Éramos la unidad más cercana. Ahora vendrán los chicos de este

distrito a llevaros detenidos. Vas armado —apuntó reparando en el bulto de mi sobaquera—. Quiero que saques la pistola con dos dedos y me la pases. Ya conoces el procedimiento.

—Soy detective privado, White —contesté mientras obedecía la orden—. Está todo en regla.

A pesar de tener una pistola apuntándome, no podía quitar ojo al compañero de Terry. Estaba charlando con Charlotte sin tomar una puñetera nota. Se había acodado en la barra e incluso le había visto ponerle un mechón de pelo tras la oreja. Aquel capullo estaba ligando mientras su compañero encañonaba a dos sospechosos. Acojonante.

—Como si eres la reina de Inglaterra —soltó White—. Me vas a explicar por qué le estabas retorciendo el brazo a un cocinero.

—Maricón de mierda. Chupapollas —apuntó el aludido desde el suelo.

—Tú también te vienes, chico listo —dijo cuando se recuperó de la impresión—. ¡Tucker, esposa a estos dos, hombre!

El compañero ligón volvió en sí, nos esposó a los dos y nos llevaron a la cocina. Me sentaron en el suelo junto a un cabrón que no paraba de insultarme cada diez segundos. Bueno, me insultaba a mí e insultaba a cualquier bicho viviente que encontrase. Igual no necesitaba ni ver a nadie. El estado de nervios al haber sido detenido intentando matar a su jefa seguro que no mejoraba aquello.

—¿Qué haces en este local, Evergreen? —inquirió White tras tomar asiento.

—Entré a salvar la vida de Charlotte Miller —contesté—. Su cocinero iba a matarla.

—Cómeme el rabo —soltó el aludido.

—Y tú, ¿cómo sabías que iba a matarla? —preguntó el policía ignorando a aquel tipo. Menuda sangre fría.

—Tengo cámaras instaladas en el local y estaba apostado cerca de la puerta de emergencia, cuyo cierre había deshabilitado previamente —expliqué con una sonrisa torcida.

—La señorita Miller llamó a la policía porque te habías colado en su local y estabas atacando a su empleado —apuntó mirando alternativamente a los dos hombres que estábamos esposados y sentados en el suelo—. Ella no te dio permiso para instalar esas cámaras.

Clavó su mirada en mí intentando hacerme sentir que me había pillado.

—Su padre me contrató porque creía que alguien intentaba matarlos a él y a su hija —respondí mintiendo sin ningún rubor. Ellos no tenían ni puta idea de quién me había contratado o para qué—. Las cámaras y los micrófonos son medidas de vigilancia y, por lo que veo, han sido más efectivas que vuestras patrullas.

White inspiró profundamente. Se estaba mordiendo la lengua. No podía ni verme desde que en la academia siempre era yo quien sacaba las mejores notas y pasaba del grupete que habían formado. Iba a contestarme cuando la puerta se abrió y el tal Tucker hizo acto de presencia.

—Muy bien, pimpollito —dijo acercándose a mí y dándome unas palmadas en la espalda—. Parece que hoy es tu día de suerte y la señorita Miller no va a presentar cargos.

Ella estaba apoyada en el marco de la puerta con expresión confusa.

—¿Es cierto que este hombre está contratado por su familia, señorita Miller? —preguntó Terry intentando jugar su última carta para llevarme detenido. Algo le olía raro y con razón. No era mal poli. Charlotte lo observó con cara de haber tomado ácido. Luego me miró a mí, enarcó una ceja y pareció tomar una decisión.

—Lo contrató mi padre porque creía que alguien quería matarlo, es cierto —señaló con la mirada centrada en mí en lugar de en quien acababa de

hacerle la pregunta. Curioso. No había contestado lo que le habían preguntado. Había dicho la verdad sabiendo que iba a valerles.

Sonreí mientras White me soltaba las esposas. La patrulla que se iba a llevar detenido al cocinero acababa de llegar y los tres salieron de allí. Aquel tipo pocas veces podría decir que iba a llevar un poli de cada brazo, como si fuera la puta reina del baile.

—Tenéis que ir a comisaría a testificar por el intento de homicidio —informó Terry de espaldas a nosotros—. No tardéis.

—Joder, Tyler —dije cometiendo la equivocación que tanto le molestaba y yo siempre repetía—. ¿Quién te iba a decir que acabarías siendo el listo de tu binomio?

—Terry —contestó apretando los dientes y girando la cabeza para mirarme con odio—. Me llamo Terry. Cállate antes de que me invente algo por lo que meterte en el calabozo un par de días.

Mientras salían de la cocina pude oír al pobre Tucker pillar por fin la broma.

—¿Ese cabrón acaba de llamarme tonto?

# POR LAS BUENAS...

*Charlie, miércoles 15 de mayo*

*Justo después...*

El agente White asintió con una pequeña y tensa sonrisa a modo de despedida, muy diferente a la de su compañero, quien quise pensar que era un buen y responsable profesional aunque hubiera aprovechado el momento para ligar conmigo.

O al menos lo intentó.

Tampoco perdió la oportunidad de anotarme su número de teléfono y pedirme que lo llamase si necesitaba cualquier cosa.

—Lo que sea, señorita Miller —murmuró con voz profunda y una seductora sonrisa cuando ya se marchaba.

Un bufido atrajo nuestra atención y allí estaba aquel detective, apoyado contra la encimera de la cocina, con los brazos cruzados y una expresión que oscilaba entre la molestia y el más absoluto asco dibujada en su rostro. El agente Tucker gruñó, pero ni siquiera lo miré cuando me apretó el brazo con suavidad y se marchó siguiendo la estela de su enfadado compañero. Por más que quisiera, era incapaz de apartar la vista del hombre frente a mí.

Alguien que resultaba tan imponente como imbécil.

Traté de dejar mi rostro en blanco. No quise que viera de cuántas y tan diferentes formas me afectaba. Aunque debo reconocer que si había una emoción que en aquel momento sobresalía por encima de las demás era... la furia. Estaba... ¡Oh, tan malditamente enfadada! Ninguno de los dos dejó de mirar a los ojos del otro, ni siquiera cuando él levantó uno de sus brazos y,

con una pequeña mueca, se frotó el cuello.

Ladeé la cabeza.

—¿Te he hecho daño?

Supuse que aquel movimiento fue algo inconsciente, porque pareció sorprendido por mis palabras y, de inmediato, se irguió y metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—No me ha golpeado tan fuerte —respondió con chulería. Entrecerré los ojos—. Lo que más daño me ha hecho ha sido esa jodida música.

Como ya dije, imbécil.

Enarqué las cejas y sonreí.

—Bien.

Tras aquella seca respuesta le di la espalda y salí de la cocina. Necesitaba café y un poco de azúcar. Apenas eran las seis de la mañana y ya estaba lista para dar por terminado el día. Lo escuché refunfuñar tras de mí y apenas reprimí una sonrisa mientras ponía en marcha la cafetera. En dos zancadas ya estaba al otro lado de la barra e, incluso sin mirarlo, sentí sus ojos clavados en mí. Probablemente, cavando agujeros en mi espalda.

—¿Eso es todo lo que tiene que decir? —escupió molesto.

—¿Cómo lo quieres? —Cuando solo obtuve silencio, le disparé una mirada interrogante por encima del hombro—. ¿Y bien? ¿Esperas que me la juegue y adivine?

Paseó la mirada entre la cafetera y yo. Ver aquel músculo palpitar en su mandíbula mitigó un poco los nervios y la molestia por todo lo acontecido. Estaba bien saber que no era la única afectada.

—No es momento para ponerse a preparar café, señorita Mil...

Pulsé el botón y el silbido de la máquina ahogó su voz.

Apreté los dientes.

Maldita sea, estaba enfadada. Muchísimo. También muy sorprendida, pero

era consciente de que me convenía llevarme bien con él, así que, en la medida de lo posible, intentaría no saltarle a la yugular.

Una vez hube preparado los cafés, los coloqué sobre la barra. El suyo quizás lo dejé con más fuerza de la necesaria. Enarcó la ceja y me miró.

—¿Dos azucarillos?

—Puede que eso consiga endulzarte el carácter —sonreí melosa.

Lo ignoré y comencé a saborear mi café, dándole tiempo para tomar la palabra. Conocía a los tipos como él y siempre querían llevar la voz cantante. Además, era yo quien merecía una explicación, después de todo, lo ac...

—Sigo esperando una disculpa.

—¿Perdón? —Seguro que había escuchado mal.

Se irguió, aunque no me perdí el hecho de que, al hacerlo, rotó los hombros en un movimiento casi imperceptible, como si quisiera deshacerse de alguna incomodidad. Sí que le había hecho daño al golpearlo.

—Salvé su vida y usted me devolvió el favor golpeándome como una jodida lunática —respondió altanero.

Hijo de...

Inspiré hondo, lo ignoré y, para tratar de calmarme, fui hacia el expositor. Normalmente, cuando quedaba comida, ese mismo día la llevaba al albergue para que la aprovecharan. Eso, o bien se la daba a Willy, un sintecho que rondaba siempre por el barrio. Odiaba tirar aquellas delicias y, además, de un día para otro seguían estando exquisitas; la realidad era que me gustaba ofrecer a los clientes productos preparados en el día. Pero el anterior salí más tarde de lo normal y no tuve tiempo de hacer lo uno ni lo otro. Serví un *cupcake* en un platillo y se lo puse delante. Igual resonó demasiado el golpe sobre la barra, pero estaba cabreada.

—Come —espeté, mirándolo a los ojos.

—Sigo esperando —replicó cruzándose de brazos.

—Cómete el maldito *cupcake* —exigí de nuevo, al límite de mis nervios  
—. ¿Acaso crees que está envenenado?

Apretó la mandíbula y resopló justo antes de decir:

—Señorita Miller...

Aplasté ambas manos sobre la barra con la suficiente fuerza como para sentir la quemazón en las palmas, pero ignoré el aguijonazo.

—¡Charlie! —grité—. ¡Me llamo Charlie, maldita sea!

—Llamarla así no es profesional, señ...

Reí.

Una carcajada histérica y carente de humor antes de fulminarlo con la mirada.

—¿Profesional? —Sacudí la cabeza—. ¿Estás de broma? —Apretó la mandíbula y continué—: En el lapso de una semana...

—Nueve días —apuntó.

Juré patearle su pomposo culo si no se callaba de una vez.

—...He perdido y enterrado a mi padre —comencé a enumerar—. He heredado un dinero y una empresa que jamás quise, he sido acosada por una viuda y unos socios a los que detesto. —Me incliné hacia delante sin dejar de mirarlo a los ojos—. He sido acusada de asesinato y, de rebote, salvada de ser asesinada por mi no tan fiel empleado por el mismo hombre que... —sacudí la cabeza—, de forma ilegal y sin mi conocimiento, había instalado cámaras de vigilancia en mi local; así que discúlpame si me paso tus formalismos y profesionalidad por el trasero, Lance.

Transcurrieron algunos segundos en silencio, hasta que lo primero que se le ocurrió decir fue:

—¿Podría apagar eso? —Y seguía tratándome de usted, el muy cretino—. Es insoportable.

Me eché hacia atrás y escuché. Sheryl Crow cantaba *Sweet Child O'Mine*.

Había estado tan obcecada con nuestra discusión y tratando de dejar claro mi punto de vista, que ni siquiera había reparado en la música que seguía sonando.

—¿Desde cuándo me espías? —pregunté ignorando su exigencia—. Y, mejor, ¿cuándo demonios instalaste esas malditas cámaras?

Se acomodó en un taburete y volvió a rotar los hombros.

Me tragué la píldora de culpabilidad en el instante en el que volvió a hablar.

—¿Jamás percibió algo extraño en el señor Bell? ¿Algo que la hiciera sospechar que quería matarla?

Empujó el platillo con el *cupcake* hacia mí. Enarqué una ceja, crucé los brazos y los apoyé sobre la barra inclinándome más hacia él.

—Ese hombre está enfermo —respondí en voz baja—. Padece síndrome de Tourette y su forma habitual de saludarme es llamarme zorra, ¿qué se supone que debería haber notado diferente en él?

—Si estuviera más atenta a los detalles...

Volví a empujar el dulce en su dirección. Miró hacia abajo con una mezcla de anhelo y rechazo dibujada en su rostro que me hizo sonreír a pesar de las circunstancias.

Pero aquello no nos estaba llevando a ninguna parte.

—Mira, Lance...

—Sería mejor que no se tomase tantas confianzas.

Lo ignoré.

—Lo único que sé es que Owen ha intentado asesinarme —suspiré—. No solo eso, sino que, al parecer, alguien le encargó que lo hiciera. Y sí, tú se lo has impedido y... eh, te lo agradezco, por supuesto. —Lo miré a los ojos—. Pero si estás esperando a que me disculpe, vamos a estar un buen rato aquí, porque no pienso hacerlo. Es más... —puse los brazos en jarras y enarqué una

ceja—, todavía no he escuchado tus disculpas. Ni siquiera un «gracias, Charlie».

Bufó.

Era como si quisiera reír, pero no recordase cómo hacerlo.

—No le debo ni lo uno ni lo otro, señorita Miller.

—No he presentado cargos —repliqué con falsa dulzura—. De lo contrario, estarías entre rejas ahora mismo. —Recordé el fondo de pantalla de su teléfono, el escudo de los Cubs. Me mataba ceder de aquella manera, pero tenía que pensar en la recompensa a largo plazo—. Muy bien —claudiqué—, tú y yo, el lunes, en el Wrigley Field... Los Cubs contra los Philadelphia Phillies, ¿qué me dices?

El hombre parecía absolutamente espantado ante la idea.

—¿Acaba de pedirme una cita?

Apenas contuve un gruñido.

Y el golpe a mi ego... Maldito cretino presuntuoso.

—Estoy tratando de enterrar el hacha de guerra, Lance —expliqué—. No estaría de más que pusieras un poco de tu parte.

Silencio.

Aunque aquel hombre sacaba lo peor de mí, no pude evitar fijarme en lo terriblemente atractivo que era. De esas personas capaces de llenar un local vacío con su sola presencia. De las que, con un solo vistazo, eres capaz de identificar entre una multitud.

Me miró en silencio y fue muy rápido en cambiar de tema.

—¿Le suena de algo la descripción que nos dio Owen?

A la porra el partido.

No tenía ni la menor idea de a qué se refería.

—¿Qué?

—La descripción.

—¿Qué descripción?

—Del hombre que contrató a Owen para matarla —aclaró.

—Y, de nuevo, ¿qué?

—¡Me cago en la puta! —gruñó y golpeó con los puños sobre la barra, justo antes de ponerse en pie y fulminarme con la mirada—. ¿Sabe siquiera en qué día vive? —Me cuadré, pero no me dio tiempo a responder—. Repito: Owen dio una descripción del tipo que lo contrató para asesinarla, señorita Miller.

—¡¡Estaba en *shock*!! —me defendí y levanté los brazos, exasperada.

—Varón de unos treinta años, con estúpidas gafas de sol rojas y una barba ridícula —recitó de corrido y entre dientes—. ¿Le suena de algo?

Estaba cabreada por su manera de hablarme, pero, cuando sus palabras penetraron en mi mente y comenzaron a tener sentido, mi ceño fruncido se alisó y mis labios, que hasta aquel momento tenía apretados en un mohín, comenzaron a separarse hasta formar una enorme O. Sí, se me ocurría alguien que encajaba con la descripción, pero, de repente, algo más tenía sentido. Algo que acababa de recordar...

—¡¡Oh, Dios mío!! —grité mirando hacia la calle.

Él saltó y en menos de un segundo había sacado la pistola y apuntaba hacia la puerta de entrada.

—¡¡Agáchese!!

—¿Qué demonios estás haciendo? —volví a chillar.

Me lanzó una mirada de reojo sin bajar el arma en ningún momento.

—¿Por qué cojones ha gritado?

—Porque acabo de recordar que hace dos días alguien intentó atropellarme.

Poco a poco, como si fuera a cámara lenta, bajó el arma y volvió a guardarla en su cartuchera. Se quedó ante mí, como un enorme y muy cabreado

soldado preparado para la batalla. Tenía los brazos a los costados, la cabeza gacha... Veía sus dientes y juraría que resollaba, como si fuera un toro a punto de embestir. Abría y cerraba los puños como si intentase deshacerse de la tensión. Cuando me vio observándolo, metió las manos en los bolsillos del pantalón y separó ligeramente las piernas.

—Explíquese —exigió entre dientes.

—¡Ey, relájate! —Nada. Como si le hablase a una pared. Él estaba tenso y congelado, esperando a que me explicase. Suspiré—. El lunes estaba cansada de recibir llamadas. De Camila, de los socios de mi padre... —Sacudí la cabeza—. La cuestión es que decidí salir a pasear para despejarme un poco y, en un momento dado, un coche estuvo a punto de atropellarme cuando cruzaba la calle. Pensé que incluso pudo ser culpa mía por ir distraída, pero ahora no sé...

—¿Por dónde cruzó?

—¿Qué tiene eso que ver con lo qu...?

—¿Por. Dónde. Coño. Cruzó? —repitió entre dientes.

Inspiré hondo y crucé los brazos antes de responder.

—En la misma calle de mi apartamento hay un paso de peatones un poco más arriba y yo iba a...

—Así que cruzó por donde debía hacerlo —meditó para sí mismo e interrumpiéndome. Otra vez—. Dudo mucho que fuese un accidente. Puede que incluso se tratase de Owen. Vamos. —Señaló con la cabeza hacia la puerta—. Tenemos que presentarnos en comisaría para declarar y de paso averiguar si lo del lunes fue la misma persona o alguien más trata de quitarla de en medio.

Me puse en movimiento, no por obedecer sus malditas demandas, sino porque de verdad quería entender qué diantres estaba pasando y quién quería matarme.

Poco antes de alcanzar la puerta, me detuve en seco con la cazadora

vaquera a medio poner.

—Cox.

Lance se giró hacia mí con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—La descripción que dio Owen —aclaré—. Andy Cox es la única persona que encaja con lo que has dicho.

Cerró los ojos un segundo y un diminuto surco apareció entre sus cejas antes de asentir y volver a clavar en mí sus ojos verdes.

—Lo recuerdo del funeral. Bien, esto es lo que haremos... —Se cuadró aún más, si es que aquello era posible—. La llevaré a comisaría para declarar, averiguaré si Owen tuvo algo que ver con lo del lunes y, después, la dejaré en su apartamento mientras sigo la pista de Cox. —Dio un paso hacia mí—. Escúcheme bien, no saldrá de casa bajo ningún concepto.

—Pero...

—Ninguno —repitió—. No sabemos quién más está implicado, puede que alguien intente volarle la cabeza en cuanto ponga un pie en la calle, así que este es el único modo de garantizar su seguridad.

—Quiero ir contigo.

—No.

Así, sin más.

¡Ja!

—Quiero ayudar —repliqué. Esbozó una media sonrisa socarrona que quise borrar de una bofetada—. *Puedo* ayudar —insistí—. Quiero acompañarte cuando sigas a Andy.

—He dicho que no.

—¡Es mi vida de lo que estamos hablando!

Le propiné un manotazo en el hombro y él miró como si una mosca se hubiera posado allí antes de dirigir la mirada hacia mí de nuevo.

—Usted solo sería un estorbo, señorita Miller —respondió con una tranquilidad exasperante—. Soy detective y este es mi trabajo. Usted quédese en casa y déjeme esto a mí. Y ahora... —Abrió la puerta y, con un gesto de la mano, me indicó que saliera—. Vamos, la llevaré a comisaría.

—Si no me dejas ayudarte con la investigación, puedes largarte. —Lo despedí con un cabeceo—. Pediré un taxi.

Transcurrieron algunos segundos en silencio hasta que se encogió de hombros como si le importase un bledo. De hecho, era muy probable que así fuera.

—Como quiera —asintió antes de salir—. Cuídese, señorita Miller. Sería una pena que la matasen tan pronto.

Apreté los dientes y lo fulminé con la mirada. El hombre era un cretino, pero no quería decir algo que echase a perder las pocas probabilidades que tenía de estar a buenas con él, así que traté de calmarme.

Lo observé caminar por delante de la cristalera de la cafetería antes de perderse calle abajo. Me acerqué y lo vi subir a un flamante BMW.

El hombre me había dicho cuál era su siguiente pista a seguir. Acababa de indicarme sus próximos pasos.

«Ya nos veremos», me había dicho. Y lo haríamos, por supuesto que sí. Mucho antes de lo que él creía.

# O POR LAS MALAS

*Charlie, viernes 17 de mayo*

*Dos días después...*

Llevaba dos días jugando a los espías.

Tampoco es que tuviera algo mejor que hacer, la verdad.

Por un lado, mi cocinero había intentado asesinarme y, puesto que yo era un desastre en cualquier actividad culinaria que fuese más allá de preparar unos macarrones con queso precocinados, poco podía hacer en la cafetería. Colgué el cartel de «cerrado por motivos personales» y puse un anuncio en el periódico buscando sustituto.

Por el otro... bueno, aquel maldito detective me había ordenado que me quedase en casa. *En casa*. Esperando hasta que él se dignase a informarme. Si es que lo hacía, cosa que dudaba. Quiso aparcarme a un lado como si no fuese más que un pequeño y delicado adorno a punto de romperse. Como si no sirviera para nada.

Habían envenenado a mi padre. Habían intentado asesinarme. Y él no pensaba dejarme acompañarlo. Ni siquiera era consciente de hasta qué punto podía serle útil. Sonreí y palmeé con afecto mi bolso, ansiosa por mostrarle lo equivocado que estaba. Tenía toda la intención de restregarle mis habilidades detectivescas por la cara hasta que se disculpase. Sí, es cierto que me lo había puesto fácil ya que sabía cuál era su siguiente pista a seguir: Andy Cox.

No tuve que estar el día entero de acá para allá. Después de todo, aquel hombre seguía teniendo un horario laboral que cumplir, pero sí me ocupé de estar al acecho cuando llegaban los descansos para comer o al acabar la

jornada. También conocía el coche de Lance, así que el resto fue pan comido. Solo tenía que coger un taxi y ponerme en marcha tras ordenarle al conductor, muy emocionada: «Siga a ese coche». Me miraban como si estuviera chiflada, pero ya sabemos que el cliente manda.

Así que ahí estaba, en North Columbus Drive, tras los pasos de Andy. Ya había visto el coche de Lance aparcado justo en la esquina de enfrente, al acecho, pero me ocupé de que no me descubriera. Todo a su tiempo.

Fruncí el ceño cuando vi a Andy entrar en el hotel Fairmont. Ni siquiera hice suposiciones locas al respecto porque aquello tan solo me resultó... extraño. Sin más. Acababa de salir del trabajo y, en lugar de irse a tomar una copa con los compañeros o a su casa a relajarse, se iba a un hotel. Pasó algún tiempo. La gente caminaba a mi alrededor, pero yo no me movía del sitio, me limitaba a mirar continuamente desde la entrada del hotel al coche de Lance. No quería perderme nada y estaba segura de que él había visto lo mismo que yo.

Ogghh... aquello no era emocionante.

Era muy, muy aburrido. Y estaba harta de permanecer allí de pie, sin más.

Entré en el pasaje comercial del Radisson para dar con buen pie mi siguiente paso. Minutos después, caminaba como una mujer con una misión cuando me dirigía hacia el coche de Lance. No conseguí abrir la puerta del coche y tenía las manos ocupadas, así que no me quedó más remedio que golpearla con el pie para llamar su atención. Lo miré a través del cristal con una sonrisa y él solo fue capaz de fruncir el ceño.

—¡Abre!

Vi sus labios moverse y, aunque no tengo ni la más remota idea de qué dijo, no parecía muy feliz. Desbloqueó y me abrió.

—¿Acaba de patear la puerta de mi coche? —Fue lo primero que gruñó—. Y, ¿qué coño cree que está haciendo? Acordamos que se quedaría en casa

hasta nuevo aviso.

«Tranquila», me dije.

—Solo para futuras referencias: no llevo muy bien que me den órdenes, Lance —respondí sin mirarlo mientras desempaquetaba las compras—. Además, te demostraré que soy mucho más útil aquí y... ¡he traído comida! Esto de la vigilancia es malditamente aburrido.

Me fulminó con la mirada justo antes de observar, horrorizado, todos los dulces que había comprado.

—¿Comida? —escupió entre dientes—. ¿En mi coche? ¿Qué coj...?

—También café. —Le entregué su vaso—. Leche y dos de azúcar, como a ti te gusta.

—Usted no tiene ni puta idea de cómo me gusta.

—Hace dos días no te quejaste.

—Saque esa maldita comida de mi coche, señorita Miller.

—Oh, vamos... he traído donas. —Clavó los ojos en el dulce que sujetaba entre mis dedos—. Rellena de mermelada.

—Tapicería de piel —replicó, y juro que el hombre parecía al borde del colapso—. Esa mierda chorrea, así que guárdela. O tírela, me importa un carajo.

Volvió a mirar hacia el Fairmont.

—También he traído esto —ofrecí otra delicia distinta, tras devolver la dona a la caja.

No sé qué demonios pensaba hacer, pero se giró y al hacer un aspaviento con la mano, golpeó la mía y el *cupcake* cayó entre sus pies.

—¡¡¡Joder!!!

Puse los ojos en blanco y me incliné entre sus piernas para coger el maldito dulce.

—Respira, por el amor de Dios —refunfuñé—. Te va a dar un infarto.

—¡¿Qué coño cree que está haciendo?!! —Trató de retroceder cuando apoyé la mano en su muslo y mi cabeza quedó cerca de su entrepierna, casi como si quisiera fusionarse con el asiento para escapar de mi contacto—. ¡¡Salga de ahí ahora mismo!!

—¡Ya! ¡Lo tengo! —Le mostré el dulce rescatado—. Tranquilo, tranq... — Me detuve y escuché—. ¿Billie Holiday? —Asintió y vi un músculo palpitar en su mandíbula—. Jamás lo habría imaginado. O sí.

—Teniendo en cuenta la mierda que escucha usted, no me extraña que no sepa apreciar la buena música.

Inspiré hondo, porque estaba estirando mi paciencia hasta el límite.

—Mi padre era un apasionado del *jazz* —expliqué, y no pude evitar sonreír—. No sé cuántas veces lo vi bailar con mi madre al son de Ella Fitzgerald. Todavía recuerd... —Me enderecé y miré sobre su hombro—. Mierda, ¿Camila?

Giró la cabeza con un latigazo hacia la entrada del hotel. Y, sí, sin duda alguna era ella. No llegó en el coche de mi padre. No era Randy quien conducía. Llegó en taxi, se bajó con su rubia y ondulada melena perfectamente arreglada y luciendo un entallado vestido rojo de corte *midi*. Entró en el Fairmont después de que el conserje le abriera la puerta. Demasiadas coincidencias para tratarse de una casualidad.

Hija de...

Mordí la maldita dona y entrecerré los ojos.

—Me está distrayendo con ese parloteo —espetó Lance aún mirando por la ventana—. Va a bajar de mi coche, subirse en un taxi y largarse a casa a lo que sea qu... —Me miró y levantó la voz—. ¡Vuelva a guardar esa jodida cosa en la caja!

Sentí la mermelada caer en mi muslo. Lo miré y él tenía los ojos clavados ahí, en mi piel. Aquel día llevaba un vestido de corte asimétrico. Era una

auténtica preciosidad en tonos tierra, de media manga y con la parte delantera llegando a medio muslo para después alargarse hasta encontrar la parte trasera rozando los tobillos. La cuestión era que, al estar sentada, mis piernas estaban demasiado expuestas y Lance parecía muy... interesado.

Me removí y, con el codo, traté de tapar la enorme cicatriz en mi muslo derecho.

Clavó la vista en mis labios cuando me chupé los dedos antes de palmearle el hombro.

—Vuelvo enseguida.

—¿Adónde coño cree que va?

Le pasé la caja de comida y no le di tiempo a responder. Si tenía algo bueno el haber crecido donde yo lo hice, era saber moverse en ciertos ambientes.

Minutos después, salí del Fairmont con una sonrisa. Él observaba cada uno de mis pasos con aquel perpetuo ceño fruncido. ¿Bamboleé un poco más de lo necesario las caderas al caminar? Puede ser. Era una mujer y aquel tipo era *sexy* como el demonio, pero solo me veía como un molesto insecto. Era inevitable tratar de cambiar aquella percepción de alguna forma.

Golpeé su ventanilla con una pícaro sonrisa. Tardó, pero finalmente bajó el cristal.

—¿Se puede saber qué ha hecho?

—Vamos, tenemos que coger una habitación en el Radisson —dije, meneando las cejas.

—¿Por qué? —Parecía receloso. Incluso asustado.

Por el amor de Dios, ¿qué pensaba que quería hacerle?

Suspiré.

—Camila y Andy —expliqué—. Sé en qué habitación se alojan y, si queremos obtener pruebas, necesitamos un lugar desde el que se tenga una

buena perspectiva.

Sí, ya sabía que era difícil y que muchos factores podrían dar al traste con mi idea, pero no perdíamos nada por intentarlo.

—Dudo mucho que consigamos buenas fotos con un simple teléfono —resopló.

No pensaba dejarme influenciar por su estúpido pesimismo.

—No —respondí altanera—. Pero para eso he traído a mi querida Cani.

—¿Cani? ¿De qué demonios está hablando?

No lo digné con una respuesta. Tan solo exigí, sonriente, antes de echar a andar hacia la entrada del hotel:

—¡No olvides traer los dulces!

Acababa de hacer el *check-in* cuando apareció lanzándome una mirada de disgusto.

—No sé qué cojones cree que está haciendo ni a qué juega... —espetó mientras subíamos en el ascensor.

—No estoy jugando —repliqué mientras abría la puerta de la habitación—. Ya te lo dije: puedo ser muy útil en esta investigación. —Y no le permitiría que me apartase a un lado. Antes de entrar, saqué de mi bolso una pequeña carpeta color manila y, sin mirarlo siquiera, lo golpeé con ella en el pecho—. Echa un vistazo a esto antes de seguir hablando —insté con sorna.

Fui directa hacia el gran ventanal de la *suite*. Tenía cero orientación y esperaba no haberme equivocado y poder obtener una buena vista.

Había tenido que coger una *suite* presidencial, así que estábamos bien provistos de todo, incluida una pequeña barra de bar en una esquina. Cogí el taburete y lo coloqué en posición antes de sacar a mi querida Cani.

—Pero ¿qué cojones...? —preguntó—. ¿Me ha estado espiando?

—*Touché*, querido Lance.

—Responda a la maldita pregunta.

Sonreí mientras descorría la cortina, me acomodaba y ajustaba el objetivo. Sabía perfectamente lo que estaba viendo: a sí mismo.

Diferentes horas, expresiones y ubicaciones. Aquel sobre contenía infinidad de imágenes de Lance Evergreen. No era broma cuando dije que llevaba dos días jugando a la espía y aquello me dio la oportunidad no solo de captar a Andy, sino de conocer más a mi compañero de aventuras.

—Pareces siempre taaan tenso —dije con sorna y sin mirarlo.

El único sonido en la habitación era el que hacía aquel hombre al pasar las imágenes.

—¿Me has seguido?

—No —reí—. Fuiste un extra, por así decirlo. En realidad, seguía a Andy. —Por fin los encontré. Séptima planta, quinta ventana comenzando desde la izquierda—. Os tengo —murmuré.

—¿Tiene a Cox? —Escuché sus pasos amortiguados sobre el suelo de moqueta—. ¿Podrá conseguir alguna buena imagen con esa cámara?

Bufé.

Hombre de poca fe.

—Cariño, mi Cani es un caballo de batalla —musité. Los tenía justo en la mira—. Esta preciosidad tiene un AF de área amplia de gran precisión con diecinueve puntos de tipo en cruz, y es perfecta para hacer el seguimiento de un sujeto en movimiento. —Lo miré sobre mi hombro y sonreí—. Tú eres la prueba de ello.

No sonrió. Ni siquiera se movió, él... tan solo estaba allí, impasible. Observándome con una abrumadora intensidad, como si acabase de descubrir alguna extraña criatura digna de estudio.

—Dígame lo que ve —pidió, o exigió, con voz ronca. Suspiré y volví a mirar a través del objetivo—. Puede que tengamos la clave de lo sucedido estos días.

Fruncí el ceño.

—¿Crees que...? —Maldita sea, era tanto lo que había sucedido que necesitaba reordenar todo—. Si tomamos como válido el testimonio de Owen...

—Lo es.

—...Y resulta que es Andy quien lo contrató... —continué con mi reflexión—. ¿Esto quiere decir que Camila también está en el ajo?

—Tiene sentido —respondió. Y juro que podía sentir su aliento en mi nuca—. Con su padre muerto y usted fuera de la ecuación, Camila se queda con todo.

—No lo entiendo... ¿Encargaron mi asesinato antes o después de que mi padre muriera? —Había algo que no terminaba de encajar—. O ¿fueron ellos quienes lo asesinaron?

—Eso es justamente lo que me propongo averiguar.

Ya, y yo también.

Oohh... Por lo que podía ver, se habían cogido con muchas ganas. Solo les faltaba arrancarse la ropa.

—Oh, vaya...

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

Se acercó tanto a mí que el calor de su cuerpo parecía quemar mi espalda. Por alguna razón que no llegaba a comprender, aquel hombre me atraía hasta el punto de que quería... *necesitaba* inclinarme hacia atrás. Hacia él.

Me aclaré la garganta.

—Bueno, digamos que estos dos no se acaban de conocer —expliqué—. De hecho, parecen muy familiarizados el uno con el otro.

Hijos de... La viuda y el pupilo de mi padre. ¿Podía haber mayor traición?

—Haga el puñetero favor de explicarse.

Uhm... muy bien.

—Bueno, parece ser que Andy es muy hábil con su lengua. —Clic. Ladeé la cabeza—. Eso, si tomamos como referencia el hecho de que Camila esté de pie agarrando puñados de su cabello mientras él está arrodillado haciéndole un *cunnilingus*. —Ella parecía extasiada—. Sí, muy hábil.

Vaya.

—Ya veo —murmuró Lance, con voz ronca.

Clic. Clic. Clic.

Ella estaba con la cabeza echada hacia atrás, vi sus labios moverse y, en un arranque de pasión, Andy se levantó y la sujetó por los muslos hasta que ella envolvió las piernas en torno a su cintura justo antes de dejarse caer sobre la cama.

Juro que casi podía escuchar en mi cabeza el *Let's Get It On* de Marvin Gaye. Era lo único que me faltaba para entrar en situación.

—Dios santo... —murmuré.

Crucé las piernas, necesitando sentir la presión de mis muslos al apretarse entre sí.

—¿Qué? —Sonaba frustrado.

—Andy... —Clic—. Bueno, es como... —Clic—. Esas estocadas... es... es increíble la pasión que estoy viendo. —Clic—. Cómo entra y sale de ella, la forma de embestir parece profunda y fuerte... —Clic—. Casi puedo escuchar los gritos y gemidos de Camila desde aquí.

—Ya veo —repitió.

Escuché alguna especie de recrujido plástico, pero era incapaz de apartar la mirada de la sensual y erótica escena que se desarrollaba en aquella habitación.

—Es increíble. —Clic—. Incluso veo su trasero apretarse cada vez que la embiste. Jamás pensé que ese hombre pudiera ser tan pasional. —Clic—. Oh,

ahora es ella quien lo cabalga. —Clic—. Dios santo, esta cámara es la leche, incluso veo el bamboleo de sus pechos y Andy... Uhm... —Clic—. Debe estar muy bien equipado.

—Dígame algo que nos sirva.

*Crack. Crack. Crack. Criticrack.*

Aquello sonaba a...

Me giré y allí estaba Lance, con la vista clavada en el ventanal como si él también estuviera viendo a aquellos dos en plena faena. Pero no fue aquello lo que me sorprendió, sino...

—¿Rechazas mis *cupcakes* y te pones a comer M&M's? ¿Estás de broma? Ni siquiera me miró.

—Me gustan —ofreció por respuesta.

Increíble. Sacudí la cabeza y volví al trabajo. Habían invertido posiciones otra vez y Andy estaba encima.

—Oh, vaya. Así llega más profundo. —Clic—. Está sujetando la pierna de Camila sobre su hombro y es... es... —Clic. Suspiré—. Igual debería haber probado una noche con él antes de rechazarlo.

*Crack. Crack. Crack. Criticrack.*

—¿Cox estuvo interesado en usted?

¿Acaso era tan difícil de creer?

—Ajá —convine. Clic—. O en el dinero de mi padre —murmuré. Clic—. Pero llevo mucho tiempo de sequía a cuestas. —Clic—. No me habrían importado cuáles fueran sus intenciones a cambio de que me empotrasen de esta forma. Eso es sexo del bueno.

*CrackCrackCrackCrackCrackCrackCrackCriticrack.*

Olvidé la cámara y me giré hacia Lance. Era malditamente ruidoso masticando y me estaba poniendo de los nervios, porque aquel crujido resonaba con demasiada fuerza en el silencio de la habitación.

—Eres como un pequeño conejo hiperactivo con mono de zanahorias — observé con el ceño fruncido—. Tú no comes, más bien roes. —Ví gotas de sudor en su sien—. ¿Te encuentras bien?

—Perfectamente —respondió. Me miró brevemente y siguió royendo aquellos malditos M&M's—. ¿Ha acabado ya?

No me perdí el hecho de que, aunque no quería hacerlo, continuaba lanzando miradas a mis muslos. Y yo no sabía si taparme o enseñar más para provocarlo.

Por favor, tratar de hablar con aquel hombre era como lanzarse de cabeza contra un muro de hormigón. Apartó la mirada, así que volví a enfocarme en la *suite* del Fairmont. Camila y Andy sonreían, jugaban y se acariciaban antes de desaparecer tras una puerta que supuse sería el baño.

—Sí —respondí con un suspiro. Una pena, la verdad.

*Crack. Crack. Crack.*

—Ya era hora, joder —murmuró.

—¿Quieres ver lo que he conseguido?

—¡No! —Carraspeó y se guardó el paquete de M&M's en el bolsillo interior de la chaqueta—. Ya habrá tiempo para eso. De momento, parece que hemos dado con algo importante —asintió, pero seguía sin mirarme—. Dos posibles cómplices de asesinato, ambos íntimamente relacionados con tu padre —comenzó a enumerar—. Un móvil: el dinero. —Apretó la mandíbula y sacudió la cabeza—. Pero hay algo que se me escapa. Ese veneno... ¿de dónde salió? ¿Quién debía morir primero? ¿Tú o él? ¿De quién vino el encargo?

Lo observé con atención, como si pudiese ver los engranajes girar en su cabeza. No relajado, pero sí tranquilo, perdido en su propio mundo. Estaba tan absorto en aquellas elucubraciones, que ni siquiera se dio cuenta de que me había tuteado. Y me gustó.

—¿Qué hacemos ahora?

Por fin, mi voz pareció sacarlo de aquella especie de trance y clavó sus verdes ojos en mí.

—¿Sigue en pie la invitación para el partido de los Cubs?

Enarqué las cejas.

Aquello sí que no me lo esperaba. ¿Quería ir a ver el partido conmigo?  
¿Por qué?

Durante unos largos segundos, nuestros ojos quedaron anclados. En una enorme *suite*, envueltos por un silencio tan solo roto por el sonido de nuestras respiraciones, no necesitamos palabras para darnos cuenta de que habíamos llegado a un acuerdo.

No respondió a mi pregunta, pero el hecho de que aceptase lo del lunes era, sin ninguna duda, una ofrenda de paz.

Acabábamos de enterrar el hacha de guerra, ¿verdad?

Sonreí y asentí.

Veríamos a los Cubs.

Formaríamos equipo.

¿Quién dijo que a un hombre se le gana por el estómago?

# AMANTES *MA NON TROPPO*

*Lance, domingo 19 de mayo*

*Dos días después...*

Dos días más de seguimiento a Cox no habían ayudado en absoluto. Se había vuelto a ver con Camila el sábado y no había necesitado a Charlotte y su cámara de la CIA para saber lo que estarían haciendo. Andy se tiraba a la viuda. De acuerdo. ¿Qué sentido tenía aquello? Para mi investigación, nada. Cero. Mierda. Lo que estaba claro era que la hija había quedado fuera de la ecuación. No podía ser la asesina si era también la víctima. ¡Joder! Habría sido tan elegante, tan sencillo, tan perfecto...

Si quería información, tendría que sacarla directamente de los sospechosos. Aquel era el motivo de que estuviese esperando a ser recibido por la doliente Camila en la casa de Glencoe. Por alguna razón que escapaba a mi entendimiento, aquella mujer seguía viviendo allí. No entendía a mi familia, así que no iba a intentar comprender a otra.

Me recibió en una sala de estar gigantesca. Estaba tirada en el sofá con una bata de raso blanca, el pelo revuelto y un vaso en la mano. Aunque el líquido era transparente, habría apostado cien pavos a que no era agua. Ni siquiera se molestó en levantarse.

—Vaya, vaya, vaya —exclamó mirándome—. Si es nuestro amigo el detective. ¿Qué le trae por aquí?

—Quería hablar con usted sobre los recientes sucesos acontecidos en la familia, señora Miller —expliqué acercándome hasta quedar a dos pasos de ella. Dio un par de palmadas en el sofá y acepté la invitación a sentarme.

—Ya no soy la señora Miller —dijo antes de dar un trago a su vaso. Al estar más cerca, pude oler que se trataba de ginebra. ¡Joder con la viuda!—. Ahora soy la señorita Price de nuevo.

—Como prefiera —concedí. Estaba decidido a aprovechar que el alcohol podría soltarle la lengua—. Se lo preguntaré directamente. ¿Tuvo usted algo que ver con el asesinato del señor Miller?

La respuesta iba a ser no. La respuesta siempre era no. Lo que un detective busca no es una confesión, sino la reacción del interrogado. Furia, miedo, incomprensión... Lo que nunca esperas es la carcajada que soltó Camila.

—¿Para qué iba a querer yo que mi marido muriese? —preguntó aún riéndose—. Míreme. Se ha ido y me ha dejado sin nada, señor Evergreen. Para mí, Edward valía más vivo que muerto.

—Tal vez para cobrar la herencia —pinché—. Vi su cara de decepción cuando supo lo que le quedaba.

—Esperaba más, cierto —concedió con un movimiento del vaso—. Eso no significa que necesitara matarlo. En poco más de medio año, lo habría cobrado igualmente.

—Explíquese—pedí, aturdido. Ella volvió a carcajearse y dio un nuevo trago a su vaso antes de continuar.

—Edward tenía cáncer, señor Evergreen —soltó—. Si hubiera hecho sus deberes, ya lo sabría. No tenía ninguna necesidad de matarlo.

Anoté mentalmente comprobar aquel dato. En la autopsia seguro que figuraba, pero no había podido acceder a ella. El cabrón de Wilkins se podía haber dignado a decírmelo, joder. Cuando te pillan, tienes que atacar por otro flanco.

—¿Tuvo usted algo que ver con el intento de asesinato de la señorita Miller? —pregunté echándome hacia adelante y clavando mis ojos en los suyos. Vi la sorpresa en su cara. ¡Bingo! Aquello la había pillado

descolocada.

—No sé de qué está hablando —respondió dando un trago al vaso. Aquel sorbo no era por placer. Tan solo buscaba esconderse detrás de algo.

—Claro que lo sabe, pero la jugada le ha salido mal. —Volví a echarme hacia atrás para disfrutar de mi momento—. No quiere decírmelo, pero lo voy a descubrir. Usted sabe algo sobre todo esto. Si colabora desde el principio, será más fácil para todos.

—¿Quién demonios te crees que eres? —Camila había pasado a estar furiosa en dos segundos. Me señalaba con un dedo de la mano que sostenía el vaso mientras me fulminaba con la mirada—. Crees que lo sabes todo, pero no tienes ni puta idea, Evergreen. ¿De qué me vale que muera Charlie? ¿Qué gano yo con eso?

—¿Venganza? —Aquella tipa me estaba asustando de verdad. No las tenía todas conmigo para pensar que saldría de aquella casa sin que me hubiesen tirado un vaso a la cabeza o arañado la cara.

—La venganza no paga las facturas —contestó apurando la bebida de un solo trago—. Si has acabado de acusarme de todos los asesinatos de Chicago, me gustaría que te largaras de mi casa.

Iba a soltarle que aquella no era su casa. Iba a soltarle que sabía que estaba liada con Cox. Iba a soltar un montón de información solo por el calentón del momento, pero me contuve. No quería que pusiera sobre aviso al amante antes de que pudiese hablar con él.

—Nos veremos muy pronto, señorita Price —dije abrochándome el botón de la chaqueta—. Antes de lo que espera.

Salí encogido esperando el impacto del vaso, pero tan solo escuché un bufido. Por supuesto, no me giré.

En toda relación hay un eslabón débil. Da igual que sea un equipo de

baloncesto, una familia o una pareja. Siempre hay un líder y un pardillo. Camila parecía dura como una jodida roca, por lo que Cox tenía que ser el pringado. No quería confiar en su buena disposición, así que hablé con unos tipos que, por seiscientos pavos, lo metieron en un coche a la salida de su casa, lo llevaron a un almacén abandonado, lo ataron y desaparecieron. Yo había dispuesto el lugar para la ocasión.

Si hay algo que nos llega rápido, son los clichés. Una mesa, dos sillas enfrentadas y un foco apuntando a la cara del hombre que está maniatado. Eso le llega a cualquiera. Andy estaba a punto de cagarse en los pantalones. Me acerqué despacio, haciendo sonar cada paso. Una vez delante de él, me senté en la silla y encendí el cigarrillo que completaba la escena. Ignoré todas las palabras de Cox en el proceso. Primero suplicó, después me amenazó con el manido «Tú no sabes quién soy yo» y luego volvió a suplicar y ofrecer dinero. Estaba bien tierno. Era el momento.

—¡Calla de una puta vez! —grité. Obedeció de inmediato—. Quiero que me digas por qué has intentado matar a Charlotte Miller.

—¿Qu... qué? —fue su respuesta entrecortada—. Yo no sé nada de eso. ¿Quién eres? ¿Qué quieres?

—Soy el tipo que hace las preguntas y lo que quiero es que me digas por qué querías matar a Charlotte Miller.

—Yo no... no... ¿De qué va todo esto? —preguntó saliendo del bucle.

—Te repito que las preguntas las hago yo —insistí. Saqué mi arma y la dejé sobre la mesa con el cañón apuntando directamente a su pecho—. ¿Por qué querías matar a Charlotte Miller?

La aparición del arma surtió efecto. Se le abrieron los ojos como platos, incapaz de apartarlos del agujero por el que podría salir una bala que acabase con su vida. Me apostaba cien pavos a que no se había visto en una igual.

—¡No fue idea mía! —gritó de pronto. Eslabón débil—. Fue cosa de

Camila. Yo solo fui el intermediario. Tiene que creerme. ¡Tiene que creerme!

—Te escucho.

—Camila sabía que su marido se lo dejaría todo a la *hippie* de la hija — siguió Cox. Era como si se hubiera abierto un puto dique—. A la mierda la empresa, a la mierda todo. Tantos años con Edward y se lo iba a quedar una niñata que no sabe ni interpretar un balance. Camila puso el dinero y yo pagué al chico para que se la cargara.

—¡Eso es una chorrada, Cox! —grité dando un golpe en la mesa para que se centrara. Casi se le para el corazón—. Aunque Charlotte muera, no veréis un centavo.

—¡Ya lo sé! —apuntó él con una muda súplica en la cara—. Por eso le dijimos al retrasado que lo dejase, que se quedase el dinero y se olvidase de todo. Pero él tuvo que seguir adelante, joder. ¡Le dije que no la matara! ¡Es la verdad! Con Edward fuera de juego, no nos valía de nada.

Aquel hijo de puta estaba cantando como un pajarito. No se inventaba ni una coma. Solo quedaba un cabo por atar. Tal vez el asesino de la hija se hubiese retrasado y les hubiese chafado el plan.

—¿Por qué matasteis entonces a Edward? —pregunté. Su cara fue la viva imagen de la confusión.

—¿Alguien mató a Edward? ¡Yo no tuve nada que ver con eso! —dijo mientras las lágrimas no dejaban de caer de sus ojos. Me levanté, cogí la pistola y me acerqué a él por detrás para que no pudiese verme la cara. Puse el cañón en su sien.

—Deja de tocarme los cojones, niñato —susurré en su oído—. Sé que habéis sido vosotros. Solo quiero oírlo de tus labios.

—Yo no he sido, joder —replicó entre lágrimas mientras se sacudía por los sollozos. Amartillé el arma—. ¡Yo no he sido! No hacía falta matarlo. ¡Se iba a morir de cáncer en unos meses!

Otra vez aquel puto dato. Mierda. Si los asesinos del padre no tenían nada que ver con el intento de asesinato de la hija, el caso se ponía muy feo. Apreté más la pistola contra su cabeza, pero solo recibí más llantos y súplicas. Aquello era todo. Tenía la verdad, por frustrante que esta fuera. Me guardé el arma y saqué una navaja para cortarle las ataduras.

—Ahora vas a contar hasta cien antes de moverte —musité junto a su oreja—. Luego te vas a ir a tu casa y vas a olvidar esta conversación. ¿Entendido?  
—No hubo respuesta. No parecía creer que aquello hubiese acabado y no fuera a morir—. ¡¿Entendido?!

—Sssí —consiguió balbucear al fin mientras asentía con la cabeza—. Sí.

—Empieza —ordené alejándome—. Que yo te oiga.

No había llegado al veinte cuando salí del almacén. Otra puta pieza que no encajaba. Empezaban a ser demasiadas. Camila le había dado pasta a Cox para que pagase a Owen y este matase a Charlotte. Todo correcto. Sencillo. ¿Dónde encajaba el padre en todo aquello? ¡Joder! Era de locos. Aquella vía estaba muerta. Tenía que empezar por el principio otra vez.

# DÍA DE PARTIDO

*Charlie, lunes 20 de mayo*

*Al día siguiente...*

En cuanto vi su coche detenerse junto a la acera, cogí una cazadora vaquera, el bolso, las llaves y salí disparada de mi apartamento. Había pasado la mañana haciendo entrevistas para cubrir el puesto de Owen, pero ninguno de los candidatos me terminaba de convencer. Todos y cada uno de ellos tenían un «pero» que me hacía echarme atrás. O, quizás, mi cabeza estaba en otra parte. Porque no podía dejar de pensar en Lance y en que aquella tarde nos veríamos.

Sí, ya sabía que aquello no era una cita. No era ninguna niña ingenua. Además, aquel hombre me exasperaba la mayor parte del tiempo, pero... no lo sé, tenía ese «algo», ¿sabes? Ese tirón. Ese invisible hilo de atracción que no hace más que tensarse cada vez que compartís espacio y que te cautiva de forma irremediable.

Incluso cuando quieres abofetearlo.

—Estoy hambrienta —dije a modo de saludo nada más ocupar mi asiento.

Apartó la vista de mis piernas desnudas y me miró a los ojos antes de incorporarse al tráfico con un chirrido de las ruedas. Tras toda la mañana en la cafetería, fui a casa para tomar una ducha y elegí un liviano y precioso vestido de manga francesa azul y blanco con escote en uve y que llegaba a medio muslo.

—Dudo mucho que consigamos mesa en algún sitio —refunfuñó—. Son más de las dos.

La sonrisa murió en mis labios.

Giré en el asiento hasta quedar de medio lado. De aquella forma tenía una perfecta vista de su perfil. Lo estudié con atención. Desde su corto y ondulado cabello castaño, la nariz recta, la mandíbula con barba de algunos días y donde se apreciaba un tic, un músculo que no dejaba de palpar... solo me faltaba ver aquellos ojos verdes.

Ladeé la cabeza.

—¿Alguna vez te relajas?

Me lanzó una mirada de soslayo.

—Estoy muy relajado.

Reí.

Lo hice con ganas e incluso me tapé el rostro con las manos mientras dejaba salir una sonora carcajada.

—¿En serio? —Lo señalé con la mano—. Mírate, estás muy tenso... —Pellizqué su hombro para demostrar mi teoría—. Además, ¿quién demonios viste traje para ver un partido de los Cubs? *Jeans*, deportivas, una camiseta de tu equipo... eso es lo que usaría cualquier persona normal.

Nadie con intención de divertirse va con traje al Wrigley Field, eso seguro.

—Ya. —Apretó el agarre en el volante hasta que sus nudillos se pusieron blancos—. Y seguro que el estadio estará lleno de mujeres vestidas como usted.

No fue lo que dijo, sino el modo de hacerlo.

Me senté recta y alisé la falda de mi vestido. Vestía los colores de mi equipo, pero lo hacía a mi manera y no pensaba dejar que me avergonzase por ello. No permití que mi padre dictase el modo en el que debía vestir y ni mucho menos le iba a dar aquel poder a Lance.

Transcurrieron algunos minutos en silencio. Ni siquiera entendía por qué

diantres había tenido que coger el coche cuando lo más sencillo habría sido dejarlo e ir a pie. Aquella zona se ponía imposible los días de partido.

—Vamos a North Sheffield Avenue —indiqué sin mirarlo—. No está muy lejos del estadio, así que aparca por donde puedas.

Por el rabillo del ojo lo vi asentir, pero ninguno dijo una sola palabra hasta que, tras haber dejado el coche y caminado un par de calles, nos encontramos ante la puerta de un restaurante al que iba siempre que podía.

—¿Adónde demonios cree que va?

Se había detenido en seco y, al verme sola, también me paré y lo miré antes de abrir la puerta del local.

—¿Qué? —inquirí irritada, me olvidé de la puerta y crucé los brazos—. ¿No te gusta la comida mexicana?

Frunció el ceño y metió las manos en los bolsillos del pantalón. Tenía la vista clavada en el letrero.

—*La Cantina* —leyó con un acento de lo más gracioso. Me observó con los ojos entrecerrados—. Dudo mucho que a este lugar se le pueda considerar un restaurante.

Sí, era cierto que su aspecto no resultaba demasiado atrayente. La fachada parecía vieja y estaba pintada con una mezcla de ocre y verde y, justo sobre la puerta, un enorme letrero de madera con el nombre del local te daba la bienvenida.

Me encogí de hombros.

—Puedes hacer lo que quieras —dije echando a andar—. Yo voy a comer.

Al cerrarse la puerta tras de mí, sus refunfuños y protestas quedaron silenciados. Sonreí cuando el sonido de las rancheras y el aroma de las especias, el queso y el pan caliente me envolvieron. Oh, por Dios... aquel lugar olía a cielo.

Las paredes interiores estaban pintadas en los mismos colores de la

fachada. El mobiliario de madera era de un profundo azul, mientras que los bancos y taburetes eran de un naranja óxido; pequeños parterres con plantas de interior estaban diseminados aquí y allá, haciéndolo más acogedor, y las paredes estaban llenas de fotografías antiguas y varios sombreros de charro como decoración. A pesar de la hora, el local estaba casi lleno.

Instantes después, mordí una sonrisa cuando sentí a Lance a mi espalda, pero no tuvo tiempo de hablar porque Manuel, el propietario, caminaba hacia mí con una sonrisa. Tras saludarnos con cariño, nos llevó hasta una mesa libre.

—Micheladas y Coronas para dos, por favor —pedí, mientras leía la carta.

—No parece estar tan mal —apuntó Lance mirando en derredor.

Reí sin humor.

Supuse que aquello era lo más cercano a una capitulación que se podía obtener de él.

—En serio... —Sacudí la cabeza—. Deberías probar a sacarte el palo del trasero en algún momento. Solo para que lo sepas... —Crucé los brazos y me incliné hacia delante. Clavó los ojos en mi escote—. Que no sea algo en lo que normalmente te habrías fijado, no significa que no merezca la pena. Puedes dar con las mayores delicias donde menos te lo esperas.

Él se quedó pasmado, mirándome. Escudriñando cada parte de mi rostro, como si estuviera buscando algo. Un significado oculto tras mis palabras. Finalmente, asintió.

—Supongo que tiene razón.

Guau. Aquello sí que fue inesperado.

Estaba tan serio, tan recto, tan... no sé, ¿incómodo? ¿Estirado? Se le veía fuera de su elemento. Durante los siguientes minutos traté de sacar conversación e incluso le pedí que me dejase elegir la comida. Después de todo, era yo quien mejor conocía aquel sitio. Llegaron los nachos con queso

fundido, las enchiladas norteñas y los tacos. No tardé en atacar.

—*¡Oh.Dios.Mío!* —gemí extasiada—. Esto es una delicia. —Cerré los ojos—. ¡Oh, sí...!

Con cierto recelo, se llevó un taco a la boca y mordió. Frunció el ceño y asintió, sin duda, gratamente sorprendido por el sabor. Y yo no podía dejar de mirarlo. ¿Sabes una de las cosas que más *sexy* me resultan en este mundo? Ver ese movimiento, cómo se marca la fuerte y rasposa mandíbula de un hombre, igual que su nuez de Adán al moverse... y ese irritante hombre era jodidamente atractivo incluso mientras comía.

Maldito fuera.

Me vio mirándolo y rápidamente volví a la comida.

—No está mal —convino. Todo un logro viniendo de él—. Y supongo que habrán pasado las inspecciones de sanidad.

Me congelé con la comida a medio camino de la boca. Con un golpe seco, dejé caer la frente sobre la mesa y rompí a reír. A veces era tan pedante que resultaba incluso cómico. Cuando más lo veía mirándome como si estuviera loca, más risa me daba. Levanté un dedo pidiendo tiempo y di un sorbo a la cerveza.

—Eres muy gracioso, Lance.

—No, no lo soy. —Se enderezó en su asiento y sonreí.

—Precisamente porque no pretendes serlo, resulta que acabas siéndolo.

—Eso no tiene ningún sentido —murmuró antes de atacar las enchiladas.

Sí que tenía sentido, al menos para mí.

Después de aquello, el ambiente entre los dos era relajado. Más o menos. Sí, es cierto que yo llevaba la voz cantante y trataba de conocer más de él, pero no me importaba porque por primera vez desde que nos conocimos no parecía querer amordazarme.

Estaba tan cómoda, que me dejé llevar. Quizás demasiado.

Vi un pequeño rastro de salsa en la comisura de su boca y, sin pensarlo, me incliné y la limpié con el dedo antes de llevármelo a la boca y chuparlo.

—Tenías un poco de salsa en... —Él parecía petrificado. Me olvidé de las explicaciones y seguí a lo mío.

Continué atacando aquí y allá. Saboreando, degustando, disfrutando... y gimiendo. Puede que incluso pusiera los ojos en blanco. Estaba dando un sorbo a mi cerveza cuando me di cuenta de que Lance me miraba fijamente. Parecía descompuesto.

—¿Qué? —inquirí.

Pero no respondió. Se palpó la chaqueta y maldijo.

—Me cago en la puta.

—Lance, ¿te encuentras bien? —Parecía nervioso.

—Jodidamente perfecto —murmuró.

De repente, clavó la vista en los nachos y los atacó sin miramientos volviendo a aquella especie de rol de conejo hiperactivo. Miraba a todas partes excepto a mí. Roía y mordía de una manera demasiado ruidosa para mi gusto, la verdad.

Me aclaré la garganta.

—¿Has probado la...?

No pude acabar cuando se llevó a los labios la michelada y casi vació la mitad del vaso antes de jadear.

—Pero ¿qué cojones...? —resolló—. ¿Por qué coño pica esto? ¡¡Es una maldita bebida, joder!!

Por favor, qué hombre tan aprensivo.

—Si me hubieras dejad...

—Nos vamos —atajó levantándose de su asiento.

—¿Qué? Pero si aún no he comido n...

—He dicho que nos largamos de aquí. Necesito... —Volvió a palparse la

chaqueta.

—¿No tienes dinero? —pregunté, confusa.

Me fulminó con la mirada.

—Eso es lo que alguien como tú pensaría, ¿verdad? —espetó molesto. Y yo estaba a cada instante más perdida—. Sí, tengo dinero. Así que me haré cargo de la jodida cuenta.

Vale, al carajo.

No era aquello a lo que me refería. De hecho, había pensado en invitarlo o, como mucho, pagar a medias.

Molesta, cogí mi bolso y, tras despedirme de Manuel y su mujer, salí a la calle.

Decir que el resto del tiempo fue incómodo sería el puñetero eufemismo del año. ¿El siguiente problema? No tardó en llegar. De hecho, lo hizo en el momento en el que entramos en el estadio y vio hacia dónde nos dirigíamos.

—¿Qué pasa con el palco?

Crucé los brazos y giré para encararlo.

—¿Qué pasa con eso?

Apretó la mandíbula y metió las manos en los bolsillos.

—Tiene un abono vip —apuntó entre dientes—. Vitalicio. —Asentí esperando y sabiendo hacia dónde se dirigía aquello—. Es una privilegiada, lo lógico sería...

—Ya —afirmé y di unos pasos hacia él—. Hiciste bien tus deberes y supusiste que nos acomodaríamos entre el resto de *los snobs* que suelen ocupar esos palcos para ver el partido.

Estábamos cerca... tan cerca.

—Su padre lo hacía —observó con la cabeza ladeada. Como si yo fuera alguna extraña criatura que necesitaba estudiar.

—Sí —coincidí—. Pero yo no soy mi padre.

Asintió y, sin una palabra más, nos dirigimos hacia las gradas.

Si algo me había inculcado Edward Miller desde niña, era el amor por mi ciudad. Por los Cubs. Ciertamente es que nuestros gustos en cuanto al modo de disfrutarlo eran muy diferentes, pero la base estaba ahí. El corazón me golpeaba con fuerza en el pecho y sentía la emoción apoderándose de cada parte de mi cuerpo al verme rodeada por otras cuarenta mil almas excitadas ante lo que se avecinaba. Apenas podía quedarme quieta en el asiento. Veía a tantos hinchas del equipo, todos vistiendo los colores, portando banderines y tomando...

—Enseguida vuelvo.

—¿Adónde demonios va ahora? —preguntó.

Quedé entre sus piernas entreabiertas cuando pasaba. Puse las manos en las caderas y lo miré.

—Has interrumpido la comida y tengo hambre, ¿quieres algo?

Meneé las cejas.

—No me puedo creer que esté pensando en comida —bufó y frunció el ceño.

—Uhhh... si tu amor por los *hot dogs* es similar al que sientes por los *cupcakes*, te traeré uno.

Guiñé un ojo, pero él tenía la vista clavada en mis piernas. Cuando ya bajaba las escaleras, lo escuché gritar a mi espalda:

—¡¡Cacahuets!! —Lo miré, no muy segura de haberlo escuchado bien—. Tráigame cacahuets. O M&M's.

La expresión de su rostro era una mezcla de recelo y vergüenza, así que no tuve ninguna duda de que aquella petición suponía un mundo para él.

Pensé que igual debería hacerse mirar aquella obsesión, pero no se lo dije.

Poco después estaba de vuelta y me acababa de agachar para guardar mi

cartera en el bolso cuando lo sentí pegado a mí y escuché algo.

—¿Acabas de olisquearme el pelo?

Lance se echó hacia atrás, espantado. Enderezó la espalda, clavó la vista en el terreno de juego y comenzó a batallar con el paquete de cacahuetes.

—¿De qué demonios está hablando? —Finalmente, lo abrió y comenzó a roer.

—Estabas oliéndome el pelo —afirmé.

Sabía que no estaba loca. Lo sentí. Lo escuché, maldita sea.

—Está delirando —farfulló sin mirarme siquiera.

—Me pareció sentir que... —Sacudí la cabeza y murmuré—. Da igual, olvídalo.

Después de eso, esperamos.

Degusté y saboreé la cerveza y el *hot dog* entre gemidos mientras Lance se removía incómodo junto a mí.

*Crack. Crack. Crack. Criticrack.*

Lo escuchaba en ese modo *rabbit* y no sabía si reír o llorar, porque me sentía como una estúpida glotona a su lado. Eso fue hasta que lo vi con los ojos clavados en mis labios mientras degustaba aquella enorme y sabrosa salchicha.

—¿Qué? —pregunté tapándome la boca con la mano.

Sacudió la cabeza y refunfuñó:

—Tendríamos que haber estado en el palco.

Oh, por Dios santo...

Cuando me fijé bien, me di cuenta de que Lance no estaba pasando una tarde cualquiera viendo a su equipo favorito. Sí, puede que hubiera aceptado mi invitación, pero allí había más, puesto que no dejaba de escudriñar todo a su alrededor. Era como un halcón al acecho. Y, por absurdo que parezca, me sentí utilizada. Estúpida.

—¿Qué no me estás contando?

Él tenía la vista clavada en la zona donde se encontraban los palcos vips.

—Nada —ofreció por toda respuesta.

Me tragué un gruñido.

—Estamos juntos en esto y...

—Nunca he estado de acuerdo con tal cosa.

—Mataron a mi padre —apunté—. Intentaron asesinarme a mí. Formo parte de esto, lo quieras o no.

—No tiene ni puñetera idea de en qué se está metiendo —gruñó a escasos centímetros de mi rostro—. Este es mi trabajo, es para lo que su padre me contrató...

—Y murió —atajé. Pero se recompuso con rapidez.

—No es algo para lo que una niña rica esté preparada.

—Pero sí querías mi acceso a la zona vip.

—Eso no importa —replicó—. No veo un maldito carajo desde aquí.

Solo podía ver su apuesto perfil. Él no lo sabía, pero era rara la ocasión en la que mi Cani no me acompañaba, especialmente si podía retratar algo digno de recordar. La saqué del bolso y apunté hacia la zona que tan interesado lo tenía.

Él no dijo nada. Yo tampoco.

Estaba claro que difícilmente podíamos llegar a un acuerdo en cuanto a lo que fuese. Tardé un tiempo, pero, finalmente, hubo algo que me llamó la atención. Ajusté el objetivo y allí estaban.

—James y Andy están en el palco —informé.

Aquello no era extraño.

Gibson era el mejor amigo de mi padre y habían pasado años yendo juntos a los partidos. Andy Cox era su pupilo, alguien que encarnaba todo lo que Edward Miller habría deseado ver en un hijo, y fueron muchas las ocasiones

en las que lo invitó a compartir palco.

No.

Lo extraño de la situación era lo tensos que parecían los dos.

—¿Qué? —inquirió Lance inclinándose más hacia mí—. ¿Qué ocurre? —  
Sonaba frustrado. Podría haberme aprovechado de la situación, pero supuse  
que allí había más. De modo que lo guie hasta que prácticamente quedó  
apoyado sobre mí. Enfoqué y dejé que lo viera con sus propios ojos—. Ese  
pequeño mierdecilla mentiroso —masculló.

—¿Quién?

—Cox —señaló—. Y ese maldito abogado amigo de su padre. —Apoyó  
los codos sobre mis piernas, su calor me estaba mareando. No, también su  
aroma—. ¿Qué cojones hacen ahí juntos? —Sacudió la cabeza—. No, no es  
eso... ¿Por qué coño parecen tan cabreados? —Se inclinó más hacia delante  
antes de murmurar—: Están discutiendo, ¿por qué?

Mientras él divagaba en voz alta, yo hacía un esfuerzo titánico por no  
removerme.

Lo escuchaba hablar y sabía... En lo más profundo de mi ser, era  
consciente de que muy probablemente todo lo que decía era importante, pero  
yo solo podía centrarme en él. En su olor. En las zonas donde nuestros cuerpos  
se tocaban. Cielo santo, ¿tanto tiempo llevaba sin tener sexo?

De repente, los gritos y silbidos a nuestro alrededor me sacaron de aquella  
especie de nube cachonda en la que me encontraba sumida y, maldita sea, lo  
que vi hizo que se me secase la boca.

—Oh, mierda —murmuré.

# *HOME RUN*

*Charlie, lunes 20 de mayo*

*Justo después...*

Cuando me fijé bien en lo que ocurría, me di cuenta de que la famosa *Kiss Cam*, por alguna razón que jamás llegaré a comprender, había decidido centrarse en nosotros. Todos los hinchas a nuestro alrededor aplaudían y jaleaban, animándonos, exigiendo entre vítores que les diéramos aquello que esperaban.

—Parece que somos los afortunados. —Saludé con una enorme y falsa sonrisa de dientes apretados. Incluso me atusé mi larga y ondulada melena, por el amor de Dios. Después de todo, estaba en pantalla gigante durante un partido de la MLB y era muy probable que millones de personas me estuvieran viendo desde sus hogares.

Lance se sentó derecho, me observó con aquel perpetuo ceño fruncido antes de pasear la vista alrededor y darse cuenta de lo que ocurría. Allí estábamos, una joven y dispar pareja que no era tal. Más incómodos de lo que nadie se pudiera imaginar y sin saber dónde meternos mientras los hinchas esperaban un apasionado beso.

—Joder, no —espetó.

Como si besarme fuese alguna especie de condena a arder en el fuego eterno. Aquello me molestó y fue mi turno para observarlo con el ceño fruncido. Éramos dos personas jóvenes y atractivas y sabía... *sabía* que aquella atracción que sentía no era algo unilateral.

Ni mucho menos.

—Están esperando —apunté lo obvio.

—Ni siquiera lo piense.

—No nos dejarán hasta que lo hagamos.

Verde y avellana se anclaron.

Una mezcla de ansias, confusión y negación.

O miedo. Qué sé yo.

—De ninguna jodida manera vamos a...

No lo dejé acabar. No estoy segura de qué me poseyó en aquel momento, porque aquella mujer asaltando a un hombre reacio a tener cualquier tipo de contacto con ella no era yo. Iba a por lo que quería, sí. Pero lo hacía cuando sentía una mínima reciprocidad. Cuando las ganas saltaban a la vista. En nuestro caso, no dudaba que las hubiera, pero estaban ocultas bajo capas y más capas de forzado distanciamiento, fría cortesía y testarudez.

Enmarqué su rostro entre mis manos y, sin pensarlo dos veces, lo besé.

Lo hice con la avidez de quien no quiere reprimirse. Con el tacto y la incertidumbre de la primera vez. Una mezcla de ansia y miedo al no conocer la respuesta que me podía encontrar y, aunque esta llegó en forma de titubeo, pronto pasó a ser algo más.

No es solo que aceptase mi intrusión, es que entreabrió los labios y su lengua demandó acceso. No fue que se dejase conquistar, sino que se convirtió en el invasor. Y yo, más que gustosa, le abrí la puerta. Lo dejé entrar.

Me deleité en el tacto de su corta barba bajo mis dedos, en cómo sus dientes rasparon mi labio inferior mientras tomaba el control de aquel inesperado y más que apasionado beso. Me dejé envolver por aquel aroma suyo que tan loca me volvía y, de haber estado solos, no tenía ninguna duda de que aquello habría acabado de forma muy diferente. Nuestras lenguas danzaron, los alientos se entrelazaron, conociéndose, tentándose... descubriendo y conquistando terrenos hasta el momento desconocidos. Ni

siquiera fui consciente de estar agarrando su chaqueta entre mis puños apretados, hasta que sentí una de sus fuertes y enormes manos acariciar y apretar mi muslo desnudo. Gemí en su boca y tiré para acercarlo más a mí.

Casi me encontraba a horcajadas sobre él cuando, sujetando mi rostro con una mezcla indescriptible de firmeza y ternura, me apartó.

—¿Qué estás haciendo? —Clavó sus verdes ojos en los míos. Y estos tenían el brillo propio de la excitación, pero también había confusión y alguna otra emoción que no pude identificar.

Y yo me sentía mareada. Bueno, en realidad, tenía ganas de montarlo.

Por Dios bendito...

—Yo, eh... —¿Qué decir?—. Yo... ellos estaban esp...

—A la mierda nuestra tapadera —espetó.

Me eché hacia atrás, ¿qué?

—¿Tapadera?

—Joder, no entiendes nada.

Tras aquellas palabras, me apartó y se puso en pie. Lo imité. ¿Qué diantres estaba ocurriendo? ¿Acababa de tutearme?

Lo siguiente que supe fue que lo seguía mientras abandonábamos el estadio. Él, refunfuñando. Yo, confundida.

Sí, sabía que aquello no era una cita, pero, aun así...

—¿Se puede saber de qué vas?

Nada, ni una palabra.

Por cada zancada suya, yo tenía que dar dos... no, tres pasos.

—Señorita Miller...

Volvíamos con los formalismos.

—Olvídate de una maldita vez de ese «señorita Miller». —Corrí hasta llegar a su altura—. Acabas de tener tu lengua en mi boca, así que no cr...

—Porque usted me atacó.

Caminaba con la espalda recta, la mirada al frente y los puños apretados. Creo que incluso bufaba como un toro.

Jadeé.

—¿Qué yo te atacué? —Me coloqué frente a él y, con un latigazo, planté ambas manos en su pecho para que se detuviera—. *¿Te atacué?* —inquirí con voz chillona.

—Me saltó encima como una... una...

—Una ¡¿qué?!

Sacudió la cabeza, apretó los labios y se movió hacia un lado para esquivarme. Y me quedé allí, plantada en mitad de una calle abarrotada viendo su ancha y fuerte espalda alejarse.

Maldita sea, no. De ninguna manera pensaba dejarlo estar. Se dirigía hacia su coche y parecía que no le importaba en lo más mínimo dejarme atrás.

—¡¡A la mierda todo!! —escupió.

No me había invitado. De hecho, viendo su actitud, lo más probable era que esperase perderme de vista, pero odiaba que me dejasen con la palabra en la boca y creía que me merecía una explicación, así que, aunque no me invitó, me metí en el coche. Incluso me habría disculpado si no lo hubiera sentido dispuesto durante aquel beso.

No me miraba. Nada.

Arrancó... No, despegó con un chirrido de las ruedas. La música *jazz* comenzó a sonar, pero apagué la radio. Volvió a encenderla.

—Estese quieta de una jodida vez.

Cambié de emisora y se escuchaba a 3 Doors Down. Asintió y frunció los labios, como si aquello le encantase. Yo no era muy fan de ellos. Además, me había propuesto tocarle las pelotas. Volví a cambiar y me topé con *Po-Dunk* de Kid Rock.

—Esto está mucho mejor.

—Y una mierda —escupió.

De un manotazo, aparté su mano para que no pudiera quitarlo.

Comenzó a maldecir por lo bajo, aunque no entendí ni una palabra. Se negaba a hablar conmigo. Bien, podía respetar aquello. Hasta cierto punto. La única razón por la que le permitiría apagar la música sería para aclarar ciertas cosas entre nosotros.

Iba sentada de medio lado, con los brazos cruzados y observándolo con atención. Él, por supuesto, se negaba a reconocer mi presencia. Lo veía alternar la mirada entre la carretera y el espejo retrovisor. De pronto, hundió el pie en el acelerador de tal forma que el estómago se me subió a la boca. No sabía dónde demonios agarrarme. Las calles, los peatones... Todo no era más que un confuso borrón y yo... yo sentía que de un momento a otro el corazón se me iba a salir del pecho.

—¿Podrías bajar un poco la velocidad?

No reconocía mi voz, tan baja. Tan temerosa.

Lo miré de reojo y vi que tenía los nudillos blancos, incluso escuché recrujir el cuero del volante bajo su agarre.

—No.

Apagué la música, tal era mi estado de nerviosismo que le estaba dando aquella pequeña batalla para él.

—Mira, entiendo que estés cabreado...

—Maldita sea.

Hizo un brusco giro a la izquierda y reconocí el parque Clarendon. Estábamos en el Uptown. Casi perdió el control del coche, pero logró enderezarlo antes de volver a acelerar.

Dios, iba a vomitar.

—Lance, por favor, aminora un poco. Vas demasiado rápido. —Nada. Como si estuviera hablando sola—. Ya he quitado la maldita música, ¿de

acuerdo? —No quería golpearlo, pero se lo estaba ganando a pulso—. Ha sido solo un beso, no creo que sea para po...

Sacudió la cabeza con un bufido.

—Esto no tiene nada que ver con ese jodido beso. —Me lanzó una mirada—. Pero, ya que estamos, no vuelva a saltarme encima de esa forma.

Imbécil.

Aquel hombre era un completo imbécil.

Me envaré.

—¡¡Baja la velocidad de una maldita vez!! —Me ignoró. Me enervé aún más. Levanté la falda del vestido y subí la pierna derecha para que viera mi muslo—. ¡Mira esto! ¡Míralo! —Solo me faltaba pegárselo a la cara—. ¿Ves esta cicatriz? —Miró de reojo y lo vi tragar, alternando entre mi muslo y el retrovisor—. Esto fue lo que pasó la última vez que un tipo borracho quiso poner a prueba su coche...

—No he bebido.

Acabaría golpeándolo. Lo sabía.

—Esa no es la cuestión —escupí, tan furiosa como aterrada—. ¡¡Mira mi pierna!!

Y lo hizo, pero no lo suficiente. Volvió a enfocarse en el retrovisor y aceleró. Otra vez.

Comenzó a palparse la chaqueta con una mano, desesperado.

—Joder... —murmuró, ofuscado—. Olvidé los cacahuetes.

Hijo de...

Lo golpeé en el hombro.

—¡Olvida los malditos cacahuetes! ¡Mira esto! —Puse el pie entre sus piernas y el muslo justo ante su cara—. Mi madre murió. ¡Yo estuve a punto de morir! —Me acerqué cuanto pude. El cinturón me tiraba, pero no importaba—. Me dan miedo los coches, Lance, así que, por favor, baj...

—¡¡Nos están siguiendo!! —bramó.

Lo miré aturdida.

—¿Qué?

—¡Que nos están siguiendo, joder! —repitió. Miró mi pierna otra vez antes de clavar sus ojos en los míos—. Haga el favor de quitarme eso de la cara.

—Eso es mi pierna, cretino.

Río sin humor.

—Le digo que alguien nos persigue y se preocupa por cómo me refiero a su pierna. —Sacudió la cabeza—. ¡¡Es acojonante!!

No dejaba de mirar el retrovisor. Corría y serpenteaba entre los coches. Me asomé para tratar de ver algo por la luna trasera y, aunque había bastante tráfico, no me perdí el coche oscuro que parecía correr tanto como nosotros. Cuando bordeamos el parque, Lance hizo un brusco e inesperado giro hacia la derecha, hacia Marine Drive. Dos segundos después, aquel coche reapareció.

—Oh, mierda.

—Exacto —espetó.

—Nos están siguiendo. —La realidad de la situación me golpeó con fuerza—. Lance, ¡nos están siguiendo! —Lo miré y vi que tenía una ceja enarcada, pero no respondió—. ¿Sabes quién es?

—¿Cómo coño espera que lo sepa? Eso ahora no importa, la cuestión es que tengo que despistarlos. Y buscarle un lugar seguro —murmuró—. Su casa queda descartada, por supuesto.

¿Quería dejarme sola?

—¿Crees que me buscan a mí?

—Seguro que no es a mí a quien quieren —lo dijo como si lo más lógico fuese que todo el mundo quisiera aniquilarme.

Idiota sabelotodo.

—Bueno, no eres exactamente un rayito de sol —respondí agarrándome con fuerza al asiento mientras volábamos entre árboles y edificios.

—No es a mí a quien buscan, señorita Miller.

Me tragué la irritación. No era momento para discutir por aquello.

—¿Dónde piensas llevarme?

—No lo sé. —Sacudió la cabeza, molesto—. Cuando nos los quitemos de encima...

Volví a mirar por la luna trasera, pero no había ni rastro del coche oscuro.

Fruncí el ceño y sonreí aliviada.

—Creo que los hemos perdido.

—No esté tan segura.

Me senté derecha. Vi que nos acercábamos a un cruce transversal. El semáforo estaba en rojo... y él no aminoraba.

—Te estoy diciendo que ya no nos sigue nadie. —Ni caso—. Lance... está rojo. —Los coches cruzaban y salían de izquierda y derecha—. Los hemos perdido. —Nada, como si hablara sola—. Nos la vamos a pegar.

—Tranquila —murmuró.

—¡¡Y una mierda!! —grité fuera de mí—. ¡Frena de una vez!

—Tengo que asegurarme de que los dejamos atrás.

—*Ohdiosmíoohdiosmíoohdiosmío...*

Cerré los ojos y grité.

Grité y grité cuando llegamos al cruce, pero ningún choque llegó. Volví a abrirlos cuando lo escuché hablar con una desquiciante tranquilidad, como si no hubiéramos estado a punto de matarnos, y juro por lo más sagrado que no sé cómo no le salté encima.

—...buscaremos un hotel en el que esté segura —estaba diciendo—. Después, iré a mi casa y...

Y el hombre seguía empeñado en dejarme sola.

Ja.

—No.

—¿No? —farfulló—. Que no, ¿qué?

—Que no pienso dejar que me aparques a un lado ni que me encierres en sepa Dios dónde.

—Señorita Miller, de los dos, yo soy el detective, el especialista — explicó con una irritante calma—. No solo tengo que dar con el asesino de su padre, sino que ahora mi prioridad también es mantenerla a salvo. Viva. —Me lanzó una mirada de reojo—. Me niego a que alguien más a mi cargo muera, así que le pido que no me ponga las cosas más difíciles.

Vale.

Lo entendía.

Pero me había asustado mucho con aquella persecución. Si es que realmente la hubo, porque empezaba a pensar que el hombre era un poco paranoico.

Sin embargo, alguien había matado a mi padre. Ese alguien, u otra persona diferente, había tratado de matarme a mí. Además, no quería perderme ningún paso de la investigación.

Así que tuve una idea brillante.

Aunque estaba descompuesta por todo el tema de la velocidad, conseguí esbozar una sonrisa.

—Muy bien —concedí—. Entiendo lo que dices. Quieres que esté segura.

—Me alegro de que estemos de acuerdo.

Oh, no tenía ni idea.

—Pero estoy pensando...

—¿Qué? —preguntó con recelo.

—¿Quién mejor que tú para mantenerme a salvo? —No respondió—. Y ¿dónde puedo estar más segura que en tu casa?

Abrió mucho los ojos, dividiendo su atención entre la carretera y yo.

Sonreí, beatífica.

—Joder... —murmuró.

Bueno, eso ya lo veríamos.

Tampoco íbamos a cerrarnos puertas antes de tiempo.

# UNA MUJER EN MI CAMA

*Lance, lunes 20 de mayo*

*Poco después...*

Aquella mujer tenía la puta capacidad de hacerme caer en mis propias palabras. Todo se acababa convirtiendo en una confrontación, en una pelea. Era como si tuviéramos un marcador gigante encima de nuestras cabezas que mostrase el tanteo de quién se llevaba cada maldita decisión a su terreno. Lo que estaba claro era que acababa de marcarme un *touchdown* en toda regla. Iba a seguir con la discusión, pero lo cierto era que tenía razón. Llevarla a un hotel no era buena idea. Si tienes los contactos adecuados, puedes encontrar a cualquiera que se aloje en uno. Mi casa era la mejor opción, pero... Pero era meter a una mujer a vivir conmigo, joder.

No una mujer cualquiera, claro. Una mujer que me volvía loco en muchos sentidos. Una mujer que intentaba quedar por encima de mí en todas y cada una de las cosas que hacíamos juntos. Y aquello era lo peor: que hacíamos cosas juntos. Yo era un detective, un profesional. Ella era una niña rica acostumbrada a salirse con la suya a base de desgastar al enemigo. Hablaba, hablaba y hablaba hasta que se te quitaban las ganas de discutir y tan solo deseabas que se hiciera el silencio. Pero también era una mujer preciosa y, lo peor de todo, era que no parecía ser consciente de ello. Actuaba como una chica normal con ese punto neurótico tan desquiciante, pero sin darse cuenta de que todos los hombres se giraban a su paso. Tenía unas piernas increíblemente largas y bonitas. Por si fuera poco, llevaba una melena que era imposible pasar por alto. Larga, brillante y de ese marrón claro que te hace

desear tocarla para ver si es tan suave como parece. Y aquel olor a bizcocho... Aquel puto olor a bizcocho me volvía loco de verdad. Lo que más. El aroma provenía de su pelo. Lo había descubierto en el estadio. Solo sentirlo me derretía por dentro, joder.

Iba pensando en todo aquello mientras apretaba el volante con fuerza. En el retrovisor no había vuelto a aparecer el todoterreno negro. Parecía sacado de una serie barata. También la miraba a ella de vez en cuando. Cantaba cada puta canción que sonaba en la radio. Se las sabía todas, como si su criterio musical fuese que sonase y ya. Punto. Cerraba los ojos y echaba la cabeza atrás para berrear mientras movía las manos como si estuviera en un vídeo musical o un concierto. Incluso de aquella manera estaba preciosa. La falda se subía poco a poco con sus movimientos dejándome ver un poco más de aquellas piernas. Joder. Estaba histérico. Necesitaba masticar algo. Centré la mirada en la carretera antes de hablar.

—No debería asustarse tanto en un coche, señorita Miller —expliqué con la voz un poco más tensa de lo que pretendía. Ella bajó un poco la música para oírme—. Digo que no debería asustarse tanto en un coche. No en este coche. Esto es un BMW. No es el que mejor acelera. No es el que más corre. Es el que mejor frena del mercado y aguanta los golpes mejor que ninguno.

—¿En serio? —contestó ella enseñándome las palmas—. ¿Ir a cien millas por hora es seguro solo porque el coche es bueno?

—El coche es bueno y el conductor sabe lo que hace —maticé—. Y no íbamos a cien, íbamos a sesenta.

Bufó. Le encantaba hacer aquello.

—Íbamos demasiado rápido —dijo negando con la cabeza—. Solo veía borrones.

—Lo entiendo y... —Me aclaré la garganta—. Lo siento mucho —concedí—. En ciudad, la sensación de velocidad es mucho mayor y si ha tenido una

mala experiencia, el miedo hace el resto. Le propongo un trato.

—Oh, me gusta. —Se puso recta en el asiento y se frotó las manos.

—Si usted elige la música, yo elijo la velocidad. —La miré de reojo para comprobar que me había entendido—. Si yo elijo la música, no pasaré de las treinta millas por hora que marca la ley.

—Es un precio alto —contestó con expresión dramática—. Muy alto. Está bien. Acepto.

Me tendió la mano y se la estreché. Otro escalofrío. Cada puto contacto con ella me hacía temblar. Llegamos al garaje de mi edificio y hubo un nuevo momento incómodo. Los dos solos en el ascensor. No debería pasar nada, pero aquella mujer parecía incapaz de estarse quieta. Me enderezó la corbata y puso bien las solapas de mi chaqueta, dándome unas palmaditas al acabar. Estuve a punto de ponerle un mechón rebelde detrás de la oreja, pero me contuve a tiempo. Si tocaba aquel pelo, volvería a recordar aquel beso. Aquel puto beso. Había polvos más aptos para menores que el beso que nos habíamos dado.

Siempre tengo mi piso listo para revista. No es mérito mío. Tengo contratado a un tipo que se encarga de la limpieza. Un tipo, sí. ¿Acaso los hombres no sabemos limpiar? Además, ningún hombre te mira juzgándote si encuentra porno en tu casa. A pesar de saber que estaba todo limpio y ordenado, repasé mentalmente cada rincón por si había algo inadecuado. Es inevitable pensar así cuando llevas a una mujer a tu casa, y aquella era mi primera vez. Joder. Estaba histérico de verdad.

—Esta es mi humilde morada —expliqué al abrir la puerta—. Intente no tocar nada, no romper nada y no cotillear nada.

—¿Por quién me has tomado, Lance? —preguntó muy ofendida con las manos en las caderas. Estaba preciosa cuando fingía mosquearse—. Va a ser una convivencia la maaar de divertida.

Paseó por mi pequeño ático observando cada detalle, tocándolo todo. Era imposible. Si le decías que no cotilleara, ella se recorría todo el puto piso. Acabó rápido. Un salón pegado a la cocina, un dormitorio y un baño. Aquel era mi pequeño hogar. Cuando acabó de verlo todo, volvió hasta mí.

—¿No tienes habitación de invitados? —preguntó con el ceño fruncido.

—De eso quería hablarle antes de que se pusiese a toquetearlo todo —repliqué—. Esto es un ático y es pequeño. Vivo solo. No necesito más, así que solo hay una cama.

—Una cama enorme para dormir solo —apreció levantando una ceja.

—Me gusta tener espacio —expliqué—. Odio dormir en sofás y, aunque soy un caballero, no pienso destrozarme la espalda por hacerle un favor, señorita Miller. Tiene usted dos opciones: puede dormir en el sofá o puede dormir conmigo en la cama.

Aquello era necesario. Tenía que marcar territorio. Después de la primera noche, iría yo al sofá, quedaría como un señor y ella se sentiría en deuda conmigo. Mi sofá era una mierda para dormir en él. Ella frunció los labios hasta hacerlos casi desaparecer y abrió los ojos como platos. Luego los entrecerró y su sonrisa torcida me hizo saber que la había vuelto a cagar.

—Entonces dormiremos juntos —contestó—. El descanso es fundamental, Lance.

Tragué saliva. Vale, no la tragué, pero lo intenté. Volví a intentarlo y lo conseguí, pero sonó demasiado alto. Mierda.

—No uso pijama —expliqué para intentar cohibirla—. Espero que no le importe, señorita Miller.

—Yo uso pijama, pero no lo he traído. Estamos empatados. —Se acercó a mí, me cogió de la corbata y empezó a hacer bailar las cejas mientras me hablaba—. Y deja de llamarme señorita Miller. Al fin y al cabo, esta noche te vas a acostar conmigo.

Una palmadita en el pecho y se tiró en el sofá. Sabía que me ponía nervioso. Lo sabía muy bien y le encantaba usarlo. La vi pelear con el mando a distancia para intentar encender la televisión. Las persianas empezaron a subir y bajar.

—Me voy a dar una ducha —dije sin hacer el menor intento por ayudarla—. Intente no romper nada.

—Vale —contestó ella con el ceño fruncido de un niño ante un puzle de ocho piezas—. Luego voy yo. Maldito trasto.

No pude evitar reírme mientras iba al cuarto de baño. Tampoco pude evitar darme cuenta de que mi dormitorio olía a bizcocho. Aquella ducha iba a ser larga. Y fría. Muy fría.

Salí del baño con unos vaqueros en busca de una camisa, pasándome la toalla por el pelo, cuando la vi tumbada en la cama. En mi cama. Se había quitado los zapatos y se había tirado bocabajo, así que lo primero que vi fueron sus piernas dobladas mientras jugaba con los pies. Al verme, se puso de medio lado y resopló.

—He sido incapaz de encender ese trasto —dijo tras apoyar la cabeza en la mano—. He movido todas las persianas, he encendido y apagado todas las luces y la tele sigue apagada.

—No era ese mando —contesté con una sonrisa de medio lado. Se puso de rodillas en la cama y volvió a enseñarme las palmas mientras se encogía de hombros.

—¿Tanto costaba decirlo? —preguntó.

—¿Tanto costaba preguntar? —repliqué. Me di cuenta de que no me miraba a los ojos, sino al torso desnudo, y me sentí cohibido. Fui al armario a buscar una camisa mientras ella me señalaba con el dedo y asentía concediéndome aquel punto.

—Me he aburrido muchísimo —explicó—. Tus duchas son muy largas. Y tengo hambre. No me has dejado comer en La Cantina ni acabarme el perrito. Eres el peor anfitrión del mundo, ¿lo sabías?

—Lo sé —concedí—. La gente no viene a mi casa por la hospitalidad. Viene por las vistas y la comida.

Me puse la camisa blanca con deliberada lentitud. Dejé los faldones por fuera y me remangué. Intentó disimular, pero no dejó de mirarme en ningún momento con la boca entreabierta. Muy bien. Los dos podíamos jugar a aquello.

—No sé cómo serán las vistas —contestó fingiendo no haberme entendido—. Las persianas están todas bajadas y no sé subirlas. Espero que la comida lo compense. ¿Qué vamos a pedir?

—En mi casa no se pide comida —contesté muy serio—. En mi casa cocino yo.

—¿Cocinas? —preguntó mirándome como si fuera un alienígena que hubiese tomado el cuerpo de Lance—. Eres una cajita de sorpresas.

—Me gusta, me relaja y me ayuda a pensar —contesté y decidí concederle otro punto al tutearla—. Ve a darte esa ducha, que yo iré preparando el mejor *risotto* que has probado en tu vida.

Antes de ponerse en pie, me miró sorprendida y sonrió.

—Creo que es la primera vez que te veo relajado —apuntó acercándose a mí para darme un par de palmaditas en el pecho. Otra vez. Demasiadas veces—. Me gusta. Ahora solo falta que digas mi nombre para no dejarme a medias.

—No se debe tentar a la suerte —repliqué con un deje gruñón—. Menos aún cuando puedes quedarte sin probar mi legendario *risotto*. Ve a ducharte de una vez, Charlie.

# BÓXER PARA DOS

*Lance, lunes 20 de mayo*

*Justo después...*

No había mentido al decir que me gustaba cocinar. De hecho, se me daba bastante bien y, al ser algo que requería poco razonamiento, me dejaba pensar en profundidad cualquier tema que necesitase repasar. Puse a Miles Davis en el hilo musical y empecé a cocinar mi plato estrella: *risotto* de pollo y champiñones. Llevaba entre hora y media y dos horas hacerlo bien, pero la espera merecía la pena. Le diría a Charlie cómo encender la tele para que me dejase en paz y podría poner en orden todo el caso. Al menos, aquel era el plan.

—Miles Davis —gritó Charlie entrando desde el dormitorio—. Muy de detective de Chicago, pero pega más con un bar que con una cocina. Deberías llevar delantal para no mancharte la camisa blanca. ¿Dónde está la lavadora?

Era un torrente de ocurrencias, una detrás de otra. Hablaba demasiado.

—Déjalo todo en esa cesta —contesté señalando con el cuchillo el sitio donde iba a parar la ropa sucia—. Esta noche se lo daré a Pete. Él se encarga. Por la mañana lo tendrás limpio.

—¿Pete? —preguntó tirando la ropa de cualquier manera. Una pequeña prenda blanca con encaje cayó fuera y la recogió para alejarse un par de pasos y encestar. Entonces la vi entera. Joder. Pegaba saltos celebrando su canasta.

—¿Llevas puesta mi camiseta de los Cubs?

Ella me miró como si no comprendiera. Luego se miró y volvió a mirarme a mí.

—¿Pretendías que fuese desnuda? —inquirió frunciendo el ceño y los labios.

—Tenías tu propia ropa. —Señalé con el cuchillo la cesta coronada por sus bragas—. No hacía falta que metieses las manos en mi armario.

—Pues cuando te enteres de que te he robado unos bóxers, te da una lipotimia —soltó levantándose la camiseta para enseñarme que debajo llevaba uno de mis calzoncillos grises.

—¿Has hurgado entre mi ropa interior?! —grité sin poder creerme lo que veía.

—Si tanto te molesta, te los devuelvo ahora mismo —replicó muy enfadada. Se levantó la camiseta y se llevó las manos a la cinturilla.

—No. No. No. No —contesté moviendo mucho las manos—. Pero tenías tu propia ropa interior, joder. No era necesario....

—Si te pones ropa interior sucia, te sientes como si no te hubieras duchado —contestó acercándose—. Es como llevar unos pantalones cortos de deporte. Mejor esto que ir sin nada, ¿no? —Estaba cerca. Muy cerca. *Demasiado cerca*. Asentí y volví a prestar atención a los champiñones que estaba troceando—. ¿Qué haces? —preguntó asomando la cabeza por mi costado.

—Cocinar —contesté intentando ignorar que aquella mujer tan *sexy* estaba pegada a mi brazo. Le quedaban los putos bóxers mejor que a mí—. Ya te lo había dicho.

—Ya, pero es que le ponéis nombres graciosos a todo —comentó hurgando entre los cuencos en los que había dispuesto el resto de los ingredientes—. Eso que haces es pochar, flambear o algo así, seguro.

—Trocear —la corregí sin entenderla del todo. Juntó todos los cuencos para hacerse hueco y se sentó de un salto en la encimera—. Ya sabes: hacer trozos de algo.

—Qué chasco —dijo con un mohín de decepción. Cogió un poco de queso y se lo llevó a la boca—. Esto está buenísimo.

—No toques los ingredientes —solté cogiendo los cuencos y llevándolos lejos de ella—. Está todo pesado ya.

—¿Cocinas o haces formulación química, Lance? —preguntó pasmada mientras se chupaba los dedos. Me dediqué a añadir más queso al cuenco en cuestión para que la cantidad fuese la justa.

—Cocino —contesté muy serio—. Cocino bien y para eso no vale cualquier cantidad de cada ingrediente. Deja de toquetear un rato. Ponte a ver la tele o lo que quieras. Yo voy a seguir pensando en el caso.

—Uhm... Me gusta cómo piensas —asintió feliz—. Vamos a hablar del caso. Seguro que ya tienes un montón de conjeturas y sospechosos. Ponme al día, guapo.

Estaba convencido de que había sido muy claro. Quería pensar en el caso, no hablar del caso. Tal vez para ella fuese lo mismo, pero para mí era muy diferente. Aquella mujer no callaba y no me iba a dejar en paz, así que decidí seguirle la corriente. El marcador sobre su cabeza subió un punto. Me giré para mirarla mientras los champiñones iban soltando el jugo y la vi allí subida, con mi camiseta y las piernas al aire. No dejaba de mover los pies. Con el pelo recogido en un moño desordenado y aquella postura parecía una niña pequeña, salvo por el detalle de que estaba *sexy* a morir. Cogí una zanahoria y empecé a mordisquearla sin lavarla siquiera.

—Por un lado, tenemos a Camila —dije antes de dar nuevos mordiscos a la zanahoria intentando no mirar sus piernas. A los ojos. Debía mirar a sus ojos—. Convince a Cox de que contrate a Owen para que te mate. Tu padre muere y ya no les vale de nada, según dicen, pero no me creo nada.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión? —preguntó ella ladeando la cabeza.

—He hablado con ellos —repliqué sin detallar las dos escenas del día anterior—. Por otro lado, tiene sentido. Aunque te quitaran de en medio, ya no sacaban nada. Solo les valía tu muerte antes de que se cargasen a tu padre. Podríamos pensar que otra persona fue la que se encargó de Edward, pero no me lo acabo de creer. ¿Dos asesinos en la misma familia al mismo tiempo? Demasiada casualidad. Además, no necesitaban matarlo. Ambos sabían que le quedaban meses de vida.

Charlie levantó un dedo para que dejase de hablar.

—¿Cómo que le quedaban meses de vida? —preguntó en un chillido contenido que iba subiendo poco a poco. Me dejó de piedra. ¿No lo sabía?

—Tu padre tenía cáncer, Charlie —dije acercándome a ella. Se la notaba tensa como una cuerda de guitarra—. Le quedaban meses de vida. Ambos lo sabían.

—Increíble —replicó negando con la cabeza y moviendo mucho las manos de lado a lado—. Totalmente increíble. Mi padre se estaba muriendo. ¿Cómo es posible que no lo supiera?

—¿Tu padre no te comentó nada? —pregunté para sacarla de su estado. Parecía a punto de llorar, así que le puse la mano en el hombro—. Seguro que tenía una buena razón para no hacerlo.

—Pero si lo hubiera sabido...

—No habría cambiado nada. —Le puse el índice debajo de la barbilla para obligarla a mirarme—. Te lo habría contado si no lo hubieran matado.

Fue un momento muy raro. Ella parecía al borde del llanto hasta que ancló su mirada en la mía. Entonces fue como si su cabeza cambiase de chip y se quedó muy quieta, mirándome. Ni siquiera respiraba. Yo también contenía la respiración. Sentí unas enormes ganas de besarla. Era como asomarse a un precipicio y tener la sensación de que tira de ti. Aquellos ojos me obligaban a acercarme, a caer en ellos. Puso su mano en la mía y entreabrió los labios. Me

caía.

La solté y di un corto paso atrás mientras me llevaba la zanahoria a la boca para morder algo. Era urgente. No podía dejarme ir. Me giré a mirar los champiñones y removerlos, aunque no les hacía ninguna falta. Oí un sonido a medio camino entre el suspiro y el bufido. Cuando mi corazón volvió a su ritmo normal, me di la vuelta y la vi allí sentada, con las piernas abiertas, las manos sujetando la camiseta a la encimera para evitar que se subiera demasiado y sus ojos clavados en mí. Parecía mosqueada.

—Como te decía —continué para romper el mal ambiente—. Parece que está claro que a tu padre no lo envenenaron en tu cafetería. Aunque fuese Owen, que es lo más fácil de pensar, es muy difícil que supiera qué pastel iba a pedir y dudo que los envenenase todos.

—Imposible —contestó Charlie negando con la cabeza. Se irguió y juntó las piernas de nuevo. Lo agradecí—. Se vendieron todos y a nadie le ocurrió nada que yo sepa.

—Lo que suponía —asentí—. Lo envenenaron en otro sitio, la cuestión es dónde.

—¡Oh, Dios mío! —gritó Charlie abriendo mucho los ojos—. Papá me dijo que había estado comiendo en Il Peccato. Le encantaba ese restaurante italiano. Luego, vino a hacerme una visita. Por lo que sé, de allí se fue a casa. ¡Claro! A casa con Camila. ¿Has pensado en ella como asesina?

—Il Peccato —murmuré dando un pequeño bocado a la zanahoria. Ya casi había vuelto a tranquilizarme—. Creo que es el siguiente sitio en el que tendremos que investigar. —¡Mierda!—. Tendré que investigar, perdón. Cuando llegó a casa, ya se sentía mal. No puede haber sido Camila.

Charlie me miró con cara de haber ganado un punto enorme por mi confusión y se cruzó de brazos. La camiseta subió dos dedos. Tragué saliva y me acerqué a ella masticando la zanahoria.

—Tienes que apartarte un poco —expliqué mirándola a los ojos. Volvía a caer. Señalé el armario tras sus pies—. Necesito una jarra medidora.

—Por supuesto —murmuró. Me quitó la zanahoria de un manotazo, se la llevó a la boca y abrió las piernas para dejarme coger la jarra sin moverse del sitio y sin despegar su mirada de la mía.

Tragué saliva ruidosamente y deseé tener aquella zanahoria que ahora estaba entre sus labios. Podía seguir dejándome manejar o podía devolver el golpe. Sin soltar el amarre de nuestras miradas, me fui poniendo de rodillas muy despacio hasta que mi cabeza quedó entre sus muslos. Abrí la puerta, cogí la jarra y oí un ruidoso mordisco seguido de un masticar nervioso más arriba. Volví a subir despacio hasta quedar de nuevo a su altura y le enseñé mi trofeo con una sonrisa. Ella masticaba muy rápido. Me recordó a mí.

—Gracias —susurré sin dejar de sonreír.

—Voy al baño. —Se bajó de la encimera de un salto. Yo no me había retirado aún y cayó con su cuerpo pegado al mío. Le gustaba buscarme las vueltas.

—Tienes tiempo —contesté—. A esto le queda más de media hora.

Me aparté un paso para dejar de aprisionarla contra la encimera y ella se marchó de puntillas al baño. Fui incapaz de apartar la vista de sus piernas. Cogí otra zanahoria.

# LOS PLACERES DE LA COCINA

*Charlie, lunes 20 de mayo*

*Instantes después...*

Apoyé las manos a cada lado del lavabo y agaché la cabeza.

Mi padre tenía cáncer. Solo Dios sabía desde cuándo conocían aquella información y yo no tenía ni idea. Mi padre había estado enfermo, muriéndose, y nadie me dijo ni una maldita palabra.

—Hija de perra —susurré.

Camila.

Sí, puede que no fuese justo responsabilizarla de aquello, pero mi padre ya no estaba y, aunque me sentía muy molesta con él por no habérmelo contado, no tenía ninguna duda de que antes o después lo habría hecho y de que tenía sus propias razones para habérmelo ocultado.

Cerré los ojos.

De momento no tenía sentido darle vueltas a aquello. Además, solo era capaz de visualizarme arrancándole cada estúpido y oxigenado cabello a aquella maldita mujer.

Lance.

Lance, él...

Volví a abrirlos y observé mi reflejo.

¿Cuál era su maldito problema?

Había atracción entre nosotros, lo sabía.

*Lo sentía.*

De acuerdo que no era ninguna modelo, pero sí era una mujer joven y

atractiva que no dejaba de lanzarle señales. Demonios, solo me faltaba un letrero luminoso de neón en la frente que dijera: «tómame».

Ahuequé la mano y exhalé.

Mi aliento estaba bien y aunque fuera absurdo hacerlo antes de comer...

—Necesito un cepillo de dientes —murmuré. Comencé a hurgar en el mueble bajo el lavabo. Todo estaba perfectamente ordenado, clasificado y medido casi al milímetro. Primera puerta, nada. Bueno, mucho, pero nada que yo necesitara. Cajones, nada. Y en la puerta de la derecha estaba... En realidad, no había uno, sino cinco. Todos alineados y en sus envoltorios—. ¿Quién quiere cinco cepillos de dientes?

Al principio pensé que los tendría para las visitas, es decir, para los ligues que pasaran la noche allí y quisieran asearse un poco por la mañana. Sin embargo, no encontré ni un condón.

Ni. Uno. Solo.

¿Qué clase de hombre soltero y *sexy* como el demonio no tiene condones a mano en casa? Podrías pensar que los guardaba en la mesa de noche, pero no. Ya había mirado allí cuando cogí los bóxers y no vi ni rastro de gomitas.

Y, créeme, busqué a conciencia.

Me lavé los dientes, me solté y cepillé el cabello con los dedos dándole un aspecto *sexy* y desordenado, enderecé la espalda y sonreí antes de volver a la sala de estar. Lance estaba sirviendo el *risotto*, la mesa ya estaba puesta y no quedaba nada por hacer, excepto sentarme a disfrutar de la comida y la compañía. Estaba a punto de apartar la silla cuando habló y me detuve en seco.

—Siéntese, señorita Miller.

Fruncí el ceño.

—¿Otra vez con lo mismo? —Me molestaba muchísimo—. Charlie, Lance. Mi nombre es Charlie, úsalo.

—Soy un profesional. —Dejó el plato ante mí—. Es usted mi cliente y la seguiré tratando como tal. ¿Qué quiere beber?

—Somos socios —apunté. Dios, la comida olía como el cielo—. Cerveza está bien, gracias.

Se paró en seco cuando iba hacia la cocina y me miró con aquel perpetuo ceño fruncido.

—¿Cerveza? —Parecía un poco descompuesto—. En vaso, ¿verdad? —preguntó con una media sonrisa antes de murmurar—: Y, no, no somos socios.

—Nada de vasos. Ni copas —apunté y apoyé la barbilla en la mano—. Me gusta tomarla en la botella directamente. Y antes has dicho que iríamos juntos al restaurante para seguir investigando, eso nos convierte en socios.

Me pareció escucharle murmurar un ofuscado: «Y tiene que volver a chupar».

Pero no estaba muy segura, así que fruncí el ceño y, cuando estaba a punto de preguntarle a qué demonios se refería, él se adelantó.

—Fue un lapsus —escupió con la cabeza escondida en la nevera—. Yo soy quien irá a investigar. Aquí tiene su cerveza. —Se sentó y no di crédito a lo que veían mis ojos—. Espero que le guste la comida.

—¿Tú tampoco te la sirves en vaso?

Me quedé malditamente embobada observando el modo en el que su nuez de Adán se movía mientras bebía cerveza. Aquel hombre era *sexy* hasta decir basta... Y yo me estaba poniendo cachonda con el mero hecho de verlo tragar.

Maldita fuera mi larga sequía.

Se detuvo a medio sorbo y carraspeó.

—Buen provecho, señorita Miller.

No fui capaz de ahogar el gemido que emergió desde lo más profundo de mi ser.

—Oh, Dios bendito. —Cerré los ojos y me deleité con la suave textura de

la comida, con ese sabor tan...—. Lance, esto está... —Me llevé más arroz a la boca y volví a gemir—. ¡Oh, cielo santo! ¡Está delicioso!

Cuando lo miré, se había detenido con el tenedor a escasos centímetros de su boca, tenía la mandíbula apretada y los ojos clavados en mí con una intensidad tal, que se podrían derretir los polos. En realidad, eran mis labios los que acaparaban su atención.

Carraspeó y murmuró un bajo:

—Gracias.

Y comenzó a... a roer. Es la mejor definición que se me ocurre, igual que cuando lo hacía con la zanahoria o los M&M's. Ni siquiera sé cómo le daba tiempo a tragar entre bocado y bocado. Aquel hombre no comía, engullía. Y me ponía los nervios de punta.

—Tiene pollo y champiñones, pero... es... —Probé un poco más y mis papilas gustativas tuvieron un jodido orgasmo—. Tan suave y meloso. —Gemí y me lamí los labios—. Es casi como la caricia de un amante. —Lo miré y sonreí antes de apuntar—: En la boca, claro está.

—Maldita sea. —Se llevó más comida a la boca y masculló un bajo—:  
*Joder.*

—Es por el queso, ¿verdad? —Asintió, pero no me miró. Muy bien...—.  
¿En lonchas?

*Et... voilà!*

Soltó el tenedor con tal fuerza en el plato que el estrépito casi me hizo saltar en la silla. Casi.

—Pero ¿de qué cojones estás hablando? —Era como un toro a punto de embestir—. Solo utilizo lo mejor, y este *risotto* lleva un *parmigiano* de etiqueta oro, Charlie.

—Muy bien. —Levanté las manos, conciliadora—. Lo siento, lo siento. Ya te dije que en lo referente a la cocina no entiendo mucho.

—Queso en lonchas —refunfuñó y mordí una sonrisa—. Maldita sea...

¿Me gustaba sacarlo de sus casillas? Sí, lo disfrutaba.

Además, parecía que era el único modo de conseguir que se olvidase de etiquetas y formalismos y que utilizara mi nombre.

Continuamos comiendo, pero el silencio me ponía nerviosa.

—Estaba pensando en algo acerca del caso...

Gruñó y tomó un sorbo de cerveza.

—No tiene que pensar nada, señorita Miller —atajó, gruñón—. Coma.

Me llevé otro bocado de aquel manjar a los labios no porque él lo hubiese ordenado, sino porque estaba delicioso. Y tenía hambre.

—Que Camila es una puta infiel, no me sorprende. —Entorné los ojos—. Pero no sé qué pintaban James y Cox juntos. Y discutiendo, según parecía.

—Pienso averiguarlo, no tenga ninguna duda. —Suspiró justo antes de limpiarse aquellos jugosos y regordetes labios suyos con una servilleta—. Entiendo lo complicado que le debe estar resultando todo esto. Créame, yo...

—Sacudió la cabeza antes de clavar en mí aquellos ojos verdes—. También me resulta frustrante y le prometo que llegaré al fondo de todo este asunto.

Pensaba averiguarlo.

Pensaba llegar al fondo del asunto.

En singular.

No, de eso nada. Lo haríamos juntos, solo que aún no lo sabía. Ignoré la pulla.

—Sigo sin entender qué necesidad había de asesinar a mi padre si ya estaba enfermo...

—Bueno, en eso mismo trataba de pensar yo cuando usted no dejaba de parlotear. —Lo ignoré y tomé más *risotto*. Gemí—. ¿Podría... podría hacer el puto favor de dejar de hacer eso?

Entorné los ojos y lo estudié. Tenía la piel enrojecida y una gota de sudor

resbalaba por su sien.

—Por el amor de Dios, Lance, relájate. Eres demasiado joven para ser tan gruñón. —Sacudí la cabeza. Era tan irascible...—. Cualquiera día te dará un infarto. Además, es un halago. Esto está delicioso.

—Ya... bueno, gracias. —Carraspeó, incómodo—. Es que es muy... expresiva —murmuró.

¿Lo ponía nervioso?

Supuse que al ser él tan cuadrulado, le resultaba extraño que alguien no tuviera problemas en mostrar lo que sentía. Incluso si se trataba de un orgasmo culinario.

Ridículo, lo sé.

Largo tiempo de sequía sexual.

Sonreí.

—Estaba pensando...

—No puede ser... —murmuró.

Cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz.

Suspiré.

—Creo que igual no valoré a Owen lo suficiente.

Se detuvo a medio bocado y me observó como si me hubiera crecido una segunda nariz. Tragó.

—¿Ha perdido la maldita cabeza? —espetó—. Ese hombre intentó matarla.

—Sí. Sí, lo sé. —Hice un gesto con la mano restando importancia—. Eso estuvo fuera de lugar, la verdad y...

—¿Fuera de lugar?! —gruñó levantando la voz—. De no ser por mí, no estarías aquí ahora mismo, ¿cómo es que no lo valoraste lo suficiente?

Iba a decir más, pero me adelanté.

—Relájate, Lance. —Lo miré a los ojos y él apretó la mandíbula—. Estás

tan ofuscado con lo que hizo que te estás perdiendo el *quid* de la cuestión.

—Ilumíname.

Volvió a tutearme.

Estaba comenzando a pillarle el tranquillo a aquel hombre.

Cabrearlo, ahí estaba el secreto.

Bueno, igual con irritarlo un poco era suficiente, pero nunca me gustó hacer nada a medias.

—Puede que tenga que cerrar la cafetería durante unos días —expliqué. Se retrepó en la silla y cruzó sus fuertes brazos. Salivé—. Las entrevistas a los candidatos no van bien. No tengo ni la menor idea de qué tener en cuenta a la hora de contratar a un nuevo cocinero.

—Ya veo. —Se levantó y comenzó a recoger.

—Me vendría bien la ayuda de alguien con los suficientes conocimientos de cocina como para saber qué preguntar a esas personas. —Suspiré. Ladeé la cabeza observando aquel trasero apretado que no me importaría morder—. Pero solo conozco a los padres de Owen y no me parece correcto pedirles...

Seguí, seguí y seguí.

Lance se afanaba en recoger e ignorarme mientras yo me lo comía con los ojos a la vez que hablaba, me quejaba y suspiraba.

Cerró el lavavajillas con fuerza, se apoyó contra la encimera y se frotó la cara.

—Señorita Miller —habló entre dientes e interrumpió mi perorata—. Es usted un desastre andante.

—¿Perdón?

Ahí me sorprendió.

—Está claro que no tiene ni idea de cocina. —Sacudió la cabeza y murmuró un bajo: «Queso en lonchas». Medio sonrió y continuó—: Se le da bien... eh, socializar, eso no se lo voy a discutir. Pero creo que lo mejor será

que me deje a mí la contratación del nuevo cocinero.

Y... ahí estaba.

—Oh, Lance... —Me iluminé como una bombilla—. ¿De verdad harías eso por mí?

—¡No! Lo hago por mí. —Me clavó en el sitio con una intensa mirada—. A decir verdad, esos *cupcakes* que me sirvió eran... bueno, eran jodidamente buenos. No queremos que la hija de Edward Miller caiga en desgracia por no saber elegir a un buen cocinero. Ese lugar se merece solo lo mejor.

—¿Me ayudarás? —Me levanté y caminé hacia él hasta que quedamos a menos de un palmo.

Inhaló bruscamente y me perdí en cómo su amplio pecho se elevaba y caía. Por Dios... solo me faltaba relamerme. Mientras nos mirábamos a los ojos, algo pasó. No sabría explicarlo con palabras. Es algo que solo... Se siente, ¿sabes?

Un chispazo. Un segundo. Conexión.

Algo más.

—Eso es exactamente lo que le estoy diciendo. —Retrocedió y miró alrededor, rompiendo el momento—. Ahora, a dormir, señorita Miller.

Me tragué un gruñido de frustración.

—¿Quién en su sano juicio rechazaría tan dulce y tentadora invitación? —inquirí con ironía. Giré sobre mis talones y hablé sobre mi hombro mientras me dirigía hacia el dormitorio—. Te espero en la cama, Lance.

Me pareció escucharlo resoplar y sonreír.

Aquel obtuso hombre quizás pensó que pondría impedimentos a la hora de compartir cama con él, pero, con o sin expectativas de por medio, no tenía ningún problema en hacerlo. Además, fue él quien lanzó el hueso, ahora le tocaría compartirlo.

Treinta y dos malditos minutos tardó en llegar.

Lo sé porque los números del reloj que descansaba sobre su mesilla parecían burlarse de mí cuando avanzaban con una agonizante lentitud. Me quedé quieta mientras él caminaba de puntillas y se metía en la cama. Bastante más vestido que yo, debo añadir. Con sumo cuidado apartó las mantas, metió una pierna, después la otra y se paralizó cuando sonó un mínimo crujido de la madera. Poco sabía él que yo estaba más que despierta y atenta a todo.

Se tumbó en el lado más alejado de mí. Tanto, que era un milagro que no se cayese de la cama. Se tapó y se quedó casi petrificado, sobre su espalda, y con la vista clavada en el techo; o eso supuse dada la penumbra de la habitación.

¿Respiraba siquiera aquel hombre?

—Oye, Lance... —susurré.

—Está despierta —apuntó con un deje de irritación—. ¿Sí, señorita Miller?

Estaba muy cansada y, sinceramente, teniendo en cuenta todo lo acaecido durante los últimos días, no estaba para aguantar más estupideces. Además, supuse que aquella noche habíamos avanzado algo puesto que por más que se empeñase en mantener las distancias, la línea no dejaba de desdibujarse con cada momento que pasábamos juntos.

Decidí que todo debería seguir su curso, sin importar cuál fuese este.

—Nada. Buenas noches, Lance.

Pasaron unos segundos hasta que respondió.

—Buenas noches.

No estoy segura de si fue producto de mi imaginación, un sueño o algo real, pero juraría que en algún momento de la noche acabamos enredados entre las sábanas. Nuestros cuerpos enlazados y sus fuertes brazos rodeándome. Demonios, incluso sentí su barbilla acariciar la cima de mi cabeza antes de que inhalase con brusquedad con la nariz escondida en mi cabello.

Puede que no fuese más que mi subconsciente proyectando aquello que en cierto sentido anhelaba.

¿Por qué digo esto?

Porque lo siguiente que supe fue que me despertaba sola, en una cama que no era la mía y en un apartamento que ni conocía ni me pertenecía. Me levanté y lo busqué por todas partes. Tampoco es que hubiera muchas habitaciones, así que acabé rápido.

El aroma del café aún flotaba en el ambiente, así que fui hacia la cocina pensando que, quizás, en un extraño arranque de cortesía, Lance habría salido a buscar algo para desayunar. Sin embargo, allí, apoyada junto a la cafetera había una nota.

*Gestiones que hacer.*

*No toque nada.*

—Imbécil sabelotodo y capullo. Eso es —murmuré—. ¿Que no toque nada?

Ni dos minutos después, con una taza de café en la mano, me fui en una misión de reconocimiento.

# ***GELBELAS***

*Lance, martes 21 de mayo*

*Esa misma mañana...*

Aquel restaurante no parecía de los que abren antes de que salga el sol. Llevaba ya un rato esperando y, aunque había movimiento de empleados entrando a trabajar, la persiana seguía a medio subir. Iba a necesitar más café. No había pegado ojo en toda la noche. Jodida Charlie... Señorita Miller. Jodida señorita Miller. Era tan... tan... ¡Ahg! No había una palabra que describiese todo lo que me turbaba de aquella mujer. Hablaba sin parar, como si las ideas le pudiesen caducar en la cabeza si no las soltaba inmediatamente. Decía cualquier cosa sin darse cuenta de que no tenía sentido. Y lo decía muy cerca. Casi parecía hispana o árabe, joder. ¿No conocía la proxémica? Un brazo extendido es una distancia perfecta para dos personas que tienen un trato formal. Ella se ponía a un palmo como mucho. Aquel palmo no era suficiente para evitar que el olor a bizcocho de su pelo me nublase el cerebro.

Y era sobona. Muy sobona. Tan pronto se rozaba conmigo al pasar cerca como me ponía la mano en el brazo. ¡Ni que fuéramos pareja! Aquello quedó más claro que nunca en la cama. En buena hora se me había ocurrido proponer que la compartiéramos. No tardó ni diez minutos en caer dormida y empezar a moverse. No se daba la vuelta como las personas normales, deslizándose. Ella brincaba para caer del lado contrario y luego sufría convulsiones hasta encontrar postura. Por momentos, parecía que estaba durmiendo en un puto barco. Llevaba esperando a que se quedase quieta casi una hora cuando aquella loca decidió tirarse encima de mí. Estuve a punto de gritar, pero me di

cuenta de que seguía dormida. Usó mi pecho como almohada y me pasó una pierna por encima. Lo que me faltaba...

Aquella fue la única postura que pareció gustarle, porque dejó de moverse. Pasé mi brazo por detrás de su cuerpo para abrazarla y que no se me quedase dormido. En un momento dado, hundí la cara en su pelo para llenarme con aquel olor a bizcocho. Aquel olor a Charlie. Sin darme cuenta, mi mano derecha se había posado en su muslo y lo acariciaba muy despacio. Si se despertaba, iba a ser muy incómodo de explicar. Debería haberme detenido. Sin embargo, fui subiendo con mucho cuidado, como si manejase una bomba, que era, probablemente, lo que estaba haciendo. Aquella curva que hacía la cadera hasta convertirse en cintura me volvía loco. Apreté suavemente y ella respondió con un gemido y acurrucándose más en mi pecho. Casi se me sale el corazón por la puta boca creyendo que se despertaba. Debí retirar la mano, pero fui incapaz. Seguí el camino bajo la camiseta hasta su espalda. Era tan jodidamente suave que no podía creer que fuera real. Poco a poco, bajé hasta sus nalgas y ella soltó un nuevo gemido cuando las apreté. Su respiración se estaba haciendo más agitada. No tenía ni idea de si se estaba excitando en sueños o a punto de despertar, así que saqué la mano y me tapé la cara antes de resoplar. Aquello no estaba bien.

Aguanté otra hora y media hasta que no pude más y fingí una tos. Ella se dio la vuelta refunfuñando y se quedó totalmente destapada. La luz de Chicago se filtraba por la ventana para dejarme vislumbrar sus piernas, su culo enfundado en mi bóxer, aquel pelo tan largo y suave... Imposible dormir. No sé cuánto tiempo pasé comiéndomela con los ojos antes de tener que salir de allí para no perder la cabeza. La cubrí con la sábana, me puse el chándal y fui a correr. Solo aquello podría calmarme un poco. Había estado muy cerca de estropearlo todo. Aquella vez, no. Con ella, no.

Cuando volví al apartamento, Charlie volvía a estar totalmente destapada.

Me duché, me vestí y la arropé de nuevo antes de marcharme. Estaba a dos pulgadas de su cabeza cuando reaccioné y me di cuenta de que no era adecuado darle un beso de despedida. ¿Qué cojones me estaba pasando?

Y fue por eso por lo que pude ver el amanecer de Chicago. No es gran cosa si estás metido en un coche entre edificios, la verdad. Casi no había ni borrachos volviendo a casa. Por suerte, recordar la noche anterior me había despejado lo suficiente y ya no necesitaba un café. La necesitaba a ella. Me estaba volviendo loco.

«Otra vez, no, Lance. Céntrate en el trabajo».

Fueron casi tres horas de espera hasta que llegó un hombre con traje. El dueño o el encargado, supuse. Dedicué aquel tiempo a las apuestas deportivas. Lo hacía de forma casi mecánica. Tenía la suficiente experiencia como para hacerlo con el piloto automático puesto. No tenía la cabeza para ninguna otra cosa entre el sueño y los recuerdos. Dejé pasar diez minutos antes de entrar para que no pareciese que había estado haciendo lo que había estado haciendo: vigilarlos. Me agaché para pasar bajo la persiana y entré en Il Peccato.

—Estamos cerrados, *signore* —dijo una voz sin dejarme siquiera tiempo a erguirme.

—Disculpe —contesté enderezando la corbata—. No vengo a comer. Tan solo quería...

—No abrimos hasta las doce, *signore* —insistió el que ahora veía, que era un camarero con la camisa por fuera de los pantalones. Lo había pillado a medio prepararse—. Vuelva entonces, *per favore*.

Aquel capullo que tenía pinta de llamarse John o Bill se empeñaba en acabar cada puta oración con las cuatro palabras que sabía de italiano.

—*Vorrei parlare con il responsabile, per favore*<sup>[iv]</sup> —solté en perfecto italiano. A mí no me la iba a dar con queso.

Vi que boqueaba un par de veces diciendo *signore*, pero no tenía ni puta idea de lo que le acababa de decir. Era como ver a un robot reiniciándose y me dio la risa. Por suerte, él no lo vio ya que había salido corriendo. Supuse que buscando un traductor. Supuse bien. El tipo trajeado apareció en escena.

—*Come posso aiutarLa?*<sup>[v]</sup> —preguntó al acercarse a mí. Tenía un acento perfecto. El muy hijo de puta.

—Mi nombre es Lance Evergreen, investigador privado —contesté abandonando el italiano y volviendo al inglés. Saqué la cartera y le mostré la identificación. A veces funcionaba. Aquella vez lo hizo. El tipo se puso tieso como si estuviese hablando con un policía. Bueno, como si estuviese hablando con un policía mientras llevaba medio kilo de coca en los calzoncillos.

—Jackson —contestó tendiéndome la mano—. Gianluca Jackson. — No había sonado demasiado italiano, la verdad. Debió vérmelo en la cara—. Mi madre era italiana —continuó con una media sonrisa que dejaba entrever que le había pasado muy a menudo.

—Un placer, señor Jackson —mentí estrechando su mano—. Trabajo por encargo de un cliente suyo: el señor Edward Miller. —Vi el reconocimiento en su rostro—. Lo sé. Está muerto. Aun así, en su testamento dejó por escrito que, sin importar lo que ocurriera, quería que yo siguiese investigando y no quiero decepcionarlo.

—El señor Miller era un buen cliente —contestó Jackson. No había vuelto a la normalidad después de oír el nombre. No estaba cómodo—. Uno de los mejores, de hecho. Lo vamos a echar mucho de menos.

—Estoy reconstruyendo el día de su muerte —expliqué—. Tengo entendido que comió aquí.

Aquello era un anzuelo. Si Jackson conocía el día de la muerte de uno de sus clientes, sería sospechoso.

—Efectivamente, señor Evergreen. Comió aquí.

¡Bingo!

—¿Cómo es que conoce usted el día de la muerte del señor Miller? — pregunté a bocajarro, entrecerrando los ojos y señalándolo con el dedo. Lo sé. He visto demasiadas series de detectives.

—Ya le he dicho que era uno de nuestros mejores clientes —replicó el encargado echándose un par de pulgadas hacia atrás, como si mi dedo estuviera cargado—. Incluso estuve invitado en su funeral. Puede comprobarlo.

Se defendía. Yo la había cagado, pero él se defendía.

—Lo comprobaré —apunté abandonando mi ridícula pose—. Me gustaría saber todo lo que sucedió aquí mientras el señor Miller estuvo en el local.

—Nada excepcional —contestó meneando la cabeza y enseñándome las palmas—. Comió, felicitó al chef, tomó una copa y se marchó. Lo de siempre.

Ni un maldito dato al que agarrarme. Nada. Probé otro flanco.

—He visto que tienen cámaras de vigilancia —solté señalándolas—. Supongo que conservan las grabaciones de aquel día.

—No se lo va a creer, pero... —empezó el tipo. No me lo iba a creer. Desde luego que no—. El ordenador se nos infectó con un virus o algo así. Perdimos todos los datos, incluidas las grabaciones. Un desastre. Por suerte, había copia de seguridad de toda la contabilidad. Habría sido un caos.

—¿Tienen copia de seguridad de las grabaciones?

—No —negó muy serio. Muy seco. Muy mentiroso—. De las grabaciones, no.

La madre que parió al encargado, al virus y al ordenador. Me la estaban jugando. Lo sentía en cada poro de mi piel.

—Soy bastante bueno con los ordenadores —dije tentando mi suerte—. Si me dejasen echarle un vistazo...

—Si fuese usted policía...

Al carajo. Sabían algo. Habían grabado algo. Aquello era como pedir un abogado cuando te estaban interrogando en comisaría. Admití mi derrota y me dirigí a la salida.

—Si tiene que ser la policía, así será —solté antes de agacharme para pasar por debajo de la persiana.

—Por supuesto, *signore* —contestó él con un retintín que me dejó inquieto. Tener el culo en pompa no ayudaba a mitigar la sensación.

Tomé aire pensando en cómo sacarle información a alguien que no quiere dártela. ¿Por qué siempre se empeñaban en ponérmelo difícil? No tenía una placa que enseñar para que me fuesen regalando la información. A los que sí la tenían, no se les ocurría pedir la que hacía falta. ¡Joder!

En aquel momento mi mirada se quedó fija en la fachada de enfrente. Allí, encima de una floristería, había una preciosa cámara que, casi con toda seguridad, también grababa la puerta de Il Peccato. Crucé la carretera pensando que no me la iban a jugar tan fácilmente y entré en la tienda.

Aquello era una especie de selva en medio de Chicago. Costaba encontrar dónde poner los pies. Costaba encontrar el mostrador. Incluso me costó distinguir a la mujer que estaba tras él, con un vestido floreado y varias flores en el pelo. Ni que se estuviera camuflando, joder.

—Hola, buenos días —saludé con mi mejor sonrisa mojabragas—. He visto que tienen ustedes una cámara de vigilancia...

—¿*Quelel floles?* —contestó la mujer. Era, evidentemente, asiática. Yo diría que china. No puedes montar una puta floristería con tanto acento. La palabra *floles* era jodidamente cómica.

Me observaba con una gigantesca sonrisa. Flores. Vale. Si quería algo de ella, tendría que comprar unas flores. ¿Qué flores? ¿Para quién? Si le llevaba flores a mi madre, pensaría que me había vuelto loco. Si le llevaba flores a Charlie... ¡Ahg! Pensaría cualquier cosa, igual que si no se las llevaba. ¿Qué

podía gustarle? Entonces, mis ojos se posaron en una especie de margaritas gigantes de colores. A Charlie le gustaban los colores. Tendría que valer. Agarré el ramo y lo puse encima del mostrador.

—*Gelbelas* —dijo la china asintiendo con la cabeza—. Muy bonitas. *¿Quelel envuelve?*

—Así está bien, gracias —repliqué—. Sobre la cámara de la fachada...

—*Tleinta y dos dólares* —cortó la china sin perder la sonrisa.

Saqué cuarenta y los puse en el mostrador.

—Quédese con el cambio —dije exasperado. Su sonrisa se agrandó. Bien—. Necesitaría consultar las grabaciones de su cámara de seguridad.

—¿Policía? —preguntó perdiendo la sonrisa de golpe.

—No, verá... Soy detective privado —contesté enseñándole la identificación. La china la leyó detenidamente. A veces funciona. Ya había funcionado una vez.

—No policía, no *grabaciones* —negó ella.

—Tal vez podría hacer una excepción —repuse poniendo otros veinte pavos en el mostrador. Ni los tocó.

—No policía, no *grabaciones* —repitió.

Otra puta vía muerta. No podía más. Me di la vuelta para salir.

—*¡Gelbelas!* —gritó la mujer. Al girarme, vi que sostenía el ramo que había comprado por cuarenta pavos para nada. Me acerqué con los hombros caídos y las recogí.

Una vez fuera, pude ver que los veinte dólares del soborno estaban entre las flores. Maldita integridad asiática... Entré en el coche y dejé el ramo en el asiento del copiloto. Seguro que aquellas flores tenían algún bicho que se me quedaba dando vueltas por el BMW una semana. Miré el reloj. ¡Joder! Llegaba tarde a las entrevistas de Charlie. Bueno. Tal vez las flores pudieran hacer que se le pasase el enfado.

# ENTREVISTA CON EL OGRO

*Charlie, martes 21 de mayo*

*Esa misma mañana...*

Tuvo el descaro de enfadarse.

¡Él!

Aquel maldito y arrogante hombre me había llamado muy, muy molesto, al darse cuenta de que no estaba esperándolo en su apartamento.

—*¿Se puede saber dónde demonios está, señorita Miller? —escupió entre dientes. Casi podía ver las aletas de su nariz dilatarse.*

—*¿Dónde crees, Lance? —respondí de lo más melosa.*

Y colgué.

Al diablo.

Era detective, ¿no? Solo tenía que sumar dos más dos.

—Imbécil —mascullé.

Frotaba el mostrador de madera con más fuerza de la necesaria, pero es que no paraba de reproducir todo lo que le pensaba decir en cuanto lo viera.

¿Por qué estaba cabreada?

¡No lo sabía! Pero lo estaba y, aunque la mañana había resultado de lo más... esclarecedora, aquello no restaba importancia al hecho de que me había dejado sola. Con una maldita nota que, por cierto, llevaba conmigo, porque pensaba decirle que podía metérsela por aquel bonito, aunque estirado, trasero suyo.

La campanilla sobre la puerta tintineó. Cuando levanté la vista, juro que se me paró el corazón porque fue como vivir un *déjà vu*. No con Lance, por

supuesto, pero...

Se había detenido en el umbral de la puerta. Los rayos de sol incidían sobre él dibujando su fuerte e imponente silueta, arrancando destellos dorados a su cabello y dándole un aspecto casi etéreo: el de un inalcanzable dios. Apreté los labios e inspiré hondo cuando los recuerdos acudieron a mí en tropel. Los de mi padre llegando del trabajo. Los de mi madre con una dulce sonrisa en los labios antes de besarlo. Las pequeñas explosiones de color en casa. Cerré los ojos un segundo cuando sentí que se aguaban. No quería llorar, no quería...

—*Gelbelas*.

Lance estaba justo frente a mí, al otro lado del mostrador, y me tendía el ramo de flores.

—¿Perdón? —Seguro que lo había escuchado mal.

Carraspeó y se pasó el índice por el cuello de la camisa, como si le apretase. Parecía incómodo.

—*Gelbelas* —repitió—. Son... son para usted.

Apreté los labios.

—Yo... eh, gracias...

Oh, Jesús bendito...

Imposible. No pude contenerme y rompí a reír. No una risa suave, no. Sino ese tipo de carcajada que sale de lo más profundo, esa ruidosa que hace que te dobles y golpees lo que sea que tengas cerca. De las que resultan incluso catárticas. Él frunció el ceño pareciendo molesto, así que cogí las flores. Sin embargo, los recuerdos seguían ahí, así que comencé a llorar. Pero lo de *gelbelas* me hacía reír. Eso y su cara de enfado.

—No sé si consolarla o pedirle que me cuente el chiste.

Estaba llorando, así que sorbí justo antes de volver a reír por su comentario.

—Gerberas —apunté tras limpiarme las lágrimas—. Se llaman gerberas, Lance. Eran las flores favoritas de mi madre. —Las olí con añoranza—. Papá se las regalaba al menos una vez por semana. O incluso más —sonreí—, si es que había metido la pata y ella estaba enfadada con él.

—Ya veo —dijo.

En realidad, no parecía entender nada.

—Lo siento. Son preciosas, muchas gracias. —Mi enfado de antes estaba ya olvidado—. Es solo que me hizo gracia cómo las llamaste.

—Repetí lo que la china me dijo —espetó.

—¿Qué china?

—La de la floristería, por supuesto.

—¿Fuiste a la floristería de una china a comprar gerberas para mí?

—No —replicó—. Fui a la floristería a conseguir las grabaciones de la cámara de seguridad y resulta que la regenta una china que no sabe pronunciar el nombre de las flores que vende.

Espera, espera...

—¿Qué grabaciones?

—Tengo un caso que resolver, señorita Miller.

Me tragué un gruñido, apoyé los brazos sobre la barra y me incliné hacia él.

—Supongo que te refieres al asesinato de mi padre.

—Continúa siendo mi cliente.

—Pensaba que éramos socios. Acordamos que lo resolveríamos juntos.

Enarcó una ceja y reprimí las ganas de golpearlo. Sabía lo que venía.

—Puesto que no recuerdo haber llegado a tal acuerdo en algún momento, supongo que no es más que otra loca idea suya.

Maldito chulo y arrogante hijo de...

Se cruzó de brazos, sin duda listo para presentar batalla y... salvado por

la campana.

¡Argghh!

Esbozó media sonrisa satisfecha antes de darme la espalda y saludar al primer candidato al puesto de cocinero. Bueno, ya hablaríamos después. Por supuesto, no pensaba dejarlo estar.

Cerré los ojos y me froté la frente.

Decir que las entrevistas estaban siendo un desastre sería al maldito eufemismo del año. De hecho, casi sentía ganas de abrazar al hombre que iba a ser despedido de allí sin paños calientes de un momento a otro. De alguna retorcida manera fui parte de aquello, aunque supongo que se me podría considerar el poli bueno del extraño tándem que formábamos. Les daba la bienvenida, hacía alguna pregunta a los candidatos y, cuando aquellas pobres almas se sentían cómodas, llegaba Lance y acababa con ellos. Los atosigaba, abrumaba y aguijoneaba hasta decir basta. Y es que da igual lo confiado que estés con tus dotes culinarias, si tienes a un tipo respirándote en el cuello y observando todo lo que haces con ojos entrecerrados, te pones nervioso. Cuando yo trataba de intervenir, Lance enarcaba las cejas y me dedicaba una media sonrisa de suficiencia. Vale, tenía razón en que yo no tenía ni la más remota idea acerca de cocina. Pero aquellos hombres... *Aquellos pobres hombres...*

Cogían harina.

—Sabes que debes tamizarla, ¿verdad?—preguntaba Lance.

Mezclaban chocolate y canela.

—¿No mides las cantidades? —Como si fuera un crimen.

Derretían mantequilla.

Lance chasqueaba la lengua y miraba sobre el hombro del candidato.

—¿Estás seguro de eso? —Y allí estaba el chico, con un bol de harina

sobre el mostrador mientras sujetaba con mano temblorosa el cuenco con la mantequilla. Temeroso, pensando y dudando acerca de si realmente debía o no verterla.

Así llevábamos más de dos horas.

—¡¡Me largo de aquí!! —gritó el último candidato arrancándose el delantal.

Apreté los labios. No sabía si reír o llorar.

—Mejor —bufó un ufano Lance—. Está claro que no tienes ni idea de cocina.

El tipo enrojeció.

—¡Esa receta es correcta!

—¿En serio? —Lance se apoyó contra el mostrador y cruzó los brazos—. Porque estoy seguro de que la cantidad de harina y azúcar están claramente descompensadas con las claras de huevos que querías añadir. Faltan cuatro para conseguir una mezcla homogénea y que no acabe dura como el cemento.

Vi al hombre, Max, apretar los puños a los costados. Parecía querer golpearlo y yo solo podía solidarizarme con aquel sentimiento. De verdad que sí.

—¡Pues cocina tú, gilipollas! —escupió justo antes de mirarme—. Señorita, lo siento mucho, pero me niego a trabajar así.

Y, sin una palabra más, dio media vuelta y se largó.

«Y ahí va el último» pensé, exasperada.

Escuché el chasquido de las cáscaras de huevo y allí estaba Lance, como si nada. No. Como si nada, no. Aquella era una de las imágenes más sensuales que había visto en mi vida. Se había quitado la chaqueta del traje y se había arremangado hasta los codos. Estaba de perfil y parecía completamente ajeno a mi presencia, tan concentrado... con aquel cabello castaño y la mandíbula con barba de un par de días. El pantalón dibujaba la perfecta curva de su

apretado trasero, el mismo que me moría por mordisquear. La camisa blanca dejaba entrever cada línea y músculo de sus hombros y espalda, y los antebrazos... No podía dejar de mirar cómo saltaban los músculos cuando, con destreza, cascaba los huevos en un bol.

Maldita sequía sexual.

En aquel momento entendí perfectamente de dónde me venía el enfado de más temprano. No era una simple cuestión de sexo, no. Ni tampoco el hecho de que me hubiera despertado sola en su cama.

Se trataba de que lo había tenido a solo centímetros de mi cuerpo. Tan cerca y tan lejos. El calor que desprendía había sido como la más dulce y sensual de las caricias para mi piel desnuda. Su respiración me abanicó y cada pequeño punto en el que nuestros cuerpos se tocaron había sido como un pequeño bocado de éxtasis. Ese que te hace gemir a veces por placer y otras por desesperación, porque te sabe a poco. Porque quieres más. Pero yo no podía hacer nada, y él no dejaba de poner distancia mientras yo agonizaba por un poquito más. Así de ridícula era.

—Ahora sí, joder.

Parpadeé de vuelta a la realidad.

—¿Qué? —pregunté como una lerda.

—Ese tipo no sabría diferenciar entre harina de maíz o de trigo. —Bueno, yo tampoco—. Esta es la receta correcta. —Sonrió satisfecho y creo que humedecí sus bóxers—. Perfecta. —Esa última palabra la murmuró mirándome directamente a los ojos, como si se refiriera a mí. Y aquel maldito hilo invisible, el que parecía no dejar de tensarse entre nosotros, volvió a vibrar. Pero, por supuesto, allí estaba Lance para arrojarnos cubos helados de agua a la cara—. ¿Quién viene ahora?

Enarqué las cejas y reí sin humor.

—Ninguno. Ese era el último cocinero.

Bufó y sacudió la cabeza.

—Lamarlo así es ser demasiado generosa, señorita Miller. —Comenzó a ligar la mezcla con unas varillas—. No le convenían, se lo aseguro.

Me enderecé y apreté los puños.

—Lo que no parece entender es que mi negocio depende de encontrar a alguien que se haga cargo de la cocina —espeté y me acerqué a él, pero no me miraba—. No es solo que no haya más candidatos, Lance, es que cuando se corra la voz de lo que les haces pasar, nadie querrá ni siquiera presentarse para el puesto. —Y él seguía batiendo con vigor—. ¿Acaso me estás escuchando?

Le palmeé el hombro y por fin me miró.

—Imposible no hacerlo —murmuró.

—¿Qué has dicho? —De verdad acabaría golpeándolo si seguía así.

Resopló y cerró los ojos un segundo antes de volver a clavarlos en mí.

—Señorita Miller, si quiere conseguir al mejor cocinero para esta cafetería, no se trata solo de encontrar a alguien que parezca estar seguro de sí mismo. —Se limpió las manos con un paño y dio un paso hacia mí—. Tiene que estarlo de verdad y, para ello, debe ser capaz de cocinar como un puñetero dios aunque esté bajo presión.

Lo que yo decía.

Un dios inalcanzable.

Uno que se encontraba a tan solo un palmo de distancia. Que me atraía y enervaba a partes iguales y que no se cansaba de presumir ser el mejor en cada empresa en la que se embarcaba.

Y ahí me golpeó. Acababa de darme una vía de acción.

—Y supongo que tú eres capaz de trabajar bajo cualquier tipo de presión, ¿verdad?

Sonreí con dulzura mientras quitaba una invisible pelusa de su hombro. Ni

mucho menos me estaba recreando al sentir sus fuertes músculos bajo mi palma. En absoluto.

—Por eso soy el mejor —asintió con brusquedad.

—Ajá... —Le palmeé el pecho—. Pues entonces supongo que eres perfecto para el puesto. —Giré y le di la espalda—. Así al menos podré estar tranquila durante unos días hasta que encuentre al sustituto idóneo para Owen.

—Ha perdido la maldita cabeza si piensa que me voy a convertir en su chef particular.

—¿No te crees capaz de hacerlo? —Volví a mirarlo—. ¿Demasiada presión?

—Eso no es lo que he dicho.

—Bueno, entiendo que sea demasiado para ti.

—Sé lo que está tratando de hacer —replicó entre dientes—. Y no funcionará.

—Ese último tipo, Max... —Chasquéé la lengua y miré hacia la puerta—. Estoy segura de que lograría convencerlo para que volviera si le promet...

—¡A la mierda! —espetó acercándose más—. Le echaré una mano hasta que demos con el indicado. Hasta ahí llega mi compromiso.

—Me parece un trato justo.

Aunque había ganado la batalla, ni siquiera tenía ganas de esbozar una satisfecha sonrisa. Nuestros cuerpos estaban a solo un suspiro de tocarse y, de hecho, casi lo hicieron cuando mi pecho se hinchó al inhalar profundamente. Quería impregnar cada parte de mí con aquel aroma suyo que, por más que quisiera, no podría describir como otra cosa que no fuera oscuro y seductor. Lance tenía los labios entreabiertos y las pupilas dilatadas haciendo que el verde de sus ojos quedase en un segundo plano. Observaba cada parte de mi rostro como si estuviera estudiando y memorizando cada peca, marca y rasgo. Apreté los puños a los costados, pues era el único modo de evitar tocarlo. No

quería moverme porque, por más atrevida que fuera, necesitaba que él lo hiciera.

No sé lo que fue, pero algo sucedió que lo sacó de aquella especie de trance en el que nos encontrábamos. Dio un paso atrás y rebuscó en uno de sus bolsillos justo antes de sacar uno de aquellos malditos paquetes de M&M's. Ni diez segundos tardó en empezar a roer. Otros cinco en darme la espalda.

—Muy bien —dijo entrando en modo profesional—. Cuelgue el cartel de abierto, señorita Miller. Hoy soy todo suyo. —«Más quisiera yo», pensé—. Pero mañana no cuente conmigo.

Había dado tres pasos cuando me detuve en seco.

—Pero dijiste que me ayudarías hasta que encontrásemos a un sustituto.

—Estuve de acuerdo con echarle una mano, pero eso no implica que sea a jornada completa. —Me lanzó una mirada de reojo—. Tengo un importante caso entre manos, ya sabe.

Sí. El mismo en el que no quería que me involucrase.

Por una cuestión de higiene mental, lo dejé estar.

Después de aquello, nos acoplamos bastante bien. Cada cual sabía lo que tenía que hacer, como si hubiéramos estado compartiendo tiempo y espacio desde siempre. Poco después de abrir, algunos de los clientes habituales comenzaron a llegar. Todo fue bien, fluyó con naturalidad y sin contratiempos.

Incluso recibí una visita inesperada: los padres de Owen. Es decir, los anteriores propietarios y mis exjefes. Se sentían profundamente apenados y avergonzados por todo lo ocurrido y, aunque en cierto modo me sentí como una ventajista, tras decirles que las disculpas no eran necesarias, les conté mis problemas para encontrar un sustituto que estuviese a la altura de las habilidades de Owen en la cocina.

Se ofrecieron a ayudarme. Ellos se harían cargo hasta que resolviera todos los asuntos que tenía pendientes. Fue rastrero por mi parte el aprovecharme de

su sentimiento de culpa, lo sé. Pero las situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas y aquella ayuda me brindaba la oportunidad de estar con Lance durante la investigación. Aunque él todavía no lo supiera, por supuesto.

Los compensaría, me prometí.

Fue cuando colgué el cartel de cerrado, en aquel momento en el que el local ya está en calma y te tomas un café que te sabe a cielo saboreando la tranquilidad después de un trabajo bien hecho y un día ajetreado, cuando volvió a su ser normal.

—Si sigue obligándome a escuchar eso, acabarán sangrándome los oídos.

*First Kiss* de Kid Rock sonaba con suavidad. Podría haber entrado en una batalla acerca de mi buen gusto musical, pero decidí ir a lo importante.

—Tengo solucionado durante unos días todo el asunto de la cafetería, así que no será necesario que me ayudes más.

Estaba poniéndose la chaqueta y se detuvo a medio movimiento. La mirada que me lanzó era una mezcla de decepción y sospecha a partes iguales, pero supongo que, al igual que había hecho yo unos segundos antes, prefirió dejarlo estar.

—Me alegro de escuchar eso.

—Yo también estoy libre, así que puedo estar contigo hasta que acabe la investigación.

Sonreí, beatífica.

—No.

Se me borró la sonrisa.

—¿No? —Ja.

—Eso he dicho: no.

Apagó todo, cogió las llaves y mantuvo la puerta abierta hasta que salí. Cuando nos montamos en el coche no pude aguantarlo más, de modo que,

aunque no me había preguntado, procedí a contarle lo de los padres de Owen.

Bufó un divertido «increíble», pero no hizo más comentarios al respecto.

Aunque me costó Dios y ayuda, conseguí convencerlo para pasar por mi apartamento a recoger algo de ropa y otros artículos de primera necesidad: champú, cremas, maquillaje, perfume, condones... Esas cosas.

Faltaba poco para llegar a su edificio y aquel maldito hombre no hablaba. Nada. Ni una palabra.

—¿Qué había en las grabaciones?

—¿Qué grabaciones? —Bien sabía él a lo que me refería.

—Las de la floristería. —Silencio—. ¿Lance? —Nada—. ¿Qué viste en esos vídeos?

Apretó la mandíbula y continuó en silencio algunos segundos más sin perder de vista la carretera.

—Nada.

Fruncí el ceño.

—Así que compraste las flores para nada.

Fue su turno para mirarme como si no me comprendiera.

—¿De qué está hablando?

—Bueno, dijiste que habías comprado las flores a la china para que te permitiera ver las grabaciones de las cámaras de seguridad, pero ahora resulta que no había nada interesante que ver.

—No. Lo que estoy diciendo es que no me dejó acceder a esas malditas grabaciones.

—No lo dices en serio. —Mordí una sonrisa.

—¿Acaso ve que me esté riendo?

—No, pero nunca te ríes, así que supongo que este es tu estado natural. —Abrió la boca, pero me adelanté—. ¿Por qué no te las dejó? Estoy segura de que ese encanto tuyo te debe conseguir casi cualquier cosa que desees.

Estábamos en el garaje. Paró el motor y me miró, aburrido.

—Teme a la policía, pero, como no soy uno de ellos, le importa un carajo lo que quiera o lo que esté dispuesto a comprarle a cambio. —Entramos en su apartamento y tiró las llaves sobre el mostrador de la cocina—. No hay manera de que me permita ver esas grabaciones.

Me iluminé.

—Seguro que yo podría...

—No.

—¿No?

—¿Qué especie de manía le tiene a esa simple palabra? —Abrió la nevera y se puso a rebuscar—. Tome el primer turno para la ducha, así mientras iré preparando la cena.

Abrí la boca y la cerré.

Si algo había aprendido en el poco tiempo que hacía que nos conocíamos, era que resultaba mucho más divertido dejarlo creer que había ganado. Después, yo haría lo que creyera mejor. Me encogí de hombros y me fui hacia el baño.

Ya me había desnudado cuando caí en la cuenta de que me había dejado el neceser en la sala de estar, así que me envolví en una esponjosa toalla y caminé de vuelta. Lance estaba quieto en el centro de la cocina, mirando el teléfono que sostenía en la mano. De hecho, estaba tan concentrado en el aparato, que ni siquiera fue consciente de mi presencia hasta que lo llamé.

Levantó la vista, pero era como si no me viera. Como si su mente estuviera a kilómetros de distancia. Tardó algunos segundos en darse cuenta de lo que yo vestía en aquel momento. O, más bien, de lo que no vestía.

Se enderezó, cuadró los hombros e incluso vi aquel maldito músculo palpar en su mandíbula mientras me observaba con los ojos entrecerrados.

Cinco segundos. Aquello fue lo que tardó en darme la espalda sin mediar

palabra o hacer algún movimiento hacia mí. Estaba desnuda, tan solo envuelta con una toalla, y él me ignoraba.

¡Desnuda, por el amor de Dios!

La cena transcurrió en silencio. Él no dejaba de lanzarme miradas furtivas, como si aquello le resultara inconcebible. Como no dijo nada al respecto, supuse que no le había molestado demasiado que volviera a ponerme una de sus camisetas.

Tras desearle buenas noches, me fui al dormitorio. Él repitió las pautas del día anterior: esperó un tiempo prudencial antes de ir a la cama. Aquella vez fue Lance quien me dijo un suave «buenas noches» que no dudé en responder.

Podría decir que me quedé despierta, pero no. Caí en esa especie de duermevela en el que tus ojos y cuerpo se relajan, pero solo necesitas un diminuto clic para estar completamente alerta. El detonante fue la vibración de su teléfono y el susurro de las sábanas después de que Lance abandonase la cama. También el vacío que de repente sentía.

No había ni rastro de él en la habitación, así que me levanté y fui de puntillas hacia la sala de estar. Me detuve en cuanto lo escuché hablar en un bajo y furioso susurro.

—... ¿Conoces a esos tipos? —Un par de segundos de silencio antes de que respondiera—: Más te vale no estar jodiéndome, ¿me oyes? —Con cuidado me asomé y lo vi frotarse la cara—. ¿Dónde está ese almacén? —Asintió—. No te muevas de ahí, llego en media hora. Si van a alguna parte, síguelos.

Después, colgó. Resopló, se volvió a frotar la cara y se puso en movimiento.

¡Maldita sea!

Descalza, eché a correr para volver a meterme en la cama y hacerme la

dormida. Quería saber qué diantres se proponía.

Lo vi coger su ropa y entrar en el baño. Todo con sumo cuidado porque, evidentemente, estaba tratando de no despertarme.

Aquel cretino de verdad estaba aparcándome a un lado.

Me jugaba el cuello a que aquella llamada estaba relacionada con la investigación de mi padre y Lance pretendía excluirme. Si de él dependiera, me despertaría sola en su apartamento.

Otra vez.

Aquello dolió, no mentiré. También me cabreó.

—Pues te vas a enterar —mascullé a la oscura habitación.

Todo lo rápido que pude, me levanté, cogí algo de ropa, el neceser y me dirigí hacia la sala de estar, donde me vestí a toda leche. Me importaba un pimiento mirarme al espejo, al menos en aquel momento. Así que cogí mi bolso, otro par de cosas necesarias para adecentarme lo justo y salí del apartamento. Ya en el ascensor, sintiéndome como la mejor de las espías, abrí la mano y sonreí.

Si quería investigar, lo haríamos juntos.

Después de todo, tenía las llaves de su coche.

# TRES SON SUFICIENTES

*Lance, miércoles 22 de mayo*

*Esa misma noche...*

Hacer las cosas con sueño lo complica todo. Tan solo había pegado unas pocas cabezadas la noche anterior gracias a la presencia de Charlie en mi cama. Bueno, la presencia de Charlie por *toda* mi cama. Estaba de mal humor, no voy a negarlo. Después de pasar el día trabajando en la cafetería, me había tocado acompañarla a su apartamento para recoger algo de ropa. La parte buena era que había recuperado mis bóxers. La parte mala era la tensión que había sentido esperándola por si había alguien emboscado. Lo peor era que se estaba empezando a comportar como una buena chica. Malo.

No parloteaba, no insistía en participar de la investigación, no discutía por los turnos de ducha... Nada. Si algo había aprendido de ella en el tiempo que llevábamos juntos, era que se parecía a los niños pequeños. No en su forma de ser, sino que, cuando no la oyes montando follón, es porque la está liando o la va a liar.

Aquella noche había caído rendido nada más meterme en la cama. Ni el frenético baile para encontrar postura de Charlie consiguió mantenerme con los ojos abiertos. Aquello no duró y, poco después de la una de la mañana, mi móvil empezó a vibrar. Lo miré para ver qué demonios pasaba y vi que era una llamada de Jizz, el tipo al que había dejado vigilando Il Peccato. ¡Joder! Colgué y empecé a hacer maniobras para salir de debajo de Charlie sin despertarla. Volvía a tener su pequeño cuerpo sobre mí, aprisionándome con brazos y piernas. Respiraba profundamente, así que parecía que no se había

enterado de nada.

No fue una tarea fácil, pero me libré de su presa y salí de la cama en menos de cinco minutos. La vi desparramada y pensé que iba a ser complicado volver a entrar. ¿Cómo podía algo tan pequeño ocupar tantísimo sitio?

—¿Qué pasa Jizz? —pregunté tras devolver la llamada a mi *sherpa*, ya en el salón.

—Han venido unos tíos cuando el restaurante había cerrado —contestó en susurros—. Ha habido movida dentro y se han llevado al jefecillo en un coche. Mierda. Mi visita de la mañana no había pasado desapercibida.

—¿Conoces a esos tipos?

—Para nada, jefe —negó Jizz—. Visten bien, eso sí. Casi como usted. Los he seguido hasta un almacén.

—Más te vale no estar jodiéndome, ¿me oyes? —Ya he dicho que no estaba de buen humor—. ¿Dónde está ese almacén?

—Le mando ubicación.

—No te muevas de ahí —dije al comprobar dónde estaba mi hombre—. Llego en media hora. Si van a alguna parte, síguelos.

Colgué maldiciendo mi mala suerte. Conseguí reunir un poco de ropa sin encender la luz ni hacer ruido. Unos vaqueros negros, un jersey de cuello alto también negro y unas deportivas oscuras. Lo ideal para vigilancias nocturnas, vamos. No tardé ni diez minutos en el baño entre asearme un poco y vestirme. Ni diez malditos minutos. El tiempo justo para que Charlie me la liase, aunque en aquel momento ni siquiera me fijé en que ya no estaba en la cama.

Lo siguiente fue encontrar las llaves del BMW. No estaban en su sitio. Siempre las dejaba en un cuenco en la entrada, pero allí solo estaban las de casa. Yo no soy la clase de hombre que deja las cosas cada vez en un lugar. ¿Me las habría dejado en el contacto? Se me subió el corazón a la boca y salí de casa a la carrera. Una carrera silenciosa y sin portazos, eso sí. No quería

despertar a la invitada, que ya no estaba allí. No. Estaba en el puto garaje, junto a mi coche, totalmente vestida y sonriente. Las llaves colgaban de uno de sus dedos al lado de su cara y sonreía. Sonreía. Para matarla.

—¿Buscas esto?

—¿Se puede saber a qué está jugando, señorita Miller? —solté acercándome hecho una furia. No me gustaba que tocasen mis cosas.

—No, Lance —escupió ella poniendo la mano con las llaves a su espalda. Me paré en seco—. ¿Se puede saber a qué estás jugando tú? —Ya no sonreía. Me miraba echando chispas por los ojos—. Somos socios en esto y me dejas al margen cada vez que tienes ocasión. ¡He dormido dos noches en tu casa y me has dejado sola las dos veces!

Me apreté el puente de la nariz. Algo dentro de mí gritaba que le cruzase la cara a aquella insolente niñata. Definitivamente, estaba de muy mal humor. Por suerte, no soy la clase de hombre que golpea a las mujeres. Inspiré hondo varias veces antes de contestar.

—No somos socios —contesté con un tono tan comedido como pude. Al ver que abría la boca, la acallé con un gesto. Resopló—. Usted no tiene licencia, no tiene experiencia y no tiene las capacidades necesarias para este trabajo.

—¡Pero estamos hablando de mi padre! —gritó echando la cara hacia delante—. ¡Mi padre, Lance!

—Mi cliente —repliqué acercándome a ella. En cuanto eché mano a las llaves, ella volvió a ponerlas a su espalda. A la mierda el trato formal—. No sabrías qué hacer. Tan solo puedes molestar y estropearlo todo. —Abrió los ojos y la boca como si acabase de abofetearla—. Ni siquiera vas vestida para un trabajo nocturno.

Aquello era lo peor. Llevaba puestos unos shorts vaqueros y una camiseta rosa chicle que parecía un puñetero faro. Para rematar, se había calzado unas

zapatillas blancas como la nieve que atraerían cualquier mirada en la oscuridad. Estaba muy mona, pero llamaba la atención a millas de distancia.

—Voy a ir contigo —afirmó irguiéndose e intentando acercar su cara a la mía.

—Es peligroso —contesté rodeándola con los brazos para alcanzar las llaves. Noté cómo su cuerpo entero se ponía en tensión. Apenas ofreció resistencia cuando se las quité de la mano. Me separé un paso y ella siguió sin decir ni pio. Malo. Me la iba a liar.

—No es justo —musitó mientras yo rodeaba el coche. Juraría que estaba a punto de llorar. La ignoré, me senté en el asiento del piloto y metí las llaves en el contacto. «Me la va a liar». No tenía ni idea de cómo, pero me la iba a liar. Si no estaba montando una escena por dejarla tirada, solo podía ser porque tenía un plan B. Bajé la ventanilla del copiloto.

—Sube —grité ya sin ninguna barrera entre nosotros.

Ni el jodido Flash habría entrado tan rápido. Abrió la puerta, se sentó, cerró y se puso el cinturón en menos de diez segundos.

—Te prometo que no voy a molestar, Lance —aseguró mientras me miraba con la expresión radiante de un niño la mañana de Navidad.

No me lo creía. Íbamos a ponernos en peligro y para ella todo era un juego, como si estuviéramos en una película de detectives en la que las balas siempre impactan en la pared. Tenía que hacerle ver la gravedad de la situación. Saqué la pistola de la cinturilla del pantalón y se la tendí.

—¿Sabes usar una de estas? —pregunté. Ella la miraba como si fuera una serpiente de cascabel. Resoplé—. Lo suponía. Déjala en la guantera, por favor. Y pásame un paquete de M&M's ya que estás.

Ni siquiera un neurocirujano pone tanto cuidado con el bisturí como puso ella al coger la pistola y meterla en la guantera.

—Eso son un montón de M&M's, Lance —dijo con el ceño fruncido. Casi

no había sitio para la pistola. Cogió un paquete para dármelo. Uno que estaba abierto. Uno que ella no vio que estaba abierto. Los caramelos se desparramaron en su asiento, entre sus piernas. ¡Joder! Las abrió muy rápido para recogerlos y yo maldije porque la moda hiciese que aquellos pantalones fueran cada año más cortos. Los recogió todos, los metió en la misma bolsa y me la tendió con una sonrisa y un «perdón». Intenté tragar saliva. Iba a coger uno y llevármelo a la boca, pero habían estado entre sus piernas. Aquello, más que calmarme, me iba a poner peor. Cogí la bolsa y la dejé entre mis muslos.

Mal empezábamos.

—Vamos a un sitio que puede ser peligroso —comenté tras arrancar el coche y enfilar la salida del garaje—. Unos tipos han secuestrado al encargado del restaurante con el que he estado hablando esta mañana. Eso significa que deben saber que ando husmeando. También me hace pensar que estoy sobre una buena pista.

—¡Pero eso es genial! —exclamó Charlie, dando unas cuantas palmadas rápidas que pretendían ser aplausos para hacerme creer que estaba entusiasmada. En realidad, estaba muy nerviosa. Lo de la pistola había funcionado—. Por fin encontramos algo que nos puede ayudar.

Encontramos.

Joder.

—Es genial, sí —contesté ignorando sus larguísimas piernas desnudas—. Lo que no es tan genial es que vamos al encuentro de unos tipos capaces de secuestrar gente. ¿Entiendes lo que eso significa?

—No soy ninguna niña, Lance —repuso exasperada—. No voy a entrar donde quiera que vayamos preguntando quién mató a mi padre.

—Ni de ninguna otra manera —atajé.

—Vaaale —concedió enseñándome las palmas—. No voy a entrar a ningún sitio. Relájate.

No habría apostado ni diez centavos por aquello, pero prefería centrarme en el GPS y los M&M's. Ignoré la canción que empezó a sonar cuando Charlie puso el equipo en marcha. Lo que no pude ignorar fue que ella canturreaba y bailaba en el asiento. A ver, bailaba todo lo que puede bailar una persona sujeta con el cinturón de seguridad. Se la veía jodidamente feliz. O nerviosa. O ambas cosas a la vez. Yo, sin embargo, no podía dejar de observar cómo sus muslos se frotaban entre sí cada poco tiempo. Se veía claramente el comienzo de aquella cicatriz de la que me habló. Aquella cicatriz que yo me moría de ganas de besar muy despacio de extremo a extremo. Roí otro M&M's mientras llegábamos a nuestro destino y aparqué el coche justo detrás del de Jizz.

—Voy a hablar con mi hombre —dije apagando la radio—. Nada de música. Nada de luz. Ni se te ocurra ponerte a mirar el móvil. Quieta y formal.

La cara de Charlie fue todo un poema. Sin embargo, se rehízo.

—Sí, señor —contestó imitando un saludo militar. Resoplé mientras salía del coche y entraba en el de mi *sherpa*.

—No ha entrado ni salido nadie —me informó Jizz antes de que pusiera el culo en el asiento—. Siguen los tres ahí dentro.

Señalaba un pequeño almacén mientras me daba las indicaciones.

—¿Solo dos tipos? —pregunté. Aquello era una buena señal.

—Dos, más el encargado —apuntó él haciéndose el listo.

—Más los que ya estuvieran dentro —corregí para demostrarle que yo era el detective por una buena razón. Le tendí su tarifa por una noche—. Puedes irte a casa. Yo me encargo.

Cuando volví a entrar en el coche, Charlie seguía sorprendentemente formal. Tenía uno de mis M&M's en la mano e intentaba roerlo muy concentrada. ¿Trataba de imitarme?

—¿Y bien? —preguntó apartando el dulce de su boca.

—El encargado y los dos tipos que le han traído siguen en el almacén —

contesté divertido al ver su infantil manera de mordisquear—. Voy a ir a echar un vistazo y vuelvo enseguida. Pásame la pistola, por favor.

—¿Puedo ir contigo? —pidió con su mejor sonrisa inocente, pero sin hacer amago de coger el arma.

—Mejor no —repliqué de inmediato echando mano a la guantero. Aquello nos dejó demasiado cerca. Otra vez. ¡Joder!—. Solo voy a mirar si hay más gente vigilando por los alrededores. Espérame aquí. No tardo.

Me metí la pistola en la cinturilla del pantalón y fui hacia aquel almacén muy pegado a la pared, pero con toda la naturalidad del mundo. Desde lejos no se apreciaban cámaras de seguridad ni vigilantes en la puerta. Empecé a rodear el edificio para ver si tenía otras entradas. Vi una puerta de emergencia que decidí dejar para más adelante. También había unos ventanucos altos. Vi a un tipo dando lo que pretendía ser un inocente paseo, pero que tenía más pinta de ser la ronda de un vigilante. Ya eran tres, como mínimo. Me iba a acercar más cuando oí algo a mi espalda. Miré en aquella dirección, pero no vi nada.

¿Un gato? Solo había una manera de comprobarlo.

Giré a mi izquierda en la siguiente esquina y me quedé pegado a la pared, fuera de la vista del vigilante. Agucé el oído. Se oían pasos apresurados y, no, no eran los de un gato. Era una persona y se estaba escondiendo de mí. Me estaban siguiendo.

¡Joder! Me habían pillado antes de empezar a husmear. Debía estar perdiendo facultades. Saqué la pistola y comprobé que hubiese una bala en la recámara. Los pasos se seguían acercando y yo estaba cada vez más tenso. Cuando una silueta dobló la esquina, puse la pistola justo delante de su cara.

Sus ojos se abrieron. Su boca se abrió. No me miraba a mí, sino al negro cañón de la pistola. Era la jodida Charlie. Era Charlie asustadísima. Era Charlie gritando como si le estuvieran arrancando el pellejo. No tardaron en oírse pasos apresurados en nuestra dirección.

Le tapé la boca con la mano libre y guardé el arma.

—Deja de gritar, joder —dije en su oído—. Nos van a descubrir.

Ella paró de inmediato y quité la mano de su boca.

—¡Casi me matas del susto! —masculló con los dientes apretados.

Los pasos sonaban cada vez más cerca. Pensé rápido. Estampé a Charlie contra la pared y me apreté contra ella.

—Lo siento —susurré.

—Pero...

No pudo decir más. Agarré su cara con ambas manos y la besé. Al principio fue un beso en los labios. Uno intenso, eso sí. Entonces, todo se volvió confuso y los abrí dejando el camino libre a mi lengua. Charlie no pareció sorprendida, porque le brindó paso franco de inmediato con un gemido. Una de mis manos acabó en su nuca mientras la otra se instalaba en la parte baja de su espalda para apretarla contra mí. Ella fue más osada. Me agarró el pelo y tiró como una salvaje, pero no para alejarme, sino para acercarme aún más. Si no me controlaba, iba a acabar cayendo en aquella boca que me estaba volviendo loco. Nuestras lenguas danzaban, los dientes mordían y gemíamos ajenos al mundo. Por desgracia, el mundo no estaba ajeno a nosotros.

—¿Quién anda ahí? —preguntó una voz profunda—. Joder. Dos putos salidos. Buscaos un hotel y largaos de aquí.

Aquello había roto el hechizo. El grito de Charlie había llamado la atención del vigilante y este había acudido a investigar. Llevaba la mano a la espalda, por lo que imaginé que iba armado. Se alejó negando con la cabeza.

—Por poco —suspiró Charlie.

—Creo que ya puede soltarme el culo, señorita Miller —apunté con nuestras narices rozándose todavía.

—Me gusta donde están mis manos ahora mismo, Lance —replicó ella

apretándolo más—. ¿Cuántos besos vamos a tener que darnos para que empieces a llamarme Charlie?

—Más de dos, eso seguro —solté como un gilipollas. Debería habérmelo esperado.

Ella volvió a tirar de mi pelo para besarme. La agarré por las caderas para izarla y sus piernas me envolvieron de inmediato, como si me hubiese estado esperando. Rodeó mi cuello con los brazos mientras su lengua volvía a entrar en mi boca. Me dejé llevar y agarré sus nalgas con fuerza. Gimió. Gemí. Aquello se nos estaba yendo de las manos. Teníamos que parar de inmediato o acabaría mal. Siempre acababa mal. Rompí el beso con un gruñido.

—Creo que tres son suficientes, Charlie. —Darle la victoria era la única manera de detener aquello. Ella dejó escapar algo parecido a un quejido y soltó la presa de sus piernas para volver al suelo. Sus brazos, sin embargo, seguían alrededor de mi cuello.

—Besas muy bien, Lance —dijo con los ojos brillantes.

—Tú también, Charlie —concedí intentando rehacerme.

—Lo sé. —Había una sonrisa traviesa en su cara mientras centraba su mirada en mi entrepierna—. No podrías ocultarlo aunque quisieras.

Sí. Tenía una erección tremenda, no lo voy a negar. Los pantalones de chándal no ayudan a ocultar estas cosas.

—Si meto la mano bajo esos pantalones, seguro que no sale seca —solté para intentar salvar parte de mi orgullo. Fue como si le hubiese dado una bofetada. Estuvo fuera de lugar, desde luego, pero cumplió su función. El momento había pasado. Por suerte—. Ahora están más atentos y yo sigo sin haber podido ver nada. Necesito que te quedes en el coche, Charlie. ¿Lo entiendes ahora?

Ella asintió muy despacio apretando los labios. Me alisó el jersey a la altura del pecho, resopló y volvió a mirarme.

—Está bien —accedió—. Voy a quedarme en el coche, pero no te voy a quitar ojo. Tú vas, miras y vuelves a contarme lo que hay.

—Sí, señora —contesté haciendo yo también un saludo militar. Llevar una pistola podría no ser muy buena idea. Se la tendí a Charlie—. Llévate esto y guárdalo en la guantera.

La carcajada que se le escapó con mi imitación se cortó al volver a ver la pistola. La cogió y la apretó contra su pecho. Después, se fue caminando muy despacio hacia el coche. No podía apartar la vista del movimiento de sus caderas. ¿Qué había pasado? ¿Qué había sido aquello? Sacudí la cabeza para despejarme. La falta de sueño. Tenía que ser la falta de sueño. Obligué a mis ojos a abandonar su silueta y fui de nuevo hacia el almacén. El vigilante no estaba a la vista, así que me apresuré a izarme hasta una de las pequeñas ventanas ayudándome de un contenedor. Cuando asomé la cabeza, pude ver al bueno de Jackson atado a una silla. Tenía la cara molida a golpes, pero no se veía ni rastro de sus secuestradores.

Aquello debería haber hecho saltar alguna alarma en mi cabeza. Si los otros dos no se habían largado y no los veía en el almacén, ¿dónde estaban? La respuesta llegó en forma de mano agarrando mi tobillo. De un solo tirón, me hicieron caer del contenedor y golpearme la cabeza contra el suelo. Todo se volvió negro en un instante.

# UNA CHICA DE ARMAS TOMAR

*Charlie, miércoles 22 de mayo*

*Algún tiempo después...*

Lance no venía.

Sí, de acuerdo. El tipo podía ser un cretino algunas veces, pero se había comprometido a volver y mantenerme informada acerca de lo que descubriera en aquel almacén y me había parecido realmente sincero.

No podía dejar de moverme en el asiento, cambiaba de postura continuamente e incluso canturreaba en voz baja alguna canción de Kid o Sheryl. El miedo por lo que pudiera estar ocurriendo y el recuerdo de nuestro beso batallaban dentro de mí convirtiéndome en un auténtico lío de emociones.

El beso... Toqué mis labios con suavidad, aún sintiendo un ligero hormigueo. Miré la pantalla de mi teléfono y se me encogió el corazón al darme cuenta de que hacía más de veinte minutos que Lance y yo nos habíamos despedido. Algo estaba mal, muy mal.

—A la mierda —murmuré a la silenciosa noche.

Me recogí el cabello en una coleta alta y, cuando iba a salir, miré la guantera con aprensión mientras me mordía el labio. La pistola de Lance estaba allí.

No me gustaban las armas. De hecho, me daban un miedo horrible, pero ¿y si estaba en graves problemas? ¿Y si era la única posibilidad de salvarle la vida?

Comencé a pisotear porque tenía los nervios de punta y, después de dejar escapar un gemido desesperado, cogí el arma con dos dedos. Cerré la puerta

con cuidado y la tapé con la camiseta después de meterla en la cinturilla del pantalón. Por Dios, esperaba que no se disparase sola o acabaría volándome un pie.

Aunque mi ropa no era lo más discreto del mundo, traté de fundirme con la noche mientras trotaba hacia el último lugar en el que lo había visto. Me pegué a la pared y puse la mano sobre mi pecho, como si así pudiera aplacar el desbocado latido de mi corazón. Miré a mi alrededor para asegurarme de que no venía nadie. Vi un contenedor justo bajo una especie de ventana alargada por la que salía luz, así que fui hacia allí. Me gustaría decir que fue fácil encaramarme a él, pero la verdad es que fue un milagro que no lo volcase y acabara de basura hasta las cejas. A todo esto, continuaba aterrada por pegarme un tiro a mí misma en el proceso.

Me agarré a los pequeños salientes de la ventana, me puse de puntillas y... y lo que vi a través del cristal hizo que el aire se me atascara en la garganta.

—*Mierda. Mierda. Mierda. Mierda...*

Lance.

Mi Lance estaba en el centro de aquel enorme almacén sentado en una silla. Bueno, en realidad, tenía las manos atadas a la espalda y su cabeza colgaba baja, de manera que la barbilla casi le tocaba el pecho. Junto a él había otro tipo, también esposado a su asiento, aunque este a duras penas mantenía la cabeza erguida y su cara estaba muy golpeada. Mucho.

No había ni rastro de nadie más alrededor. Me debatí durante algunos segundos, pero daba igual cuántas vueltas le diera, sabía lo que debía hacer: rescatarlo.

—Para que luego diga que yo me meto en problemas —mascullé bajándome del contenedor.

Con todo el sigilo y cuidado del mundo, me mantuve pegada a la pared mientras bordeaba aquella monstruosa construcción hasta que encontré una

puerta que, milagrosamente, estaba desbloqueada. Cuando la abrí, el metal raspó contra el suelo de cemento y las bisagras chillaron con la fuerza de cien ratas cabreadas. Me encogí y cerré los ojos, maldiciendo para mis adentros y esperando a que de un momento a otro apareciera algún matón y me encañonase con una pistola.

No ocurrió nada.

Me adentré en un laberinto de cajas hasta que, por fin, llegué al centro de la estancia cuyo foco central estaba justo sobre los dos hombres secuestrados. El otro tipo, el golpeado, levantó la cabeza sobresaltado cuando percibió mi presencia. Tragué con fuerza cuando vi la especie de masa sanguinolenta en la que habían convertido su cara a base de golpes.

Gimió y se removió, pero, sintiéndolo mucho, mi prioridad era otra. No me importa cómo pueda sonar esto.

Lance parecía inconsciente, así que le golpeé con suavidad la cara al tiempo que lo llamaba. Farfulló algo mientras volvía en sí. Me di cuenta de que sus tobillos también estaban atados a las patas de la silla, así que me apresuré en liberarlos.

—¿Charlie? —Parecía un poco atolondrado—. Te dije que te quedaras en el coche.

Resoplé y tiré la cuerda.

—No hay de qué, cariño. —Lo rodeé para hacer lo mismo con sus manos—. ¡Maldita sea! —Levanté los brazos desesperada—. Recuérdame que no vuelva a dejarte solo. Eres un desastre, Lance.

—¿Qué?

—Esposas —aclaré—. Tienes las manos esposadas.

—Lo sé —replicó con sorna.

Listillo.

—¿*Ahhodda* qué? —El otro pobre hombre apenas podía hablar, pero lo

entendí. Creo.

Cuando lo miré de cerca, apenas pude reprimir un escalofrío al ver el desastre que tenía por nariz. De hecho, cada vez que respiraba emitía un pitido que me ponía un poco nerviosa, pero supongo que habría estado fuera de lugar pedirle que dejase de respirar.

Imaginé que no teníamos mucho tiempo, fruncí los labios y entonces se me ocurrió algo. Saqué la pistola de la cinturilla de los *shorts*.

—Seguro que si disparo podré romper las esposas.

—Esa es la peor idea que has tenido en tu vida.

Lance me miraba con los ojos entrecerrados.

—¿Se te ocurre algo mejor? —inquirí rascando mi sien con el cañón de la pistola. Mala idea teniendo en cuenta el miedo que me daban, pero necesitaba mostrarme segura. El otro tipo miraba entre nosotros, dudando, con una mezcla de temor y esperanza reflejada en... bueno, en aquello que era su cara. Lance abrió la boca y volvió a cerrarla, buscando las palabras, supongo. O alguna idea menos suicida—. Muy bien, vamos allá...

Me coloqué detrás de Lance y apunté. O lo intenté.

Por todos los demonios, jamás había disparado un arma, ni siquiera en el *Fortnite*.

¿Y si le volaba las manos? ¿Y si acababa con muñones por mi culpa?

Entorné un ojo, sujeté la pistola con ambas manos e intenté que el pulso no me temblara mientras fijaba el centro de aquellas esposas como mi objetivo y...

—¡Espera, espera, espera! —medio gritó, medio susurró Lance—. No creo que funcione.

—¿Qué? —El otro hombre parecía desesperado. Pitido—. *¿Podd* qué?

—Lance, no tenemos tiempo para esto. —Me estaba poniendo nerviosa.

—*Ezo* digo *do* —me apoyó su compi de secuestro. Pitido—. *Vamoz*,

*haddlo* de una *ved*.

Me encogí de hombros y me coloqué tras él, ya que parecía tan predispuesto. Repetí el proceso, hasta que Lance dijo:

—Joder, lo vas a terminar de arreglar.

—Ten fe —repliqué sin mirarlo, con el ojo entornado y apuntando a las esposas del otro tipo.

—*Edpeda, edpeda*. —Pitido—. *Edpeda...* —Resoplé y volví a bajar el arma—. *Zabed didpadad, ¿veddad?*

No sé qué demonios le habían hecho durante su secuestro —además de lo evidente—, pero al pobre hombre apenas se le entendía un carajo.

—Siempre hay una primera vez —ofrecí por respuesta y le palmeé el hombro.

—¿Qué?! —gritó. Era un milagro que los matones no nos hubieran escuchado—. ¡No, no, no...! —Pitido—. No lo *hagaz, pod favodd...*

Miré a Lance, quien me observaba con una sonrisa de comemierda en su hermosa cara. Demasiado confiado, teniendo en cuenta la precaria situación en la que nos encontrábamos.

Suspiré y me armé de paciencia.

—Vamos a ver. No hay tiempo para esto, muchachos —siseé con las manos en las caderas—. Tenemos que salir de aquí *ahora*, así que, ¿quién quiere ser el primero?

Ambos se miraron y parecieron apretar los muslos en sus respectivos asientos.

Cobardes.

—Charlie... —dijo Lance, con mucho cuidado—. Incluso si no nos acabas volando las manos, el disparo de esa pistola resonará y será como una maldita señal luminosa. Tendremos aquí a todos esos tipos en menos que canta un gallo.

Vale, ahí tenía razón.

—¿Y qué sugieres que...?

No sé quién fue el primero en percatarse, quién escuchó aquellos pasos que parecían ir hacia nosotros. La cuestión es que tanto Lance como yo nos enderezamos, escuchando como dos perros de presa. Y, sí, alguien venía.

—Lárgate y pide ayuda, joder —espetó Lance.

—De eso nada.

—No es momento para discutir, maldita sea.

—Pues dame alguna idea, porque no pienso salir de aquí sin ti —repliqué entre dientes. Había apoyado las manos sobre sus muslos y nuestras narices casi se rozaban.

De ninguna manera pensaba dejarlo allí.

Nos miramos en silencio durante algunos segundos, no sé decir cuántos. Él apretaba la mandíbula y sé... sé que vio en mis ojos que no pensaba moverme de allí sin él, daba igual lo aterrada que estuviera. Porque lo estaba.

Aunque por la expresión de su rostro y su mandíbula apretada podía decir que estaba bastante cabreado, eran sus ojos los que tenían un brillo especial. Algo diferente y que jamás creí que vería cuando me mirase a mí: orgullo, respeto, admiración.

Puede que algo más, pero no era momento para pararse a analizarlo todo.

Finalmente, asintió.

Iba a rodearlo para seguir con mi plan inicial, cuando siseó:

—Ni se te ocurra dispararme.

Me detuve y me di cuenta de que todo volvía a estar en silencio. Quienquiera que hubiera estado rondando por allí cerca, se había vuelto a marchar.

—Muy bien. —Me crucé de brazos frente a él—. ¿Qué sugieres entonces, Sherlock?

—*¿Podría dejad de zacudid ezo?* —Pitido.

Lance enarcó una ceja y sonrió a medias.

—Jackson tiene razón —asintió hacia el otro hombre—. Será mejor para todos que dejes la pistola en el suelo. —Sacudió los hombros—. Tendrás que ayudarme, Charlie. No puedo hacerlo solo, pero seguro que puedo salir de esta jodida silla si haces lo que te digo. Después nos ocuparemos de las esposas.

Teníamos que largarnos de allí lo antes posible, de modo que no rechisté. Sé que le hice daño, pero ni una vez se quejó más que para dejar salir algún que otro gruñido. Tuve que estirar sus brazos hacia atrás, apoyar el pie en el travesaño de la silla y hacer palanca mientras lo ayudaba a incorporarse. Suena raro, lo sé. Pero es que fue raro.

No tuvimos ni un segundo para celebrar que lo habíamos conseguido. En aquel mismo instante, un portazo resonó en la parte opuesta a la que me había servido de entrada.

—*Mierda. Mierda. Mierda...*

—Tenemos que largarnos de aquí —apremió Lance. Cogí la pistola y volví a guardármela en el mismo sitio.

—*¿Y do qué?* —Pitido.

Pobre hombre.

—Traeremos refuerzos, Jackson —respondió Lance en voz baja y urgente—. Pero si no nos vamos ya, caeremos todos.

Parecía a punto de echarse a llorar, pero Lance llevaba razón y todos lo sabíamos. Asintió y echamos a correr.

Mantuve un agarre suave en uno de sus brazos para ayudarlo con el equilibrio. Él no me lo habría dicho, pero sé que sirvió. Nos la estábamos jugando en todos los sentidos, así que nos asomamos con cuidado y, cuando vimos que no había nadie a la vista, salimos hacia la noche. Hacia su coche y,

con suerte, hacia algún lugar seguro.

El primer problema llegó demasiado pronto.

—¿Qué coño estás haciendo? —preguntó. Ambos estábamos junto a la puerta del acompañante y yo, por inercia, a punto de sentarme.

—Oh, mierda...

—Tienes que conducir tú, Charlie.

—Uh, uh. —Sacudí la cabeza—. No puedo hacerlo. Te aseguro que es una pésima idea pedirme eso.

—Así no me ayudas, joder —siseó acercando nuestros rostros hasta que las narices casi se tocaban—. Toma aire, tranquilízate y ponte al volante de una maldita vez. Tenemos que salir de aquí cagando leches.

Maldito fuera. Tenía razón.

Estaba aterrada, no mentiré. Lo ayudé a acomodarse y fui hacia el lado del conductor. Me puse el cinturón, ajusté el asiento y estaba haciendo lo propio con los retrovisores, cuando Lance espetó:

—Charlie, arranca de una puta vez.

—Pero tengo que...

—¡¡Arranca!!

Iba a replicar, cuando algo estalló. No, algo no. Un disparo.

Nos estaban disparando.

# CABALGANDO A DUKE

*Charlie, miércoles 22 de mayo*

*Justo después...*

Chillé frenética y a duras penas fui capaz de encontrar el maldito botón de arranque que Lance me había indicado. Todavía recordaba algo de las clases de conducción, así que allí había algo que no me cuadraba.

Con el sonido de fondo de más gritos y sonidos de disparos, Lance me dijo lo que tenía que hacer. El puñetero coche era automático.

—¡Jamás he conducido uno de estos!

Oh, Dios mío... nos íbamos a matar.

Otro disparo y la luna trasera se resquebrajó. Me agaché y pisé a fondo el acelerador.

—¡¡Levanta la puta cabeza, Charlie!!

«Cierto».

—Pero nos están disparando.

—Si no miras por dónde vas, les ahorrarás el trabajo de liquidarnos.

Estaba inclinado hacia delante, porque las manos esposadas a su espalda le impedían colocarse en otra posición. Tenía que ser bastante incómodo, la verdad. *Kryptonite* de 3 Doors Down sonaba a toda leche, pero iba tan concentrada en la carretera que ni siquiera podía pensar en bajar el volumen. Ya no hablemos de mi esposado compañero de viaje.

—Y tienes el valor de meterte con Kid Rock —acusé.

No tenía ni la menor idea de dónde estábamos o hacia dónde dirigirme. Con no estamparme contra algo ya me daba por satisfecha. El corazón me latía

con fuerza y el aire salía de mis labios en rápidos jadeos. Por Dios... estaba al borde de un ataque de pánico.

—¿Qué?

—La música —expliqué sin mirarlo.

—Señorita Miller, este no es momento para eso.

Oh, él sí que sabía cómo cabrearme.

—¡¡Charlie!! —grité mirándolo—. Llevas toda la maldita noche llamándome por mi nombre, así que a la mierda el «señorita Miller».

—¡Cuidado!

Aquel grito me hizo pisar el freno a fondo. No sabía con qué debía tener cuidado, no vi nada. Pero el pobre Lance se estampó de cara contra el salpicadero. Maldijo de las más coloridas formas que había escuchado jamás. Y entendí que lo hiciera. Incluso me dio un poco de pena.

Como nos habíamos detenido en seco, lo ayudé a volver a su posición y vi un pequeño reguero de sangre saliendo de su nariz.

—¡Oh, cielo santo! Lo siento. —Me incliné hacia él—. Lo siento mucho.

—Arranca de una jodida vez. ¡No te pares!

Un haz de luz nos iluminó.

—Nos están siguiendo —apunté.

—Es una jodida persecución, por supuesto que nos están siguiendo.

No sé qué demonios hice antes de pisar el acelerador. No sé qué toqué en la palanca de cambios, pero sonó una especie de rascón muy grave, como si el coche también estuviera gruñendo. Sonó otro disparo y me dio la impresión de que le habían dado a algo en la parte trasera.

—Hijos de puta —gruñó Lance—. Tranquilo, Duke. Todo está bien, chico.

—¿Quién?

—¿Qué?

—¿Con quién estás hablando? —Silencio—. ¿Lance?

—Con Duke.

—Eso ya lo he oído, pero te pregunto que quién es Duke.

—Es mi chico.

No podía ser.

—¿Le has puesto nombre al coche? —reí.

Sí, ya sé que no era el mejor momento, pero a veces la histeria tiene ese efecto en las personas.

Nos embistieron por detrás y ambos nos sacudimos por el impacto. Chillé.

—Sí, amo este coche, así que le he puesto nombre —gruñó, antes de mirar por el retrovisor—. Hijos de puta. Los mataré.

Eso si no nos mataban ellos primero, por supuesto.

Necesitaba hablar porque estaba muy, muy nerviosa.

—Por favor, dime que no le has puesto nombre a tu cosita.

—¿Mi cosita?

—Ya sabes... tu cosita.

Vi algo cruzando, quizás un gato y, al tratar de esquivarlo, acabé raspando el lateral derecho contra unos contenedores metálicos. Saltaron chispas de metal e iluminaron nuestro camino.

—¡¡Maldita sea, Charlie!! ¡Ten cuidado, joder!

—¡Había un gato!

—¡No había ningún puto gato! —Otro disparo que, esta vez, sí hizo añicos la luna trasera—. Deja de conducir en círculos de una maldita vez.

—¡No sé adónde voy!

Y era cierto. Todo me parecía igual: calles poco iluminadas, árboles, fábricas y almacenes. Seguíamos en la zona industrial.

Un par de segundos después casi se me salió el corazón cuando gritó:

—¡Izquierda! —Y lo hice. No pensé, no dudé. Nada. Él dio una orden y yo, como una autómatas, obedecí y actué. Las ruedas chirriaron y Lance se

estampó contra la puerta. Me atrevería a decir que el coche incluso se levantó de mi lado en el aire. Dos segundos después, las luces del otro coche volvieron a alumbrarnos—. Me va a dar un puto ataque cardíaco, joder — masculló.

Reí. No era gracioso, pero la histeria y todo eso, ya sabes.

Podría haberle dicho que condujera él, pero me lo guardé. No era momento para aquello.

Me daba indicaciones sin parar: «A la izquierda, a la derecha, ahora sigue recto». Los disparos continuaron llegando, al igual que mis gritos y también las maldiciones de Lance. Aquello fue hasta que dejamos atrás la zona industrial y nos adentramos en otras más pobladas. Supuse que no querían llamar demasiado la atención al percatarme de que la distancia entre nuestros coches se hacía cada vez mayor.

Reconocí la zona. Si no me equivocaba, estábamos cerca de Bixler Park.

Nuestros perseguidores parecían haber reducido un poco la marcha, aunque seguían demasiado cerca. Nos aproximábamos a un cruce en el que había un semáforo en rojo y tuve una especie de *déjà vu*. Levanté el pie del acelerador.

—¿Lance?

—No te detengas.

—*Nononononono...* —Sacudí la cabeza, frenética—. No puedo hacerlo, nos vamos a matar.

—Si no lo haces, ellos nos matarán —apuntó con una calma envidiable—. Confío en ti, Charlie.

Gemí.

Tenía que decir aquello.

Inspiré hondo, agarré el volante con fuerza, pisé el acelerador a fondo y cerré los ojos.

—*OhDiosmíoOhDiosmíoOhDiosmío...*

—¡¡Pero no cierres los ojos, joder!!

Chirridos, bocinas, frenazos.

No quería mirar. No quería saber de qué marca era el coche contra el que nos íbamos a estampar y que iba a causar nuestra muerte. Aun así, los abrí.

Ya habíamos cruzado.

¿Cuándo diantres habíamos cruzado?

—¡Lo hemos conseguido! —grité con los brazos en alto—. ¡Seguimos vivos, Lance!

Él se inclinó hacia delante hasta que puso la cabeza entre las piernas y creo que lo escuché murmurar un bajo:

—Se me va a salir el corazón, joder.

A decir verdad, cuando se levantó parecía un poco verde.

El otro coche ya no nos seguía, así que levanté el pie del acelerador y seguí sus indicaciones. Aparcamos en el estacionamiento de la 63rd Beach Park, con vistas al lago Michigan.

Ambos nos tomamos unos segundos disfrutando de aquella tranquilidad con nuestras respiraciones aún aceleradas por todo lo vivido y asimilando que, por increíble que pareciera, seguíamos vivos y de una pieza.

—Tienes que quitarme esto —dijo de pronto, refiriéndose a las esposas.

—¿Cómo?

Yo no tenía ni idea acerca de abrir esposas, por supuesto.

—Tengo un juego de ganzúas en un estuche, bajo al asiento —indicó—. Cógelas, ayúdame a bajar del coche y te explicaré cómo hacerlo.

Demasiado mandón teniendo en cuenta su situación de desventaja.

De hecho, cuando nos habíamos bajado del vehículo y él estaba punto de soltar una de sus lecciones acerca de cómo usar aquellas dichas ganzúas, el recuerdo del beso destelló en mi mente y lo interrumpí.

—¿Por qué lo hiciste?

Frunció el ceño y me miró sin comprender.

—¿De qué estás hablando?

—Me besaste. —Di un paso hacia él sin dejar de mirarlo a los ojos—.

Esta noche has vuelto a besarme, ¿por qué?

—Fue una actuación —replicó con rapidez. Demasiada—. Estaban a punto de descubrirnos y fue lo mejor que se me ocurrió.

—Mentira —sonreí y sacudí la cabeza—. Prueba otra vez, Lance.

—Te lo he dicho, pero no quieres escuchar.

—No, lo que quiero es escuchar la verdad —respondí con suavidad—. No había ninguna *Kiss Cam* y tampoco te asalté. No era algo necesario ni hecho por falta de un mejor plan. —Me acerqué un poco más, hasta que nuestros cuerpos casi se tocaban—. El beso de esta noche hablaba de ganas y atracción. —Apretó la mandíbula—. Hablaba de necesidad y pasión. Ese es el tipo de beso que se dan dos personas que quieren algo más.

Me sentía terriblemente mal por mantenerlo esposado porque aquello debía ser incómodo y seguro que dolía. Pero, por mezquino que suene, tenía que aprovechar la oportunidad, aquella desventaja en la que se encontraba y que le impedía salir huyendo como siempre hacía.

Pasaron algunos segundos en silencio hasta que sacudió la cabeza. Ya sabía lo que venía incluso antes de que abriera la boca.

—No se volverá a repetir, eso es lo único que necesitas saber.

¿Y ya está?

—¿Por qué?

Solo quería una respuesta, maldito fuera. No era tan difícil.

—Porque no puede ser.

—¿Por qué?

Parecía estúpida, lo sé. Pero los dos podíamos jugar a aquel juego.

—Porque estoy jodido.

Lo dijo mirándome a los ojos y había tal mezcla de rabia y dolor en su voz, que me fallaron las palabras. La razón por la que él creía que estaba jodido y que lo nuestro no podía ser, la desconocía. Pero supe que, de momento, ya me había dado suficiente y no debía presionarlo más. Giró la cabeza y vi que no solo tenía sangre de cuando se golpeó la nariz contra el salpicadero, sino que también tenía un corte en la sien que sangraba. Acerqué con cuidado la mano.

—Cielo santo, Lance...

—Estoy bien.

Él apartó la cabeza de golpe para evitar mi toque y sentí aquel gesto como una bofetada.

Dolió.

Con lentitud, bajé el brazo y me aclaré la garganta en un estúpido intento de deshacerme de aquel nudo que también tenía mis ojos más brillantes de lo normal.

La adrenalina.

Tenía que ser aquello: la adrenalina abandonando poco a poco mi sistema.

Después, trabajé con mucho cuidado y seguí cada una de sus indicaciones. No estoy segura de cuánto tardamos, pero conseguimos deshacernos de las esposas y aquello era todo lo que contaba.

—Deberíamos ir al hospital a que te revisen esos golpes.

Sacudió la cabeza mientras se masajeaba las muñecas.

—Demasiadas preguntas y atención que no necesitamos ahora mismo. Me lo curaré yo mismo cuando llegemos a casa.

—Yo me encargaré de eso.

—He dicho...

«Hasta aquí», me dije.

—Te niegas a ir a un hospital aunque podrías tener una conmoción cerebral —repliqué molesta—. Muy bien, lo entiendo. Tampoco estoy presionando por más respuestas o información, Lance. Así que, si te digo que yo me encargaré de curar tus heridas, lo haré y no hay más que hablar.

Estábamos cada uno ante sus respectivas puertas, con el coche como barrera entre nosotros. Nos miramos en silencio durante algunos segundos, hasta que me dirigió una media sonrisa y asintió.

—Sí, señora.

Después, se metió en el coche y arrancó.

Me quedé allí pasmada sin saber muy bien cómo reaccionar puesto que no estaba acostumbrada a que me diera la razón.

Bueno, pues a casa.

# CURANDO HERIDAS

*Lance, miércoles 22 de mayo*

*Esa misma noche...*

Había dicho que iba a curarme y vaya si lo intentó. En más sentidos de los que yo creía. Me había hecho sentarme en una silla del comedor y ni siquiera me había dejado ir a por el botiquín. Tuve que explicarle dónde estaba y ella lo trajo y lo puso encima de la mesa. Estaba muy seria. No enfadada. Seria. Me había untado las costillas con pomada después de palparlas para comprobar que no hubiera fracturas. Vi las estrellas, pero no me quejé para no preocuparla. Me había limpiado la sangre de la cara con extremo cuidado. Incluso me había metido unos algodones en la nariz, aunque ya no sangraba. Todo en silencio. Ni una broma sobre lo quejica que era o lo gracioso que estaba con aquellas pintas. Solo quedaba la ceja. Lo más escandaloso, pero nada preocupante. No era la primera vez que me la rompían.

Apartó la mesa para poder estar frente a mí y empezó a desinfectar la herida. Solté un siseo por el escozor y ella se mordió el labio antes de soplar sobre la herida. Era todo muy extraño.

—Gracias, Charlie —dije mientras ella seguía limpiando—. Gracias por todo.

—Nada de gracias —contestó muy seria sin mirarme a los ojos—. Casi te matan por investigar la muerte de mi padre.

—Pero no me han matado —contesté sonriendo—. *No me han matado* porque tú has venido a liberarme. *No me han matado* porque tú has conducido como una jodida demente para escapar de esos mafiosos —añadí con una

amplia sonrisa—. Gracias por eso. Gracias por curarme. En serio.

Ella dejó el algodón sobre la mesa y se sacudió las manos. Entonces hizo algo inesperado: se sentó a horcajadas encima de mis muslos. Muy Charlie. Me rodeó el cuello con los brazos y pegó su frente a la mía.

—Esos hombres estaban sobre aviso por mi culpa, Lance —susurró con los ojos cerrados—. Casi te pillan porque yo te seguí. Lo siento.

Yo mantenía los ojos abiertos y la sentía muy cansada, muy débil. Muy pequeña.

—Pero apareciste para salvar el día —contesté acariciando su pelo. No sabía dónde poner las manos sin tocarla.

—Y no conduzco como una demente —añadió haciendo un puchero. Me dio la risa.

—Ya lo creo que sí. Mi pobre coche está para el desguace.

Abrió los ojos y vi que brillaban excitados.

—Lo hice, ¿verdad? —exclamó respirando muy rápido—. Conduje a toda velocidad, me salté un semáforo en rojo y despisté a los malos.

—Lo hiciste, Charlie —asentí—. Y me rompiste la nariz de un frenazo.

Se llevó una mano a la boca al recordarlo. Después, plantó un leve beso en la punta de mi nariz herida.

—¿Yo te gusto? —preguntó de repente. Se echó un poco hacia atrás y me miró fijamente a los ojos. Aquello me pareció muy inocente, casi infantil.

Esperé.

No se iba a cansar.

—Si es por lo del beso... —comencé. No me dejó seguir.

—No es solo por el beso, que también —negó cruzando los brazos frente al pecho—. Es por todo, Lance. Cuando me miras, siento que te gusto. Cuando estamos cerca, siento que te gusto. Luego abres esa boca y lo estropeas todo.

—A ver, Charlie... —empecé de nuevo. Me volvió a cortar.

—Eso no parece ni un sí ni un no —exclamó enfadada. ¡Joder!—. Necesito una respuesta. ¿Te gusto?

Inspiré. Aguanté la respiración. La dejé salir con un bufido. Ella ganaba. Otra vez.

—Me gustas —concedí al fin. Ella soltó el aire que había estado aguantando.

—¿Cuánto? —El ataque era incesante. Cuando vio mi cara de querer esquivar la pregunta, levantó el índice con un chistido—. ¿Cuánto te gusto, Lance?

—Me gustas mucho —contesté.

—¿Cuánto de mucho? —insistió. No podía ocultar la sonrisa que luchaba por romper su cara seria.

Yo dejé que la mía aflorara.

—Me gustas más que un *home run* de los Cubs —expliqué mirando a sus preciosos ojos marrones—. Me gustas más que comer patatas fritas con las manos. Me gustas más que levantarme sin que suene el despertador. Me gustas más de lo que me ha gustado nada en mi puta vida, Charlie.

Se quedó callada. La muy cabrona se quedó callada durante unos diez segundos. Me quería morir.

—Menos mal —dijo al fin—. Porque tú a mí me gustas mucho. Casi creía que me estaba volviendo loca. Pero no. Te gusto. Tú me gustas. Eso es bueno. —Asintió apretando los labios—. Pero dices que estás jodido. Voy a necesitar que me expliques eso, por favor.

Joder, no. Cerré los ojos y tomé aliento. Se lo merecía, pero siempre me dije que me dejaría arrancar las pelotas antes que tener que contarlo. Pero *se lo merecía*. Maldita Charlie.

—Tengo un... Un problema —confesé mirándola. Casi esperaba que con eso bastase.

—¿Quieres decir que eres impotente? —preguntó enarcando una ceja—. ¿Eres eyaculador precoz?

—Calla un momento —solté más como una súplica que como una orden. Ella fingió que cerraba la boca con una cremallera y volvió a rodearme con los brazos—. El sexo me produce ansiedad. Mucha ansiedad. —Charlie asintió en silencio—. Generalmente, la controlo comiendo algo crujiente. Los M&M's me funcionan de fábula. —Ella abrió mucho los ojos—. Comiendo cosas crujientes y masticando mucho, me baja la ansiedad. Lo malo es que no puedes ponerte a comer cacahuets mientras estás en la cama con una chica. ¿Me sigues?

—Te sigo —contestó acariciándome el pelo.

—Cuando la ansiedad es demasiado alta, el cerebro te obliga a pelear o huir —continué—. El mío, por suerte, elije huir. Si me llegase a excitar mucho contigo, saldría corriendo. Cuando hay demasiadas cosas que escapan a mi control, me pongo muy nervioso. No es algo que pueda controlar. Lo siento. Estoy jodido.

Charlie permaneció en silencio un buen rato. Me acariciaba el pelo e incluso me dio un ligero beso en la herida de la ceja. Por fin, me miró a los ojos.

—Sabes que hay psicólogos que pueden tratarte eso, ¿verdad? —observó.

—Lo sé —admití—. Pero no es agradable hablar de ello y menos a un desconocido. He leído que puede ir remitiendo e incluso desaparecer.

Charlie asintió una vez más. Seguía muy seria. Al menos, no se había reído de mí.

—¿Desde cuándo te ocurre? —preguntó. Aquí volvía Charlie en estado puro—. ¿Fue a raíz de algo que te pasó?

—Prefiero no hablar de eso —repliqué—. Hoy no. Ahora no.

Ella sonrió y pegó su cuerpo al mío.

—Así que, cada vez que roías comida como un conejo, era porque estabas excitándote —dijo mirando mi boca—. Supongo que es todo un halago haberte visto destruir tantísimos M&M's. —Bufé. Ya empezaban las bromitas. Tendría que haberme quedado callado—. Estás jodido, sí. Estabas encerrado en un almacén de la mafia, atado a una silla. Yo te saqué y dejaste de estar jodido. Te llevé en coche a lugar seguro y dejaste de estar jodido. Te quité las esposas y dejaste de estar jodido. Te he curado las heridas y has dejado de estar jodido —Su voz bajó hasta convertirse en algo más íntimo—. Déjame curar esa otra herida también.

—No es tan sencillo —negué a la vez que bajaba la mirada y sacudía la cabeza.

Ella puso su mano debajo de mi barbilla y me obligó a mirarla de nuevo.

—Claro que no es sencillo —concedió sonriendo—. Nada que merezca la pena lo es. Confía en mí.

—Confío en ti —aseguré—. Pero no es eso.

—Mira, Lance —murmuró pegando de nuevo su frente a la mía—. No puedo conducir coches. No es que no sepa, es que no puedo. Tuve un accidente muy grave y había un semáforo en rojo de por medio. No había conducido desde entonces. —Se separó una pulgada para mirarme de nuevo—. Pero hoy lo he hecho. Por increíble que parezca, lo he hecho. ¿Sabes por qué? —Negué con la cabeza—. Porque tú has dicho que confiabas en mí. Eso ha sido suficiente para atreverme a hacer algo que creía imposible: he conducido un coche y me he saltado un semáforo en rojo porque contigo puedo hacer cosas que antes no podía.

Se quedó observándome con una sonrisa en la cara y los ojos acuosos. Tenía razón.

—No quiero decepcionarte —susurré—. No podría soportarlo.

—Confío en ti, Lance —dijo pegando su cuerpo al mío. Lo repitió

mientras nuestros labios se rozaban y empezó a besarme muy despacio, con una ternura infinita.

Tenía una mano a cada lado de mi cabeza y su respiración era muy agitada. Cuando nuestras lenguas comenzaron un lento y sensual baile, me cogió las manos y las puso en sus caderas. Siguió agarrándome de las muñecas para impedir que las quitase mientras me besaba y empezaba a hacer lentos movimientos sobre mí, rozando su pubis contra mi erección. Gemía en mi boca mientras se restregaba cada vez más rápido. Ya no nos besábamos. Todo nuestro ser, toda nuestra energía, se concentraba en aquel punto separado por un poco de tela que había pasado a ser nuestro mundo. Nuestro universo. Llevé las manos a su culo y apreté en cada vaivén. Aquello la hizo enloquecer y se abrazó muy fuerte a mí, poniendo su cabeza junto a la mía. Sus jadeos tan cerca de mi oreja me estaban volviendo loco. De repente, detuvo los movimientos y, cogiéndome la cara con ambas manos, me miró a los ojos.

—¿Todo bien? —preguntó cuando recuperó el resuello. Asentí—. Tengo una idea.

Se levantó y me sentí morir al romperse el contacto de nuestros cuerpos. Extrañaba sus muslos alrededor de mis caderas más que nada en el mundo. Sentía frío, pero no un frío físico. Un frío total. La necesitaba pegada a mí.

—Charlie... —empecé a decir. Ella no me estaba escuchando. Ni siquiera me miraba. Hurgó en su bolso hasta que pareció encontrar lo que estaba buscando.

—¡Ajá! —exclamó enseñándome las esposas que me había quitado poco antes—. Esto es lo que vamos a hacer. Para que no tengas ansiedad, vas a atarme a la cama. Yo no voy a poder hacer nada. No voy a poder tocarte ni obligarte a tocarme. Todo lo controlarás tú.

—Suena bien —repliqué. Sonaba mucho mejor que bien. A la mierda. Podría funcionar.

—De esa manera, podrás hacer lo que quieras en cada momento —siguió—. Si quieres tocarme, me tocas. Si quieres besarme, me besas. Si quieres parar, paras. —Iba extendiendo un dedo con cada cosa que enumeraba—. Esto último no lo hagas. Bueno, sí. Hazlo si quieres. Pero no quieras, por favor.

Rompí a reír.

—Podría funcionar —asentí sin poder apartar mi mirada de ella.

Se quitó las zapatillas de dos patadas y se dirigió a mi habitación. Por el camino, se quitó la camiseta y la tiró a ciegas. Aterrizó en el sofá. Ya en la puerta, se detuvo para desabrocharse los *shorts* y se los bajó muy despacio. No miró atrás. No le hizo falta para saber que mis ojos estaban clavados en ella. Después de unos segundos totalmente quieta, reemprendió la marcha.

—Ven en un minuto.

# ESPOSADA

*Lance, miércoles 22 de mayo*

*Un minuto después...*

Conseguí aguantar el minuto entero sin entrar en la habitación. Aproveché para comprobar que la puerta de la calle estaba cerrada. Puse una silla en el picaporte. Toda seguridad era poca. Miré por tercera vez el móvil y vi que el minuto había pasado.

Entré en el dormitorio. No estaba preparado para aquello.

Charlie estaba tumbada en la cama con los brazos extendidos. Sus muñecas estaban esposadas y la cadena pasaba alrededor de una de las barras que adornaban el cabecero. Tenía las piernas ligeramente flexionadas y aquellos ojos de fuego clavados en mí. Me acerqué y ella sonrió. Me deleité mirándola.

Llevaba puesto un precioso conjunto blanco lleno de transparencias y bordados de hojas. Había más lazos de los que he visto en toda mi vida. Los tirantes tenían lazos, entre las copas había un lazo más grande. En el centro de la cinturilla de la braga había un hermoso lazo. Me daban ganas de ir arrancando uno a uno a mordiscos. Y debajo de aquello estaba Charlie. ¡Oh, joder! Aquella mujer era perfecta. Tenía la piel ligeramente bronceada, a pesar de que estábamos en primavera, y el efecto con el blanco de la lencería era demoledor. Sus larguísimas piernas no dejaban de frotarse entre ellas muy lentamente. El vientre parecía la cosa más suave que he visto jamás y aquel pequeño orificio que era su ombligo se estiraba arriba y abajo de su abdomen, como si estuviera marcando el camino. Sus pechos se juntaban gracias a la

postura de los brazos y parecían llenos y tiernos. Anhelantes. Los labios seguían curvados en una leve sonrisa, pero dejaban escapar una respiración entrecortada. Era preciosa. Me di cuenta de que debía llevar mucho tiempo mirándola y me puse en marcha.

Cogí el mando a distancia del equipo de música y lo encendí. Inmediatamente, empezó a sonar a todo volumen *Cotton eye Joe*. ¡Joder! ¿Qué coño hacía aquel CD allí? Charlie ahogó una carcajada. Seleccioné el número cinco del cargador. Jamás había pulsado aquella tecla. Estaba esperando el momento oportuno. *Sadness*, de Enigma, inundó la habitación. Aquello estaba mejor. A las mujeres les gustaba ese tipo de música para el sexo, ¿no?

Saqué una caja del armario bajo la escrutadora mirada de Charlie. No dijo nada. «Gracias. Buena chica». Reuní media docena de velas de la caja y las dispuse por toda la estancia. A las mujeres les gustaban aquellas cosas, ¿no? Llevaba tiempo guardando las velas, la música y un par de cosillas más que no me atrevía a utilizar con la esperanza de que llegase el día adecuado. Había llegado. Con Charlie. Bufff... Bajé la intensidad de la luz y me acerqué de nuevo a ella. Ya no sonreía. No le gustaba esperar. No me atrevía a tocarla o perdería el control.

—¿Tienes un pañuelo? —pregunté.

—¿Un pañuelo? —Charlie parecía perpleja.

—Sí. Un pañuelo —insistí—. De esos que lleváis las mujeres en el cuello. Soltó una carcajada.

—Un *foulard* —explicó—. Hay un par en mi maleta. También hay condones. Los estriados son una pasada.

—Estriados —repetí aturdido—. Joder.

Volvía a sonreír. Bien. Mientras salía de allí la oí murmurar despectivamente «pañuelo». Encontré uno enseguida. Era verde, rojo, azul... ¿Cuántos colores se pueden llegar a usar en un solo pañuelo? Perdón. *Foulard*.

También cogí un condón y me lo guardé en el bolsillo. Uno solo. Si llegaba el momento, ya habría tiempo de coger más de entre las casi dos docenas que Charlie llevaba en su maleta. De sabores, fluorescentes, estriados... Tenía de todo. Volví y me acerqué a ella de nuevo enseñándole mi trofeo. Me puse de rodillas en la cama, junto a su cuerpo, e hice que la suave tela fuera recorriendo una de sus piernas desde el tobillo hacia arriba. Ella arqueó la espalda y soltó un leve gemido. Bajé por la otra pierna y volví a subir. Acaricié su vientre con el pañuelo y entonces vi su mirada. Me quemaba. Aquella mujer estaba ardiendo. ¡Joder! Empecé a hiperventilar y me puse en pie. Ella se tensó, pero no dijo nada.

Recuperé el aplomo controlando la respiración y cerrando los ojos. Al abrirlos, Charlie me miraba mordiéndose el labio inferior. Su mirada seguía ardiendo. No lo soportaba. Doblé el pañuelo y lo puse sobre sus ojos.

—Lo siento —musité antes de besarla.

Así estaba mejor. Volvía a tener el control. Todo iba a salir bien. Me tumbé a su lado y repetí el recorrido del pañuelo, pero esta vez con la punta de los dedos. La piel de Charlie estaba muy caliente. Sus muslos se abrieron un poco al acariciar la cara interior y gracias a la transparencia quedó claro que estaba *muy* excitada. Aquello me encantó. Verla así bajo el roce de mis dedos me hizo sentir seguro. Posé mis labios en su ombligo y la besé. Ella arqueó la espalda con un nuevo gemido. Empecé a hacer círculos con la lengua. Cada vez más amplios. Cada vez más húmedos. Subí hasta sus pechos y los lamí por encima de la fina tela del sujetador. Podía sentir sus pezones duros rogándome un contacto más directo, así que los mordisqueé con la fuerza suficiente para que sintiera la presión de mis dientes, pero con cuidado de no hacerle daño. El quejido desesperado que conseguí a cambio me hizo sentir genial. Poderoso. ¿De verdad podía hacer aquello con un simple mordisco? Recorrí el valle entre sus pechos hasta llegar al cuello, la barbilla...

—¡Oh, Lance! —susurró entre jadeos. Me volvía loco con solo oírla.

Mordí ligeramente su barbilla antes de llegar a la boca. Ella intentó besarme, pero yo puse una mano en su frente para que no pudiera moverse. Otro jadeo. Usando tan solo la punta de la lengua, fui recorriendo sus labios muy despacio. Ella los entreabría, invitándome, pero la hice esperar. Seguí lamiéndolos mientras mi mano dejaba de sujetar su frente. Ya no intentaba llevar el control. Acaricié su cara, sus pechos y su vientre antes de dejar que mis dedos se perdieran bajo la ropa interior. Estaba empapada. Aquella humedad caliente derribó mi última barrera y la besé con pasión mientras dos de mis dedos, los más valientes, empezaban a jugar con su clítoris. Me mordió el labio con fuerza mientras gruñía y aceleré el ritmo. Ella arqueó la espalda y gimió más alto.

Me perdí en ella, en su tacto, en su sabor... Lo único que podía escuchar eran sus jadeos. Lo único que podía sentir eran sus músculos apretándose en torno a mis dedos cada vez que entraban y salían de ella y el aire caliente de su respiración agitada en mi boca. Todo aquello por mí. Era la sensación más grandiosa que había experimentado jamás y me estaba llevando a un punto en el que ya tan solo podía imaginar cómo sería entrar en ella, unirnos y sentir su cuerpo rodeando el mío en todos los sentidos. Era un milagro que no hubiese explotado ya dentro de mis pantalones, pero se jodió. Un momento me veía embistiéndola mientras le arrancaba gritos de placer y, al siguiente, me había quedado paralizado.

¿Qué estaba haciendo?

¿Y si entraba alguien?

¿Y si me descubrían masturbando a una chica en ropa interior?

Empecé a hiperventilar de nuevo.

Me puse en pie de un salto para controlarlo.

—Lance, cariño, ¿estás bien? —preguntó Charlie con tono lastimero.

No estaba bien. Estaba mal. Todo estaba mal. No conseguía controlarme.

—No —contesté.

Me costó horrores pronunciar aquella sílaba.

Abrí la mesilla y saqué un paquete de M&M's. Empecé a morderlos con ansia.

—Lance, tranquilízate —dijo Charlie. Sonaba preocupada—. Vuelve aquí conmigo.

Masticar no me estaba ayudando. Veía su cuerpo. Veía las velas. Entonces noté el sabor salado de mis dedos. ¡Joder!

—Tengo que irme —gruñí.

Tiré los M&M's al suelo y salí con grandes zancadas del dormitorio.

—¿¿Qué?! ¿Cómo que te vas? —gritó Charlie desde la cama—. ¡Lance, suéltame antes de irte al menos, por el amor de Dios! Ni se te ocurra dejarme así.

Cogí la sudadera, las llaves y salí corriendo de casa.

—Así que me estás diciendo que hay una chica atada a tu cama y quieres que suba a soltarla, ¿correcto? —resumió Bella.

—Eso es —contesté sin atreverme a mirarla.

La había sacado de la cama a las cuatro de la mañana diciendo que necesitaba que viniese a mi apartamento. En realidad, al bar que hay justo al lado de mi portal. No hizo preguntas. Aquella mujer valía su peso en oro. En menos de veinte minutos, ya estaba a mi lado tomando un café mientras escuchaba mi desquiciada súplica. Cada uno miraba su taza, incapaz de establecer contacto visual con el otro.

—¿Por qué no la sueltas tú? —preguntó aún sin mirarme—. Espero que no le hayas hecho nada malo a esa mujer o te denunciaré. Me da igual que seas mi jefe.

Pasé los siguientes diez minutos explicándoselo todo. Bueno, todo lo que podía contar. Ella no dijo nada. Tan solo asentía de vez en cuando y daba sorbos a su café.

—Vamos a hacer una cosa, jefe —dijo cuando terminé de hablar—. Voy a subir a tu casa y voy a soltar a esa chica. Debería pedir un aumento de sueldo por esto, pero quiero otra cosa.

—Lo que sea —concedí. Le habría dado un pulmón si me lo hubiera pedido.

—Quiero que busques un buen psicólogo para tratarte ese problema tuyo —explicó dándome unas palmaditas en el hombro—. No estoy dispuesta a levantarme tan pronto de nuevo y no puedes estar así a tu edad.

—De acuerdo —accedí sin pensarlo siquiera. No pensaba ir a ningún loquero.

—¿Prometido?

—Prometido —mentí.

—En un rato estamos las dos aquí —aseguró cogiendo las llaves de mi casa y poniéndose en pie. También le di mis ganzúas. Por suerte, le había enseñado a usarlas en los ratos muertos que habíamos tenido en la oficina. Era una mujer curiosa y le encantó aprender aquello—. Luego, es cosa tuya. Yo tengo que ir a dar de desayunar a mi familia.

Para cuando volviesen podía estar muy lejos. En cuanto la vi entrar en mi portal, salí corriendo hacia el garaje y me metí en mi pobre coche. Arranqué sin pensar siquiera adónde iba a dirigirme.

—¿Dónde coño vamos ahora, Duke? —pregunté a mi destartado compañero de fatigas. Siempre decía que se llamaba así por Duke Ellington, pero la verdadera razón era la canción de Stevie Wonder. Aquel tema, *Sir Duke*, estaba dedicado a Ellington, así que no era del todo mentira.

Pensar en mi pobre coche me hizo decidir el destino. Conocía a un tipo, un

tal Jarvis, que era capaz de arreglar cualquier coche sin importar los daños que tuviera. Además, no te preguntaba de dónde habían salido los agujeros de bala. Lo bueno de haber vivido en los bajos fondos era que conocías gente así. Lo llamé y me dijo que me haría un hueco. Otra de las cosas buenas de los talleres clandestinos es que abren toda la noche. Apagué el móvil. No quería recibir ninguna llamada. No quería recibir una llamada en particular. Cuando estuve frente al taller, aparqué y puse la canción que daba nombre a mi coche a modo de despedida. Imaginé a Bella y a Charlie pasándolo fatal mientras yo gritaba «na na na na». Era patético. Yo era un tipo patético. Aquella mujer me había tratado mejor que nadie en mi vida y yo la había dejado en bragas atada a mi cama hasta que una desconocida había ido a soltarla. Era un tipo odioso. Merecía morir. Quería morir. Sin embargo, solo gritaba con todas mis fuerzas «*they can feel it all oooover*». No tenía que haberlo intentado siquiera.

Tras dejar el coche en el taller y volver en taxi, me di cuenta de que no tenía llaves para entrar en mi propia casa. Las tenía Bella. O Charlie. Compré unos gofres y un par de cafés para llevar. Un desayuno quita el mal humor a cualquiera, ¿no? Tal vez debería haberlas esperado en el bar cuando bajaron. «Maldita sea mi puta vida».

Llamé al portero tres veces sin recibir respuesta antes de darme cuenta de que no me iba a abrir. Estaba tan enfadada que no iba a contestar. Joder. Necesitaba entrar en mi casa. Necesitaba descansar. Necesitaba dormir. Necesitaba disculparme. Me habían apaleado, secuestrado, herido... Necesitaba un puto respiro. Le pedí a Pete, el portero, que me abriese y no hizo preguntas a pesar de mi cara machacada. Le di veinte pavos.

En casa no había nadie. Bueno, había un tipo con la cara hecha polvo y una bandeja de cartón con gofres y cafés. Nadie más. Me dejé caer en el sofá sintiéndome el hombre más despreciable del planeta. Tenía razón en sentirme así.

# NI CONTIGO NI SIN TI

*Charlie, miércoles 22 de mayo*

*La mañana postesposas...*

Inspiré hondo antes de entrar en el apartamento.

El portero del edificio ya me había puesto al tanto de que él mismo había dejado entrar a Lance en su propia casa. También me preguntó por el accidente; supuse que aquella era la conclusión a la que había llegado después de ver su rostro golpeado: que todo se debía a alguna especie de contratiempo. Durante un momento agradecí a los astros que a aquel cretino se le hubiera ocurrido llamar a una mujer para que me liberase y no al portero. La situación ya había sido lo suficientemente bochornosa. Aquella pobre mujer, la encantadora Bella, acudió a las cinco de la madrugada armada con las dichosas ganzúas y las llaves de Lance para encontrarme esposada a la cama y en ropa interior.

No sabía si había sido por una cuestión de prudencia, de costumbre o porque ya sabía todo cuanto necesitaba. La cuestión fue que no hizo ninguna pregunta, más que para asegurarse de que me encontraba bien.

No, no estaba bien. Ni mucho menos, pero preferí guardarlo para mí.

Jamás en toda mi vida me había sentido tan humillada como aquella noche.

Rechazada, indefensa y mortificada.

Puede que viera la verdad en mis ojos porque, una vez en la calle, me sujetó la mano con ternura antes de decir:

—Sé que ahora no lo ves así, pero es un buen hombre. —Suspiró y sacudió la cabeza con una sonrisa triste—. Solo debes tener un poco de

paciencia con él, niña.

Intentaría hacerle caso, aunque seguro que no iba a ser fácil.

Entrecerré los ojos cuando vi los pies de Lance asomando por el brazo del sofá y, al detenerme en el umbral, escuché sus suaves ronquidos. Se había dormido.

Gilipollas.

Cerré la puerta con tal fuerza que estaba segura de que el estruendo había resonado en las siete plantas que teníamos por debajo.

Solté las llaves y plasmé una dulce y beatífica sonrisa en mi cara mientras él se levantaba de un salto, con todo el cuerpo en tensión y listo para la batalla. Miraba en derredor, enloquecido, y estaba segura de que se habría enfrentado al mismísimo Lucifer sin ningún problema, sin embargo, empalideció en el momento en el que reparó en mí.

—Charlie... —musitó y dio un paso en mi dirección.

Uh, uh.

—Buenos días, Lance —saludé con una enorme sonrisa, y fui hacia la cocina—. Vamos, hora de desayunar.

Le di la espalda y comencé a sacar todo lo que había comprado, aunque la mejor sorpresa me la pensaba reservar para más tarde.

No fue tanto una cuestión de escucharlo moverse, sino más bien de sentirlo, de percibir su presencia y su calor rodeándome con una intensidad tan abrumadora que me tenía temblando. A pesar de todo lo sucedido, tuve que luchar conmigo misma para no girarme. Para no perderme en aquellos ojos suyos que tanto decían y envolver mis brazos en torno a su cuello antes de besarlo.

Sentirme así después de lo que me había hecho me cabreó más.

—Escucha, Charlie... —Su voz tenía un tinte de temor al que no estaba acostumbrada.

—¿Te gustan los *bagels*? —interrumpí—. También he traído café y chocolate.

Frunció el ceño.

—¿Estás bien?

—Perfectamente.

Aplasté con demasiada fuerza uno de los *bagels* en un plato.

«Ese para él» pensé. Giré y prácticamente lo lancé sobre la encimera. Sonreí, tan brillante como aquella mañana de mayo mientras él paseaba la mirada entre el desayuno y yo. Con sumo cuidado y discreción, lo apartó empujándolo en mi dirección.

—Creo que, de momento, con un café estará bien.

—Lo he traído para ti, así que será mejor que te lo comas —repliqué.

Apretó la mandíbula y, aunque no discutió, miraba aquella comida como si fuera a saltarle encima de un momento a otro.

—¿Puedo preguntar qué lleva esta... cosa?

—Crema, chía y fresas.

Acercó el rostro y miró con atención.

—¿Eso son fresas?

La verdad era que tenía un aspecto curioso: con el jugo de las fresas mezcladas con la crema y la chía y desparramándose por todas partes como si fueran pequeños regueros de sangre.

—Las he aplastado, pero por muy mal que pinte la cosa estoy segura de que el resultado final seguirá siendo delicioso.

Se irguió, cruzó los brazos y me taladró con una mirada conocedora antes de asentir. Yo tenía la cadera apoyada contra la encimera y, sin rastro de sonrisa ya en mi rostro, le devolví el gesto antes de ofrecerle sin más palabras un café. Me pareció escucharle mascullar un bajo: «odio la jodida chía de los cojones» tras dar el primer mordisco. Aun así, se lo comió sin presentar

batalla.

Sí que debía sentirse culpable.

Bien.

Saboreé el mío con crema y arándanos. Después, el chocolate. Él se aclaró la garganta.

—¿También trajiste chocolate?

Asentí con la boca llena antes de tragar y responder:

—Pero solo para mí.

—Demasiada comida para alguien tan pequeño, ¿no te parece?

Seguramente no lo había dicho con ninguna mala intención, pero me envaré.

Gilipollas.

—Teniendo en cuenta que el sexo caliente y sudoroso no parece estar en mi futuro cercano, decidí comprar chocolate —apunté, tensa como una vara—. El *bagel* es para compensar un poco y el café para mantenerme despierta después de no haber pegado ojo en toda la noche.

Carraspeó, incómodo.

—No es por joder, pero deberías saber que esa crema tiene tantas calorías como el chocolate. —Bajó la voz a un murmullo—. O incluso más.

Hijo de...

—¿Me estás llamando gorda? —¿Por qué demonios había dicho eso?

Él me observaba con los ojos muy abiertos y, como si fuese la primera vez que me veía, aunque la verdad era que pasaba más tiempo cabreada con él que otra cosa así que no debería estar sorprendido. Lance tenía aquel efecto en mí. En casi todo el mundo, quise pensar.

Como si estuviera comiendo serrín, tragó con fuerza el último bocado que tenía en la boca antes de dar un sorbo de café.

—Charlie... —Se frotó el rostro con fuerza antes de mirarme—. Sobre lo

de anoche...

—Estoy bien —atajé y me giré, de manera que ahora sentía su mirada clavada en mi perfil.

—No, no lo estás.

Con una mezcla de ternura y firmeza, me sujetó por el brazo y me giró para que lo encarase. Tenía la mandíbula fuertemente apretada y sus ojos brillaban más de lo normal. Refulgían molestia. Estaba furioso, sí. Pero, a diferencia de otras ocasiones, aquella vez su enfado no parecía dirigido hacia mí; si era hacia él mismo o por toda la situación, no lo sabía. Quizás ambos.

—¿Qué quieres que te diga, Lance? —escupí a centímetros de su cara.

—Quiero que me digas la verdad.

Oh, él no tenía ni idea.

—La verdad es que estoy muy, muy cabreada —respondí en un furioso siseo—. Y dolida. Y perdida, maldita sea.

Se apoyó contra la encimera llevándome con él y dejándome entre sus piernas entreabiertas. Creo que ni siquiera me resistí, no con el suficiente ahínco.

—Te dije que estaba jodido.

—Me abandonaste esposada a una cama...

—Te advertí de que la cagaría.

—...En ropa interior. —Reí sin una pizca de humor al tiempo que peleaba contra las lágrimas—. Y enviaste a tu secretaria para liberarme.

Nos quedamos allí, tan solo mirándonos, y creo que, por primera vez, digiriendo la realidad de todo lo sucedido la noche anterior. El problema, lo que de verdad me estaba matando, era que, por mucho que me hubiese jodido, lo único que quería era dejarme envolver por sus fuertes brazos y aspirar aquel aroma que era solo él.

Quería sentirme reconfortada. Por él.

Así de tonta era.

Él miraba mis ojos, mis labios... de hecho, paseaba la mirada por cada parte de mi rostro y yo no estaba segura de si lo estaba analizando o memorizando.

—Lo siento —susurró atormentado.

De verdad que parecía arrepentido. Y dolido. También cabreado, y eso no hacía más que dificultarlo todo, porque podía enfrentar su arrogancia y también su absoluta falta de empatía en algunas ocasiones, pero no estaba acostumbrada a verlo así. Parecía tan... perdido.

Posó las manos a cada lado de mis caderas y apretó antes de atraerme hacia él de un modo tan sutil y delicado que dolía. Y yo no podía hablar por el maldito nudo en la garganta. *Nopodía*, así que asentí mientras continuaba con mi particular batalla contra las lágrimas.

—¿Qué pasó? —inquirí en un susurro.

Le había prometido no presionar por respuestas, pero las necesitaba.

—No puedo hablar de eso, Charlie. —Sacudió la cabeza con pesar—.  
Todavía no.

Y, sin embargo, yo necesitaba que lo hiciera.

Entreabrió los labios y estábamos tan cerca que su cálido aliento acariciaba mi rostro. Nuestras acompasadas respiraciones eran el único sonido que se escuchaba en aquella estancia y, maldito fuera aquel hombre, me moría por morder y lamer sus labios. Pero no podía hacerlo. No, después de lo sucedido la noche anterior. Él parecía tan desesperado por besarme como yo, así que decidí romper el momento.

Carraspeé y me eché hacia atrás todo cuanto sus brazos me permitieron.

—Conseguí los vídeos de Mei Xian.

Lance frunció el ceño, totalmente perdido.

—¿Quién?

—La florista —aclaré.

—¿La china de las gerberas?

Bueno, así me olvidaba de besarlo y volvía a querer golpearlo. Un poquito.

—Se llama Mei —apunté con los ojos entrecerrados—. Y es una mujer estupenda y muy luchadora.

Soltó el agarre en mis caderas y cruzó los brazos entrando en modo negocios. Aproveché para dar un paso atrás y poner algo de distancia entre nuestros cuerpos.

—Explícate —exigió.

Lo fulminé con la mirada, pero preferí no entrar en discusiones absurdas.

—No sé qué le hiciste a esa pobre mujer, pero es encantadora.

—Compré las malditas gerberas —apuntó entre dientes.

—Ya, bueno... —Me encogí de hombros—. Solo necesité una pequeña charla con ella para que accediera a darme las grabaciones.

—¿Qué tipo de conversación?

Abrí la boca y la cerré.

Mei era una mujer trabajadora que intentaba labrarse un futuro, no solo para ella, sino para su familia. Aún tenía que conseguir traer a sus padres, pero para ello necesitaba un mejor colchón económico; lo que no sabía era que yo pensaba regalarle un buen pellizco de la herencia que me dejó mi padre. Tampoco se lo dije a Lance puesto que, conociéndolo, habría pensado que aquella era la razón por la que había conseguido las grabaciones, pero nada más lejos de la realidad.

—Bueno, tuve una conversación sincera con ella y le expliqué que esos vídeos me podrían ayudar a dar con la persona que había asesinado a mi padre.

—¿Qué más?

Fruncí el ceño.

—No hay más, Lance.

—No me lo creo.

Era único molestándome.

—Quizás si dejaras de ser un burro que se cree en posesión de la verdad absoluta, conseguirías que se te abrieran más puertas, ¿no crees?

Durante algunos segundos me analizó a conciencia con la más absoluta sospecha dibujada en su hermoso rostro. No sabía a qué conclusiones estaría llegando y, sinceramente, me importaba un bledo.

—¿Dónde están?

—En mi bolso. —Giré y me encaminé hacia el baño—. Iré a tomar una ducha y después podremos revisarlas juntos.

—Charlie...

Me detuve, aún de espaldas a él. Había pronunciado mi nombre con una mezcla de disculpa y súplica. Como el inicio de algo que quieres que continúe, aunque no sepas cómo. Lo dijo saboreándolo. Lo hizo con ternura y también con una pizca de temor. No me giré para encararlo. Me sentía incapaz.

—Ahora no puedo, Lance —dije con voz temblorosa—. Yo no te presiono a ti, así que tan solo te pido lo mismo. Creo que es lo justo. —Inspiré hondo antes de continuar—. No sé si esto nos llevará a algún sitio. Lo único que tengo claro es que el hombre del que me est...

Me tapé el rostro y maldije por lo bajo.

—El hombre del que, ¿qué? —No respondí—. ¿Charlie? Habla conmigo. Di algo, joder. Golpéame si con eso te vas a sentir mejor, pero no te quedes callada, maldita sea.

No lo entendía.

—Como bien te has encargado de señalar muchas veces, ahora lo único importante es la investigación y descubrir quién asesinó a mi padre.

—«Mentirosa»—. Lo demás es secundario.

No le di tiempo a más. No me quedé a escuchar qué tenía que decir sobre aquello, de modo que, sin una palabra más y sin siquiera mirarlo, me fui a tomar una larga y caliente ducha que se llevara todo el miedo, la tensión y la pena de las últimas horas.

Lo último que recuerdo es que me tumbé un momento sobre la cama a descansar. Solo un minuto. Estaba tremendamente agotada y mi cuerpo demandaba una tregua. Ni siquiera llegué a vestirme. Me quedé allí, envuelta por una de las esponjosas toallas de Lance dejando que su aroma y el mío se combinaran en la más deliciosa de las composiciones. Recordándome que la muerte de mi padre exigía justicia, que aquello debía ser lo primordial y no lo que yo estuviera comenzando a sentir por aquel obtuso detective que no era capaz de tocarme sin salir corriendo.

Lástima que razón y corazón rara vez se ponen de acuerdo.

Probablemente fue Morfeo meciéndome en sus brazos y susurrando aquello que tanto necesitaba. La cuestión es que, durante algún momento de aquel reparador sueño, me pareció sentir la más suave de las caricias en mi mejilla al tiempo que escuchaba la baja, profunda y ronca voz de Lance susurrar:

—Y yo también, Charlie.

# Y NADA MÁS QUE LA VERDAD

*Lance, miércoles 22 de mayo*

*Aquella misma mañana...*

Se había quedado dormida. La verdad, era lógico que no aguantase más. A las muchas horas despierta, había que sumar la tensión por todo el episodio del almacén, el sexo frustrado y frustrante, el mal trago con Bella y el paseo para conseguir las grabaciones. Supuse que tan solo la mezcla de mala hostia y vergüenza la habían mantenido en pie. La ducha debía habérselo llevado todo, porque, cuando vi que tardaba mucho en volver y fui a echar un vistazo, estaba dormida en la cama y solo llevaba puesta una toalla. Bueno, no sería justo decir que la llevaba puesta, ya que Charlie daba muchas vueltas y la toalla no tapaba nada cuando entré en el dormitorio. Me apoyé contra el marco de la puerta para contemplar su cuerpo desnudo. Era deliciosamente perfecta. Cada curva, cada pequeño pedazo de su piel parecía creado para enloquecerme. Sentí la ansiedad ganando terreno, pero la mantuve a raya fácilmente. Ella estaba dormida y yo, quieto a tres metros. No pasaba nada. No había nada malo. Aun así, decidí que sería mejor taparla para evitar problemas. Recogí la toalla, le puse una manta por encima y la arropé hasta las orejas. Ella se arrebujó sin abandonar el gesto triste. Enfurruñado. Parecía tan pequeña...

¿Qué había querido decir cuando dejó aquella oración a medias? Estaba casi seguro de que era «me estoy enamorando». Ojalá no fuera cierto, porque yo no era el hombre que podría darle lo que ella merecía. Sin embargo, yo también me estaba enamorando como un idiota de ella. ¡Bah! Ya estaba enamorado. ¿A quién quería engañar? Cuando estaba cerca, no podía dejar de

mirarla. Cuando estaba lejos, no podía dejar de pensar en ella. Besé su mejilla con todo el cuidado del que fui capaz.

—Y yo también, Charlie —susurré en su oído antes de volver al ordenador.

Revisar grabaciones de seguridad es, probablemente, el trabajo más aburrido del puto planeta. Perdía la concentración continuamente y tenía que volver atrás por si me había saltado algo. Quise pensar que era la falta de horas de sueño, pero sabía que no era solo aquello. El cuerpo de Charlie inundaba mi cabeza una y otra vez. Aquel cuerpo que no sería mío jamás.

De pronto, vi en la pantalla a un tipo que no me sonaba de nada entrando una hora después que el resto del personal mientras el restaurante aún estaba cerrado al público. No llevaba uniforme. Sin embargo, a la salida sí que lo llevaba. No se había cambiado antes de largarse. Tenía prisa. Quería huir.

—¿Quién eres tú? —musité tras congelar la imagen y acercarla para distinguir sus rasgos. Comprobé la fecha. Era el día de la muerte de Edward Miller—. Te tengo, hijo de puta.

Imprimí la cara de aquel hombre para tener la referencia a mano. La perilla era un rasgo distintivo, pero podía ser falsa. Me fijé en la forma afilada de su barbilla, en la depresión de sus pómulos, en su corta estatura... Aquello no se podía disfrazar.

Revisé el resto de los días con más cuidado. Puse especial atención en los hombres delgados de baja estatura, pero ninguno era él. Por suerte, la china le había dado a Charlie las grabaciones de las dos últimas semanas y tenía mucho donde comparar.

—Buenos días. —Casi se me sale el corazón por la boca al oír a Charlie saludando desde la puerta del dormitorio—. Creo que me he quedado un poco traspuesta.

Llevaba puesta mi camiseta de los Cubs otra vez. Debería regalársela. Le

quedaba mucho mejor que a mí. Se frotaba los ojos como una niña y tenía una cara de sueño que me hizo tanta gracia que me ahorré el comentario sobre que la una de la tarde no era el mejor momento para dar los buenos días. También me ahorré la broma sobre que nadie se queda traspuesto cuatro horas. A eso se le llama dormir.

—Creo que tengo algo. —Le enseñé la página impresa, pero ella la desechó con un gesto de la mano.

—Primero, café —explicó pasando de largo—. Luego, trabajo. Eres un maleducado.

—¿Por qué? —pregunté mientras la veía trastear en la cocina.

—Si te dan los buenos días, se responde —explicó de espaldas a mí—. Si una chica se queda dormida con una toalla en tu cama, no se la quitas.

—Buenos días, Charlie —contesté con media sonrisa—. La toalla estaba a tu lado, pero no la llevabas puesta.

Solo dejó escapar un «hummm» antes de dar el primer sorbo a su café. Se acercó al ordenador y volvió a hacer algo que no esperaba: se sentó sobre mi muslo izquierdo.

—¿Qué tenemos? —se interesó agarrando la taza con ambas manos. Pasé mi brazo por su cintura porque no sabía dónde demonios ponerlo. De nuevo aquel olor a bizcocho, joder... Abrí los ojos y la vi observándome con curiosidad. No había rechazado el contacto de mi brazo. Bien. Buena señal.

—Este tipo entró sin uniforme el día que mataron a tu padre. —Le pasé la hoja con la cara de nuestro sospechoso—. Abandonó el restaurante media hora antes que él, en pleno servicio y con el uniforme puesto.

—Puede haber muchas explicaciones —descartó Charlie sin dejar de mirar la foto—. Tal vez tuviera todos los uniformes en el trabajo, no le hubiera dado tiempo a lavar los anteriores, puede que enfermase y tuviera que irse a casa...

—No entra ningún día antes —solté cortando su perorata—. No entra ningún día después. Solo trabajó *ese* día: el de la muerte de tu padre.

—¿Quién es? —preguntó entrecerrando los ojos. Se había despejado por completo.

—No tengo ni idea —negué, a la vez que yo también miraba aquel rostro—. Toca ir a preguntar a los bajos fondos. Allí hay gente que conoce a todo el mundo. Con algo de pasta, seguro que podemos saber quién es nuestro señor equis. Acábate el café, vístete y nos marchamos.

Se le abrieron los ojos como platos. No se esperaba que la invitase a participar en la investigación. Mucho menos si esto incluía una visita a la parte más peligrosa de la ciudad.

—Tú sí que sabes cómo pedir perdón a una chica —dijo tras acabarse el café de un trago—. Vuelvo en cinco minutos.

Sabía que serían quince, pero también me ahorré el comentario. Me sentía el tipo más miserable del planeta. Tenía que ahorrarme muchas cosas. En el mismo momento en el que dejé de sentir su calor en la pierna y el olor de su pelo, empecé a echarla de menos.

Tuve que agenciarme un coche de alquiler hasta que Jarvis pusiera mi 840 en forma. Por otro lado, Duke no era un buen coche para dejar aparcado en Riverdale. Esperaba algún comentario al respecto de Charlie cuando entramos en él, pero no dijo nada. Creo que seguía impactada porque la hubiera invitado a venir. Hizo gala de su sentido común y, en lugar de sus vestidos de mil colores, se había puesto unos vaqueros y una camiseta gris. La única concesión a su estilo eran los elefantes multicolores impresos en ella. También se había recogido el pelo en una coleta alta. Ni por esas. Brillaba como una bombilla. Era demasiado guapa. O a mí me lo parecía. ¡Ahg! Me estaba volviendo idiota.

Estaba buscando aparcamiento cuando sonó el móvil y vi que era mi madre. ¿Qué demonios querría? No era el mejor momento. No, con Charlie delante. Rechacé la llamada y vi un buen sitio para aparcar. Entonces sonó el de ella.

—¡Hola, Mey! —saludó entusiasta. Me quedé helado—. Sí, está aquí... Está conduciendo. Por eso no te ha cogido... —Se calló mientras escuchaba—. No, tranquila. Ya estamos aparcando... Te lo paso. Un beso.

Me tendió el teléfono haciendo aquel gracioso baile con las cejas. Mey era mi madre. Meredith. Solo sus mejores amigos la llamaban Mey. Movié los labios diciendo «tu madre» sin emitir sonido alguno. Lo cogí.

—Hola, mamá —contesté abatido—. Estaba conduciendo. Por eso te he colgado.

—Lance, cariño, has hecho bien —replicó ella—. No es seguro hablar por el móvil al volante. Solo quería decirte que tengo todo comprado para la comida de mañana. Yo me encargo de dejarlo todo listo, pero tienes que hacernos tu *italian beef*, por favor. Charlie no se separará de ti si lo prueba. Por cierto, es una chica majísima. Y bien educada por cómo habla. Me alegro mucho por ti, cariño. Ya era hora de que trajeras alguna novia a casa, que nunca nos cuentas nada. No sabemos con quién andas ni...

Mi madre hablaba mucho. Le gustaba hablar, qué le vamos a hacer. Yo seguía alucinando con todo aquello. ¿Charlie había quedado con mi madre para ir a comer? ¡Joder! Se le podría haber ocurrido decirme algo. No. A Charlie no. La miré de reojo y vi que observaba con detenimiento sus uñas. Mi madre continuaba hablando y yo luchaba por no maldecir. Si me negaba a ir, tendría que dar demasiadas explicaciones. Estaba atrapado. ¡Mierda! Tuve que cortarla.

—Claro que sí, mamá —solté en un mínimo espacio que usó para tomar aire—. ¿A qué hora te viene bien? ¿A las diez?

—Cuando quieras, hijo —contestó ella—. Que te dé tiempo a hacer la comida.

—A las diez estaremos ahí —interrumpí—. Te quiero, mamá. Hasta mañana.

Colgué. Respiré. Miré a Charlie y vi que volvía a hacer aquello con las cejas. No podías enfadarte con ella cuando lo hacía con una gran sonrisa en la cara.

—¿Qué? —preguntó al fin—. Tenemos comida mañana, ¿no?

—Mi madre tiene tu número.

—Ajá. Se lo di el martes —explicó con cara de niña buena y las manos en el regazo.

—¿Por qué? —Me iba a obligar a sacarle cada pedazo de información con fórceps.

—Porque nos caímos bien cuando estuve en su casa —contestó como si fuera lo más normal del mundo.

«Tierra, trágame».

—¿En su casa?

—Sí, Lance. En su casa —dijo con tono cansado, como si estuviera explicándole los secretos de la resta a un niño—. Te fuiste sin decir adónde. Me dejaste sola en tu apartamento. Sonó el teléfono y creí que podrías ser tú. Era tu madre y le hizo mucha ilusión que contestase una mujer. Iba a decirle que era la chica de la limpieza, pero parecía tan ilusionada...

—¿Dijiste que eras mi novia? —pregunté perplejo.

—¡Dios santo, no! —contestó ofendida—. Mentir no está bien. Lo dijo ella y me dio pena decepcionarla. Me invitó a su casa para tomar un café. —Suspiró—. Entiéndelo. No tenía nada mejor que hacer. Ni nada peor, claro. Me habías dejado totalmente sola con una nota que decía que no tocase nada. ¿Qué querías que hiciera?

Oh, joder...

—Y, ¿de qué hablasteis? —pregunté con los huevos de corbata. Temía la respuesta.

—De todo un poco —dijo Charlie con un gesto distraído—. Bueno. Sobre todo, de ti. Me enseñó fotos de cuando eras pequeño. Hay una en la que vas vestido como Chucky. Me enseñó tus anuarios... Debo decir que, aunque eras mono, los años te han sentado muy bien.

¿Mono? Mierda...

—¿Los anuarios?

—Sí. Los anuarios —sonrió con los dientes apretados—, Lancelot Alexander Evergreen.

A tomar por saco. Lo tenía. Cuando terminó de pronunciar mi nombre completo, volvió a hacer aquel bailecito ridículo de cejas. Le estaba costando horrores no reírse. ¿Cómo se lo habría guardado durante tanto tiempo?

—Lance —corté—. Solo Lance.

—Oh, vamos... Es un nombre muy bonito —se burló—. Es... ¡Grandioso!

Y ahí ya no pudo más. Aunque apretó los labios, se le escapó una carcajada y pude ver una lagrima cayendo por su mejilla.

—Ya vale —solté entre dientes. No paró. No podría haberlo hecho aunque hubiese querido—. Señorita Miller... —Imposible. Seguía riéndose. Aún más fuerte si aquello era posible—. ¡Charlotte! —Su risa se volvió histérica. Se palmeaba los muslos y todo—. Ya está bien, Lotti.

Funcionó. Tomé nota mental para futuras ocasiones.

—Nada de Lotti —dijo recuperando el aliento—. Ni Charlotte ni señorita Miller. Solo Charlie, por favor.

—Solo Lance, entonces —repliqué tendiéndole la mano. Me la estrechó sellando el pacto—. ¿Hablasteis de algo más aparte de reiros de mí?

Charlie se puso serio de golpe. Respiró varias veces antes de hablar.

—Me contó que de pequeño eras muy simpático y sociable —empezó ella—. Que eras un chico muy bueno hasta que te pasó algo con una maestra. Intentó aprovecharse de ti, pero el director lo evitó y, desde entonces, según tu madre, te volviste mucho más hosco.

No. Aquello no. Joder.

—Charity Crane-Pavloski —recité apretando con fuerza el volante—. Se llamaba Charity Crane-Pavloski y no intentó aprovecharse de mí. Estaba enamorado de ella.

—Tenías doce años, Lance —cortó Charlie—. Se aprovechó de ti. De un niño.

Iba a tener que explicarlo todo. Volví a darme unos segundos. Jamás se lo había contado a nadie, pero, si tenía la más mínima esperanza de que aquello fuera a algún sitio, debía hacerlo.

—Tenía doce años, sí —retomé—. La señorita Charity siempre me había tratado muy bien. Yo estaba enamorado de ella, como les pasa a muchos chicos con sus maestras. Un día me pidió que me quedase después de clase y me contó que sentía algo por mí. —Los recuerdos acudían en tropel a mi mente. Era incapaz de ordenarlos. Sencillamente, los soltaba tal y como iban llegando—. Nos besamos. Se desabrochó la blusa. Me quitó la camiseta. Metió mi mano entre sus piernas al tiempo que me masturbaba...

Tuve que parar un segundo.

—No hace falta que lo cuentes, Lance —dijo Charlie abriéndome una vía de escape.

—No. —Negué con la cabeza, controlé la ansiedad y tragué el nudo que me estaba cerrando la garganta—. Quiero contarlo. *Necesito* contarlo. ¡Joder! —Golpeé el volante y volví a aferrarlo. Resoplé—. El director entró en aquel momento. Mi mano estaba bajo las bragas de la señorita Charity y mi polla en su mano. La acusaron de abusar de un menor y la expulsaron, pero a mí me

jodieron la vida.

—Tú no hiciste nada malo —intervino Charlie. Puso una mano en mi muslo, pero no la miré. Si lo hacía, no podría seguir.

—No sé si hice algo malo —continuó—. Mucha gente del barrio me culpó de su expulsión. Ella era una mujer muy querida por todos. Empezaron a mirarme raro, mis amigos dejaron de invitarme a sus casas... Me hicieron el vacío. Mis padres repetían que yo no había hecho nada malo, pero el resto del puto mundo parecía tener claro que sí. —El recuerdo de aquellos años me asaltó como un tsunami. Tanto tiempo manteniéndolo a raya y allí estaba de nuevo—. Lo peor vino cuando me eché novia. Era incapaz de hacer lo que cualquier adolescente. Entraba en pánico y salía corriendo. Me aterraba que nos pillaran, que volviera a pasar lo mismo. La hija de puta de Brittany O’Leary se encargó de que todo el mundo supiera que me largué llorando en cuanto me abrió la bragueta. Comenzaron a llamarme Forrest y me gritaban «Corre, Forrest. Corre» en los pasillos del instituto.

—Lance... —susurró Charlie. No la dejé continuar. No soportaba aquel deje de pena en su voz.

—¡Déjame acabar! —casi grité mirando el volante. Me iban a estallar las venas del cuello de pura tensión—. Me costaba hacer amigos. ¡Bah! Nunca tuve amigos. Los más raros de la clase me hacían caso, pero yo a ellos, no. Con las chicas fue un infierno, pero tuve unas cuantas novias al salir de la academia de policía. —Me di cuenta de que estaba meciéndome adelante y atrás mientras apretaba los dientes—. Gabrielle Sanderson. —Aquel nombre me ponía histérico con solo pronunciarlo—. Fue mi novia con veintidós años. Una universitaria que estudiaba psicología. Después de seis meses juntos, la pobre ya no aguantaba más sin sexo. Supongo que investigó sobre el tema y estaba convencida de poder curarme. Sí. Fue la última persona a la que le conté lo que me pasa. Hasta hoy, claro. Decía que un caso como el mío era

fácil de tratar si había confianza en la pareja.

—¿Y? —preguntó Charlie al ver que me quedaba callado.

—Me invitó a su casa un sábado —continué—. Yo no lo sabía, pero sus padres no estaban. La puerta estaba abierta, así que entré. Sonaba música suave y había velas por todas partes. De repente, la puerta se cerró y allí estaba Gabrielle. Llevaba puesto un corpiño rojo y negro con medias de esas que llegan a mitad del muslo. Seguro que tienen un nombre. Casi se me paró el corazón. Me quedé congelado y ella se acercó. Me quitó la chaqueta mientras yo sentía llegar el ataque de pánico. Susurraba cosas guarras a mi oído. Cosas que no recuerdo, porque solo quería salir corriendo de allí. —Charlie resopló. Tal vez estuviese entendiéndome por fin—. La aparté de un empujón e intenté abrir la puerta, pero estaba cerrada. Empecé a perseguirla por toda la casa para que me diera la llave mientras me sentía más y más nervioso. Ella comenzó a gritar e insultarme. Me tiraba todo lo que iba encontrando: ceniceros, jarrones, cojines... Aquello me hizo ponerme más nervioso. Bueno, dejémoslo en que acabé sacando mi arma y pude irme de allí. A cambio, tengo una orden de alejamiento de por vida.

—Eso es... —dijo Charlie, tras unos segundos de silencio. Le fallaron las palabras.

—Eso es una puta mierda —terminé yo—. No te haces una idea de lo que significa tener este problema a partir de los veinte. Las chicas quieren un empotrador seguro de sí mismo que las deje cuatro días sin poder andar, no un tipo que quiere salir corriendo en cuanto ve una mujer desnuda. Es un infierno, Charlie.

Se hizo un silencio incómodo en el coche. Yo seguía mirando el volante mientras lo aferraba con fuerza para anclarme al mundo real y no caer en el de los recuerdos. Temía mirarla y ver pena o diversión en sus ojos.

—Supongo que, después de aquello, alguna vez conseguiste vencer esa

ansiedad, ¿verdad? —preguntó Charlie al fin.

—No.

—Entonces, ¿tú nunca...? —Estaba empezando a entender la magnitud del problema.

—Nunca.

—Quieres decir que eres... —Volvió a intentar decirlo. No pudo.

—Soy virgen —terminé yo por ella.

—Oh, Dios mío —musitó Charlie. La miré al fin y vi que se había recostado en el asiento con los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás—.

Oh, Dios mío, Lance. Lo siento.

# PRUÉBAME

*Charlie, miércoles 22 de mayo*

*Momentos después...*

¿Qué diantres dices cuando el hombre del que te estás enamorando confiesa algo así? Una disculpa, eso fue lo mejor que se me ocurrió. Cuando lo miré, tenía la mandíbula apretada y la vista al frente. Sin mediar palabra, se bajó del coche y cerró con un golpe seco.

Suspiré.

Por supuesto que no iba a ser una conversación fácil.

Lo imité, pero no me dio tiempo a abrir la boca antes de que él echase a andar. Ladeé la cabeza y no pude evitarlo: era imposible no mirar aquel trasero prieto. Me mordí el labio mientras lo admiraba.

Virgen.

Lance era virgen.

¡Por el amor de Dios! Se trataba de toda una proeza teniendo en cuenta lo *sexy* que era aquel hombre. Claro que también lo compensaba con aquel carácter de mierda que de vez en cuando sacaba a pasear.

«Vale, no es el momento para eso», pensé.

Me fijé en su ancha espalda, en la rigidez de sus hombros y me sentí terriblemente mal por estar divagando de aquella forma teniendo en cuenta todo lo que me acababa de revelar. Debía sentirse estúpido, además de avergonzado. Se me hizo un nudo en el estómago al digerir de verdad todo cuanto le había sucedido. Las humillaciones y situaciones embarazosas que seguro le había tocado enfrentar. Antes estaba solo y, según me había dado a

entender, su problema no era algo de lo que hubiese hablado con nadie, pero ahora me tenía a mí.

Troté para llegar hasta él.

—Lance, espera...

Se giró de repente haciendo que casi me estrellara contra su pecho.

—No, ¿me oyes? —gruñó entre dientes—. No quiero tu maldita compasión, Charlie. No es por eso por lo que te lo he contado.

—Pero...

—No —atajó—. Ahora ya sabes la verdad de lo que me ocurrió. Ya ha sido lo suficientemente jodido volver a hablar de ello con alguien q... — Gruñó y sacudió la cabeza—. La cagué y pagué por ello —continuó, mirándome a los ojos—. Solo espero que dejes de presionarme por algo que, probablemente, jamás pueda darte y que enterremos este tema de una maldita vez.

¿Qué hace un animal herido cuando se siente acorralado?

Ataca.

Y no se lo pensaba consentir. Lo agarré de la manga y le di un tirón para detenerlo cuando pretendía darme la espalda.

—Escúchame bien. Me disculpo porque... porque... —Levanté los brazos, exasperada—. ¡No lo sé! ¿Vale? Porque no me lo esperaba y es... bueno, ha sido una sorpresa, eso seguro. —Lance metió las manos en los bolsillos y separó las piernas en aquella pose tan de guerrero, aunque a la defensiva—. No puedes enfadarte conmigo por eso.

—No, estoy cabreado porque no quiero tu jodida pena —espetó.

Nos miramos a los ojos y, sí, puede que estuviera molesto, pero el verdadero problema era que, no por primera vez, se había sincerado con alguien en aquel aspecto y se sentía vulnerable.

Lo quisiera reconocer o no.

—Siento pena por el niño del que se aprovecharon, no por el hombre frente a mí. No te equivoques.

Frunció el ceño.

—Ya te he dicho que fui yo quien s...

—Doce años —repliqué y mi temperamento emergió—. Tenías solo doce años y cosas como «abuso de menores» y «violación» son las primeras que se me vienen a la cabeza.

—Ella. No. Me. Violó.

—¡Como si lo hubiera hecho! ¡Abusó de ti, Lance! —grité al obtuso hombre frente a mí.

Él miró en derredor antes de sisear:

—¡Baja la voz de una maldita vez!

—Eso da igual. La cuestión es que no eras más que un niño. —Sacudí la cabeza—. ¿Qué pasaría si te dijera que un hombre adulto y yo tuvimos un *affair* cuando tenía diez años?

—Que le arrancaría las jodidas pelotas antes de metérselas por la garganta por aprovecharse de... —Su voz se fue apagando.

—Ahí lo tienes —hablé con suavidad—. Pensarías y harías exactamente lo mismo que yo en este preciso momento. —Chasqueé la lengua—. Bueno, excepto lo de las bolas. Supongo que me tendría que conformar con arrancarle los dientes. Y el pelo, ya puestos.

El fantasma de una sonrisa se dibujó en sus labios y los frunció para esconderla. Pero la había visto.

—Eso no cambia nada —replicó.

¿Se podía ser más terco y obtuso que aquel hombre?

Aparqué la furia y la pena, enarqué las cejas y me crucé de brazos.

—Eso lo cambia todo —rebatí—. Pasaste por una situación traumática y humillante, sí. Lo sabes y lo reconoces como un problema. —Di un paso hacia

él, inspiró hondo y nuestras miradas se enlazaron—. Enfrentate a ello y deja de hacer como si no existiera porque con eso no solucionas nada.

Dejó salir una seca carcajada, aunque no había ni una pizca de humor en ella.

—Tienes que estar bromeando. —Sacudió la cabeza—. Es curioso que tú, *precisamente tú*, me digas que debo enfrentar los problemas.

—No te entiendo.

Y de verdad que no lo hacía.

—¿No? Veamos... —Se rascó el mentón y entornó los ojos como si necesitara pensar—. Desde que tu padre murió, ¿qué has hecho con todo lo que te dejó? —Me erguí. Golpe bajo—. Nada. Su mansión es tuya, pero Camila sigue allí. —Dio un paso hacia mí—. Su dinero es tuyo, pero aún no has tocado un solo centavo. Y, ¿qué me dices de la empresa? Eres la accionista mayoritaria y decenas de puestos de trabajo dependen de ti. El barrio donde se encuentra Charlie's depende de ti. Muchas cosas *dependen de ti*. Esa gente está esperando a que hagas algo, a que tomes decisiones, lo que sea..., pero tú te dedicas a ignorarlo como si el asunto no fuera contigo y miras hacia otro lado. —Apreté los labios, pero no dejé de mirarlo a los ojos—. Deja esa mierda de psicoanálisis barato y no me digas qué hacer con mi problema cuando tú misma haces como si los tuyos no existieran.

Respiraba con fuerza y el corazón me latía a mil por hora porque, sí, Lance tenía razón. Por más que me pesara, la tenía. Muchas cosas que jamás quise me habían caído sobre el regazo y estaba aterrada porque no tenía ni la menor idea de qué hacer con ellas. No sabía por dónde diantres empezar. Todo aquello: el dinero, la empresa, la casa... si hubieran recaído en alguien como Lance, estaba segura de que ya se habría puesto al mando de todo. Sin dudar.

En el momento no dije nada, así que nos quedamos algunos segundos observándonos en silencio antes de que resoplara y, con un seco movimiento

de cabeza, me indicase que lo siguiera.

Como si fuera su mascota.

Él ya había comenzado a caminar y, aunque no podía verme, lo fulminé con la mirada. Tuve que acelerar para ponerme a su lado y no tardó ni dos segundos en romper el silencio.

—Escúchame bien —dijo mirando al frente—, la gente con la que vamos a tratar no son el tipo de personas con las que estás acostumbrada a relacionarte...

—Yo me relaciono con todo tipo de personas.

—No hables, no preguntes, no me cuestiones delante de ellos y, por lo que más quieras, no se te ocurra separarte de mí. —Hizo como si no me hubiese oído. No le dije por dónde podía meterse sus órdenes—. Tampoco estaría de más que... —Él seguía hablando y hablando. En realidad, imponía, no hablaba. Por más que me gustase su voz, desconecté de lo que decía y lo dejé caminando hacia el frente mientras yo giraba en la siguiente esquina—. ¿Qué demonios acabo de decirte, Charlie? —gritó ofuscado.

No lo miré. Estaba más concentrada escaneando la calle frente a mí. Él se había detenido, pero había varios metros de distancia entre nosotros, así que también tuve que hablar en voz alta.

—Oye, ¿sabes dónde hay un cajero automático por esta zona?

—No vamos a comer aquí y, de todas formas, invito yo, así que olvídalo.

Puse los ojos en blanco y suspiré. De verdad que aquel hombre a veces podía ser muy limitado.

Giré para encararlo.

—Habrá que pagar a tus soplones, ¿no? —Abrió mucho los ojos, no sé si sorprendido o cabreado—. Solo he traído setecientos dólares, ¿será suficiente?

En dos zancadas ya me tenía cogida por el brazo y prácticamente me

llevaba a rastras por la dirección que llevábamos en un principio.

—Pero ¿qué coño te pasa? —escupió en voz baja—. ¿Quieres que nos atraquen?

—Bueno, yo...

—Solo a ti se te ocurre hablar a gritos sobre soplones y el dinero que llevas encima en el jodido Riverdale. —Miraba a los lados, paranoico—. Esto no es ningún juego, Charlie. Cosas como las que acaban de suceder son las que me hacen dejarte atrás. No eres consciente del peligro a tu alrededor, joder.

De un tirón, me deshice de su agarre y ambos nos detuvimos.

—Ya sé que no es un juego —repliqué—, pero esto es solo un barrio más, no una zona de guerra.

—No sabes cómo funcionan las cosas aquí, así que, si no piensas hacer caso de lo que te digo, te llevaré ahora mismo a casa y me encargaré yo solo de todo esto.

Aunque seguía pensando que exageraba, también era cierto que llevaba razón con respecto a que yo podía ser muy descuidada a veces.

Asentí e hice el gesto de cerrarme la boca con cremallera.

Enarcó las cejas, sorprendido.

Dos minutos después, seguíamos caminando y yo no soportaba más el silencio.

—Pero ¿crees que será suficiente con el dinero que llevo encima o no? —susurré muy bajito.

Primero, me sorprendió dejando escapar una baja, ronca y sincera carcajada que hasta ese momento jamás le había escuchado. Después, me rodeó los hombros con su fuerte brazo y me pegó a su costado antes de besar con ternura un lado de mi cabeza.

—Eres tan imposible como adorable, pequeña Charlotte —murmuró con

los labios aún en mi cabello.

Fue algo que le salió de forma tan natural como el respirar, como si ya me hubiera llamado así cientos de veces antes. Como si caminar por la calle agarrados de aquel modo fuese lo más normal entre nosotros. Mi nombre jamás me había sonado tan hermoso como cuando él lo pronunció con aquel cariño.

Lance no lo sabía, pero yo acababa de decidir saltar al vacío sin paracaídas.

Por él.

Con él.

Bueno, aquel día resultó de lo más... esclarecedor. Algo así. También frustrante, y casi toda la culpa de aquello la tenía Lance, que era tan paciente como empático. Es decir, ni lo uno ni lo otro. Tuvimos que hablar con tres personas de su antiguo barrio. Bueno, él lo hizo. Apenas les contaba nada, solo lo justo y después les enseñaba la foto y algo de pasta y comenzaba a soltar preguntas. Pero no fue hasta que dimos con el cuarto tipo, un tal Little Bean, que tuvimos suerte. Y gracias al cielo por ello, porque Lance me estaba poniendo de los nervios con tanta negatividad.

El tipo, tan alto como Lance, tenía la piel del color del cacao y sus llamativos ojos verdes estaban clavados en la fotografía del hombre al que buscábamos.

—¿Sabes? Puede ser que me suene su cara —dijo con una sonrisa burlona.

—Deja de tocarme los cojones, Bean —escupió Lance—. Llevamos un rato con esto y ya te he dado un buen picho. Dime el nombre... —Le enseñó algunos billetes—. Y te daré el resto.

No sé cuánto tiempo estuvimos así, con ellos dos regateando y en un concurso de meadas de lo más aburrido. Pasados unos minutos, Lance se dio

cuenta de que necesitaría algo más, así que recurrimos a mi reserva de emergencia. Al otro hombre, milagrosamente, se le soltó la lengua.

—Paul Nitti —dijo sin apartar la mirada del dinero que Lance sostenía en su mano—. El hombre al que buscas se llama Paul Nitti.

Miré a mi... ¿compañero? Lo que fuera. No importa. La cuestión es que no había ni rastro de reconocimiento en su rostro tras escuchar aquel nombre, de modo que le entregó el dinero, recuperó la fotografía y, tras una escueta despedida, nos largamos de aquel antro de mala muerte en el que nos había metido.

Después de aquello, Lance quería volver a casa... a su casa, quiero decir. Pero, teniendo en cuenta que íbamos con el horario del revés y que apenas había probado bocado en todo el día, insistí hasta el cansancio en que deberíamos comer en algún local de la zona. No fue fácil porque él se negaba en redondo a comer en cualquier lugar de Riverdale, pero ni siquiera intenté convencerlo. Con Lance no funcionaban aquel tipo de tácticas, así que entré directamente en el primer local que tenía buen aspecto y no le quedó más remedio que seguirme. Aquella tarde probé las hamburguesas más grasientas y deliciosas de toda mi vida.

—No entiendo por qué reniegas tanto de este lugar —dije entre bocados. Y gemidos, porque la comida era malditamente fantástica.

—Porque no pertenezco aquí —replicó con los ojos clavados en mis labios—. Este barrio es una jodida pocilga que dejé atrás hace mucho tiempo.

Ya me había contado que vivió allí durante algún tiempo tras salir de la academia de policía. No era el paraíso, pero aun así...

—Bueno... —respondí con voz suave—. Sé que no es el mejor lugar en el que vivir, pero supongo que también tiene sus partes buenas.

—No tienes ni puñetera idea de lo que dices —resopló.

—Viviste aquí y eres un hombre magnífico. —Sonreí a medias—. Créeme,

sé de lo que hablo.

Se quedó mirándome como si fuese la primera vez que me veía. No había ni condena ni burla ni reproches. Ni siquiera aquella atracción casi palpable que existía entre nosotros desde la primera vez que nos tocamos, no. Se trataba de algo más a lo que no podía poner nombre.

Acabamos de comer en un amigable silencio y volvimos a su apartamento. Él parecía pensativo. Supuse que seguía dándole vueltas a lo que habíamos descubierto aquel día. Lo dejé en la cocina trasteando entre ingredientes para preparar no sé qué y me fui a tomar una muy necesaria ducha. Mientras el agua caliente se llevaba el cansancio y el sudor del día, recordé lo que habíamos hablado acerca del modo en el que ambos huíamos de nuestros problemas. Se me ocurrió algo. No tenía ni la más remota idea de cómo sería recibida, pero debía intentarlo.

Necesitaba hacerlo.

Volví y él estaba al teléfono, pero hablaba en voz baja y no pude entender nada. Miré hacia abajo e inspiré hondo para infundirme algo de valor, ya que solo vestía su camiseta de los Cubs y unas pequeñas braguitas de algodón en color blanco que se anudaban con lazos a los lados. Dejé que mi húmedo cabello cayera en ondas sueltas por la espalda. No quería que notase que ponía demasiado empeño en atraerlo, así que opté por usar aquello que era dulce, inocente y *sexy*, todo a la vez.

¡Qué demonios! Claro que tenía empeño, pero me decidí por aquello.  
Punto.

Me apoyé contra la barra de la cocina, justo a su espalda. Lance se había quitado la chaqueta y tenía la camisa arremangada; a través de la tela podía ver cada uno de sus músculos ondularse a medida que se movía. Y aquel trasero apretado... por el amor de Dios... Me sentía como una maldita perversa admirándolo de aquella forma con la información que ahora tenía.

Vi un paquete de M&M's abierto y tomé su estrategia: comencé a roer sin dejar de mirar su espalda, su culo, aquellos fuertes muslos, los antebrazos cubiertos por una fina capa de vello castaño... a la porra. A mí no me funcionaba el papel de conejo hiperactivo.

Carraspeé, pero no pareció oírme, sino que masculó algo en voz baja tras cortar la llamada y dejar el teléfono sobre la encimera.

—¡Lance! —Se giró sorprendido y me aclaré la garganta—. Se me ha ocurrido algo.

Reparó en mi aspecto y, lentamente, me acarició con una ardiente mirada desde los dedos de los pies hasta el cabello.

Jesús... Era como sentir sus manos tocando cada parte de mí. Tuve que agarrarme a la barra para no deshacerme allí mismo.

—Casi tengo miedo de preguntar qué demonios tramas ahora —murmuró con voz ronca.

—Bueno, esta mañana tenías razón sobre algo...

Froté el talón izquierdo contra la espinilla derecha, de modo que la camiseta se levantó y mis muslos quedaron más expuestos.

—Siempre la tengo —atajó con la vista clavada en mi piel desnuda.

—Tengo que empezar a hacer frente a los problemas y quizás seas la mejor persona para echarme una mano con eso. —Asintió, aún absorto—. Del mismo modo que puede que yo sea la persona indicada para ayudarte con los tuyos.

Aquellas palabras lo consiguieron. Por fin me miró a los ojos y en los suyos se reflejaba una inseguridad que jamás asociarías con alguien como él.

Sacudió la cabeza.

—No creo que sea una buena idea, ya te he explicado qu...

—Déjame intentarlo. —Me acerqué un paso—. Prometo no presionarte y en cuanto quieras que paremos, lo haremos. —Acaricé con la nariz su raspo

mentón—. Pruébame, Lance. Por favor.

Sentí cómo su pecho subía cuando inspiró hondo.

—Yo... —Carraspeó—. La puerta... no puedo...

Me eché hacia atrás y lo miré, pero él tenía la vista clavada en la puerta de entrada. Recordé lo que me había contado y que parte de sus miedos estaban causados por el hecho de que los pillaran *in fraganti*. Sin mediar palabra, fui hacia la sala, agarré una silla y la coloqué bajo el picaporte tras echar la llave y dejarla puesta. De aquella forma era imposible que alguien entrase en el apartamento y, si aquello le infundía algo más de seguridad a Lance, no me importaba en lo más mínimo.

Me giré y volví sobre mis pasos. Sonaba música desde el estéreo y me pareció que era el mismo grupo que había escuchado en su coche, ¿dónde estaba Marvin Gaye cuando lo necesitabas? Me habría ido de vicio algo de coraje musical, la verdad.

Llegué hasta él y, en silencio, comencé a desabotonarle la camisa. No preguntó. No se resistió, tan solo se dejó hacer hasta que, por fin, tuve su fuerte pecho desnudo ante mis ojos. Un fino rastro de vello cubría sus pectorales y bajaba en una delgada línea hasta perderse bajo la cintura del pantalón. Con suavidad, rocé aquella piel con la nariz al tiempo que mis manos ascendían hasta llegar a los hombros para deshacerme de la prenda en una lenta y sensual caricia. Casi podía escuchar los fuertes y acelerados latidos de su corazón, así que deposité un tierno beso sobre aquella zona. Dejé caer la tela al suelo y me deleité sintiendo cómo los músculos de su espalda se tensaban a medida que paseaba mis dedos por ella. Lo rodeé y repetí las mismas caricias antes de abrazarlo desde atrás y besarlo justo en el centro de la espalda. Se estremeció y suspiró. Volví a rodearlo hasta quedar frente a frente. Me pegué más a él hasta que nuestros cuerpos quedaron perfectamente alineados y sentí su erección presionar contra mi bajo vientre.

Me moría por más, pero era demasiado pronto. Necesitaba darle suficiente para que aparcase el miedo.

Pasé los dedos por su corto cabello y lo atraje hacia mí para rozar nuestros labios antes de morderle el inferior. Se lanzó a por más buscando mi boca, pero me eché hacia atrás y, al mirarlo a los ojos, percibí su frustración.

«Todavía no».

Mordisqueé su barbilla y descendí dejando un reguero de sensuales besos por la piel de su cuello hasta que me obsequió echando la cabeza hacia atrás para darme un mejor acceso. Puso las manos a cada lado de mis caderas y apretó antes de acercarme más, de modo que estábamos tan pegados que entre nuestros cuerpos no corría ni un soplo de aire.

Dibujé un camino descendente por su pecho y abdomen mientras besaba, acariciaba y mordía cada centímetro de piel expuesta a mi alcance, y, aun así, me parecía insuficiente porque estaba tan hambrienta de él como nunca antes me había sentido por nadie más. Seguí bajando hasta quedar de rodillas y enredó los dedos en mi cabello. Lo hizo con la fuerza suficiente como para excitarme más, pero sin llegar a dañarme.

Cuando ya había desabrochado el pantalón y me disponía a bajarlo, apretó su agarre en mí antes de murmurar:

—Charlie...

—Tranquilo —susurré y levanté la vista hacia él.

Muchas veces había escuchado que los hombres suelen ser egoístas en la cama, y puede que en algunos casos fuera cierto, pero de lo que no nos damos cuenta es de que muy a menudo las mujeres lo somos. Porque ellos también necesitan sentirse seguros, deseados, queridos y apreciados. Porque también tienen sus propios miedos y el hombre frente a mí era prueba de ello. Lo de aquella noche era por y para él. Ya habría tiempo para más.

Sin dejar de mirarlo a los ojos, rocé con la barbilla la piel que quedaba

justo sobre la cinturilla de los bóxers que ahora asomaban por el pantalón desabrochado. Lo mordisqueé y exhaló, tembloroso. La forma en la que me miraba... Dios, era brutal el deseo que reflejaban sus ojos y solo con aquello me sentí la mujer más preciosa del mundo. Acaricié sus muslos y los rastrillé con las uñas antes de colocar las manos en aquel delicioso y apretado trasero suyo. Con nuestras miradas enlazadas, comencé a rozar su erección con los labios e incluso a través de la tela podía percibir el calor que desprendía. Pero eso no era nada comparado con la humedad que empañaba mi propia ropa interior. Ví cómo se le aceleraba la respiración y su pecho y subía y bajaba con más fuerza que antes. Tenía los labios entreabiertos y me observó con una morbosa fascinación cuando mordí con suavidad su erección a través de la tela. Sentir aquel grosor en mi boca sin poder saborearlo me dejó ávida de más, así que volví a acariciarlo con la boca ejerciendo más presión antes de ponerlo entre mis dientes con la fuerza suficiente para excitarlo más. Clavé las uñas en sus nalgas, y un ronco y bajo gruñido fue el único aviso que tuve antes de que me sujetara bajo las axilas y me izase como si no pesara más que una pluma. Me sentó sobre la encimera y se colocó entre mis piernas justo antes de lanzarse a devorar mis labios. Me levantó la camiseta lo suficiente para meter las manos y comenzar a acariciarme con una mezcla de ternura y desesperación que puso mi mundo del revés y accionó cada terminación nerviosa de mi recalentado cuerpo. Mientras nuestras lenguas danzaban y se enredaban en un desordenado y pasional baile, sus manos subieron hasta que sentí los pulgares pasear bajo cada uno de mis pechos; arqueé la espalda en una súplica silenciosa y, ni dos segundos después, Lance los acarició antes de inclinarse y morder uno de mis pezones a través de la camiseta. Gimoteé desesperada. Con las manos en mi trasero, me atrajo hacia él y gemí en su boca cuando clavó la erección justo donde más necesitaba. Enlacé los brazos alrededor de su cuello y lo mismo hicieron mis piernas por propia voluntad en

torno a sus caderas, crucé los tobillos y lo apreté más contra mí con la ropa como única barrera.

Quise deshacerme de todo lo que supusiera un obstáculo entre nosotros.

Como si ya lo hubiera hecho miles de veces antes, comenzó a mecerse contra mí consiguiendo una deliciosa fricción que nos tenía a ambos jadeando y gimiendo en la boca del otro. El sexo es algo natural para el ser humano y, aunque está claro que con la experiencia todo mejora, el cuerpo es sabio y te guía hasta conseguir lo que tanto necesita sin que nadie te lo haya enseñado antes.

Deseaba tanto sentirlo dentro de mí que aquel vacío resultaba casi doloroso, pero era un primer paso. Era sexo sin sexo. Se trataba de dos cuerpos conociéndose y descubriéndose por primera vez. Solo una pequeña muestra de lo buenos que podían ser juntos. De la conexión que existía entre ellos. Lance movía las caderas cada vez más rápido, con más fuerza, como si necesitara entrar en mí tanto como yo quería que lo hiciera. La fricción era tan maravillosa como enloquecedora y yo solo quería apretarlo más y más hasta que nos convirtiéramos en uno solo. En algún momento habíamos dejado de besarnos, aunque nuestros rostros estaban tan cerca que las narices se rozaban. Nos mirábamos a los ojos y nuestros alientos se entremezclaban cuando Lance murmuró:

—Charlie... voy... —gimió y apretó la mandíbula—. No puedo...

—Yo también. —Mordí su labio—. Déjate ir, cariño.

Aceleró el ritmo y la humedad que empapaba mi ropa interior y su pantalón era cada vez mayor. Si por él, por mí o por ambos, no lo sabía. Tampoco me importaba.

Lo sentía cada vez más duro contra mí, si es que aquello era posible. Estaba a punto. Los dos lo estábamos.

—Esto es... —Cerró los ojos y embistió con más fuerza—. Joder,

Charlie...

—Lo sé —jadeé—. Oh, Dios mío... lo sé.

Instantes después, él gruñó y yo gemí cuando alcanzamos el orgasmo al tiempo que hundía el rostro en el hueco de su cuello y lo mordía. Apretó el agarre en mis nalgas y me di cuenta de que en algún momento nos habíamos separado de la encimera y estaba encaramada a él. Respirábamos con fuerza y nuestros pechos se elevaban y caían con brusquedad. Él tenía la piel resbaladiza por el sudor y, aunque la ropa seguía puesta, sé que nos sentíamos el uno al otro de más formas de las que jamás podría explicar. Nunca, en toda mi vida, había experimentado una sobrecarga sensorial como aquella noche. Supongo que al negarnos la unión tal y como todo el mundo hace, percibimos el resto del contacto con más intensidad. Como cuando privas a alguien de la vista y su oído se agudiza para compensar esa carencia.

No quería mirarlo porque, por increíble que parezca, tenía miedo. Acabábamos de experimentar algo hermoso, una primera vez para ambos, y no quería que me dijera que se arrepentía o cualquier otra cosa que pudiera emborronar aquel momento.

Hundió la nariz en mi cabello e inspiró hondo antes de besarme el hombro. Aflojó ligeramente el agarre sobre mí y recibí el mensaje, así que, con reticencia, desenvolví las piernas de su cintura y me dejé resbalar por su cuerpo hasta que quedé de puntillas en el suelo.

Aún no soltaba su cuello y mi sien permanecía pegada a su mandíbula.

—Charlie...

# CARTAS DESDE EL PASADO

*Lance, miércoles 22 de mayo*

*Esa misma noche...*

¿Qué se dice después de algo así? Lo único que me venía a la cabeza era «gracias», pero no creía que ella hubiese apreciado aquella palabra. Seguro que se enfadaba. Quería decirle que había sido increíble, que había sido el mejor puto rato de toda mi vida, que me había hecho sentir el tipo más feliz de la tierra. Quería decirle un montón de cosas, pero no dije ninguna.

—Charlie... —empecé. Ahí me fallaron las ideas. Estaba tan jodidamente feliz que no encontraba la manera de poder expresarlo. La vi tan cerca de mí, con aquella mirada expectante, y las palabras huyeron como ratas—. Me voy a la ducha.

Besé la punta de su nariz y salí corriendo hacia el baño. Mirándolo en retrospectiva, no fue mi mayor momento de inspiración. En aquel instante, ni me enteré. Tan solo quería meterme en la ducha y quitarme mi propio semen de la entrepierna. No había sido el sexo más limpio de la historia, pero había sido el mejor de la mía. Mientras el agua caliente me caía encima, sentí pena por perder la sensación de los labios de Charlie en mi pecho, en mi cuello, en mi boca... Pronto supe que, aunque usase todo el gel de la ciudad, aquella marca en mi piel no desaparecería nunca. Me di cuenta de que estaba sonriendo como un idiota mientras cantaba. Yo. Cantando. Ver para creer. Nunca he cantado en la ducha, lo juro por mi madre, pero allí estaba, imitando a la grandiosa Etta James y dando caderazos en cada pausa.

Era como si no fuera yo, como si me hubiera poseído otra persona. Me

encontré recordando situaciones que habían acabado rematadamente mal con otras mujeres. Siempre que aquellos recuerdos habían acudido a mí, la vergüenza y la ansiedad los habían acompañado. No aquella vez. De repente, le encontraba el lado cómico al puto asunto. Entonces, volvía a recordar el cuerpo de Charlie apretado contra mí mientras ambos nos corríamos y mi sonrisa se hacía aún más amplia. Y cantaba más alto. Y volvía a tener una erección. ¡Joder! No había tenido suficiente. Jamás tendría suficiente. Cien vidas no me daban para saciarme del hambre que había descubierto que sentía de ella.

Ya digo que era como si me hubiera poseído otra persona. Jamás había tenido sentimientos como aquellos. Hasta que llegó Charlie, claro. Y puso mi mundo del revés. Y aquel yo que no era yo tal vez fuera mi verdadero ser que, por fin, asomaba la cabeza a la luz después de tantos años. Salí de la ducha silbando y me anudé una toalla a la cintura para ir a buscar algo de ropa. En cuanto abrí la puerta, Charlie entró como una exhalación. Estaba pálida y sus enormes ojos me miraban con miedo.

—Lance, ¿estás bien? Es... —balbuceó. Parecía al borde del llanto y yo no sabía por qué—. ¿Estamos bien?

Tiré de su cuerpo para meterla en el baño y la empujé suavemente contra la puerta para cerrarla.

—*All I want to do is make your bread* —canté aplastando mi cuerpo contra el suyo para aprisionarla. Agarré el bajo de la camiseta de los Cubs—. *Just to make sure you're well fed.* —Tiré de la prenda sin separarme demasiado de ella y se dejó hacer. Su expresión había cambiado a una de sorpresa.

—Lance, ¿qué haces? —preguntó con la sombra de una sonrisa. Me fijé en que llevaba unas braguitas blancas anudadas a los costados y me pareció lo más jodidamente *sexy* que había visto en mi vida.

Caí de rodillas.

—*I don't want you* —seguí cantando, mirándola a los ojos. Atrapé una de las lazadas con los dientes y tiré muy despacio—. *Sad and blue*. —Mordí la otra lazada y la deshice de un tirón. Las bragas seguían en su sitio gracias a que ella apretaba los muslos.

—En serio, ¿qué estás haciendo? —insistió con la respiración entrecortada. Mordí su ropa interior y fui tirando hasta que ella separó las piernas para dejarme recoger mi trofeo. Sacudí la cabeza para arrojarlo lejos y me puse de nuevo en pie muy despacio, apretando mi cuerpo contra el suyo. Durante el camino, agarré sus muñecas y las levanté por encima de su cabeza.

—*And I just wanna make* —terminé cuando nuestras narices se tocaban y nuestras miradas se anclaron. Reduje la voz a un ronco susurro—. *Love to you*<sup>[vi]</sup>. —Creo que su corazón se perdió un par de latidos, pero éramos incapaces de separarnos, de romper el contacto de nuestros cuerpos.

Empecé a besarla muy despacio, sin la urgencia de las veces anteriores. No sentía miedo. No sentía angustia. No quería huir. Solo quería más de Charlie en todos los sentidos.

—Estás muy raro —dijo tras el beso.

Solté sus muñecas y observé su cuerpo desnudo.

—Ya lo creo que estoy raro —contesté—. Ayer mismo habría sido incapaz de estar delante de una mujer vistiendo tan solo una toalla. —Mordisqueé con suavidad su barbilla—. Ayer mismo habría sido incapaz de desnudar a una chica. —Deposité un húmedo y suave beso en su cuello—. Ayer mismo no me estaría planteando siquiera las ganas que tengo de hacer el amor contigo. —Lamí el lóbulo de su oreja. Ella permanecía muy quieta, supongo que paralizada por la sorpresa—. Ayer mismo, no cantaba en la ducha.

En aquel preciso instante, la perplejidad desapareció. Sonrió. Sonrió de verdad, con toda la cara, con todo el cuerpo. Sonrió como solo Charlie sabía

hacer, con aquella luz que podría iluminar un puto estadio de béisbol entero.

—Estás totalmente loco —dijo ahogando una carcajada—. Lo sabes. Lo sé.

—Venga, a la ducha —solté tirando de su muñeca para obligarla a entrar. Me moría de ganas de que acabase y volviésemos a estar juntos. ¿Quién sabía lo que se le podía ocurrir? Cuando pasó junto a mí, le di una ligera palmada en el trasero. Ella respondió con un azote fuerte para invitarme a salir de allí y dejarla ducharse en paz.

Estaba vistiéndome cuando sonó el teléfono. ¡Joder! Tenía que haberlo puesto en silencio. Ya era tarde. Había visto el nombre en la pantalla y no podía ignorarlo. Descolgué rezando para que Daugherty me dijera que no había novedades.

—Dime, Daugh —contesté secamente.

—Ha salido —explicó mi hombre—. En quince minutos tengo esto abierto. ¿Me vas a necesitar dentro?

Daugherty era un fiero abriendo puertas, desconectando alarmas y entrando en ordenadores ajenos. Le había puesto de vigilancia en el único hilo del que no habíamos tirado: el domicilio de Gibson, el abogado de Edward Miller. Nadie almacena información comprometida en el despacho. Esas mierdas se guardan en casa. Le había dado orden de hacer guardia delante de su casa y, si le veía salir bien vestido, como para una reunión de trabajo o una cena, dejarme el paso franco al interior. Ya ni me acordaba de aquello con todas las cosas que me habían pasado.

—Te voy a necesitar, sí —respondí haciendo cuentas mentales—. Haz tu magia y despeja el camino. Espero estar en media hora. Dame quince minutos y ponte a lo tuyo, pero no entres sin mí.

Colgó. Daugh no era el tipo de persona que se entretiene en despedidas

largas. Vaya sentido de la oportunidad que tenía el puto Gibson. Había muchas cosas que me apetecía hacer aquella noche y me parecían mucho más agradables que colarme en casas ajenas. De hecho, solo había una y estaba en mi ducha en aquellos momentos.

Me vestí con ropa oscura, pero elegante. Gibson vivía en buen barrio y llamaba más la atención llevar una sudadera o unas zapatillas que ir de amarillo canario. Charlie no salía. ¡Ahg! No quería largarme y que se encontrase sola al salir. No quería volver a cagarla con lo mismo. Tenía que hacerlo bien. Para matar el rato, miré si Ethan había mandado algo.

No había mucha gente en el departamento de policía con la que me llevase bien, eso estaba claro. Sin embargo, en la academia encajé a la primera con Ethan Reed, un tipo que provenía de un barrio chungo. Mucho más chungo que el mío. Tenía madera de buen poli, pero hacer exámenes no era lo suyo. Siempre decía que con un puto lápiz no iba a poder evitar un asesinato. Le eché una mano con aquello y el tipo adquirió una especie de lealtad inquebrantable. Le explicaba lo que no entendía, le soplaba en los exámenes... Desde entonces, siempre me echaba un cable cada vez que lo necesitaba. Lo había llamado en cuanto llegamos a casa para pedirle información sobre Nitti y el nombre parecía sonarle. Me iba a mandar lo que tuviesen por correo, pero no había recibido nada.

En cuanto se abrió la puerta del baño y apareció Charlie vestida con una toalla, fui corriendo hacia ella. No sabía cómo decírselo. Se iba a enfadar. Habría apostado cien pavos a que sí.

—Charlie... —empecé viendo cómo se acercaba con una sonrisa y me echaba los brazos al cuello. No me lo iba a poner fácil—. Tengo que salir.

—En cinco minutos estoy lista —contestó soltándome y caminando hacia su maleta.

—No puedes venir —solté mientras cerraba los ojos esperando el golpe.

—Estoy bastante segura de que no te he escuchado bien—dijo con los puños en las caderas—. Después de... Bueno, ya sabes. ¿Ahora me quieres dejar a un lado otra vez?

—No *quiero* apartarte —repliqué abriendo los ojos—. *Tengo* que apartarte. A esto no puedes acompañarme.

—Creía que ya habíamos hablado de eso, Lance —repuso exasperada—. No podemos tener la misma discusión cada vez. ¿Qué es eso taaan extraño a lo que no puedo ir?

—Si te lo dijera, te estaría obligando a cometer un delito de encubrimiento —intenté explicar—. Si vienes, automáticamente te estarás convirtiendo en cómplice. No puedes acompañarme, pero te prometo que volveré tan rápido que ni siquiera te darás cuenta de que me he ido.

No contestó. Se quedó mirándome y sus brazos fueron cayendo laxos a los costados. Aquellos enormes ojos marrones mostraban toda la decepción que yo podía soportar. No. Un poco más. Negó suavemente con la cabeza y volvió a entrar en el baño haciéndome sentir el mayor hijo de puta del país. Cogí las llaves del coche y salí disparado a encontrarme con Daugherty. Confiaba en no haberla cagado demasiado.

Conduje como un puto lunático hasta la casa de Gibson. Necesitaba volver pronto y arreglar lo que pudiese haber roto dentro de Charlie. Mi hombre estaba esperándome en su propio coche y, en cuanto me vio caminar hacia él, salió para unirse a mí como si fuera lo más natural del mundo.

—Ya está abierto y limpio —explicó—. Si entro, ya sabes que es más caro.

—La pasta no es un problema —repliqué—. Siempre pago. Necesito que busques ordenadores, tabletas, teléfonos... lo que sea. Saca los datos y me los envías cuando estemos fuera.

Asintió y entramos. Tras un rápido vistazo, me ubiqué. Aquella era una casa unifamiliar ocupada por un solo hombre. Gibson parecía el tipo de persona que se moría de ganas por tener una familia, pero no había encontrado el tiempo o las ganas de formarla. O tal vez tan solo quisiera aparentar. Aquello me hizo pensar en mí mismo mientras buscaba en su dormitorio sin encontrar nada prometedor. Yo también intentaba aparentar que no era aquel chaval de barrio obrero que las había pasado putas para salir de la basura. Tenía más contactos en los bajos fondos que en las altas esferas de la ciudad, pero vestía caro, tenía un piso caro y un coche caro. Sentí una extraña conexión con el abogado.

En el despacho hubo más suerte. Daugh estaba haciendo algo con un ordenador portátil cuando entré. Ni siquiera levantó la cabeza. Señaló con el dedo la pared a mi izquierda. En ella había un cuadro de un campo con flores de miles de colores. Esperaba que no fueran las putas *gelbelas* de los cojones. Gerberas. Mierda. Retiré el cuadro y quedó al descubierto una caja fuerte.

—¿Puedes abrirla? —pregunté mirando aquel teclado sin tener ni puta idea de qué hacer con él.

—Un crío de cuatro años puede abrirla —contestó aún sin mirarme—. 190263.

El capullo había sacado la combinación antes de ponerse con lo suyo. Era jodidamente bueno. También era asquerosamente tocapelotas. ¿Por qué se había molestado en poner de nuevo el cuadro? Probé la combinación y una luz verde me indicó que cada centavo gastado en aquel tipo estaba bien invertido. Esperaba documentos comprometedores, fotos guarras, vídeos para extorsiones... Cualquier cosa. Bueno, cualquiera menos lo único que había junto a varios fajos de billetes.

Cartas manuscritas.

Muy antiguas, por cierto. Ya nadie escribía cartas. Aquellas parecían muy

manoseadas, como si Gibson las hubiese releído muchas veces. Ni siquiera estaban unidas por la típica cinta, tan solo amontonadas. Saqué la primera y fui leyendo rápido. Enseguida me di cuenta de que no tenía nada que ver con el caso, pero no podía dejar de leer. Las fui poniendo encima del escritorio, fotografiando y volviendo a dejarlas en el mismo orden. Cuando Daugh me dijo que lo tenía todo, ya había terminado de hacer las fotos y dejado todo como estaba antes de que entrásemos.

Volvió a conectar la alarma y nos fuimos tras comprobar que no quedaba ninguna prueba de nuestra presencia. Siempre trabajaba de aquella manera: me abrían la puerta y yo llegaba como si viniese de visita. No hay nada de malo en ir a la casa de alguien a quien conoces, verla abierta y entrar a comprobar si hay ladrones. Limpio y seguro. Era caro, pero te libraba de muchos posibles problemas. Fui haciendo la suma de todo lo que me había gastado para resolver aquel caso y me di cuenta de que no iba a ser tan buen negocio como me había parecido en un primer momento.

De camino a casa, fui dándole vueltas a las implicaciones de lo que acababa de leer. Las cartas eran de Oana Miller, la primera mujer de Edward. La madre de Charlie. En aquellas líneas quedaba claro que ella y Gibson habían sido amantes, pero aquello no era lo más chocante. Lo que me tenía dándole vueltas a la cabeza era el hecho de que ambos parecían muy seguros de que el padre biológico de Charlie era el propio Gibson. ¿Podía tener algo que ver todo aquello con lo que había pasado? Ni por asomo. Era de locos.

Llegué a la puerta de casa sin tener muy claro si debía contárselo a Charlie o no. No aportaba información al caso y podía turbarla mucho tras lo que había ocurrido en las últimas semanas. Dudaba de que le fuese a hacer ningún bien, así que me decanté por esperar a que estuviese más tranquila para soltarle la bomba. Tal vez todavía pudiese arreglar lo que quisiera que se hubiese jodido entre nosotros al marcharme tan de repente. Fingí una enorme

sonrisa y entré en el piso.

Charlie no estaba en el salón ni en la cocina. ¿Se habría ido a la cama? Cerré la puerta con cuidado de no hacer ruido, me descalcé y me dirigí al dormitorio.

No había nadie.

Joder.

Del cuarto de baño no salía luz. Aun así, entré para asegurarme de que no estaba allí y la última escena vivida entre aquellas paredes volvió a mi cabeza. Nada. La cama sin deshacer ya me había dado una pista, pero me negaba a aceptar que se hubiese largado sin más. Miré incluso en el armario y encendí todas las luces de la casa. Sí, en el armario. Cuando eliminas todo lo probable, lo que resta, por improbable que parezca, debe ser la verdad. No lo fue. Miré el móvil. Nada. Ni llamadas ni mensajes... Busqué por si me había dejado alguna nota. Incluso levanté el sofá por si se había caído al suelo. ¡Joder! Ni siquiera tenía llave para volver.

¿De verdad podría haberse enfadado tanto por aquella tontería como para largarse sin más? ¿Dejarla sola durante una hora era suficiente para romper lo que había entre nosotros? A la mierda. ¿Había algo entre nosotros o estaba solo en mi cabeza? Demasiadas preguntas. Ninguna respuesta. La llamé, pero, a pesar de los diez o doce tonos, no contestó. Solo me restaba esperar y confiar.

Me senté para serenarme un poco y pensar con claridad. Abrí el portátil para ver si Daugherty me había enviado los datos. Negativo. Lo que sí que había llegado era el correo de Ethan. No solo había llegado, sino que estaba abierto, pero yo no lo había visto. ¡Oh, mierda! Charlie. La madre que la parió.

# PECADOS Y PECADORES

*Charlie, miércoles 22 de mayo*

*Esa misma noche...*

Decepcionada y dolida.

En realidad, es muy posible que esas palabras sean insuficientes para describir cómo me sentía. Me encerré en el baño porque no quería ver cómo se largaba y me dejaba sola. Otra vez. Porque me negaba a rogar por cariño, consideración o lo que fuese que lo hiciera quererme junto a él. Porque nadie, jamás, debería pedir aquello. Interpuse aquella barrera porque pensé que de aquel modo no escucharía el clic de la puerta de entrada al cerrarse cuando se marchase. Pero me equivoqué, porque el sonido me llegó con la fuerza de un trueno en una noche de tormenta.

Abrí los ojos y miré hacia abajo, a mi cuerpo desnudo tan solo cubierto por una pequeña toalla. Eché la cabeza hacia atrás y la apoyé contra la puerta. Inspiré profundamente y traté de encontrar un equilibrio, aquel que con Lance parecía inalcanzable. Desde que nos conocimos, se ocupó de mantenerme a un brazo de distancia, hasta aquella noche. Sí, hubo otros acercamientos, pequeños atisbos de debilidad por su parte, pero jamás así. Había sido tan... él.

Sin máscaras ni miedos ni formalismos. Tan solo un hombre dejándose querer. Y queriendo. Puede parecer una tontería, pero aquel momento en el que me cantaba mientras se deshacía de mi ropa interior había sido uno de los más íntimos y eróticos de toda mi vida. Natural y perfecto. Tan solo un pequeño atisbo de lo que podíamos ser si nos dejábamos llevar. Pero aquella implícita

promesa de más se había ido al garete en el momento en el que volvió a levantar muros y me dejó a un lado. Como si no contase.

Crear que proteges a alguien manteniéndolo en la ignorancia es un tremendo error. Demonios, gracias a Lance había descubierto que mi padre se estaba muriendo de cáncer. Ni siquiera sabía de sus sospechas o que pretendía contratar a un detective hasta que fue demasiado tarde y yo misma pasé a convertirme en la principal sospechosa de su asesinato.

Quizás por eso era tan importante para mí ser parte activa de aquella investigación. No solo porque se trataba de mi padre, el hombre más importante de mi vida, sino porque todo el asunto me había explotado en la cara cuando ya no podía hacer nada al respecto. En cierto modo, me sentía culpable.

Porque se fue sin escucharme decirle cuánto lo amaba. Porque era todo cuanto tenía y ahora me sentía huérfana en el más amplio sentido de la palabra.

Por no haberlo visto. Por no haber estado lo suficientemente atenta a qué sucedía en su vida. Por no haber hecho algo para apartarlo de aquella arpía cazafortunas que era Camila. Por todo. Porque era su hija y solo nos teníamos el uno al otro.

Y porque, de alguna extraña manera, me había sentido conectada a Lance desde la primera vez que lo vi. Absurdo, ¿verdad?

Aunque a veces se comportase como un imbécil.

Aún podía sentir sus manos acariciando mi piel. El retumbar de su profunda voz mientras cantaba consiguiendo que mi piel se erizase. Sus labios y el pellizco en mi bajo vientre rogando por más...

Gruñí.

Abrí la puerta y, para intentar deshacerme de todas aquellas sensaciones que parecían tan lejanas, abrí uno de los cajones de su cómoda. Sí, tenía mi propia ropa, pero me gustaba usar sus camisetas. Después cogí ropa interior

limpia de mi maleta y me vestí.

Para cuando llegué a la sala de estar, me sentía tan molesta como triste y desamparada. Una curiosa y letal combinación, lo sé. También estaba inquieta porque la incertidumbre y el no saber qué diantres estaba ocurriendo ni qué estaba haciendo Lance en aquel momento me tenían con los nervios de punta. Por lo que pude deducir de sus palabras, se trataba de algo tan ilegal como peligroso, pero ¿qué?

Iba hacia la nevera para coger una botella de agua, cuando algo sobre la mesa me llamó la atención y me detuve en seco.

Ladeé la cabeza y entorné los ojos.

Su portátil.

Estaba abierto y encendido. Y aquel resplandor... Aquella brillante pantalla me estaba llamando tanto como la luz a las polillas.

Ni me lo pensé.

Tras coger el agua y el maldito paquete de M&M's que rato antes había dejado sobre la encimera, me senté a investigar. En realidad, no sabía qué demonios buscar, de modo que fui mirando en distintas carpetas. Aburrido. El historial de búsquedas... aburrido. Aquel hombre estaba tan centrado en su trabajo que ni siquiera miraba porno, por el amor de Dios. Aquello al menos me habría dado algo de munición contra él, pero nada.

Finalmente, la iluminación divina llegó y decidí abrir el correo. Tenía un intercambio de mensajes con un tal Ethan Reed y el último estaba sin abrir. No fue aquello lo que me llamó la atención, sino el asunto del mensaje: «Paul Nitti y más».

Al parecer, Lance tenía contactos en el departamento de policía, por lo que la información conseguida por un tal Rosswell era más que fiable y de primera mano. No solo había conseguido la dirección de Nitti, sino que el tal Reed había llegado más lejos. El tipo al que buscábamos era un peón.

Asesino, sí, pero uno de los más bajos en aquella especie de jerarquía criminal. Según leí en el correo, iba por libre, aunque normalmente se encargaba de ciertos trabajos para los Luciano. A aquel policía le resultaba de lo más irónico el nombre adoptado por aquella organización teniendo en cuenta la historia de la mafia en Chicago y, de hecho, adjuntó varios archivos. Tampoco descartaba investigarlos y, palabras textuales, «cogerlos por los huevos en un futuro».

Bueno, el amigo de Lance parecía de lo más simpático.

Cuando abrí los archivos, la respiración me falló. El corazón se me encogió y no dejé de preguntarme a medida que leía qué demonios tenía que ver aquella gente con mi padre. ¿Por qué diantres querrían su muerte? Sí, entendía que Edward Miller había cabreado a mucha gente a lo largo de los años, pero lo que aquellas personas hacían, lo que representaban... Era algo tan grande que erizó mi piel y no en el buen sentido. Estábamos hablando de la mafia: criminales a los que se les atribuían infinidad de crímenes de distinta índole, pero que jamás acababan en condena. Bien fuera por falta de testigos o de pruebas.

¡Ja!

Me fui al buscador y aparecieron multitud de artículos de prensa.

«La nueva *Cosa Nostra* del siglo XXI»

«Mafiosos emprendedores antes que pistoleros»

«Los Luciano: tan honorables como su predecesor»

Y la lista seguía y seguía. Algunos de los artículos estaban firmados por un tal Joseph White, que era uno de los más afamados periodistas no solo del Chicago Tribune, sino de la ciudad. Alguien a quien, visto lo visto, le importaban un bledo las represalias.

Estaba leyendo uno de aquellos artículos cuando se me heló la sangre en las venas porque uno de los negocios que dicha organización manejaba era Il Peccato.

El restaurante que tanto le gustaba a mi padre. El mismo en el que había comido por última vez en su vida. El lugar en el que se veía a Nitti entrar y salir el día de su muerte.

Me mordí el labio. Estaba inquieta y no dejaba de mover las piernas, de... de todo. Tenía la dirección de Nitti y también un lugar de encuentro entre los mafiosos que parecían estar detrás de la muerte de mi padre, ¿qué hacer? ¿Adónde ir?

Lo único que tenía claro era que no me encontraría con Lance puesto que él no había visto aquel correo. A menos que también pudiera mirarlo desde el móvil, por supuesto.

Uh.

Muchas cosas pasaban por mi mente en aquel momento y no sabía qué destino tomar, pero decidiría dónde ir sobre la marcha. De momento, pedí un taxi mientras me vestía. Nada de ir camuflada de negro como Lance, entre otras cosas porque no tenía ropa de aquel color, así que tendría que ser a mi manera y ya veríamos si funcionaba o no. *Jeans* cortos, zapatillas blancas y camiseta verde, aquello era lo menos llamativo que tenía. Bueno, el bolso y mi Canitambién se vinieron conmigo, por supuesto.

No sé qué fue, pero, cuando el taxista me preguntó el lugar hacia el que debíamos dirigirnos, salió de mis labios sin ni siquiera pensarlo. Así que, unos minutos después, allí estaba: algunos metros más arriba de la floristería de Mei Xian, apoyada contra un coche, aburrída hasta las cejas y, al mismo tiempo, con el corazón bombeando con fuerza debido a la expectación. Porque quería... *necesitaba* encontrar algo. Lo que fuera.

No dejé de disparar una y otra y otra vez con mi cámara a todo aquel que

me resultara sospechoso. El problema radicaba en que todos lo eran a mis ojos y temí estar convirtiéndome en una paranoica. Aquello fue hasta que un precioso y reluciente Rolls-Royce se detuvo en la puerta de entrada de Il Peccato seguido por otro coche cuya marca no conocía, pero que parecía tan caro y lujoso como el anterior. Varios tipos trajeados y con un aspecto que oscilaba entre la elegancia y el camorristo se bajaron de ellos.

Sonrisas. Clic.

Ceños fruncidos. Clic.

Choques de manos. Clic.

Conversación. Clic.

Disparé, disparé y disparé foto tras foto. No tenía ni idea de si me serviría de algo, pero no estaba de más, eso seguro. Ya dudaba de que fuese a conseguir algo valioso cuando un coche que me resultaba demasiado familiar se detuvo también ante la puerta del restaurante. El corazón se me aceleró y la respiración me falló. No quería tener razón. Prefería mil veces equivocarme, pero, por supuesto, no fue aquello lo que ocurrió. No. Lo que pasó fue que vi cómo tío James se bajaba del vehículo. No solo eso, sino que se acercó con semblante serio hacia otro hombre al que el resto de los matones parecían proteger y le estrechó la mano antes de intercambiar algunas palabras.

—Jimmy... —musité con un nudo en la garganta. Me salió sola aquella forma en la que a veces lo llamaba con cariño.

Sin embargo, continué disparando foto tras foto.

De ellos hablando, del otro tipo palmeándole la espalda al mejor amigo de mi padre, de ellos entrando en el restaurante... No importaba que James pareciera tenso e incómodo, entró. Se fue a cenar con los mismos hombres que probablemente estaban tras el asesinato de mi padre. La mayoría de los tipos los siguieron dentro, aunque un par de ellos se quedaron en la calle.

Hubo un momento en el que uno de los tipos con aspecto a medio camino

entre guardaespaldas y matón miró hacia donde yo me encontraba. Rápidamente, me agaché y maldije por lo bajo. También recé para que no me hubieran visto. No es que estuviera pasando muy desapercibida precisamente. Cuando nadie me disparó ni vino hacia mí, volví a asomarme con cuidado y seguí a lo mío. Es decir: esperar. Aquello fue hasta que un brazo envolvió mi cintura desde atrás mientras que una mano me cubría la boca. Chillé, pataleé e intenté morder, pero, de repente, me vi con la espalda contra un cálido y fuerte pecho y mi trasero sobre unas anchas piernas.

—Deja de gritar de una maldita vez, joder.

El corazón golpeaba con fuerza contra mi pecho. Por Dios, estaba a punto de sufrir un infarto. Intenté hablar, pero la mano no me dejaba articular palabra, así que todo lo que salió fue un sonido ahogado e ininteligible.

—*Humjfhdsufjb...*

—¿Vas a estarte quieta?

Asentí y mi boca por fin quedó libre.

—Casi me matas del susto, Lance. —Lo golpeé en el muslo—. No vuelvas a hacerme eso.

Gruñó y aquel sonido llegó a sitios a los que no debería teniendo en cuenta la situación en la que nos encontrábamos.

Maldita sequía. Maldita atracción. Maldito fuera él.

—¿Que no vuelva a...? —Apretó el agarre en mi cintura—. ¿Sabes lo que ha pasado por mi cabeza en las últimas horas? —Abrí la boca, pero continuó—. ¿Qué coño crees que estás haciendo? Y, ¿dónde cojones tienes el teléfono?

Tenía los labios pegados a mi oreja y, aunque parecía ligeramente molesto y su voz no era más que un furioso y bajo susurro, me sentí bien.

Por Dios, tenía que hacérmelo mirar.

—¿A qué quieres que responda primero?

—Déjate de juegos, Charlie.

—Estaba siguiendo una pista —expliqué.

No pude evitarlo. Por más que me hubiera molestado sentirme descartada, eché la cabeza hacia atrás y la apoyé sobre su hombro.

—Una pista... ¡Y una mierda! —espetó—. Estabas haciendo lo que te sale de los huevos, como siempre. Ni siquiera pensaste en el peligro que corrías, joder.

—Te fuiste sin mí —repliqué más enfadada.

—Te estaba protegiendo, maldita sea.

—Te protegías a ti mismo —escupí—. No me utilices como excusa.

Pasaron un par de segundos en los que el sonido de nuestras respiraciones se mezcló con los del tráfico de un viernes noche en Chicago.

—¿De qué demonios estás hablando?

Oggh.

Gruñí y, sin pensármelo dos veces, me levanté y me coloqué de modo que sus piernas quedaban entre las mías entreabiertas, puse los brazos en jarras y lo fulminé con la mirada.

—Hablo de que volviste a dejarme a un lado con la excusa de que me protegías, cuando en realidad solo te cuidabas a ti mismo —respondí entre dientes—. Lo que te estoy diciendo es que después de vivir un momento maravilloso, te asustaste y usaste el caso de mi padre para apartarte de mí. Eso es lo que te estoy diciendo.

—Esto no tiene nada que ver con nosotros —gruñó.

—Permíteme que lo dude.

—Charlie... agáchate, joder —advirtió entre dientes.

—¡No! —Íbamos a aclararlo, quisiera o no—. No, hasta que seas sincero.

Me agarró por la muñeca y tiró de mí hasta que quedé casi a horcajadas sobre él. Comenzaron a escucharse unas voces, Lance maldijo y se asomó por la ventanilla del coche que hasta aquel momento nos había servido como

refugio.

—Maldita sea —murmuró. Cuando seguí la dirección de su mirada, me di cuenta de que habíamos llamado la atención de los dos tipos que estaban ante la puerta del restaurante. Y que en aquel momento se dirigían hacia nosotros —. Muévete, Charlie.

Se me secó la boca.

—¿Qué? —Él continuaba con la vista clavada en aquellos hombres—. ¿Hacia dónde?

Me quitó de encima, se incorporó y, sujetando mi mano, tiró de mí. No entendí por qué permanecíamos en aquella postura cuando era más que evidente que nos habían visto y, además, íbamos corriendo.

—Donde yo te diga —escupió—. Estoy hasta los huevos de persecuciones.

Me di cuenta de que íbamos hacia el coche de alquiler. Gracias al cielo no tendría que conducir. Una vez dentro del vehículo, miré por la luna trasera y vi a aquellos hombres sacar sus armas en mitad de la calle, pero Lance ya había arrancado y estábamos fuera de su alcance. Al menos, todo lo lejos que podíamos si no querían llamar la atención disparando por si acertaban.

El viaje de vuelta a casa transcurrió en un tenso silencio.

Mil cosas pasaban por mi mente y estaba segura de que lo mismo sucedía con él. Sin embargo, ninguno de los dos habló hasta que se cerró la puerta de su apartamento.

—¿En qué demonios estabas pensando?

Fue el primero en romper el silencio. Dejé el bolso y la cámara sobre la mesa y giré para encararlo.

—En mi padre —respondí—. En hacer algo más que quedarme sentada esperando.

—Te expliqué que era peligroso.

—No —atajé—. Te limitaste a decir que no podía ir contigo, sin más. Encontré...

—Registraste mis cosas —espetó.

—El ordenador estaba abierto y encendido. —Me encogí de hombros—. Me topé con la información por casualidad.

Apenas nos separaban unos cuantos pasos. Él, con los brazos cruzados y yo, con las manos en las caderas. Ambos preparados para la batalla.

—No es así como funcionan las cosas, Charlie. —Sacudí la cabeza—. Si te digo que esperes, tú te limitas a esp...

—¿A esperarte? —Reí sin humor—. No, no es así como funcionan las cosas. Tienes razón. —Estaba claro que no íbamos a llegar a un acuerdo, al menos, no por el momento—. Creo que será mejor dejarlo por esta noche —murmuré cansada—. Podemos hablarlo por la mañana.

Ví el músculo de su mandíbula palpar, la dureza de su mirada y supe que no estaba ni mucho menos conforme con mis palabras. Aun así, asintió.

—Muy bien —concedió a regañadientes—. Vamos a dormir y mañana hablaremos.

Ya se había girado cuando mis siguientes palabras hicieron que se detuviera en seco.

—Supongo que es buen momento para aceptar tu oferta y dormir en el sofá. —Una mezcla de incredulidad y molestia se reflejó en sus ojos. Pasaron unos largos y agónicos segundos en los que nos limitamos a mirarnos, hasta que chasqueó la lengua y vino hacia mí sin mediar palabra y con paso decidido. Me cogió de la mano y tiró de mí—. Lance, ¿qué estás haciendo?

—Dormirás conmigo.

—Estoy molesta contigo —repliqué.

Rio sin humor y nos encerró en el dormitorio.

—Oh, créeme... —Se quitó la camisa de espaldas a mí—. También estoy

jodidamente cabreado contigo, pero ya hablaremos mañana. Ahora, vamos a dormir como dos chicos buenos.

La tenue luz de la calle se filtraba por la ventana y no pude evitar salivar al ver los músculos de su fuerte y ancha espalda ondularse con cada furioso movimiento que hacía mientras se desvestía.

Dormir.

Jesús.

—Pero no cr...

—Charlie —interrumpió—. Hablo en serio cuando digo que estoy cabreado contigo. —Se giró para encararme—. No estoy acostumbrado a sentir tanto miedo por otra persona. —Me falló la respiración—. Esta noche has conseguido pruebas. Yo también y, además, tenemos a Nitti localizado, así que mañana podremos hablar antes de ir a trincarlo por los huevos.

El miedo. Aquello fue con lo que me quedé: con lo descarnado de aquella sencilla declaración. Apenas había luz suficiente, pero nuestras miradas quedaron enlazadas hasta que asentí.

—Mañana —musité sin dejar de mirarlo—. Juntos.

—Juntos —convino.

Tras aquellas palabras, pareció que ambos habíamos llegado a un silencioso acuerdo de modo que, tras acabar de desvestirnos en silencio, nos acostamos.

No solo él mismo me había dejado claro lo enfadado que estaba conmigo, sino que lo percibía. Lo respiraba. Aun así, me sorprendió porque, lejos de apartarse de mí y quedarse en el extremo más alejado de la cama como había hecho las demás noches, una vez estuvimos acostados se movió hasta que su cuerpo fuerte y grande acunaba el mío.

Mi espalda contra su pecho. Nuestros muslos tocándose, su nariz rozando mi nuca y sus brazos envolviendo mi cintura. Ambos sintiéndonos cálidos,

seguros.

Protectores y protegidos.

Queridos.

Aquel era uno de los muchos momentos de la vida en los que las palabras estaban de más. No las necesitaba. No, hasta que despuntase el alba.

Y después...

Después iríamos a por Nitti.

# DESAYUNO EN LA CAMA

*Lance, jueves 23 de mayo*

*La mañana siguiente...*

Dormir abrazados es muy romántico, pero demoledor para las articulaciones. Mi brazo izquierdo había pasado la noche entera bajo el cuello de Charlie y hacía horas que no lo sentía. Había perdido la cuenta de la cantidad de veces que me desperté y pensé en separarme. Entonces volvía a sentir el miedo de cuando no la vi en casa y hundía mi cara en su pelo para llenarme de aquel olor a bizcocho, apretaba mis caderas contra ella y seguía inmóvil. Habría perdido con gusto un brazo a cambio de tenerla tranquila y segura junto a mí. En mi cama. Juntos.

Sin embargo, ni un idiota enamorado, que es lo que yo era a mis propios ojos en aquel momento, puede hacer milagros. El sol entraba por la ventana del dormitorio con fuerza cuando me rendí. No podía darme la vuelta y seguir durmiendo. Habría sido una especie de traición. Intenté mover mi cuerpo semiparalizado con todo el cuidado del mundo para no despertarla. Mi idea era salir de allí, preparar el desayuno y servírselo en la cama. Como en las películas, sí. Me estaba volviendo gilipollas a pasos agigantados, pero me hacía mucha ilusión. Cuando tienes la pierna y el brazo del mismo lado totalmente dormidos, tus movimientos no son muy sutiles. Charlie se despertó y se sentó de golpe, soltando gemidos de dolor mientras se masajaba el cuello.

—¿Estás bien? —pregunté abriendo y cerrando la mano para recuperar la movilidad del brazo.

—Tengo el cuello destrozado —contestó ella moviéndolo muy despacio. Un sonoro crujido hizo que se quedase paralizada—. Augh...

—Descansa —dije poniéndome precariamente en pie. Casi me caigo de culo cuando mi pierna izquierda se negó a responder—. Ahora te traigo el desayuno.

Conseguí mantener el equilibrio y fui cojeando hasta la cocina. Oí cómo entraba en el baño mientras yo molía café. No tengo ni idea de la clase de magia que hizo allí dentro, pero, cuando salió, parecía una mujer nueva. Llevaba el pelo recogido en un descuidado moño del que escapaban mechones hacia todos lados. Se había puesto otra de mis camisetas y se acercaba de puntillas, dando pequeños saltos, con una enorme sonrisa en la cara.

—Ha sido muy romántico dormir así —dijo echándome los brazos al cuello y depositando un dulce beso en mis labios—, pero...

—Pero nunca más —terminé por ella—. Al menos, no hasta que uno de los dos se haga fisioterapeuta.

Rompió a reír y empezó a preparar unas tostadas mientras yo seguía con el café. Fui al baño mientras ella terminaba su parte. Era muy Charlie aquello de que le ofrecieses llevarle el desayuno a la cama y ella viniese a ayudarte a hacerlo. Una vez ante el espejo, me di cuenta de que llevaba puestos unos bóxers. Nada más. Delante de una mujer. Enarqué las cejas ante mi reflejo y volví a maravillarme de lo que estaba haciendo conmigo. Reí negando con la cabeza mientras me adecentaba y, al salir, la encontré sentada en la cama con las sábanas tapando sus piernas.

—Ya está todo listo para que me lo traigas —explicó con una sonrisa.

Muy Charlie también. La lógica no valía con ella. Bueno, sí: su lógica. Me puse unos pantalones oyendo cómo ella soltaba un «Oh» de decepción y llevé el desayuno que habíamos preparado a la cama en una bandeja mientras iba dándole vueltas a lo que me tocaba hacer aquel día. Tenía que ir a por Nitti y

le había prometido a Charlie que podía venir conmigo. Pasé gran parte del desayuno intentando explicarle que iba a ser peligroso. Estábamos hablando de un asesino profesional, alguien capaz de matar gente. Charlie me miraba muy seria y asentía antes de quitarme una miga de tostada de la barba y comérsela. Era imposible transmitirle la gravedad del asunto a alguien que estaba convencido de que todo iba a salir bien, que era como una especie de juego en el que los muertos se levantaban al iniciar la siguiente partida.

Me vestí y Charlie aseguró que estaría lista en cinco minutos. Aproveché el cuarto de hora para recoger los trastos del desayuno y dejar la cocina impecable mientras seguía dándole vueltas a cómo cojones se acerca uno a un asesino para sacarle información. Diez minutos después, cuando ya había repasado mil veces el correo de Reed, Charlie se dignó a aparecer en la sala. Me giré hacia ella y se me cayó la mandíbula al suelo.

Llevaba puesto un vestido blanco corto por delante y largo por detrás. Aquello fue lo primero que vi: sus preciosas y largas piernas. Iba ceñido con un cinturón ancho que destacaba cada una de las curvas que había tenido horas antes en mis manos y dejaba sus hombros al aire. El conjunto lo remataban unas sandalias de cuña con flores azules.

—Ya estoy —dijo mirándome—. ¿Nos vamos?

Yo seguía comiéndomela con los ojos. Estaba pensando seriamente en mandar al carajo a Nitti y volver al dormitorio. Sacudí la cabeza antes de responder.

—No sé si es la ropa más adecuada para ir a cazar a un asesino —solté ignorando su pregunta.

—Ah, bueno... De eso te vas a encargar tú y no me vas a dejar hacer nada —replicó sonriendo—. Te conozco. Por eso me he vestido directamente para la comida con tu familia.

¡Mierda! Había olvidado por completo que teníamos que ir a casa de mis

padres. Esperaba que nos diera tiempo. Desde luego, mi ropa no valía para aquello. Fui a cambiarme.

—No me acordaba de la comida, joder —mascullé buscando algo que valiese para atrapar asesinos y cocinar para madres. Conclusión: no existe. Me puse un traje y confié en no estropearlo con Nitti—. Tal vez debería llamar y decir que no podemos ir hoy.

—Ni se te ocurra, Lance —advirtió Charlie señalándome con el dedo. Solo le faltaba un puto lazo enorme en el pelo, joder—. La familia debe ser lo primero, créeme. Ojalá pudiera ir yo a comer con mi madre o mi padre. O con los dos. —Vi sus ojos acuosos y decidí no llevarle la contraria—. Tienes la oportunidad de disfrutar de ellos, así que hazlo o un día te encontrarás queriendo decirles cuánto los quieres y será demasiado tarde.

Nunca pensaba en aquello. Charlie había perdido a su madre unos años atrás y a su padre hacía unos días. Sin embargo, siempre estaba animándome y poniendo el punto de alegría. Tragándose sus miedos y sus penas.

—Está bien —refunfuñé—. Vamos a recoger a Duke del taller, cazamos a Nitti y cocino un *italian beef* para todos vosotros. No se hable más.

—¡Dios santo! —dijo antes de dar una palmada—. Con todo lo que sucedió, olvidé por completo contártelo. No te vas a creer quién se reunió anoche con los Luciano.

Esperé con una pierna a medio meter en la pernera del pantalón.

—¿Quién? —pregunté siguiendo su juego. Ella no se iba a cansar.

—¡Jimmy! —exclamó abriendo los brazos—. ¿Lo puedes creer? Estaba allí, sacando fotos a todo el que entraba, y, de repente, aparece él y se pone a hablar con esos mafiosos. Increíble. —Había empezado a pasear por la habitación mientras lo contaba—. Estuvieron hablando un rato y entraron en el restaurante como si fueran amigos de toda la vida, aunque Jimmy parecía muy tenso...

—Increíble —contesté abrochándome los pantalones e intentando saber de quién coño hablaba.

—Ya lo creo —siguió—. ¿Qué tiene que hablar Jimmy con esos delincuentes?

—Ni idea —apunté. Era cierto. No tenía ni idea de quién era Jimmy.

—Tal vez fuesen temas de la empresa —especuló ignorando mi cara de pasmo—. Seguro que tienen asuntos turbios que no pueden hacerse de manera legal. Malditos bastardos...

—Hay algo que no acabo de entender —corté. Ella detuvo su paseo y enarcó una ceja. Estaba muy graciosa—. ¿Quién demonios es Jimmy?

Me miró como si hubiera intentado meter el cuadrado rojo por la abertura del triángulo verde.

—¡James Gibson! —exclamó abriendo los brazos otra vez—. El abogado de mi padre.

Me quedé de piedra. Así que Gibson había dejado su casa para ir a reunirse con los Luciano. Por eso había podido entrar en su casa con Daugherty, claro. Y todo para encontrarse con la mafia. No. Con una familia mafiosa que era la que pagaba al asesino de Edward Miller. Su amigo. Su socio. ¿Sabría algo Gibson? Tenía que revisar los datos que habíamos sacado de su ordenador lo antes posible, pero no iba a tener un puto minuto libre hasta la tarde, cuando mi familia decidiese liberarme.

—Joder...

—¿De verdad no sabías que hablaba de Gibson todo este tiempo y me seguías la corriente? —preguntó Charlie con una sonrisa divertida en la cara.

—Es que a veces me das miedo —expliqué poniéndome bien los puños de la chaqueta.

—Y ¿el resto del tiempo?

—El resto —contesté acercándome mucho a ella y atrayéndola por la

cintura—, me dan ganas de desnudarte y comerte despacio, a mordiscos muy pequeños.

Charlie se quedó sin respiración y no pude evitar reírme. No me hacía gracia, pero teníamos muchas citas ineludibles como para ponernos con aquello. Ella me dio un manotazo en el pecho haciendo un puchero y nos marchamos a la caza de Paul Nitti.

# LA PERSIANA VENECIANA

*Lance, jueves 23 de mayo*

*Esa misma mañana*

—¿Estás seguro de que es una buena idea? —preguntó Charlie por quinta vez.

Estábamos en la dirección que me había pasado Ethan Reed como paradero de Nitti. Era un edificio viejo en el mismísimo Bucktown, el barrio de mi familia. En uno de aquellos apartamentos se escondía nuestro hombre, supuse que esperando a que se olvidase la muerte de Edward Miller. Alguien como Nitti jamás abriría la puerta a un tipo con traje. Por suerte, llevaba conmigo a una adorable y preciosa chica vestida de blanco con cara de no haber roto un plato en toda su vida.

—Es una buena idea —contesté amartillando el arma—. Si lo prefieres, puedes ir al coche y esperarme allí.

Picó. Por supuesto que picó. Tenía el orgullo del tamaño del puto monte Rushmore y no se iba a arrugar cuando había montado la bronca de la noche anterior por dejarla de lado. Respiró hondo, instaló la más inocente de las sonrisas en su cara y llamó al timbre antes de arreglarse el pelo. Yo estaba pegado a la pared en el lado en el que Nitti no podría verme. Se oyeron pasos en el interior y, unos segundos después, la puerta se abrió un par de pulgadas.

—¿Quién eres, guapa? —inquirió una voz rasposa.

—¿Eres Paul? —Charlie se mecía muy despacio, como si fuera una inocente florecilla—. Soy Deborah. Me mandan para entretenerte mientras estás aquí.

—¿Quién te manda, nena? —No podía creer que intentase que Charlie dijese el nombre de sus jefes en voz alta. Menudo idiota.

—Los Luciano, por supuesto —mintió Charlie sin dejar de sonreír en ningún momento mientras jugaba con un mechón de su pelo.

Los hombres somos así de gilipollas. Aparece una tía buena en la puerta de tu casa y se te apagan las neuronas. Pude oír cómo descorría la cadena de seguridad antes de abrir la puerta.

—Pasa, preciosa —dijo Nitti desde el interior.

No pasó. Pasé yo con la pistola apuntando a su cara. Intentó cerrar la puerta, pero estaba preparado para aquello y la pateé con todas mis fuerzas. Nitti era muy enclenque y se comió el portazo en la cara. Trastabilló retrocediendo un par de pasos y aproveché para entrar encañonándole. Él utilizó mi truco y, como la puerta había rebotado en la pared, la impulsó con la mano hacia mí.

Se me cayó la pistola del golpe. Parecía un puto novato. Esperaba un ridículo gritito de Charlie, pero no se produjo. Cargué contra la puerta antes de que se cerrase esperando que el otro estuviese utilizando el peso de su cuerpo para cerrarla. Por desgracia, no lo estaba haciendo y la puerta cedió con tanta facilidad que caí al suelo por el impulso.

Cuando conseguí incorporarme, vi que Nitti peleaba con una de las ventanas para intentar abrirla. Salí disparado hacia él. No podía dejar que se nos escapase o tardaríamos meses en volver a encontrarlo. Me recibió con un puñetazo que me detuvo en seco. El tipo no era ningún matón y solo me acertó en el pecho. Solté un rechazazo con toda mi alma y le di en la cara. Se estampó de espaldas contra la ventana, que no quería abrirse. Cuando recuperó la verticalidad, lancé otro directo a su mandíbula, pero consiguió esquivarlo. Era tan pequeño que se escabulló bajo mi brazo y aprovechó el impulso para lanzarme de cara contra la ventana. Tuve los reflejos suficientes

para estirar una pierna y zancadillearlo, pero no para poner las manos y evitar que mi cara acabase aplastada contra el cristal. Por suerte, no se rompió y pude escuchar el ruido del cuerpo de Nitti cayendo al suelo. Cuando me giré, vi que estaba tumbado bocarriba y se cubría el rostro con los brazos. Charlie estaba plantada encima de él, con un pie a cada lado de sus caderas. Empuñaba la pistola con ambas manos y apuntaba a la cara de un aterrorizado Nitti.

—Espero que lleves unas bragas bonitas —solté al ver la postura. Charlie pareció no comprender hasta que su cara cambió y empezó a sonrojarse, pero no se movió un ápice.

—Son preciosas, sí —contestó recuperando la compostura—. ¿Te importaría coger este cacharro?

Me acerqué, le quité a Charlie la pistola de las manos y pude ver que temblaban como hojas al viento. Estaba histérica, pero aparentaba una seguridad absoluta. Buena chica. Me arrodillé junto a la cabeza de Nitti y puse el arma en su sien.

—Muy bien, Paul —dije apretando el cañón contra su cabeza—. Si ya hemos acabado con esta mierda, ahora vas a contestarme unas cuantas preguntas.

—No voy a contestar una mierda —replicó el asesino intentando aparentar una valentía que distaba cuatro estados de sentir—. No sabes con quién estás jugando, chaval.

—Paul Nitti. Asesino a sueldo de la familia Luciano —recité—. Principal sospechoso del envenenamiento con etilenglicol de Edward Miller. ¿Quieres que siga?

—¿Qué...? —balbuceó—. ¿Cómo...?

—Sé lo que hiciste, hijo de puta —espeté con los dientes apretados—. Lo tengo todo. Podría llamar a la policía ahora mismo, entregarles las pruebas

que he reunido y ver cómo te pudres en chirona. —Nitti se estaba viniendo abajo sin siquiera pelear. Podía verlo en su cara—. Pero también puedo no hacer esa llamada.

—¿Qué quieres? —preguntó con un hilo de voz. Aquel clavo ardiendo que le había puesto delante de la cara le parecía un asidero cojonudo. Sería un asesino, pero, desde luego, no era ningún tipo duro.

—Charlie, busca algo con lo que atarle las muñecas, por favor —pedí a mi compañera. Volví la atención a Nitti—. Lo que quiero es saber quién te contrató para asesinar a Edward Miller.

Se quedó en silencio unos largos segundos en los que tan solo se podía oír a Charlie abriendo cajones por toda la casa. ¿Tan difícil era encontrar un pedazo de cuerda?

—No voy a decir nada —escupió intentando aparentar la valentía que le faltaba. No funcionó. En algún lugar del apartamento, algo cayó al suelo haciendo mucho ruido y nos llegó un «estoy bien» de Charlie. ¿Qué demonios estaba haciendo?

—Tan solo la familia Luciano sabe que estás aquí —dije en tono bajo y amenazador—. Si te meto una bala en la cabeza, nadie te echará de menos. ¿Es eso lo que quieres?

—Alguien más lo sabe si me has encontrado tú —soltó Nitti con cara de sospecha—. ¿Cómo me has encontrado?

—Un detective debe tener muchos recursos —contesté con una media sonrisa de suficiencia—. No es tan difícil encontrar a alguien.

—De eso quería hablar contigo —interrumpió Charlie entrando en la habitación. En su mano llevaba el extremo de una cuerda roja muy fina con la que arrastraba a su paso una persiana veneciana del mismo color por el otro cabo. Desde luego, era una mujer decidida—. ¿Cómo me encontraste anoche?

—Luego, Charlie —repliqué tendiendo la mano que no sostenía el arma

para que me diese la cuerda. Se negó.

—Ahora, Lance —insistió. Sacudí la cabeza y bufé. Mujer terca...

—Cuando eras sospechosa, hice que obtuviesen la cuenta Gmail asociada a tu teléfono y tu contraseña —expliqué confiando en que con aquello fuera suficiente—. Hasta ahora no había tenido que usarlo, pero anoche, cuando desapareciste, no me quedó otra opción que localizar tu móvil con esos datos.

La cara de Charlie estaba roja. Ojos y boca estaban abiertos de par en par. Joder, no... Conocía aquella expresión. No era el momento, pero seguro que aquello le daba igual. Hice rodar a Nitti para ponerlo bocabajo y apoyé una rodilla en su espalda.

—¡Sigues espiándome! —gritó ella fuera de sí—. Me espiaste, te colaste en mi cafetería, me robaste la contraseña de correo y sigues haciéndolo. ¡Eres un imbécil!

—Charlie... —intenté. Mala idea.

—¡No se te ocurra interrumpirme! —Seguía gritando y sacudiendo los brazos, con lo que la persiana daba golpes en el suelo haciendo un ruido de mil demonios—. Tú desapareces cuando te viene en gana y no puedo siquiera preguntar a dónde vas. Sin embargo, yo no puedo moverme tres pasos sin tener tu aliento pegado a la nuca. ¡Estás enfermo, Lance! Eres... Eres lo peor.

Dicho aquello, arrojó la cuerda hacia mí. Como estaba unida a la persiana, no llegó a mi mano y cayó fuera de mi alcance. Charlie la miró, aturdida. Supuse que estaba valorando acercármela, pero desechó la idea. Bufó y abandonó el apartamento a grandes zancadas. Yo no salía del pasmo.

—Creo que estás metido en un lío, chico —dijo Nitti con la cara contra el suelo—. ¿Por qué no nos olvidamos de todo esto y vas a arreglar las cosas con tu chica?

—Claro que sí, Paul —repliqué sintiendo cómo la frustración que me provocaba Charlie encontraba un blanco en el patético hombrecillo bajo mi

rodilla. Apoyé mi peso sobre él—. Te ato, llamo a la pasma y voy a arreglarlo todo, no te preocupes. Salvo que quieras decirme quién te contrató, claro.

—Está bien, está bien —contestó Nitti con un hilo de voz. La amenaza de llamar a la policía, unida a la presión de mis casi doscientas libras sobre su espalda, acabaron de convencerlo—. Me pagó la familia Luciano, como siempre. Solo trabajo para ellos.

—¿Qué tenían los Luciano contra Miller? —pregunté intentando llegar al quid de la cuestión mientras peleaba con la persiana para conseguir atarlo.

—No tengo ni idea —replicó entre quejidos—. Yo no hago preguntas. Cojo el dinero y hago el trabajo. —Apreté aún más sobre su espalda tras comprobar que las manos estaban bien amarradas—. Te lo juro. No sé más.

Tenía sentido. No sabía las razones. Nadie explica a un sicario por qué quiere matar a alguien. Saqué el teléfono y marqué el número de Reed.

—Ethan, compañero —dije cuando descolgó—. Tengo al asesino confeso de Edward Miller maniatado en el suelo. Necesito que venga alguien a detenerlo. Os dejo la llave debajo del felpudo para que no tengáis que echar la puerta abajo.

—Espera, espera —gruñó el vozarrón del policía—. Ni se te ocurra moverte de ahí. Llego en diez minutos. Estás en la dirección que te mandé anoche, ¿verdad?

—Exacto —contesté—. Lo tengo atado y no va a ir a ningún sitio. Esta noche te mando toda la información para que lo podáis meter entre rejas. Ahora tengo que marcharme, en serio. Hay una chica con un mosqueo de tres pares de cojones a la que tengo que pedir perdón y mi familia me espera para comer.

—¡Que no te muevas de ahí, joder! —gritó Reed. Estaba acostumbrado a dar órdenes—. Llego echando hostias. Ya estoy saliendo de casa y estaré...

Colgué. No podía darle ni diez minutos. Charlie era capaz de montar un

jaleo de mil demonios en aquel tiempo.

—Dijiste que no llamarías a la policía, cabrón —acusó Nitti mientras me alejaba. Encontré un llavero al lado de la puerta y lo cogí.

—Solo si me dabas la información que necesitaba, Paul —repliqué—. Te dejo. Tengo que apagar un incendio, pero no te preocupes. En seguida vendrá un amable agente de policía a darte la manita.

Los insultos de Nitti llegaron hasta mí incluso mientras bajaba las escaleras de tres en tres. Solo podía rezar para que Charlie no se hubiese marchado. ¿Cómo me las ingeniaba para cabrearla continuamente? Más importante aún: ¿por qué me importaba más aquello que el hecho de haber ayudado a detener a un asesino?

# CONOCIENDO A LOS EVERGREEN

*Charlie, jueves 23 de mayo*

*Esa misma mañana...*

Estaba hirviendo.

No solo me había hecho pasar por una... una fulana, sino que además había descubierto que Lance me había espiado. Había invadido mi intimidad de la forma más brutal. Me había estado engañando durante todos aquellos días, el muy imbécil.

El trayecto desde el apartamento de Nitti hasta el hogar de los Evergreen fue bastante corto puesto que ambos estaban situados en Bucktown. En varias ocasiones Lance intentó hablar conmigo, pero, sin ni siquiera mirarlo, le chistaba y lo señalaba con un dedo para que el más asesino y tenso de los silencios volviera a reinar en el coche. ¿Podría haberle dicho mil cosas al respecto? Por supuesto, pero no quería que derivase en algo de lo que pudiera acabar arrepintiéndome. Ya tuve suficiente de eso con mi padre. Al llegar a Leavitt Street aparcó ante un edificio de apartamentos de ladrillo rojo con molduras blancas que reconocí de inmediato de mi anterior visita. Era una zona obrera, humilde y también muy agradable.

—Charlie...

No le di tiempo a más, sino que me bajé y cerré con un fuerte portazo. Casi me sentí mal por el pobre y recién reparado Duke. Casi.

Me detuve bajo la sombra de un enorme árbol junto al camino de entrada porque no quería molestar llamando al telefonillo si Lance tenía llaves. Cuando él se apeó del coche, tenía aquel músculo de su mandíbula —que tan

loca me volvía— palpitando, y sus verdes ojos clavados en mí con una intensidad que me erizó la piel.

—Deja el jodido berrinche infantil y escúchame —espetó a solo un par de pasos de distancia de mí—. He intentado explicarte que tuve que hacerlo cuando creía que eras una...

—Una puta asesina sin corazón, eso es —apunté—. Puedes decirlo porque es justamente lo que pensaste.

—No te conocía.

—No hay justificación para eso, Lance.

Se frotó el rostro, exasperado, y volvió a clavar sus ojos en mí después de mirar hacia una de las ventanas a mi espalda.

—Mi familia nos está esperando y no tenemos tiempo para esto, maldita sea. —Se acercó un poco más—. Podemos hablarlo después, pero entiende que es mi trabajo. Lo que tenía que hacer, sin más.

Lo miré.

Era absurdo negarme a mí misma lo que sentía por él y quizás era por eso por lo que dolía tanto. Me sentía engañada y traicionada. Entendía que los seguimientos, las escuchas...todo aquello formaba parte de su trabajo, pero hubo muchos momentos en los que podría haber olvidado y borrado todos aquellos datos o, incluso mejor, podría habérmelo dicho.

Una pequeña prueba de fe.

En mí. En nosotros.

Pero, como tantas otras cosas, decidió reservárselo hasta que nos explotó en la cara. De hecho, creo que en el momento en el que me explicó cómo había conseguido localizarme ni siquiera pensó en las repercusiones de sus palabras.

Tragué con fuerza y sacudí la cabeza.

—¿Tienes llaves o debemos llamar?

Apretó la mandíbula sin dejar de mirarme a los ojos y, sin más palabras, se dirigió hacia el portal. Abrió y lo seguí, también en silencio. Eso fue hasta que entramos en el apartamento.

La primera vez que me encontré con su madre habíamos estado solas, pero lo de aquel día era algo completamente diferente y que no terminé de digerir hasta que traspasamos el umbral. Nada más vernos, Mey se abalanzó sobre Lance y lo abrazó y besó sin importarle que él estuviera tenso como una vara. Su padre se levantó del sillón para recibirnos y su profunda y ronca voz retumbó cuando dijo:

—Ya era hora, hijo. —Lo abrazó y palmeó en la espalda—. Tu madre me estaba volviendo loco.

—¡Bernard! —Lo golpeó en el brazo antes de venir hacia mí con una enorme sonrisa—. Oh, cariño, me alegro de que por fin estéis en casa.

En casa.

¿Cuánto tiempo hacía que no escuchaba eso? Ni siquiera podía recordarlo. Quizás desde que mi madre murió. No estaba segura.

Hubo más intercambio de palabras, aunque no demasiadas, antes de que Bernard arrastrase a Lance hacia la cocina. Ya iban con retraso para preparar su famoso *italian beef*. Cuando me adentré en la pequeña sala de estar, otra mujer, algo mayor que yo, se levantó del sofá y se acercó a mí con una dulce sonrisa.

—Me alegro de conocerte por fin, Charlie. Soy Jessica, la hermana de Lance —dijo tras abrazarme con familiaridad—. Ya tenía ganas de que mi hermano nos presentase a una novia. —Bueno, no sabía exactamente lo que éramos y en aquel momento tenía más ganas de patearle las nueces que otra cosa, pero decidí no sacarla de su error. También había un chico. Un adolescente sentado en el sofá con los auriculares puestos, el flequillo castaño cubriendo sus ojos y cara de estar cabreado con el mundo. Lo típico—. Saluda

a la novia del tío Lance. —Jessica le dio una colleja y su hijo la observó con desgana—. Te he educado mejor que esto.

El chico no parecía ni un poco interesado en lo que su madre le decía hasta que dirigió la mirada hacia mí. Ahí cambió. Asintió complacido y me repasó de arriba abajo con una media sonrisa dibujada en sus labios que me recordó demasiado a alguien. Se detuvo demasiado tiempo en mis piernas — parecía que también en eso compartían gustos— y, para cuando llegó a mi rostro, yo tenía las manos en las caderas y las cejas enarcadas con gesto burlón.

—¿Qué tal? —Incluso se acarició aquella especie de mentón masculino en proyecto mientras asentía, dándome su aprobación—. Puedes llamarme BC.

Por Dios...

—Escucha...

—Bernard —indicó Mey con una conocedora sonrisa. Asentí.

—...Querido Bernard, me gustan los hombres. De hecho, me encantan. — Sonrió, el pobre iluso—. Deja de mirarme como un león cuando no eres más que un corderito que acabaría llorando al no saber por dónde empezar a comerme.

El pobre chaval me observó en *shock*, después paseó la vista entre su madre —que se reía sin disimulo y parecía muy satisfecha— y Mey que, entre risas, murmuró un «me encanta esta chica».

Un plato repiqueteó con fuerza en la cocina justo antes de que Lance gritase:

—Bernard, ¡ven aquí ahora mismo!

El chico se iba refunfuñando y con las mejillas sonrosadas cuando dos pequeños seres llegaron corriendo por el pasillo. ¿Cómo no los había visto antes?

—¿Bernie va a llorar? —preguntó una pequeña con el cabello rubio fresa

y los ojos de un vibrante y precioso color verde.

—Tío Lance estaba enfadado, ¿Bernie está en problemas? —dijo la otra, que tenía el mismo color de cabello, aunque los ojos de un cálido y dulce café oscuro.

Eran como dos pequeñas y chispeantes gotas de agua. Después, supe que eran las mellizas de siete años de Jessica: Savannah y Arizona. Admiré a aquella mujer que, a sus treinta y seis años, había formado una maravillosa familia pese a que la vida se le puso muy difícil cuando solo era una adolescente y Bernard llegó de improvviso. Sí, Mey se había encargado en nuestro primer encuentro de ponerme al tanto de todos los pormenores de la familia. La charla fue agradable y las niñas, tan encantadoras como agotadoras. El hermano mayor no volvió a hacer acto de presencia y, ya fuera por obligación o imposición, permaneció con Lance y Bernard padre. El marido de Jessica trabajaba, así que no comería con nosotros. Mey se había pedido el día libre en el trabajo puesto que su marido libraba en el taller mecánico debido a algo de un inventario, inspección... lo que fuera.

Lance asomó pocas veces por la sala de estar y siempre salía refunfuñando al sorprender a su madre contando alguna anécdota de cuando era niño. No estoy segura de cuánto tardó la comida en llegar, la cuestión es que, por mucho que fuese, se me pasó volando entre risas y un agradable ambiente familiar como hacía años que no vivía en mi propia piel.

La comida era deliciosa. El mejor *italian beef* que había probado en mi vida, con una carne jugosa y perfectamente aderezada. Las verduras, las patatas de acompañamiento... Jesús, mis papilas gustativas estaban teniendo un maldito orgasmo.

—¡Charlie! —reprendió Lance sentado frente a mí y con el ceño fruncido. Bueno, al parecer lo había dicho en voz alta.

—Oh, Lancelot, relájate —desestimó su madre con un gesto de la mano—.

Siéntete halagado siempre que le estés dando un orgasmo a una mujer. Son como pequeños milagros para muchas de nosotras.

—Joder... —murmuró Bernard nieta antes de taparse la cara con las manos.

A Jessica se le cortó la risa cuando Savannah preguntó:

—¿Qué es un orgasmo?

Al tiempo que su hermana Arizona inquiría con la cabeza ladeada:

—Soy una mujer, ¿también tendré orgasmos?

—Mey, las niñas, por el amor de Dios —dijo un compungido Bernard padre.

—Jamás tendrás sexo, señorita —espetó Lance señalando a su sobrina antes de dirigirse a su madre—. Mamá, ese no es un tema para hablar en la mesa y te lo he dicho mil veces: deja de llamarme Lancelot.

—Pero es tu nombre, Lancelot Alexander Evergreen —replicó ella con el orgullo tiñendo su voz y el ceño fruncido.

—Sabes que lo odio.

Apenas contuve la risa.

—Oh, pero es tan... grandioso —intercedí.

—Charlie —advirtió Lance entre dientes.

Mey lo ignoró, me miró y se iluminó como la más soleada mañana de mayo.

—¿Verdad? —inquirió y asentí—. Sabía que me gustabas por una buena razón —murmuró antes de apretar mi mano—. Por cierto, en tu anterior visita te marchaste demasiado rápido y no hablamos de ello, ¿cómo os conocisteis?

Creo que fue un acto reflejo, pero, sea como fuere, la cuestión es que Lance y yo nos miramos a los ojos en el instante en el que aquella pregunta salió de los labios de su madre. No sé si lo que dije a continuación fue provocado por la duda y el temor que reflejaba su rostro o si, simplemente,

hablé sin pensar. Lo cual era muy probable.

—Bueno, Lance pretendía acusarme de asesinato y meterme entre rejas.

Tras tomar otro bocado de aquella ambrosía con el consiguiente gemido de placer, me di cuenta del silencio que reinaba en la estancia y del cubierto golpeando un plato con fuerza.

—Estás bromeando —dijo su hermana transcurridos unos segundos.

—Oh, en absoluto —sonreí.

Lance se frotó el rostro mientras acababa de masticar lo que tenía en la boca. Sería un milagro si no se atragantaba.

—Lancelot Alexander Evergreen —regañó su madre.

—Mamá...

—No te preocupes, Mey —la tranquilicé—. Pronto quedó claro que a mi padre lo había asesinado otra persona.

—Joder —escupió Lance. Se retrepó en la silla y lanzó la servilleta sobre el plato—. Estás desvelando información confidencial.

—Es un hecho que mi padre está muerto —repliqué—. No estoy diciendo nada nuevo.

—¿Su padre? —inquirió Bernard padre con los ojos bien abiertos—. La acusaste de asesinato y te la has llevado a la cama. —Le palmeó la espalda con fuerza a su hijo. Típico—. Bien hecho, muchacho.

No pude evitarlo, reí.

Si él supiera...

Mientras tanto, Mey lo reñía por haber puesto en aquella tesitura a alguien tan adorable como yo. Jessica y su hijo mayor observaban el intercambio con una morbosa curiosidad, las pequeñas mellizas no dejaban de lanzar pregunta tras pregunta y Lance... Lance parecía a punto de explotar de un momento a otro.

—Te obcecas tanto con el trabajo que no eres capaz de ver más allá, hijo

—dijo Mey pasados unos momentos de polémica con evidente decepción—. Acusar de asesinato a una joven y dulce chica como Charlie.

Me acarició el rostro con ternura y me sentí mal por haber creado aquella especie de debate sobre la profesionalidad e integridad de Lance. Igual sí que deberíamos haber hablado en el coche antes de entrar en casa de sus padres. Iba a defenderlo. Ya había abierto la boca para decir algo, lo que fuera que acabase con aquel embrollo, cuando su fuerte y profunda voz se me adelantó.

—Ha sido gracias a mi trabajo que ella está aquí sentada hoy, mamá. Tienes razón en que es dulce, pero también impulsiva, testaruda y demasiado curiosa para su propio bien. —Aunque hablaba con ella, no dejó de mirarme a los ojos ni un segundo—. Y, aunque lamento profundamente que Edward Miller muriera, de no ser por eso no habría conocido a la más desesperante y maravillosa mujer con la que he tenido la suerte de cruzarme en toda mi vida.

No estoy muy segura de si se instaló el silencio entre todos los presentes o solo era yo que, conmocionada, no era capaz de escuchar nada más que los desenfrenados latidos de mi corazón.

Por Dios, Lance...

Tenía que decir algo. *Él* merecía que yo dijese algo tras semejante declaración, pero el nudo en mi garganta apenas me dejaba respirar. Nuestras miradas quedaron enlazadas como si fuéramos las únicas dos personas presentes en aquella estancia y había tal combinación de emociones reflejada en los suyos que no sabría decir cuál destacaba sobre las demás.

Amor. Rabia. Arrepentimiento. Desesperación. Verdad...

Todo era verdad, lo bueno y lo no tan bueno.

Y yo solo quería besarlo, que envolviera aquellos fuertes brazos en torno a mí mientras me dejaba acariciar por su calor y escuchaba el fuerte retumbar de su corazón.

«Di algo, maldita sea».

—Tío, eso tengo que apuntarlo. —Su sobrino fue el primero en romper el silencio—. Aunque sin lo del muerto, claro.

Fue como si aquella voz burlona hubiese roto de algún modo el hechizo en el que parecíamos sumidos, porque aquella fue una de las pocas veces en las que al mirarnos a los ojos no hubo ninguna lucha de voluntades, sino aceptación y entendimiento.

El acuerdo de dos personas que quieren encontrarse en el mismo punto del camino.

De repente, Lance se levantó como un resorte y la silla chirrió al arrastrarla.

—Tengo que irme.

—¿Qué? —inquirió Mey con voz chillona—. ¿Cómo que te vas?

—Sí, tengo que... —Carraspeó y abandonó mis ojos para centrarse en su madre—. Aún tengo un caso que resolver y he quedado con uno de mis contactos.

—Hijo...

—Lo siento, papá. —Ni siquiera los besó a modo de despedida—. Ya sabes cómo es esto.

Casi estaba en la puerta cuando la voz de su madre hizo que se detuviera en seco.

—Espera, ¿qué pasa con Charlie?

Eso, ¿qué pasaba conmigo? Estaba tan impactada por todo que ni siquiera lo había pensado.

Por fin me miró.

—Puedo volver a recogerla más tarde, si os parece bien que se quede un rato más aquí. —Dudó un par de segundos—. Y a ella no le importa, claro está.

Había metido la pata, lo sabía. El no pensar antes de hablar, el ser tan

impulsiva lo hizo salir corriendo. O ¿fue mi silencio cuando él más esperaba que hablase? No importaba, porque, por más que me doliera, decidí facilitarle un poco la espantada y me limité a asentir en silencio.

—Yo puedo llevarla a casa, si quiere —salió Jessica en su rescate. O en el mío, no estaba muy segura. Quizás de ambos.

Lance miró a su hermana antes de clavarme en el asiento con su verde mirada.

—A casa —apuntó.

Como si pensara que podría largarme a cualquier otro lugar.

—¿Adónde si no?

Le dediqué una pequeña sonrisa y Lance asintió antes de salir y cerrar la puerta a su espalda.

Y así, sin otra palabra o mirada, se fue.

# TODO

*Charlie, jueves 23 de mayo*

*Algunas horas después...*

Perdí la cuenta de las veces que había mirado a través del enorme ventanal de la sala de estar, como si de aquella forma pudiera verlo caminando por cualquier calle de la ciudad. Aunque me había dejado sin llaves, Pete, el portero, tenía aviso de dejarme entrar en el apartamento. Decir que Jessica se sorprendió cuando le dije dónde debía llevarme sería el eufemismo del año. Por lo que pude deducir de nuestra conversación, Lance y su hermana no se veían ni hablaban con demasiada frecuencia, aunque sí percibí las ganas de ella por remediar eso y puede que hubiese visto en mí aquel nexo que podría acercarlos. Quería a su hermano pequeño. Quería una relación más cercana con él y la entendí perfectamente.

Cuando me dejó en casa, apenas eran las cinco de la tarde. El cielo estaba teñido de un suave rosa mezclado con oscuras vetas violáceas y de un profundo azul que anunciaban la llegada de la noche.

Suspiré y me alejé de aquellas vistas.

No sabía qué hacer ni qué pensar. Cuando los nervios me tenían el estómago hecho un nudo, intenté llamar a Lance, pero su teléfono estaba apagado. No me preocupaba que se hubiera metido en algún lío porque no tenía ninguna duda de que el encuentro con su contacto no era más que una burda excusa para alejarse de mí. Y aquello, *precisamente aquello*, era lo que me tenía intranquila: el temor a que volviera a cerrarse —aún más— después de nuestros pequeños avances.

Me había cabreado con él, sí, y bastante, además.

Pero aquello no significaba que no pudiera sentirme mal por haberlo puesto de algún modo en evidencia delante de su familia, incluso si no había sido mi intención.

Caminé por aquel apartamento que tan familiar y acogedor me resultaba después de solo unos días y me dirigí hacia el dormitorio. Ya había tomado una ducha y, además de las braguitas negras de encaje, vestía una camiseta de Lance. Una de *Star Wars*... Mi pequeño friki camuflado. Encendí el estéreo y miré los cedés en la estantería. Hubo uno que me llamó poderosamente la atención y que se llamaba: *La Gran Noche*.

Curiosa, le di a reproducir. Pronto me di cuenta de que se refería a... bueno, no había duda de que Lance se había preparado a conciencia para crear ambiente la noche en la que por fin perdiera su virginidad. Al Green, Nina Simone, Marvin Gaye —a buenas horas—, Lenny Kravitz... había de todo. Las fui pasando hasta que Calum Scott y Leona Lewis comenzaron a cantar *You are the Reason*. No sé lo que fue, pero solo pude sentarme en la cama mientras escuchaba la letra y sentía cómo el nudo en mi garganta y la opresión en mi pecho crecían a pasos agigantados. Quizás estaba más susceptible de lo normal. Puede que hubiese aguantado demasiado desde que vi cómo mi padre se quedaba en el que sería su último lugar de descanso. La cuestión era que, sin poder ni querer remediarlo, dejé que las lágrimas recorrieran mis mejillas con total libertad. Cuando acabó, sorbí y me froté los ojos como una pequeña y desamparada niña. Igual.

No sé cuándo llegó ni cuánto tiempo llevaba allí, pero, al levantarme para ir al baño, me di cuenta de que Lance estaba apoyado contra el marco de la puerta, observándome. Tenía las manos en los bolsillos y la camisa por fuera del pantalón, sus anchos hombros parecían abarcar todo aquel espacio, sus gruesos labios estaban entreabiertos, pero era su mirada... Eran aquellos ojos,

que no podría dejar de mirar ni aunque mi vida dependiera de ello, los que me dijeron todo cuanto necesitaba: que no había dejado de pensar en mí ni un segundo, que se sentía tan mal como yo, igual de solo y perdido. Que lamentaba haber tardado tanto en llegar hasta mí. Que quería más. Que necesitaba una señal.

Y, mientras nuestras miradas permanecían ancladas, se la di.

Fue pequeña, tan solo un par de pasos en su dirección y los brazos a los costados necesitando una cintura en torno a la que envolverse.

Pero fue suficiente.

Lo siguiente que recuerdo es que Norah Jones cantaba *Turn Me On* cuando Lance ya estaba ante mí, con nuestros cuerpos perfectamente alineados y sus grandes y fuertes manos enmarcando mi rostro justo antes de que nuestros labios chocasen.

Aquel beso fue una mezcla de fuerza y ternura. De miedo y osadía. Había tanto en él mientras nuestras lenguas se reencontraban en aquel dulce y sensual baile, que no sabía si volver a llorar o encaramarme a él.

Fue un choque tan tierno como desesperado.

Dejé que mis manos recorrieran su fuerte pecho y, cuando toqué el primer botón, dudé. Miré hacia la puerta abierta y después a sus ojos.

—Confío en ti —murmuró con aquella ronca y profunda voz.

Acarició mis mejillas con los pulgares. Y el nudo no dejaba de crecer, esta vez por una razón muy diferente.

—Confío en ti —susurré de vuelta.

Para cuando ya había desabotonado su camisa, él tiraba de la camiseta para sacármela por la cabeza de modo que al final quedamos piel con piel, ambos embebiéndonos del calor del otro. Aún besándonos, Lance comenzó a caminar de modo que me hizo retroceder hasta que mis piernas se toparon con la cama y me dejé caer sobre ella. Me eché hacia atrás sin dejar de mirarlo a

los ojos y, una vez se hubo deshecho del resto de la ropa hasta quedar solo con los bóxers, me cubrió con su fuerte cuerpo sosteniendo el peso sobre los antebrazos colocados a cada lado de mi cabeza.

Acaricié su rasposa mejilla con ternura y abrí más las piernas porque no solo quería envolverlo, sino sentirlo en cada parte de mi ser. Tenía miedo, sí. La última vez que nos vimos en una situación parecida acabé esposada y abandonada en aquella misma cama. En aquella ocasión ni siquiera habíamos atrancado la puerta, así que mis temores estaban más que justificados porque si salía corriendo otra vez, me mataría. Pero me sorprendió cuando rozó su nariz contra la mía justo antes de que nuestros labios volvieran a encontrarse. Su fuerte pecho rozaba el mío y movió las caderas de forma que su erección acabó frotando la zona de mi cuerpo que más atención demandaba.

Jesús... era... Era todo y a la vez nada.

Estábamos allí, como tantas veces había imaginado y, sin haber llegado al final, sin ni siquiera haber empezado, la realidad ya superaba por mucho a la ficción. Estar con Lance era... era viejo y nuevo. Era el temor a defraudarlo y no estar a la altura la primera vez, a ser insuficiente. Al mismo tiempo, lo sentía tan familiar y natural como el respirar. Era como si ya hubiésemos estado en aquella situación miles de noches, aislados de todo mientras la vida continuaba en Chicago.

Seguimos besándonos. Nuestros alientos se entremezclaban y las respiraciones se aceleraban tanto como el latir de nuestros corazones. Lance comenzó a rotar las caderas con más ímpetu necesitando más y rastrillé su espalda con las uñas. Bajé hasta llegar a aquel delicioso y prieto trasero suyo donde presioné hasta arrancarle un gruñido de placer. Había algo que necesitaba hacer desde nuestro encuentro en la cocina, así que, sin saber si me saldría bien o no, lo agarré y, para sorpresa mía, se dejó llevar y me permitió invertir posiciones hasta que quedé a horcajadas sobre él. Mi largo cabello

ejercía de velo protector mientras nos mirábamos a los ojos. Le di un suave beso en los labios antes de recorrer un dulce sendero descendente hasta llegar a aquellos deliciosos oblicuos que mordisqueé a placer. Se retorció y empuñó con fuerza mi cabello cuando, con dientes y manos, comencé a quitarle la ropa interior. Fue de tal manera que al bajarla rocé con nariz y labios su pubis, su erección, todo... Todo.

Y no veía la hora de probar más.

Estaba entre sus piernas y, cuando levanté la cabeza, lo vi observándome. No fue aprobación lo que vi en su rostro, sino el más crudo y carnal deseo. Un ruego silencioso. Una súplica que acabó en gemido cuando lo lamí de abajo arriba sin apartar mis ojos de los suyos hasta que él dejó caer la cabeza sobre la almohada con fuerza. Repetí el mismo ritual de la vez anterior, solo que ahora no había ropa de por medio; lamí, mordisqueé, tenté y lo introduje en mi boca hasta que Lance se retorció desesperado sobre la cama.

De repente, me sujetó por los brazos, me izó y en un segundo estaba tumbada sobre mi espalda con él sobre mí con una media sonrisa dibujada en sus hermosos labios.

—Esto acabará antes de empezar si sigues así.

Abrí la boca para decirle que teníamos toda la noche por delante para que pudiera reponerse y volver a empezar, pero me acalló con un profundo beso que me robó el aliento antes de descender mordiendo y lamiendo cada parte de mí hasta que mi cordura apenas pendía de un hilo. No solo continuó con aquel ritual mientras se deshacía de mi ropa interior, sino que también sentí la presión de sus dedos en mi piel. Agarrando. Apretando. Como si de algún modo quisiera marcarme para que no olvidase quién había estado allí, quién había hecho aquello. Al primer roce de su lengua en mi centro, jadeé y empuñé las sábanas con fuerza.

Cielo santo.

Se suponía que él no sabía hacer aquellas cosas y, sin embargo, era como si tuviera el manual de instrucciones para hacerme disfrutar más que memorizado. No puedo decir cuánto tiempo pasó lamiendo y mordisqueando aquella delicada zona, lo que sé y recuerdo es que mis gemidos ahogaban cualquier otro sonido.

—Lance... —dije a medio camino entre la súplica y el gruñido.

—Uhhh... —murmuró, pero no se detuvo.

Apreté los muslos aprisionando su cabeza entre ellos. De verdad necesitaba que se detuviera porque, por bien que lo estuviera haciendo, sentía un vacío en mi interior que rogaba por ser satisfecho. Pero ni por esas. Él iba por libre, de modo que agarré con fuerza su cabello hasta que levantó la cabeza y nuestros ojos se encontraron, ambos vidriosos por la necesidad y el más crudo y absoluto deseo.

—Ven aquí —supliqué.

Y obedeció, pero lo hizo a su manera, por supuesto. No hubo una parte de mí que quedase sin explorar por sus labios y lengua en aquel provocador y desesperante camino ascendente. Cuando se cernía sobre mí, soportando el peso sobre sus antebrazos tal y como habíamos comenzado, a ambos se nos entrecortó el aliento.

Allí estaba. Aquel era el momento por el que habíamos esperado.

Lo sentía en mi centro, demandando entrada y a la vez inseguro.

—Sí —exhalé de forma entrecortada—. Estoy aquí para ti, Lance.

La presión aumentó y, cuando creía que por fin llegábamos a aquel punto, desapareció.

—Tengo que... —Carraspeó incómodo y apartó la mirada—. En tu maleta había... Bueno, yo no tengo...

Condomes.

Sin necesidad de que lo dijera, sabía a qué se refería.

Siempre había sido extremadamente cuidadosa en el sexo. *Siempre*. Pero además de porque sabía que con Lance había ciertos riesgos de los que estaba exenta, era que... no lo sé, tenía claro que quería sentir todo de él. Del mismo modo que quería dárselo absolutamente todo.

*Todo.*

Sin barreras ni restricciones, solo nosotros.

Otra muestra de fe.

—Estamos cubiertos —susurré—. Siempre he tenido cuidado. —Hice un mohín—. Tomo la píldora desde los dieciocho y, además, hace meses que no teng...

Me acalló con un beso.

Uno que hizo que se me encogieran los dedos de los pies justo antes de sentirlo otra vez presionando contra mí. Abrí más las piernas dándole acceso libre, necesitando sentirlo dentro de mí, llenando todos los vacíos que parecían asfixiarme en los últimos tiempos. Los mismos que sentí que solo él podría colmar desde que nos conocimos.

Poco a poco, con una lentitud que resultaba tan dolorosa como placentera, entró en mí. Jamás podré describir... era... estar de aquella forma, el modo en el que me miraba a los ojos, cómo sus labios permanecían entreabiertos y cómo le fallaba el aliento mientras conquistaba mi cuerpo, fue una de las experiencias más desgarradoramente hermosas de toda mi vida.

Porque en aquel momento no había máscaras.

Lo que él me transmitía era una mezcla de la inocencia y el temor de un adolescente a punto de perder la virginidad con la chica a la que ama, y a la misma vez la destreza y la fuerza de un hombre que sabe lo que quiere y lo que tiene que hacer.

Era miedo y maestría.

Dulzura y pasión.

Fragilidad y fortaleza.

Había tanto de todo cuando nuestros cuerpos por fin encajaron, que mi cabeza daba vueltas. Solo podía sentirlo entrando y saliendo de mí con poderosos y seguros envites. Solo podía sentir nuestras pieles rozándose e impregnándose del sudor del otro. Nada más.

Me aferré a su espalda y le clavé las uñas al tiempo que envolvía mis piernas en torno a sus caderas. Lance pareció encenderse aún más con aquel gesto, porque sus embestidas cobraron más fuerza.

—Charlie... —musitó con sus labios rozando los míos.

—Lo sé —apunté.

Nuestras barbillas se rozaban y los alientos se entremezclaban. Presa del más puro y absoluto éxtasis, cerré los ojos hasta que él suplicó:

—Ábrelos. —Lo miré—. No dejes que me pierda este momento. Lo quiero todo.

Me aferré a él con más fuerza mientras sus gruñidos y mis gemidos iban en aumento. Sabía que estaba a punto. Yo también. Pero incluso si no hubiera llegado al orgasmo, me habría importado un bledo. Ya lo habría hecho compensarme después por ello. Solo quería a Lance.

Nada más.

Acabamos de lado, mirándonos a los ojos y con mi pierna derecha sobre sus caderas, aprisionándolo. Haciéndolo mío y declarándome suya.

Nuestras lenguas volvían a enlazarse cuando, mientras yo gemía presa del más puro y absoluto placer, él gruñó al tiempo que con una mano empuñaba mi cabello y con la otra se aferraba a mis caderas justo antes de dejarse ir en mi interior.

Cerré los ojos.

Tan solo quería atesorar aquel precioso momento. Grabarlo en mi piel y en mi memoria.

Ambos jadeábamos de forma entrecortada y no dijimos una sola palabra. No sé cuánto tiempo permanecemos en aquella postura, pero en un momento dado él se levantó y fue hacia el baño. Al principio me preocupé por el silencio, hasta que vi que volvía con una pequeña toalla. Con ternura, separó mis muslos y me limpió.

Puede sonar mal, pero jamás habría esperado por su parte un gesto tan dulce, inocente y desinteresado. Pocos hombres se preocuparían por algo así. Cuando acabó, lanzó la toalla al suelo y se tumbó de lado hasta que nuestros rostros quedaron a un suspiro.

—¿Estás...? —Se aclaró la garganta y me enterneció sentirlo tan inseguro. Acaricié su rasposa mejilla.

—Perfecta —musité—. Esta noche está siendo perfecta.

Él suspiró, cerró los ojos y envolvió el brazo en torno a mi cintura para acercarme a él tanto que ni una pizca de aire corría entre nuestros cuerpos.

Era muy probable que nos despertásemos con brazos o piernas hormigueando y doloridos, pero ¿qué importaba?

Estábamos juntos y habíamos derribado otra barrera. La más alta, espinosa y complicada de todas. Lo demás era solo cuestión de que cada uno tomase su lugar en la cama.

No sé cuánto tiempo dormimos.

Satisfecha y saciada, me dejé mecer en los brazos de Morfeo mientras la calidez de Lance me abrigaba y aislaba del resto del mundo.

Aquello duró hasta que el sonido de fuertes y enojadas voces masculinas me despertó. Solo entonces me di cuenta de que las sábanas estaban frías, lo que significaba que hacía tiempo que me había dejado sola.

La cuestión, lo que me hizo abandonar aquel seguro refugio, fue una pregunta. Algo que en mi somnoliento estado solo podía obtener respuesta de una manera. Y esta era yendo hacia donde estaba él.

Era demasiado tarde.

Era fin de semana.

¿Quién se presentaría allí a aquellas horas y por qué?

¿Con quién estaba discutiendo Lance?

# *ALL IN*

*Lance, viernes 24 de mayo*

*Esa misma noche...*

Llevaba un par de horas acostado. Un par de horas abrazado a Charlie sin poder dejar de dar vueltas a todo lo que había sucedido. Aquello era más de lo que podía gestionar. Era más de lo que cualquiera podía asimilar, y todo en un solo día. Después de la montaña rusa en la que se había convertido mi vida emocional en los últimos días, por fin me sentía en paz. Para ser sinceros, más que una montaña, era una ruleta rusa. Nunca sabías cuándo podía golpear el percutor en la pólvora de aquella mujer y abrirte otro agujero en la cabeza. O en el corazón, más bien. Pero era su silencio lo que me había matado. Aquel silencio después de que me sincerase delante de mi familia. Había sido una puta declaración pública en toda regla, joder. Me había puesto a mí mismo a los pies de los caballos.

Y me habían pasado por encima.

Me planteé muchas cosas mientras paseaba por mi ciudad. Pensé en mandarlo todo a la mierda y volver a la casilla de salida. Mandar a Charlie a la mierda. Mandar el caso a la mierda. Mandar todo lo que estaba sintiendo a la mierda. Rehacer mi vida desde el último punto en que había tenido algo de equilibrio: el día en el que acepté trabajar para Edward Miller. Volví a casa con aquella decisión tomada. Ya no había peligro ni razón alguna para que Charlie siguiera en mi apartamento. A tomar por culo. Caso resuelto. Y, al abrir la puerta, oí de fondo *You are the reason*. Cerré con cuidado de no hacer ningún ruido y seguí la melodía hasta mi dormitorio. Allí estaba Charlie,

sentada en la cama con las manos en el regazo, los hombros hundidos y cantando aquella preciosidad de canción con la voz rota por el llanto. La veía tan pequeña y desamparada, con mi camiseta de *Star Wars* y el pelo cayendo por su cara, que no me atreví a mover un solo músculo. Había ido buscando una razón para no abrirme el corazón en canal y la había encontrado.

*Tú eres la razón, Charlie.*

Después, mi mundo había dado otra vuelta a toda velocidad y la decisión se había ido al carajo para tomar la contraria. Era de locos, sí. Mi vida se había convertido en una locura de la que no podía, ni quería, escapar. El camino que había trazado y seguido durante años ya no existía. A pesar de haber seguido con meticulosidad cada paso que debía dar, en algún momento había tomado el desvío equivocado, y ya no había ni señales ni arcén ni carretera siquiera. Lo peor de todo era que me sentía mejor que en toda mi puta vida.

Como siempre que estás bien, viene alguien y lo jode. En aquel caso, fue Pete informándome por mensaje de que tenía una visita urgente que insistía en verme. Como mi trabajo tenía un horario tan caótico, le había pedido que me avisara de aquella manera si llegaba alguien a deshoras. En aquella ocasión, se trataba de James Gibson, el abogado de los Miller, y venía de madrugada. Mala señal. Le dije que le hiciera subir.

Solté a Charlie con cuidado y vi cómo se encogía bajo las sábanas haciendo un ruido de disgusto. Me puse los pantalones que encontré en el suelo y la camiseta que ella había llevado. Todavía olía a bizcocho, joder. Entorné la puerta del dormitorio y abrí la de la calle para no molestar a Charlie con el sonido del timbre. No tenía claro a qué podía venir Gibson a aquellas horas, pero no podía ser una visita de cortesía. Recordé que me había colado en su casa el día anterior. ¿Me habría cazado?

Lo invité a pasar y lo observé con curiosidad. Tenía mal aspecto. Estaba

despeinado y su traje estaba tan arrugado como si hubiera dormido con él. No dejaba de meter las manos en los bolsillos y volver a sacarlas para pasarlas por el pelo, intranquilo, como si estuviera esperando a que yo dijera algo.

—Usted dirá, señor Gibson —solté para darle pie a que se lanzase.

—Quiero hablarle sobre el encargo de Edward —explicó hablando muy rápido—. Me refiero a investigar su muerte y demás. Quiero que abandone el caso.

Guau. Aquello sí que no me lo esperaba.

—¿Por qué? —pregunté escamado. Aquello no tenía sentido.

—Le aseguro que es necesario —contestó—. No puedo darle más información, pero debe abandonar de inmediato.

—He invertido mucho tiempo y dinero en este caso —repliqué con el ceño fruncido—. No pienso dejarlo sin más.

—Si es por el dinero, no se preocupe —contraatacó él—. Le pagaré los cien mil dólares prometidos más todos los gastos que le haya ocasionado la investigación, pero es necesario que deje de investigar hoy mismo.

—Aparte de mis honorarios y los gastos originados, voy a necesitar otra razón. Una buena —dije en voz más alta que hasta aquel momento. Quería despertar a Charlie.

—No hay más razón, Evergreen. —El tipo se mesaba el pelo con nerviosismo—. No tiene sentido seguir investigando y punto.

Él también estaba levantando la voz. Perfecto. El sueño de Charlie era profundo, pero confiaba en que no tanto.

—Tengo muy mala relación con las órdenes —apunté—. Generalmente, las recibo, las arrugo y las tiro a la papelera. Si quiere que lo deje, tendrá que darme algo mejor.

Me acerqué un par de pasos antes de cruzarme de brazos.

—Están molestando a gente a la que no se debe molestar —dijo tras tragar

saliva con esfuerzo—. He recibido cierta información sobre que está inmiscuyéndose en los asuntos de las personas equivocadas. No lo conozco bien, señor Evergreen y, aunque lamentaría que sufriera algún tipo de accidente, estoy velando por la seguridad de Charlie. —Hizo una pausa para llenarse los pulmones de aire—. No solo se está poniendo a sí mismo en peligro, sino también a ella.

¿Qué *yo* estaba poniendo a Charlie en peligro? Aquel tipo no tenía ni puta idea de lo que hablaba.

—La señorita Miller *va* donde quiere, *hace* lo que quiere y *cuando* quiere —solté con un bufido—. No se le ocurra insinuar que la estoy obligando a hacer nada después de haberle salvado la vida.

—Lo sé. Lo sé —contestó empezando a pasear mientras se restregaba las manos con nerviosismo—. Es una chica muy alocada, pero usted puede hacer que esté a salvo.

«¿A salvo de quién? ¿Qué coño no me estás contando, Gibson?».

—Los abogados siempre sois así. —Me acerqué a él lentamente con las manos en los bolsillos. Él se detuvo—. Habláis, habláis y habláis, pero no decís nada. Si de verdad quiere convencerme de abandonar un caso que estoy tan cerca de resolver, va a tener que ir al grano.

—No puedo darle esa información, Evergreen —replicó él reemprendiendo su paseo para abrir distancia entre nosotros. Había terminado de hablar a menos de medio metro de él—. Solo puedo decirle que en mi trabajo tengo contacto con todo tipo de personas y me llega información de muchos canales. La que he recibido recientemente dice que está usted en el punto de mira de gente muy peligrosa y, lo que es peor, Charlie también.

—Puedo estar jugando a esto toda la noche. —Aquello empezaba a resultar repetitivo. Me crucé de brazos—. Suéltelo ya o váyase de mi casa.

Se detuvo de golpe, de espaldas a mí, e inspiró profundamente. Si quería

una pelea de tercetos, había ido al peor sitio posible. Parecía que se estaba dando cuenta.

—Hay personas muy importantes dentro del crimen organizado a las que les ha causado usted muchas molestias —explicó sin darse la vuelta. «La mafia. Tócate los cojones». Charlie los había cazado hablando. Tal vez tuviese algo que ver con aquello—. Si desiste de sus pesquisas, tanto usted como Charlie estarán a salvo.

—Sé que se reúne con la mafia, Gibson —solté de golpe. Se giró para mirarme con los ojos como platos—. De hecho, fue Charlie quien lo descubrió. Puede dejar de dar rodeos y decirlo abiertamente.

El abogado parecía a medio camino entre el ataque de ira y el de pánico. Ganó el primero.

—¿Has estado espiándome?!—Gibson abandonó el trato formal de golpe—. No. Has mandado a Charlie a espiarme. Pero ¿en qué demonios estabas pensando? ¡No puedes jugar con los Luciano como si fueran matones de poca monta, joder!

—Relájate, Gibson —contesté metiendo las manos en los bolsillos de nuevo. La furia siempre era un buen aliado para conseguir información. Aparentar calma seguro que le ponía de más mala hostia—. Charlie fue por su cuenta y riesgo a espiarlos. Yo le dije que se quedase en casa, pero ya sabes cómo es esa mujer. De todos modos, nadie se enteró, así que no hay problema.

—¿Que no hay problema? —El tipo estaba fuera de sí. No dejaba de llevarse las manos a la cabeza—. Alguien fue a uno de sus restaurantes haciendo preguntas incómodas. *Alguien* que se parece mucho a ti. —Me señaló con el dedo—. Dos personas se colaron en uno de sus almacenes mientras interrogaban al *maître*. *Dos personas* que se parecen mucho a Charlie y a ti. —Volvió a señalarme a la vez que su voz subía de volumen—. Han detenido a uno de sus hombres por el asesinato de Edward después de que una

pareja que coincide con vuestra descripción fuera a la casa en la que se escondía. ¿Nadie se enteró? —Parecía al borde del ataque de histeria—. ¡No tienes ni idea de dónde te has metido! ¡No tienes ni idea de dónde has metido a Charlie!

Gibson tenía mucha información de los Luciano. *Demasiada* información. De todo aquel puto embrollo, parecía el único con un trato cercano a la familia mafiosa que se había encargado de matar a Edward Miller. La pieza del puzle encajó de golpe en el centro y tenía la forma de Jimmy Gibson.

—Joder... —dije dando una palmada—. ¡Fuiste tú, hijo de puta! ¡Claro! ¿Cómo no lo había pensado? Tú encargaste el asesinato de Edward Miller. Eres el único que tiene trato con sus asesinos.

La ira de Gibson se esfumó de golpe y se quedó totalmente descolocado. Miraba a todas partes. Tal vez buscando una salida. Tal vez buscando testigos. Por suerte, no miró hacia el dormitorio.

—No tienes ni idea, Evergreen...

—Oh, ya lo creo que la tengo —respondí señalándole con el dedo—. Lo que no entiendo es por qué te lo cargaste. Tenías que saber que se estaba muriendo.

La cara del abogado iba pasando de una emoción a otra en cuestión de segundos: frustración, culpa, miedo, rabia...

—Claro que sabía que se estaba muriendo —replicó entre dientes—. Era mi mejor amigo. ¡Lo acompañaba a hacerse las pruebas, joder!

—Pues menudo amigo de mierda estás hecho.

Gibson pareció pensarlo unos segundos. Entonces, llevó una mano a su espalda y, acto seguido, me apuntó con un pequeño revólver de cinco tiros. Temblaba como una hoja al viento.

—¿Quién más lo sabe? —preguntó con los nervios tiñendo su voz—. ¿Charlie?

—Nadie más lo sabe —contesté negándome a levantar las manos. Como si valiese de algo—. Yo acabo de deducirlo y tú lo has confirmado. Lo que no entiendo es, si sabías que iba a morir, ¿por qué te lo cargaste?

Pasaron unos segundos en silencio. Un silencio que yo temía que se llenase con el sonido de una detonación en cualquier momento. Sin embargo, Gibson no era ningún asesino desquiciado. Quería explicarse.

—Camila también sabía que se moría —explicó sin dejar de apuntarme—. Era consciente de que todo iría para Charlie. Cuando me enteré de que tramaba algo, vi que solo había una opción. Esa hija de puta quería quitar de en medio a Charlotte para heredarlo todo ella cuando Edward muriese de cáncer. Tuve que actuar rápido. No había otra opción.

—De eso discutías con Cox en el palco de los Cubs, ¿verdad? —deduje recordando la escena que vi a través de la cámara de Charlie. ¿De verdad seguía dormida? Empecé a caminar por la sala haciendo que mis pasos me acercasen a la puerta del dormitorio. Allí había un pequeño mueble y, en su cajón superior, mi arma.

—¡Oh, no, por Dios! —Gibson había entrecerrado los ojos intentando recordar—. Cox quería apartar a Charlie de la dirección de la empresa y yo me negué a ayudarlo. ¿Qué tiene que ver Cox en todo esto?

Solté una risita mientras paseaba. El cañón del revólver seguía todos mis movimientos.

—Cox y Camila organizaron juntos el asesinato de Charlie. —Solté la bomba sin dejar de caminar—. Asesinato que yo conseguí evitar, por cierto. Piensa en eso mientras disparas.

—No quiero matarte, Evergreen —replicó él con tono cansado—. No quería que nadie muriese, pero no me dejaste otra opción. Estáis todos empeñados en ponerme las cosas difíciles y ya no puedo más. ¿Tan difícil era coger el dinero y abandonar la investigación?

—No iba a dejar de investigar sabiendo que la persona que mató a Edward Miller seguía libre —expliqué deteniéndome cerca del armario en el que estaba mi arma—. En cualquier momento, esa persona podría decidir ir a por Charlie. No podía permitirlo.

—Jamás le haría daño a Charlie —contestó Gibson muy serio—. Todo esto ha sido por ella. Para mantenerla a salvo.

Se le habían nublado los ojos con la mezcla de sentimientos. La gente que no está acostumbrada a empuñar un revólver actúa así: dejan de pensar con claridad y tienen las emociones a flor de piel. Di otro paso más para colocarme delante del armario y eché la mano derecha hacia atrás para ir abriendo el cajón sin despertar sospechas.

—Un hombre es capaz de hacer cualquier cosa por su hija, ¿no es cierto? —pregunté mientras mis dedos trataban de abrir unas pulgadas más el maldito cajón.

—¿Cómo sabes eso? —Ni siquiera se molestó en negarlo.

—He leído las cartas que te mandaba Oana Miller —confesé—. Sé que erais amantes y que Charlie es hija tuya.

—Maldito entrometido —dijo apretando los dientes—. Esas cartas son privadas. No tenías ningún derecho a...

—¿Acaso tienes derecho tú a matar a quien te dé la gana? —corté tocando la culata con la punta de los dedos.

—*Mi deber* es proteger a mi hija y, si hace falta matar a un hombre, lo haré —contestó estirando más los brazos. Le temblaban mucho, pero, a aquella distancia, era difícil que errase el tiro—. Incluso mataré a dos si es necesario. He conseguido que los Luciano respeten a Charlie hasta ahora, pero se han cansado. —Gibson había cerrado un ojo para apuntar mejor y sus manos ya no temblaban. Aquel cabrón iba a disparar—. Si acabar con tu vida es el precio para salvar la de Charlie, que así sea. Ya te he dado una oportunidad y la has

desechado.

—¡Si me pegas un tiro, vas a acabar en la cárcel! —grité sin tenerlas todas conmigo.

Mi mano se cerró en torno a la empuñadura del arma. Me preparé para ponerme en cuclillas y disparar. Confiaba en que Gibson no fuese buen tirador. A los novatos siempre se les iban los tiros altos. Sumando eso a que pensaba agacharme, me daba un quince por ciento de probabilidades. Un veinte como mucho. Si tenía que poner la pasta en alguien, la habría puesto en el abogado.

—¡Me da igual ir a la cárcel, Evergreen! —exclamó rojo por la adrenalina—. Todo esto es por y para ella. Lo demás no me importa.

Era el momento. Me preparé para realizar toda la maniobra en un solo movimiento, pero no tuve ocasión. En aquel puto instante, la puerta de mi dormitorio se abrió y los dos desviamos la mirada hacia la mujer que salía de allí.

# HERIDAS Y CICATRICES

*Charlie, viernes 24 de mayo*

*Instantes después...*

Hija.

¿Era hija de James Gibson?

No, espera. Más importante aún, ¿James había ordenado la muerte de mi padre?

Me estaba abotonando la camisa de Lance, y seguía en *shock* por todo lo que acababa de escuchar. Me había quedado tan absolutamente paralizada, que no fue hasta que entendí que la vida de Lance estaba en peligro que por fin me puse en marcha. No recuerdo si la puerta hizo algún ruido al abrirla, pero debió ser así porque, nada más traspasar el umbral, la atención de ambos hombres se dirigió hacia mí.

En el rostro de James había una mezcla de adoración y arrepentimiento que me rompió el corazón justo antes de que se helase al percatarme de que apuntaba a Lance con un arma y, aunque este también me miraba a mí en un principio, al darse cuenta de que el otro estaba distraído, sacó su propia pistola y apuntó al hombre al que siempre había querido como a mi tío.

«Mi padre».

Por Dios bendito...

Ni siquiera lo pensé. Tan solo dejé que mis piernas me llevaran y, aunque Lance trató de agarrarme con la mano izquierda, no llegó a mí antes de que consiguiera colocarme entre ambos hombres. Miraba a los ojos al mismo al que conocía de toda la vida. El que estuvo allí en los buenos y malos

momentos. En comidas, fiestas y celebraciones. En funerales y situaciones difíciles. Siempre, sin importar lo que ocurriera, James fue una constante en mi vida.

A la misma vez, le daba la espalda al hombre del que estaba loca y profundamente enamorada. Aquel cuyas luces y sombras iba descubriendo poco a poco, dejándole marcar el ritmo porque, al final, eso es el amor: dar mientras te aferras a la esperanza de recibir una pequeña parte de lo que estás entregando.

Y, así, sin apenas ser consciente de ello, acababa de erigirme como escudo humano con un arma apuntando a mi pecho y la otra a mi espalda. Con mi fe en que ninguno de ellos abriría fuego como única protección.

—Charlie... —advirtió Lance.

Supe el momento en el que dio un paso más cerca de mí porque, aunque no me tocó, percibí su calor rodeándome.

Lo ignoré.

—¿Mi madre y tú...? —inquirí mirando a James a los ojos, pero se me rompió la voz—. Vosotros... —Era difícil, maldita sea. Me aclaré la garganta—. ¿Estabais...?

—Sí —asintió compungido—. He amado a tu madre cada día desde que la conocí, esa es la verdad.

Cerré los ojos.

Mi pobre padre...

Sentí cómo una lágrima recorría mi mejilla e inspiré hondo tratando de calmar el errático latido de mi corazón mientras el nudo en la garganta apenas me dejaba respirar. Entonces, una pequeña chispa de ira hizo acto de presencia y volví a mirarlo.

—¿Por qué? —pregunté en un furioso susurro—. ¿Cómo pudisteis hacerle eso? Era tu mejor amigo, igual que un hermano. —Apreté los puños a los

costados—. Era su marido. El mismo hombre que la lloró durante años, ¿me estás diciendo que vivió una mentira toda su vida?

—Baja la puta pistola de una vez, Gibson —espetó Lance, que hasta el momento se había mantenido en silencio.

James bajó el arma al darse cuenta de que seguía apuntándome con ella y se frotó los ojos con fuerza al tiempo que sacudía la cabeza.

—Tu pad... —Carraspeó y se corrigió—. Edward y yo conocimos a Oana casi al mismo tiempo, en la universidad. Los dos nos volvimos locos por ella. —Sonrió con nostalgia—. Eres su viva imagen, Charlie. Tenéis la misma luz y amáis la vida con la misma fuerza. La cuestión es que él fue más rápido, supongo. Y, aunque sabía que ella también sentía algo por mí, decidí no entrometerme porque era mi mejor amigo y ambos la amábamos, pero eso no era culpa de nadie.

Ja.

—¿Cuándo? —Frunció el ceño—. ¿Cuándo empezasteis a...?

Maldito fuera, ni siquiera podía decirlo.

—Un poco antes de que se celebrase la boda —respondió entendiendo a qué me refería—. Eso no importa, Charlie. Lo único que debes saber es que tu madre era una buena mujer que te amaba más que a nada en este mundo y cuyo único pecado fue enamorarse de dos hombres a la vez —explicó—. Por eso siguió adelante con todo. También lo amaba a él.

—¿Y cuál fue tu pecado, James?

—Amarla por encima de todas las cosas —respondió con voz ronca—. Igual que a ti. Tanto, que sería capaz de traicionar al hombre al que consideraba mi hermano con tal de protegeros y manteneros a salvo.

Traición. Asesinato.

Ambos pecados dirigidos hacia la misma persona.

Quería gritar. Quería llorar. Quería golpearlo. Quería que la tierra me

tragase. También sentir uno de aquellos abrazos que te abrigan, de los que te escudan del resto del mundo mientras todo lo demás se cae a pedazos a tu alrededor.

Las manos me hormigueaban y unas pequeñas punzadas de dolor me recordaron que seguía apretando los puños con fuerza, así que destensé los dedos y pasé las palmas por mis muslos desnudos.

Entonces la sentí.

Aquella porción de piel irregular: la marca de un accidente que marcó un antes y un después en nuestras vidas. Fue como si, de repente, algo hubiese hecho clic en mi cabeza. Me sentía tan abrumada por todo que ni siquiera había reparado en aquel detalle.

Ladeé la cabeza.

—James, ¿cuál es tu grupo sanguíneo?

Él frunció el ceño, sorprendido, mientras Lance preguntaba:

—Charlie, ¿qué demonios tiene eso que ver con todo esto?

Levanté la mano pidiendo silencio porque, por primera vez, intentaba caminar sobre seguro. Cuando no obtuve respuesta, insistí:

—Es importante, James —urgí—. Por favor, dime cuál es tu grupo sanguíneo.

—A positivo —respondió—. Pero no entiendo qué...

Dejé de escuchar.

Me tapé el rostro con las manos y estuve a punto de sollozar allí mismo de puro alivio. Por fin el aire llegaba a mis pulmones. *Por fin.*

Supuse que aquello no era más que una pizca de justicia divina teniendo en cuenta todo lo acaecido. Pasados unos segundos, conseguí serenarme lo suficiente como para volver a mirarlo a los ojos.

—Es imposible que seas mi padre, James —dije con voz suave.

—¿Qué? —Sacudió la cabeza—. Pero eso no es... —Dio un paso hacia

mí—. Las cuentas cuadraban. Cuando Oana se quedó embarazada, Edward estaba de viaje en...

—No puedes ser mi padre —repetí con más convicción—. Soy cero negativo, igual que *mi padre*. Mi madre pertenecía al grupo AB y, teniendo en cuenta el tuyo, es completamente imposible que lo seas.

«Lo siento», estuve a punto de decir.

Pero no. No lo sentía en absoluto. Daba igual cuánto quisiera a aquel hombre, era el responsable de la muerte de mi padre. E incluso si él hubiese llevado razón, Edward Miller siempre lo sería sin importar lo que cualquier informe pudiera dictaminar.

Tras el accidente que sufrimos mi madre y yo, y que le costó la vida, quedé muy malherida y una de las razones por las que conseguí vivir fue la transfusión de sangre que recibí de mi padre. Ambos compartíamos grupo: cero negativo. Somos donantes universales, sí, pero solo podemos recibir sangre de los de nuestro mismo grupo.

Después de aquello, no solo me interesé por saber más acerca del tema, sino que me convertí en donante con la esperanza de ayudar a salvar la vida de más personas, de que, gracias a un pequeño gesto mío, alguien más tuviera una oportunidad. Gracias a todo aquello, sabía que era imposible que de padres con grupos A y AB naciera un cero negativo ya que al menos uno de ellos debía ser del mismo grupo cero.

—No soy tu padre —murmuró en *shock*.

Era como si jamás hubiera contemplado aquella posibilidad.

—No, no lo eres —susurré.

Levantó la mirada hacia el techo y dejó salir un grito que me heló la sangre. De nuevo, quise llorar e incluso me compadecí de él porque en aquel gesto había tal mezcla de dolor, rabia y desesperación, que solo un corazón de piedra podría haberlo ignorado.

—¿Qué demonios me queda ahora? —inquirió fuera de sí—. ¿Qué he hecho, Charlie? —Vi cómo temblaba la mano en la que seguía sosteniendo la pistola—. Ella se fue. A él lo asesiné y tú... tú me odias, con razón. ¿¿Qué se supone que debo hacer?!

Jadeé y di un paso hacia James cuando puso el cañón de la pistola contra su sien.

«No, no, no...».

No.

—James, por favor...

—Lo siento en el alma, niña —dijo con los ojos anegados de lágrimas.

Por Dios, no.

—James, por favor —repetí.

Lo siguiente fue un borrón de movimiento que no vi venir.

Lance se lanzó hacia él aprovechando la distracción hasta que acabaron los dos en el suelo. Ni siquiera grité. No hice nada. Tan solo me quedé allí, viéndolos forcejear en el suelo y, cuando me quise dar cuenta, Lance le había arrebatado el arma y estaba sentado sobre su espalda, reteniéndolo.

—Se acabó el espectáculo, pedazo de mierda —escupió furioso y con la respiración acelerada. Entonces levantó el rostro y me miró—. Charlie, llama a la policía. —Pero yo tan solo podía mirarlo. Sin más—. Nena —imprimió más fuerza a su voz—. Coge mi teléfono y llama a la policía.

No dije ni una palabra. Asentí y fui hacia el dormitorio porque tenía razón, debíamos llamar a la policía.

Puede que tardase un minuto o puede que diez, no tengo ni idea. Me limité a dar aviso, ponerme unas zapatillas y unos *shorts*, meter lo básico en mi bolso y salir de aquel cuarto. Pasé junto a ellos, que aún permanecían en la misma posición, cuando la voz de Lance hizo que me detuviera justo antes de abrir la puerta del apartamento.

—Charlie, ¿se puede saber adónde demonios crees que vas?

Cerré los ojos y traté de respirar antes de encararlo. En otro momento habría resultado de lo más cómico verlo vistiendo el pantalón del traje con la camiseta de *Star Wars*, pero no aquella noche. De modo que me centré en sus ojos antes de decir:

—Me voy.

—Eso ya lo veo —replicó—. Lo que te estoy diciendo es que no es momento para esto. —Me repasó de arriba abajo—. Y, además, medio desnuda.

Hablaba con voz serena y calmada, supuse que creyendo que sabía cómo debía sentirme, pero no tenía ni idea.

Ni. Puta. Idea.

Sacudí la cabeza y sonreí con desgana antes de levantar la camisa lo suficiente como para que viese que no iba a salir desnuda a la calle. Después de todo, no era tan estúpida como él parecía pensar.

—Lo sabías —susurré. Abrió la boca y volvió a cerrarla—. Sabías que él era... —Tragué—. Que él pensaba que era mi padre y no me lo dijiste.

—Porque no creí que fuese el mejor momento para decírtelo.

Reí sin humor.

—¿Y cuándo lo es, Lance?

—No es tan sencillo.

Mierda, estaba a punto de romperme allí mismo.

—Sí, lo es —espeté y no me importó que viese el brillo en mis ojos.

—No todo es blanco o negro, Charlie. Mi trabajo...

Que lo jodieran, maldito fuera.

—No tengo nada, Lance —lo corté—. En unas pocas semanas he perdido a mi padre y también a un hombre al que quería muchísimo. —Las lágrimas comenzaron a caer y no me importó—. No solo eso, sino que ha sido el

responsable de su muerte, joder. Perdí mi pasado y mi presente. Al ocultarme lo que sabías, también he perdido al hombre al que amo y que veía como una parte de mi futuro. —Apenas podía hablar—. Me acabas de dejar sin nada, ¿no te das cuenta?

Él me miraba a los ojos fijamente y supe que entendía lo que quería decir.

—Lo siento —respondió.

Y lo creí. Supe que de verdad lo sentía.

—No es suficiente —repliqué con la voz rota—. La confianza es un camino de dos direcciones y tú no crees en mí lo suficiente como para contarme algo que puede poner mi mundo del revés. Y, si no crees en mí, tampoco crees en nosotros.

—Sabes que sí lo hago. Te lo he demostrado.

Continuaba con James aprisionado entre sus piernas. Lance de verdad parecía arrepentido, sin embargo...

—Deberías haberlo hablado conmigo —espeté entre lágrimas—. *Yo merecía saberlo, maldita sea.* —Sacudí la cabeza—. Soy yo. —Abrí los brazos antes de dejarlos caer a los costados—. Esto es lo que soy, Lance. Sin más. No te he mentado ni ocultado nada, pero parezco no ser suficiente para ti y no puedo seguir dándome por completo a alguien que siempre mantendrá bajo llave partes de él. —Sacudí la cabeza—. Quizás he sido demasiado ciega, pero ahora veo que estoy sola. El último hombre que me amó a pesar de todo está bajo tierra y, de momento, solo me tengo a mí misma.

—No es así —atajó—. Sabes que yo te amo...

—Sé lo que tus hechos dicen —interrumpí—. Eso es suficiente. Lo único que me queda es la pizca de orgullo que voy a utilizar para salir por esa puerta, así que te ruego que no me quites eso.

«Por favor», pensé.

Vi el músculo de su mandíbula palpar. Sentí sus ganas de rebatir mis

palabras casi como si fuesen un toque físico, palpándolas. Saboreándolas.

Pero se limitó a agachar la cabeza y apartar la mirada, de modo que solo veía su fuerte y apuesto perfil antes de que, en silencio, asintiera.

Aunque ya había derramado un buen número de lágrimas delante de él, no fue hasta que entré en el ascensor que permití que un desgarrador sollozo emergiera desde lo más profundo de mi ser. Sabía todo lo que tendría que enfrentar después: policía, declaraciones, preguntas.

Demasiado.

Sin embargo, solo podía centrarme en mi resquebrajado corazón y en la parte de él que me había dejado en aquel apartamento. Me repondría, lo tenía claro.

Enfrentaría lo que viniera, levantaría la cabeza y seguiría adelante.

Desharía nudos y me haría cargo de todo lo que había estado demorando durante demasiado tiempo. Pero aquella noche, solo necesitaba unos momentos para mí.

Para digerir que por fin la muerte de mi padre obtendría justicia.

Para aceptar que, a veces, para ganar también tienes que perder.

Para asimilar todo lo que yo había perdido.

O lo que jamás fue mío.

# UNA VISITA INESPERADA

*Lance, viernes 31 de mayo*

Llevaba toda la semana sin saber nada de Charlie. Desde que salió por aquella puerta, no había tenido ninguna noticia de ella. Tampoco había tenido el valor de llamarla a pesar de que había tenido su contacto seleccionado en el móvil docenas de veces. Tenía la sensación de que me había pedido espacio. O tiempo. O lo que fuera. Una parte de mi cerebro me decía que no, que lo que me había pedido era que la dejase en paz para siempre, pero intentaba ignorarla. No podía haberse acabado, joder. Algo que cuesta tanto conseguir no se puede escurrir entre las manos tan fácilmente.

Le había dado muchas vueltas a lo que debería haber dicho antes de que se fuese. Me limité a aceptar su adiós sin más. «Maldito gilipollas...». En aquel momento no supe encontrar una sola palabra que la retuviese a mi lado. Desde que aquella puerta se cerró, se me habían ocurrido suficientes como para llenar ocho putas enciclopedias. Siempre tarde. Marca de la casa.

Pasé la mayor parte de la semana atendiendo correos de Reed, White y el resto. Por lo visto, la información que había conseguido de Gibson era reveladora, pero no les valía ya que la había obtenido de forma ilegal colándome en su casa. Por suerte, con aquello sabían dónde buscar y encontrarlo «accidentalmente». Según Ethan, iban a poder empapelar a unos cuantos entre la detención del abogado y de Nitti. Genial. Estaba dando putos saltos de alegría.

También recordé a Jackson y cómo lo dejamos tirado en aquel almacén. Entre la persecución, la escenita con las esposas y demás, ninguno de los dos

nos acordamos de llamar a la policía para que fueran a buscar al pobre *maître*. Mi única salida larga de casa fue para ir a verle entrar en el restaurante con tiritas en la cara y caminar renqueante. Me habría apostado diez pavos a que no había denunciado. Al fin y al cabo, un trabajador de la mafia no denuncia a sus jefes. Tras comprobar que seguía con vida, volví a recluirme en casa.

Entonces llegó una carta de la empresa de Charlie y el corazón me dio un vuelco. Nadie manda una nota de amor con remite de una empresa, ¿verdad? Exacto. Aquella no fue la excepción. El sobre contenía una breve nota aclarando que me enviaban el cheque con los honorarios prometidos por Edward Miller. También estaba el cheque en cuestión. Cien mil pavos. Cien mil puñaladas en el pecho. Joder, Charlie... Lo único de ella que había en el sobre era la firma del talón. Pensé en romperlo, quemarlo, tirarlo a la basura... No encontré fuerzas para hacer nada de todo aquello. Lo dejé sobre la mesita que había frente al sofá para recordarme que debía hacer algo.

Ella ni siquiera había recogido sus cosas. El baño seguía teniendo botes con sus mierdas para el pelo, la piel o lo que cojones fuese. Seguía habiendo ropa suya perfectamente lavada y doblada por Pete, que había puesto encima de la maleta que continuaba en mi casa. El vestido que llevó aquel último día no lo había lavado. No tenía valor. También había recuperado el hábito de fumar después de tres años sin humo. Estaba con el quinto cigarrillo del día cuando sonó el timbre. Apagué el pitillo sintiéndome un adolescente cazado fumando en el baño y miré la pantalla que me mostraba quién estaba al otro lado de la puerta.

Jess.

Mi hermana.

¿Qué coño hacía allí? No venía sola. Aquellos dos monstruos preguntones que tenía por hijas la acompañaban. Pensé ignorarlas y fingir que no estaba en casa, pero si habían llegado hasta allí, era porque Pete les había dicho que no

había salido. Me armé de valor y abrí la puerta.

—¡Hola, Laney! —dijo Jess como si nos hubiésemos reencontrado después de quince años separados.

—Hola, Jess —contesté mientras mis dos sobrinas pasaban corriendo por mis costados para meterse en la casa—. Te preguntaría si quieres entrar, pero tus hijas ya han decidido por ti.

—¡Niñas! —gritó mi hermana con la misma voz que usaba décadas atrás conmigo—. ¿Dónde está vuestra educación?

Dijo aquello entrando en casa antes de plantarme un beso en la mejilla. No recordaba la última vez que lo había hecho. Las pequeñas se quedaron paralizadas en el acto, giraron hacia mí y vinieron muy despacio con cara de buenas. Me saludaron y me dieron un beso cada una. Muchos en poco tiempo. Lo cojonudo del caso es que me gustó. Invité a mi hermana a tomar algo, pero se negó. Nos sentamos en el sofá y una de las niñas, la de los ojos verdes, vino decidida hacia mí, se subió a mi muslo y recostó la cabeza en mi pecho.

—¿A qué debo el placer? —Hasta pocos días antes, mi hermana ni siquiera sabía dónde vivía. No entendía la visita.

—Las niñas se han empeñado en venir a ver a Charlie. —Jess se encogió de hombros con un gesto de cansancio en la cara—. Pueden ser muy insistentes y estábamos cerca. Se me acabaron las excusas y aquí estamos.

—¿Dónde está tía Charlie? —preguntó la niña que estaba pegada a mí.

Abrí la boca para responder, pero no se me ocurría cómo explicarle a una cría de siete años que, después de desvirgarme, me había dejado tirado para siempre.

—¿Está en el baño? —Se sumó su hermana mirando por todos los rincones de la casa.

—Tía Charlie y yo no vi... —Me callé de golpe—. Charlie y yo no vivimos juntos. De hecho, ya no estamos juntos en absoluto.

—Vaya, cuanto lo siento, Laney —dijo Jess posando su mano en mi rodilla libre.

—Deja de llamarme así, jo... —Recordé a tiempo que había dos niñas en casa—. Jolines. —Aquello les restó mucha autoridad a mis palabras—. No tengo diez años.

—¿Qué le has hecho? —preguntó la exploradora con los brazos en jarras. ¿Arizona? Sí. Aquella debía ser Arizona, pero me costaba distinguirlos.

—¡No he hecho nada! —me defendí—. A veces, los mayores discuten sin más.

—Vamos, tío Lance... —siguió la pequeña inquisidora acercándose a mí. Aquellas dos palabras juntas me calentaron el corazón—. *Siempre* es el chico el que hace algo. ¿Le has dado *organsos*? —Vi cómo Jess enrojecía de golpe y abría la boca para reprender a su hija. Muy lenta—. A las mujeres les gustan los *organsos*. La abuela dice que son como tesoros. A las chicas les gustan los tesoros. Tienes que buscarla y darle unos cuantos. Ya verás cómo te perdona.

Su hermana asentía muy seria en mi muslo. Sentir aquellos dos pares de ojos clavados en mí con tanta intensidad después de lo que acababa de oír era muy fuerte. Ver la cara de vergüenza de Jess intentando encontrar la manera de detener aquello fue demasiado. Rompí a reír como un demente. Toda la tensión acumulada durante la semana salió en forma de carcajada. Incluso sentí unos enormes lagrimones cayendo por mi cara antes de conseguir detenerme.

—Gracias, chicas —dije cuando pude hablar de nuevo. Aquel agradecimiento era por muchas cosas que no tenían nada que ver con el consejo: por llamarme tío Lance, por hacerme reír, por ver la vida de una manera tan sencilla... Planté un beso en la cabeza de Savannah—. Tal vez os haga caso si encuentro una tienda de *organsos* abierta.

—Deberías —sentenció Arizona reemprendiendo su búsqueda. No encontró a Charlie, pero sí una cazuela y un cucharón que usó para empezar

una nada prometedora carrera como baterista.

—En serio, Lance —retomó mi hermana. Había abandonado el diminutivo—. ¿Qué ha pasado?

Bufé volviendo al puto mundo de los adultos.

—Yo qué sé —contesté—. Iba de maravilla y, en un momento, todo se fue a la mierda.

Savannah me dio un golpe en el brazo al oír la última palabra. ¡Joder! No estaba acostumbrado a hablar delante de niños. Pedí perdón y aquello pareció ser suficiente.

—Seguro que lo sabes. —Jess no me creía. Era lista y me conocía bien. A pesar de los años sin tener casi contacto, nos habíamos criado juntos—. No me voy a meter en lo que haya pasado entre vosotros, pero sí que te voy a decir una cosa: esa chica te hace feliz. —Eché la cabeza atrás tomando aire para replicar, pero no me dio opción—. Ahora me vas a soltar un montón de mentiras que no te crees ni tú —continuó—, pero esa chica te hace feliz. Tan solo por estar en la misma habitación que ella, eres otro. No te había visto tan bien desde que eras niño. Sin gruñir, sin quejarte, sin parecer aburrido...

Dejó su explicación colgando como si me retase a rebatirla. No tenía sentido.

—Es cierto, Jess —concedí abatido—. El problema no es ese. El problema es que me *hacía* feliz. Ahora se ha acabado.

—Pídele perdón —dijo Savannah. Casi nos habíamos olvidado de ella a pesar de que le estaba acariciando el pelo distraídamente—. Tía Charlie es muy simpática. Seguro que te perdona.

—Pídele perdón, Lance —se unió mi hermana con una sonrisa triste en los labios—. Tal vez no te perdone, pero de lo que estoy segura es de que tú no te perdonarás a ti mismo no haberlo intentado.

—No creo que valga de nada —negué cada vez menos convencido—.

Además, ni siquiera sabes si soy yo el que la ha cag... Ha metido la pata.

—Da igual de quién sea la culpa. Lo único que está en tu mano es intentarlo. —Jess señaló hacia el techo—. Si te hace feliz, no puede ser tan malo.

En un primer momento no comprendí a qué se refería. Luego oí a Sheryl Crow cantando *If it makes you happy* por el hilo musical. Aquella mujer y Kid Rock me habían acompañado los últimos días. Lo sé. Me comportaba como un idiota enamorado. Llevar la contraria a tres mujeres en mi estado estaba más allá de mis posibilidades. Asentí.

—Lo intentaré —concedí con media sonrisa—. Pero si me rompe el corazón, vais a tener que aguantarme vosotras tres.

—Hecho —aceptó mi hermana levantándose a la vez que recogía su bolso—. Ya me contarás cómo os va. Arizona, deja eso. Tenemos que ir a buscar a tu hermano.

Savannah me dio un beso. Arizona dejó su improvisada batería y me dio un beso. Jess me dio un beso y me acarició la mejilla con dulzura mientras musitaba un «suerte». ¿Qué cojones me estaba pasando? Cuando salieron de casa, me apoyé contra la puerta para tomar aire, fuerzas o lo que fuese. Tenía que pedir perdón a Charlie. La había cagado, pero si aquello era definitivo, no sería porque yo no lo hubiese intentado. Vi el cheque en la mesita y un plan empezó a formarse en mi cerebro. Tal vez fuese por la sobredosis de besos, pero me sentía más que decidido.

—Muy bien, Charlie —dije a la habitación vacía—. Esta va a ser la disculpa más espectacular de la puta historia.

# LA DISCULPA MÁS ESPECTACULAR DE LA PUTA HISTORIA

*Charlie, sábado 1 de junio*

*El día siguiente...*

No pude dejar de fruncir el ceño durante todo el camino.

Willy, el sintecho del barrio, había estado de lo más extraño. Cierto es que siempre era muy agradecido con cada detalle, con cada bolsa de comida que le entregaba... Pero aquel día... aquel día no paraba de hablar. Incluso me pregunté si habría estado bebiendo a pesar de que nunca lo había visto ebrio ni con una botella de alcohol en la mano. Como él no dejaba de parlotear acerca del sentido de la vida y nuestro lugar en el mundo, llegó un momento en el que acabé sentada en la acera junto a él. Me sentí fatal porque no quería que pensara que no quería hablar con él.

Que, en realidad, no me apetecía.

Bueno, ni con él ni con nadie. A decir verdad, aquellos días no había estado muy comunicativa. Nos tomamos un refresco mientras dábamos cuenta de un par de *cupcakes*. Cuarenta y cinco minutos de charla dan para mucho. Aunque me sentía algo mejor, no dejaba de ser raro.

Y, al parecer, aquella iba a ser la línea general del día.

Giré la esquina y había dado un par de pasos cuando me di cuenta de que, a lo lejos, Max iba caminando calle abajo. Solo podía ver su espalda, pero ya

sabía que estaba enfadado. Era como si fuese pisoteando la acera, machacándola a falta de algo mejor que golpear.

Pero ¿qué demonios...?

—¡¡Max!! —Aceleré el paso. Nada. O no me oyó o prefirió ignorarme. Desde luego... Owen había intentado asesinarme, de acuerdo, pero al menos nunca se ausentaba de su puesto de trabajo solo porque sí—. ¡Max, espera! —volví a gritar y esta vez sí se detuvo.

Troté para llegar hasta él y, cuando se giró para encararme, vi que tenía las mejillas enrojecidas y la respiración acelerada.

Uh, parecía enfadado.

—Charlie...

—¿Qué ha pasado? —interrumpí con el ceño fruncido—. ¿Se puede saber adónde vas?

Cerró los ojos e inspiró hondo antes de mirarme y mascullar entre dientes:

—Escucha, eres una buena chica. Una buena jefa. —Aun mirándome, señaló con el dedo hacia el escaparate de la cafetería que había quedado unos metros a mi espalda—. Pero si lidiar con ese cretino es el precio a pagar por trabajar aquí... Lo siento, pero no hay dinero en el mundo que lo compense.

Tras soltar aquello, dio media vuelta y se fue. Yo solo podía observarlo en *shock* mientras se alejaba. De acuerdo que lo había dejado un rato solo, pero ¿qué demonios había ocurrido en una hora para tenerlo en aquel estado?

De repente, un recuerdo vino a mi mente: el día que hicimos las entrevistas para cubrir el puesto de cocinero. Max era un buen tipo, tranquilo y amable. Solo había conocido a una persona capaz de sacarlo de sus casillas de aquella manera.

—Lance —murmuré.

Mi corazón comenzó a bombear con fuerza y no se debía solo a la irritación, aunque también había un poco de aquello. Durante una semana no

había sabido nada de él. Nada. Y, de repente, reaparecía para volver a meterse en mis asuntos, como si la verdad absoluta descansara sobre la palma de su mano. Como si fuese el dueño y señor de todo cuanto lo rodeaba.

Sentía... era una mezcla de todo.

De aflicción, por lo mucho que lo había extrañado.

De amargura, por haberme sentido traicionada.

De nervios y excitación, porque lo había extrañado como una maldita loca.

De ilusión y amor, porque era él. Era Lance.

Cuando llegué a la puerta, ni siquiera quise mirar hacia dentro. Cerré los ojos e inspiré hondo antes de—con una combinación de molestia, expectación y miedo— abrir y entrar.

Me detuve en el umbral y jadeé al tiempo que me llevaba una mano al pecho y con la otra cubría mi boca.

«Cielo santo».

No solo el aroma me rodeó e impregnó cada parte de mí, sino también aquella preciosa explosión de color.

Gerberas.

La cafetería... *Mi cafetería* estaba repleta de ramos de gerberas. En las mesas, la rocola, sobre el expositor y la barra. Por todas partes. De todos los colores: rojas, blancas, amarillas, rosáceas, naranjas, azules... El color, el significado de las flores y lo que representaban para mí, fue como si me hubiesen golpeado con una maza cargada de paz, calidez, pasión, inocencia y sonrisas.

Fue todo.

Pero nada si lo comparábamos con la imagen de Lance acodado en la barra, tobillos cruzados y vistiendo *jeans*, Converse y una camiseta con la imagen de Iñigo Montoya y su famoso: «*Prepare to die*». Era tan... tan poco Lance y a la misma vez tan él, que me olvidé de respirar y solo pude centrarme

en aquella tímida sonrisa que lucía en su apuesto rostro. Cuando me di cuenta de que no había dejado de admirar sus labios durante varios segundos, parpadeé y me aclaré la garganta.

—¿Qué...? —Miré a mi alrededor—. ¿Qué significa esto?

—Bueno, creo que ya te he dado suficiente tiempo para que te enfríes. —Caminó hacia mí—. Y tenía la esperanza de que si un ramo de gerberas le funcionaba a tu padre, unos cuantos más lo hicieran con nosotros.

Se acordaba.

Él, que siempre me decía que no dejaba de parlotear sin descanso, me prestaba atención. Recordaba lo que le había contado acerca de mis padres. Era un punto a su favor, sí. Sin embargo...

—Lo nuestro no se soluciona montando una floristería en mi bar, Lance.

Me cogió de la mano y nos dirigió hacia la barra mientras, con un dedo en alto, decía socarrón:

—Ah, pero es que eso no es todo, pequeña Charlotte.

Fruncí el ceño cuando vi lo que había colocado allí.

—¿Cupcakes? —Asintió satisfecho y los observé con atención—. Esos no son de Max.

Bufó.

—Por supuesto que no. Estos los he hecho yo.

Apenas reprimí la sonrisa. Había tres de ellos en un plato que reconocí como parte de la vajilla de su apartamento, todos con cobertura de chocolate, aspecto delicioso y *todos* salpicados de M&M's.

—Eso es estupendo, Lance. Pero ¿por qué?

Sabía que parecía un poco estúpida —o mucho—, pero es que no le veía sentido.

Admiré su perfil mientras esbozaba una media sonrisa; aquella tan canalla y de sabelotodo que me sacaba de quicio y me volvía loca, todo a partes

iguales. Él parecía meditar sus siguientes palabras y yo tuve que morderme la lengua para no seguir preguntando y exigirle una respuesta al verlo quitar los M&M's de un *cupcake*. Cuando acabó, lo cogió y se giró para mirarme a los ojos.

—Necesitaba una disculpa que estuviese a la altura. —Sacudió la cabeza con suavidad—. No he dejado de darle vueltas como un puto loco. Lo siento. —Se acercó un poco más—. Lo siento por haberme comportado como un imbécil y por no haberte hablado sobre mis sospechas acerca de Gibson. Tenías todo el derecho a saberlo y también a enfadarte como lo hiciste.

Apreté los labios y solo fui capaz de asentir. Todo para no echarme a llorar como la boba enamorada que era. Y más, al darme cuenta de que de fondo sonaba *Picture* de Kid Rock y Sheryl Crow.

*I thought about you for a long time  
Can't seem to get you off my mind  
I can't understand why we're living life this way  
I found your picture today  
I swear I'll change my ways  
I just called to say I want you  
To come back home  
I found your picture today... [\[vii\]](#)*

Incluso en aquel detalle había caído. Él, que odiaba aquel tipo de música con cada fibra de su ser. Era lo más tierno, dulce y romántico que nadie había hech...

—También tengo que decirte que eres la mujer más irritante, tocona, curiosa y desobediente que he conocido en toda mi maldita vida.

Lo observé con los ojos abiertos de par en par cuando, tras soltarme

aquello, dio un bocado a aquel *cupcake* del demonio. No sé qué debió ver en mi expresión, pero lo que fuera lo hizo sonreír socarrón mientras masticaba con una desesperante lentitud.

Imbécil.

—¿Perdona? —Me puse de puntillas hasta que quedamos casi nariz con nariz—. ¿Qué clase de disculpa de mierda es esa? —chirrié molesta. No, molesta no. Estaba muy, muy cabreada. Al diablo—. Vienes a mi casa, la llenas de flores, traes dulces y allanas el camino para, ¿qué? —Comencé a pasear de ida y vuelta con tal de no golpearlo—. ¿Para insultarme? —Cuando lo miré, estuve a punto de saltarle a la yugular. Él seguía masticando con aquella estúpida sonrisa—. Lance, maldita sea, más te vale que tragues esa estúpida cosa de una vez y te expliques, porque esta es la peor disculpa de la historia de las disculpas.

Levantó un dedo pidiendo tiempo y poco después lo vi tragar.

Por fin.

Me detuve y crucé los brazos mientras golpeteaba con el pie en el suelo. En aquel momento ni siquiera me detuve a mirar su nuez de Adán y aquel *sexy* movimiento que tanto me encendía. No.

Se aclaró la garganta, me observó con la cabeza ladeada y frunció los labios justo antes de volver a hablar.

—También eres demasiado impulsiva. Y terca. —Dios, lo iba a golpear—. Y saltas a la menor ocasión sin pensar. —Bufó—. Ya no hablemos de tu pésimo gusto musical.

«Muy bien, se acabó».

Caminé hasta quedar cara a cara.

—Pero ¿se puede saber qu...?

Chistó con suavidad y puso un dedo en mis labios, acallándome.

—Igual debería haberte explicado que este *cupcake* representa todos tus

defectos y que, incluso siendo lo que son, saben jodidamente deliciosos.

Y así, dejándome muda por la impresión, volvió a morder aquel dulce de chocolate.

¿Qué dices ante semejante declaración?

Me quedé... ¡No lo sé! No tengo ni la menor idea. Porque ¿era dulce? Sí.

¿Tierno? También.

Era una declaración. Había hecho un esfuerzo, aquello estaba más que claro. Pero ¿había metido la pata? ¡Por supuesto que sí! Solo a Lance se le podía ocurrir lanzarme todos mis defectos a la cara justo después de pedirme perdón. O antes.

Un cojo emocional, eso es lo que era.

Muchas sensaciones se agitaban en mi interior. Porque estaba tan impresionada como conmovida. Emocionada por la brizna de esperanza que acababa de poner ante mis narices, pero también con ganas de devolverle la pelota.

Sin mediar palabra, lo besé con ternura en la mejilla demorándome más tiempo del necesario, deleitándome al sentir aquella piel que tanto había extrañado en contacto con mis labios. Después, caminé hacia la barra, hice a un lado la bandeja con los *cupcakes* y los M&M's y, de un salto, me encaramé a ella. Lance me observaba con las cejas enarcadas hasta que entreabrí las piernas y sonreí en una silenciosa y provocadora petición. Ni dos segundos después, él ya se había colocado entre ellas y acariciaba con sus grandes manos mis muslos desnudos. Pasé los dedos por su rasposo mentón, giró el rostro, sujetó mi muñeca y besó la palma de mi mano.

El pellizco en mi bajo vientre por tenerlo tan cerca pasó a ser algo mucho más cálido.

Sonreí con cariño y proseguí con mi caricia, ascendiendo hasta pasar los dedos por su corto cabello. Él cerró los ojos y suspiró con satisfacción cuando

empuñé su cabello con una pizca de fuerza. Y con la otra mano...

Le estampé uno de los *cupcakes* en la cara.

—Pero ¿qué cojones...?

—Y eso, querido Lance, es lo que hago *yo* con todos *tus* defectos —  
expliqué entre risas.

Él se había quedado petrificado. No sé qué esperaba, pero lo que sí me pilló por sorpresa fue la profunda, ronca y sincera carcajada que dejó salir. Incluso sus hombros se sacudían con fuerza a causa de la risa mientras se limpiaba los restos de dulce de la cara. Aunque seguía habiendo restos de chocolate por sus labios y mejillas, no le importó. Volvió a su posición anterior entre mis piernas con la sonrisa aún dibujada.

—Está claro que contigo es imposible estar preparado —murmuró.

Lamí la comisura de su boca llevándome restos de chocolate.

—Tus defectos también saben deliciosos, Lance.

Me aparté cuando intentó capturar mi boca en un beso.

Sonrió ladino.

Si antes me había sorprendido con... bueno, con todo, lo siguiente me dejó congelada por la impresión.

Cogió un M&M y lo puso en mi hombro desnudo justo antes de besar y lamer aquella porción de piel y comérselo.

—También eres fuerte y hermosa —dijo mirándome a los ojos. La calidez dio paso a un pequeño fuego. Masticaba despacio, sin prisas. Nada de aquella desquiciante forma suya de roer en otras ocasiones. Cogió otro, inclinó mi cabeza a un lado y lo colocó en el hueco de mi cuello. Repitió el proceso, aunque demorándose más e incluso mordisqueando mi piel—. Eres tenaz, inteligente y divertida.

Nada de fuego, aquello ya era una hoguera en toda regla y yo estaba ardiendo. Hizo lo mismo con el otro hombro y lado del cuello y yo... yo

necesitaba frotar mis muslos entre sí. Que él hiciera algo, lo que fuese, porque estaba a dos segundos de saltarle encima. Cuando me disponía a hablar, aspiré una brusca bocanada porque había colocado otra de aquellas malditas cositas en mi escote tras murmurar: «... y eres jodidamente *sexy*».

Así que allí estaba, dándose un banquete con mis pechos mientras yo no podía aguantarme pequeños quejidos desesperados.

A la porra.

Agarré su cabello y le levanté la cabeza hasta que nuestros ojos quedaron a la misma altura.

—Será mejor que tengas intención de acabar lo que has empezado, porque estoy a dos segundos de saltarte encima —amenacé con la respiración agitada.

Sujetó con ternura mi rostro entre sus manos y sonrió.

—Joder... te he echado de menos como un puto loco.

Después de aquello... el cielo.

Nos convertimos en un frenesí de manos, lenguas y dientes. Nos besábamos y tocábamos como dos desesperados, supongo que porque era exactamente así como nos sentíamos.

Hambrientos.

No sé si fueron segundos o tal vez minutos los que estuvimos en aquella postura.

Besando. Acariciando. Palpando.

De repente, echó las caderas hacia delante y frotó con su erección aquel punto... aquel punto mío que tan desesperado y necesitado de atención estaba.

Gemí y lo agarré del pelo para echarlo hacia atrás, pero se resistió. Reparé en dónde nos encontrábamos, en que estábamos a plena vista y al acceso de cualquiera. Así que, entre besos, conseguí jadear:

—Lance... puede entrar alguien... la puerta...

Entonces sí, echó la cabeza hacia atrás y me miró a los ojos.

—Que se joda la puerta —murmuró mordisqueando mi cuello—. Que nos pillen.

Aquellas palabras no habían calado aún en mi mente, cuando ya me besaba de nuevo.

Sin nada más que decir, me agarró por los muslos e izó en el aire. Como si funcionase en automático, envolví las piernas en torno a sus caderas y los brazos alrededor de su cuello.

Eché a andar y ni siquiera pregunté hacia dónde.

No me importaba en lo más mínimo.

Era él quien me llevaba.

Aquello era suficiente.

# MERMELADA DE ARÁNDANOS

*Lance, sábado 1 de junio*

*Un rato después...*

Llega un momento en el que sabes que tienes todo lo que deseas y lo único que te preocupa es mantenerlo el máximo tiempo posible. Tumbado sobre la mesada de acero inoxidable, con la cabeza de Charlie en mi hombro y su mano en mi pecho, no se me ocurría qué cojones pedirle al destino que no tuviera ya, tan solo quedarme de aquella manera para siempre. Empecé a dibujar espirales en el sirope que cubría su espalda. La mesa estaba sucia después de todo el día de trabajo y yo no había dejado que Max la limpiase antes de sacarlo de allí. Nuestros cuerpos estaban cubiertos de harina, caramelo y un buen montón de pétalos de gerbera. Sí. También había metido gerberas allí. Ya no quedaba sitio en el resto del bar.

—Si me tumbo aquí, si tan solo me quedo tumbado aquí —recité—, ¿te tumbarás conmigo y olvidaremos al resto del mundo?

Charlie se apoyó en un codo y puso la cabeza sobre su mano.

—¿Eso es una canción? —preguntó frunciendo las cejas.

—*Chasing cars*, sí —afirmé sonriendo—. De Snow Patrol. La historia de ese tema me recuerda mucho a mí mismo en este momento. —Charlie no dijo nada. Siguió mirándome, pensativa, esperando a que continuase—. El padre del letrista le decía que lo veía ir detrás de las chicas igual que un perro persigue un coche. Nunca lo atrapará y, si lo consigue, no sabrá qué hacer con él. Yo estoy igual, pero acabo de atrapar el coche.

—¿Me estás comparando con un coche? —preguntó Charlie indignada.

—El más bonito de los coches —solté a toda velocidad. Ella rio.

—¡Oh, Lance! Relájate —murmuró tras la carcajada. Le brillaban los ojos como pocas veces había visto—. No me enfado por todo. De verdad.

Decidí ignorar aquella vía de conversación.

—Me refiero a que toda mi vida he hecho las cosas por una buena razón —continué, disfrutando de cómo Charlie iba lamiendo restos de azúcar glas de mi pecho—. Alquilaba una oficina para ahorrar y comprar una buena, vivía en un piso cutre para ahorrar e irme a uno bueno, compraba un buen coche y buenos trajes para conseguir mejores clientes... Sin embargo, contigo no hay nada de eso. Tan solo te persigo ladrando y, ahora que has parado, no sé qué hacer.

—Te gusta tener la vida tan planificada que das miedo —apuntó ella tras apoyar la barbilla en mi esternón—. Tienes que aprender a dejarte llevar. Vive un poquito el momento.

—¿Sabes? Creo que tienes razón. —Charlie abrió la boca como si hubiera dicho algo imposible—. No quiero la vida que me había buscado. Quiero esta. Quiero vivir lo que tú me ofrezcas cada puto segundo.

Ella se tumbó sobre mí y empezó a besarme muy suavemente en los labios.

—Me gusta este Lance —susurró entre besos—. Me gusta que te dejes llevar. —Más besos—. Te he echado de menos como una loca. —Me besó la barbilla, las mejillas, la nariz...—. En solo un mes te has metido muy dentro de mí.

—Tres semanas —corregí como el idiota que era. Ella abrió mucho los ojos y se quedó muy quieta—. He traído tres *cupcakes*, uno por cada semana que hace que nos conocemos. Cada uno con ocho M&M's. Veinticuatro M&M's, uno por cada día que ha pasado desde que te vi en Graceland, en el entierro de tu padre.

Una enorme sonrisa fue ganando terreno en su cara antes de volver a

besarme. Puso una pierna a cada lado de mis caderas y comenzó a moverse muy despacio, apretándose contra mi erección. Porque sí, los besos me habían hecho volver a estar más que dispuesto.

—Eres tan dulce, Lance —susurró a mi oído antes de sentarse sobre mí para aumentar la presión sobre mi entrepierna—. De una manera extraña y espeluznante, pero lo eres.

Puse las manos en sus muslos y la observé en toda su belleza. Manchada, pero de cosas deliciosas. Desnuda, pero con pétalos adornando gran parte de su piel. Ella maniobró para que entrase en su cuerpo y los dos resollamos, quedándonos totalmente quietos. Mis manos hicieron un lento recorrido hasta llegar a sus nalgas. Con pequeños apretones, fui incitándola a moverse, muy despacio al principio, pero ganando intensidad poco a poco. Sus manos se apoyaron en mi pecho para poder aumentar la velocidad y el pelo cayó sobre su rostro. Un sonido se impuso a nuestros jadeos: la campanilla de la puerta de entrada. Nos quedamos petrificados mirándonos a los ojos.

—¡Está cerrado! —grité con todas mis fuerzas—. ¡Vuelva mañana!

—Pero la puerta... —dijo una voz femenina desde la distancia.

—¡FUERA! —bramó Charlie. En aquella ocasión, no me lo decía a mí.

Volvió a sonar la campanilla cuando aquel cliente abandonó el local y Charlie se me quedó mirando con el miedo tiñendo sus preciosos ojos marrones. Aquello hizo que me desinflara. Literalmente.

—Lance, no —gimió—. Estoy a punto. Céntrate.

Las pollas no obedecen órdenes, pero parece que las mujeres no son muy conscientes de ello. La mía estaba a punto de dejarme en evidencia y no había nada que yo pudiera hacer. Cuanto más intentaba concentrarme, peor. Charlie lo notó porque se quitó de encima de mí y empezó a buscar por la mesa. Cogió un bote de algo morado. ¿Mermelada de arándanos? Echó un buen chorro en su mano y comenzó a masturbarme con ella. El contacto frío me chocó en un

primer momento. La miré sin tenerlas todas conmigo.

—Charlie... —murmuré. Ella se llevó un dedo a los labios y sonrió.

Echó un nuevo chorro en su otra mano y la llevó entre sus muslos. Me miraba fijamente, sentada sobre sus talones, mientras nos masturbaba a los dos a la vez. ¿Es posible resistirse a algo así? Tal vez lo sea, pero no para mí. Sentí cómo recuperaba la erección entre sus dedos y ella sonrió. Creí que se volvería a poner encima, pero tenía otras ideas. Se inclinó para meterla en su boca e ir lamiendo la mermelada sin dejar de tocarse en ningún momento. Giré mi cuerpo para poder acercar mi mano y ayudarla. Introduje dos dedos en su interior mientras ella trazaba círculos cada vez más rápidos en su clítoris. Era increíble sentir sus gemidos ahogados por mi polla. El ritmo de sus dedos me hizo saber que estaba muy cerca, así que aceleré también el de los míos para acompañarlos y hacerlos entrar en ella tan rápida y profundamente como podía. Cuando el orgasmo llegó, levantó la cabeza y soltó un rugido.

Se quedó resollando unos segundos antes de lanzarse a limpiar todo rastro de mermelada de mí. Era como un animal tras el orgasmo y me devoraba con ansia, tanta, que temí que se hiciese daño, pero a ella no pareció importarle. Yo también me acercaba demasiado, joder.

—Charlie... En serio. No puedo más.

Sonrió y me montó haciendo que volviese a entrar en ella. Me incorporé y la obligué a pasar los pies detrás de mí hasta que quedé sentado. Necesitaba sentirla más cerca, si es que aquello era posible. Rodeó mi cuello con una mano y puso la otra detrás de su cuerpo. La mesada estaba muy resbaladiza, pero mi agarre en su culo era suficiente para poder levantarla y dejarla caer de nuevo. Cada vez más rápido. Más violento. Me iba a correr. Ella debió notarlo porque me abrazó con fuerza pegando su boca a mi oreja. Me susurraba que sí, que lo tuviese, mientras seguíamos apretándonos tanto como si quisiéramos fundirnos en un solo cuerpo. Cuando por fin llegué a aquel orgasmo que poco

antes había parecido imposible, me aferré a su cuerpo y eché la cabeza atrás con un rugido de placer y de triunfo. Grité tan alto como pude sin importarme quién pudiese oírme. Aquel era el premio que Charlie se había ganado: debía saber que yo era suyo, que estaba rendido ante ella. Después, me quedé apretándola entre mis brazos muy fuerte, incapaz de dejarla ir. Pasamos algo más de tres minutos abrazados, quietos, jadeantes. Ninguno de los dos quería romper aquel contacto tan profundo. Tan íntimo.

—Parece que este perro sabe lo que hacer con los coches —resolló al fin.

Rompimos a reír con ganas al mismo tiempo. Por una vez, era ella la que decía algo inadecuado.

Nos limpiamos lo mejor que pudimos haciendo bromas sobre la pobre mujer que había venido a por un *cupcake* y casi se lleva un espectáculo porno gratis. Por desgracia, el papel de cocina no es suficiente para quitarte todas las delicias que quedan en la mesada de una cafetería.

—Creo que vamos a necesitar una buena ducha, pequeña —dije mirando sus piernas pringosas.

—Me encanta cómo suena esa palabra en tus labios —contestó sonriendo como una colegiala. Al ver que no entendía lo que quería decir, siguió—. Me refiero a pequeña. Tampoco merece la pena ducharnos si tenemos que limpiar todo este desastre.

—Nada de limpiar —corregí—. Nos vamos a casa.

—Pero mañana hay que...

—He contratado un servicio de limpieza para que dejen la cafetería perfecta —expliqué—. Por dos mil pavos, tienen que dejarla mejor que el primer día.

—¿Te has gastado dos mil dólares para que limpien esto? —preguntó incrédula.

—Y quinientos para que el sintecho te entretuviese cuando le llevases la

comida. —Moví las cejas intentando imitar su gracioso baile—. Y dos mil para el albergue, por si la llevabas allí. También tenían que entretenerte. Después de haber gastado seis mil setecientos pavos en gerberas, no parecía gran cosa.

—¿Qué?! —Charlie parecía realmente apabullada.

—He puesto a mis chicos a buscar gerberas por todo Chicago —aclaré—. Eso no es barato, pero ha merecido la pena por ver tu cara cuando has entrado.

Envié un mensaje a Brenda, la encargada de la brigada de limpieza rápida que había contratado. Tardarían cinco minutos en llegar, ya que estaban esperando mi señal.

—Eso es un montón de dinero, Lance —reprendió Charlie. Se había puesto muy seria.

—Tenía un gigantesco cheque que no me apetecía una mierda cobrar — expliqué acariciando su mejilla. Le puse el pelo detrás de la oreja y aproveché para colocar una enorme gerbera naranja allí—. No se me ocurría una mejor manera de gastarlo.

—Me gusta mucho esta nueva faceta de ti —apuntó ella besando mi mano antes de que la retirase—. Creo que podría acostumbrarme. Por cierto, queda un *cupcake*.

Miré el plato que había llevado de casa y vi que tenía razón.

—Ese es nuestro orgullo. —Fue lo primero que se me ocurrió—. Nuestros miedos y la desconfianza. Tiene una pinta estupenda, la verdad.

Charlie cogió el dulce y lo partió por la mitad con la mano. Me ofreció una de las porciones.

—Si tú te tragas tu orgullo y tu miedo, creo que yo también podré —dijo sonriendo. Dio un bocado y puso de nuevo los ojos en blanco, como siempre que la comida le gustaba mucho.

Lo saboreamos sin dejar de mirarnos a los ojos, como si realmente

estuviéramos dando un paso. No uno adelante ni atrás, sino uno que nos acercaba. Uno que nos reunía. Por supuesto, la campanilla volvió a sonar cuando estábamos acabando. Era Brenda. Le pedí a Charlie que le diese la llave para que pudiese cerrar cuando acabase y nos marchamos a casa bajo la mirada suspicaz de aquella mujer. Debíamos ser una extraña pareja, con la ropa y la piel manchada de harina, azúcar, mermelada y sirope.

No sabría decir por qué, pero aquello me gustó. Pasear por mi ciudad de la mano de la mujer más increíble del planeta era todo lo que necesitaba. Todo lo que quería. Todo.

# EPÍLOGO

*Charlie, sábado 1 de junio*

*Minutos después*

Decir que Lance me estaba sorprendiendo aquel día sería el eufemismo del año.

Era él y, al mismo tiempo, parecía diferente.

Tranquilo. Relajado.

En paz.

Y no me refiero solo a la parte del sexo. Era más.

Como si hubiese llegado a un acuerdo consigo mismo. Claro que aquella paz se vio ligeramente perturbada en el momento en el que le pedí acercarnos hasta el Gallagher's Food Truck. Sabía que a él le encantaba cocinar y que, de hecho, prefería comer lo que hubiese preparado con sus propias manos. Pero estaba hambrienta, aquel camión de comida ambulante preparaba auténticas delicias y me moría por uno de sus *fish and chips*. Accedió refunfuñando, pero accedió.

De todas formas, ambos sabíamos que habría acabado yendo hacia allí.

Aproveché el camino para ponerlo al día de todo cuanto había hecho aquella semana en la que habíamos estado separados. La empresa de mi padre... Bueno, aquello era lo más complicado y algo que necesitaba resolver con urgencia porque, como bien dijo Lance días atrás, muchos puestos de trabajo dependían de mí. No quería dismantlarla porque mi padre había puesto en ella toda una vida de trabajo y esfuerzo; me habría sentido como si lo estuviese traicionando y no podía soportarlo. Solo necesitaba reenfoclarla,

supuse. Que continuase transformando los terrenos o edificios que adquiriría, sí, pero para destinarlos a algo diferente: a algo que beneficiase a la sociedad o a los sectores más desprotegidos de ella. Aún tenía que estudiarlo, buscar a alguien que me proporcionase un poco de guía en el asunto o que incluso me pusiera en contacto con alguien del ayuntamiento.

Lo siguiente fue Camila y su estancia en la casa de mi padre. Mi casa, de hecho.

Seguía sonándome raro.

—¿Cómo se lo ha tomado? —inquirió justo antes de probar la comida y fruncir el ceño. Pero lo hizo con placer, como si le hubiese sorprendido que aquello supiera tan absolutamente delicioso.

Nos habíamos sentado en un banco junto a un pequeño parque que había cerca de Charlie'sy teníamos su coche aparcado justo enfrente. Nada de alimentos grasientos en el interior de Duke, por supuesto. No quería provocarle a Lance un infarto.

Me encogí de hombros.

—Teniendo en cuenta que no he presentado cargos por conspiración e intento de asesinato, bien —expliqué.

Me ahorré contarle que, cuando fui a hablar con ella, me había lanzado un horrible jarrón a la cabeza. Por suerte, erró el tiro. Su vestido blanco supongo que acabó en la basura después de que le vaciase sobre el pelo la copa de vino tinto que en aquel momento degustaba la buena de mi madrastra.

Cualquiera pensaría que era una estúpida por no querer verla entre rejas sabiendo que había deseado mi muerte, pero me aferré a la realidad. La suya. Al hecho de que había perdido todo cuanto había esperado obtener tras la muerte de mi padre: posición social, riqueza, bienes... En definitiva: clase, algo que las personas como ella pensaban que se podía comprar con dinero. De la noche a la mañana, lo perdió todo y aquello para mí era más que

suficiente. Justicia divina, lo llamarían los más creyentes. Yo prefería imaginar a mi padre sonriéndome con aprobación.

Si Camila pensó que había salido mal parada, aquello no era nada comparado con lo que todavía tendrían que enfrentar. Andy y Owen. Ambos continuaban en prisión preventiva a la espera de juicio, pero, según mi abogado, podrían caerles un mínimo de diez años por conspiración e intento de asesinato. Y allí había llegado el primer golpe de aquella semana: ya ni siquiera contaba con James, así que tuve que buscarme otro abogado. Alguien que, ironías de la vida, él mismo me recomendó.

A diferencia de los otros dos, a él sí fui a visitarlo a la prisión del condado de Cook. Aquello me partió el alma en dos.

Por supuesto, Lance era incapaz de meterse en mis zapatos.

—Fue el responsable de la muerte de tu padre. Encargó su asesinato. —Sacudí la cabeza, disgustado—. No sientas ni un mínimo de compasión por él. No lo merece, incluso si lo hizo pensando que así te salvaba a ti.

Tragué con fuerza e inspiré hondo. Estaba sentada de lado para poder mirarlo y, con el brazo sobre el respaldo del banco, apoyé la mejilla en mi puño cerrado.

—Y lo odio por ello, créeme —susurré—. Pero eso no significa que pueda dejar de quererlo de la noche a la mañana ni borrar veintiséis años de recuerdos. —Lance me observó con intensidad—. El amor no es algo que se pueda desconectar con solo girar una llave. Sigue ahí por más que lo odies; es solo que acaba mezclándose con otros sentimientos hasta que llega un punto en el que no sabes cuál prevalece sobre los demás. —Sonreí con nostalgia—. Ni siquiera el tiempo es capaz de eliminarlo por completo, solo lo suaviza lo suficiente como para que dejes de pensar en ello.

Asintió y clavó la vista al frente evitando mis ojos.

—¿Eso fue lo que buscabas cuando te largaste?

Olvidarlo a él. Fue lo que no dijo pero sí escuché perfectamente en aquella pregunta.

—No lo sé. —Me encogí de hombros—. Solo quería que dejase de doler.

—¿Funcionó? —inquirió, entonces sí, con sus verdes ojos clavados en los míos.

Directo: aquel era Lance.

—Dejó de hacerlo cuando te vi en la cafetería esta misma tarde.

Puso su paquete de comida —ya vacío— entre nosotros, justo antes de sujetar mi rostro entre sus fuertes y grandes manos y besarme.

Comenzó como un toque tierno, uno que hablaba de cariño y comprensión. Un dulce roce de labios con el que le dices a la otra persona «estoy aquí». Pero pronto, no sé muy bien cómo, pasó a convertirse en algo más.

Mucho más. Hasta el punto de que solo quería encaramarme a su regazo y no moverme de allí hasta que ambos estuviésemos saciados. Nuestras aceleradas respiraciones se entremezclaban hasta que no sabías a quién pertenecía cada una de ellas. Ni cada jadeo. Los pequeños quejidos desesperados sí eran míos. Igual que un profundo gruñido que me erizó la piel era suyo.

—Joder —murmuró cuando nos separamos—. No sé si alguna vez tendré suficiente de ti.

Sonreí ladina.

—Por suerte para ti, soy una mujer entregada y muy dispuesta a ayudarte a compensar todos los años de sequía.

En un primer momento pensé que se enfadaría. Sin embargo, volvió a sorprenderme al dejar salir una fuerte carcajada justo antes de besarme con fuerza. Después, me cogió de la mano y nos levantamos. Daba unas zancadas tan grandes que me costaba seguirle el paso.

Bueno, parecía que alguien tenía ganas de otro asalto. Tampoco es que yo

tuviese intención de quejarme.

No sé por qué, pero, cuando estaba a punto de abrir mi puerta del coche, hubo algo que se me vino a la mente y, sin pensar siquiera, lo solté.

—Oye, Lance, y ahora, ¿qué?

Me dedicó aquella media sonrisa canalla tan suya.

—¿Quieres que te cuente todo lo que voy a hacerte antes de llegar a casa?

Reí.

—No, tonto. Me refiero a que cuál es nuestro siguiente caso.

Él, que ya estaba casi sentado en el coche, se congeló. Volvió a ponerse en pie y me miró con el ceño fruncido. Teníamos el techo como barrera entre nosotros y supongo que me vino bastante bien, porque su expresión en aquel momento oscilaba entre el cabreo y la incredulidad.

—¿*Nuestro* siguiente caso? —inquirió—. ¿De qué demonios estás hablando? Yo soy el detective. Tú... —me señaló con el dedo—tienes una cafetería que llevar.

Sonreí y me encendí como una bombilla.

—Oh, vamos... ¡Formamos un equipo magnífico! —Casi rebotaba sobre mis pies por la emoción—. Ya puedo ver el letrero en tu oficina: «Evergreen & Miller. Investigadores privados». ¿No suena bien?

—No —espetó.

—¡Pero en este caso mi cámara y yo hemos sido muy útiles! ¡Lo sabes!

¿Cómo es que no lo veía aquel terco hombre?

—He dicho que no.

El surco entre sus cejas creció incluso más —si es que aquello era posible—, pero yo no dejé que su aspereza apagase mi sonrisa.

—Muy bien, muy bien —cedí con las manos en alto—. Llévate tú los méritos. Puedo ser la socia en la sombra, no me importa.

—Charlie. —Se pellizcó el puente de la nariz—. Ni a la vista ni en la

sombra. De ninguna manera volverás a formar parte de otra investigación mientras yo respire. Es peligroso y no es para ti. Punto. —Me señaló con el dedo—. Esta es mi última palabra al respecto y no admito discusión.

Después de aquella especie de gruñido/mandato/advertencia, se metió en el coche. Así, sin más.

Como si su palabra fuese ley.

En un principio apreté los labios, molesta. Segundos después, mordí una sonrisa porque Lance ya debería saber a aquellas alturas que era horrible acatando órdenes. De hecho, fue uno de los defectos que se tragó al comer el *cupcake*.

Mis defectos eran deliciosos, según sus propias palabras.

Bueno, mi Cani y yo nos mantendríamos cerca y alerta.

Listas para la acción.

Solo por si acaso.

**FIN**

# AGRADECIMIENTOS DE SARA HALLEY

Quienes me conocen saben que me cuesta mucho resumir, pero intentaré ser breve.

Sois muchísimos los que nos habéis apoyado desde que dimos a conocer este proyecto y, de corazón, lo agradezco. De verdad que sí. No os hacéis una idea de lo importante que fue para nosotros recibir ese cariño, ese calor con el que nos arropásteis y nos hicisteis flotar.

Ahora, dicho esto, quiero empezar con cuatro mujeres.

Cuatro mujeres muy diferentes entre sí, pero que nos han aportado muchísimo. Cada una a su manera.

Nuestro *Alpha Team*: Anali Sangar y Gemma Herrero Virto.

Ellas solo recibían un pago diario en forma de chocolate y cerveza (virtual, por supuesto) a cambio de ayudarnos y ser nuestras lectoras cero. Gracias por tanto a cambio de tan poco. Gracias por las risas, la complicidad, los consejos y, en definitiva, por ayudarnos a ver todo lo que se nos escapaba. Igual con estas palabras no consigo expresarlo, pero no imagináis lo que ha significado para mí (para nosotros) que estuviérais al otro lado.

Marien Fernández Sabariego (mi criti) y Carol RZ (mi *sweetie*).

Sé que siempre os estoy dando las gracias, pero es que siempre estáis ahí. Sin fallar ni dudar un solo segundo. Gracias por obrar vuestra magia. Gracias por vuestra paciencia y creatividad; por conseguir que esta historia tenga una preciosa cara gracias a una portada que es una absoluta delicia y también un contenido limpio después de una minuciosa corrección. Todo entre risas,

mensajes, cariño e infinitas aclaraciones.

A vosotras cuatro: sois maravillosas de muchas y muy diferentes formas. Habéis sido una parte importante e indispensable en este proceso y estoy segura de que sin vosotras el resultado no habría sido el mismo. Gracias.

A ti, Martín. En menos de un año te has convertido en alguien muy importante, en un amigo con todo lo que esa palabra implica. Eso es muchísimo para mí, te lo aseguro. Gracias por ser un loco, porque no es que te dejases liar, es que te tiraste de cabeza a la piscina conmigo. Jamás me había dado tantísima pena poner la palabra «fin» a un proyecto y creo que, en gran parte, la culpa de que en este caso haya sido así la tienes tú (lee entre líneas, porque eso es un «gracias». Ya sabes). Seamos claros, la culpa es toda tuya. Lo voy a echar muchísimo de menos, esa es la verdad. Gracias por estos meses de risas, complicidad y conversaciones disparatadas. Por esas lluvias de ideas con las que la gente alucinaría. Por tu ingenio y por ese coco hiperactivo que tanto admiro. Por estar ahí en los buenos momentos y en los no tan buenos. No imagino un mejor compañero para este viaje y ten claro que no elegiría a otro. No sé cómo poner en palabras todo lo que esto ha supuesto para mí, pero creo que me entiendes.

Y a ti que has llegado hasta aquí... A ti, mi querido lector: gracias. Sin ti, sin tu apoyo y calor, nada de esto tendría sentido. Solo espero que hayas disfrutado del viaje. Que Lance y Charlie hayan estado a la altura de las expectativas. Espero que te hayan hecho soñar, reír, emocionarte... todo. Porque, al final, eso es lo que queríamos. Eso fue lo que nosotros hicimos mientras creábamos y dábamos forma a esta historia. Solo queríamos que os hicieran sentir. Espero que los queráis y que nuestros chicos se hayan ganado un cachito de vuestro corazón.

Sea como fuere, estás aquí. Nos has dado la oportunidad, así que, gracias.

Uhm... al principio dije que intentaría ser breve.

Oye, no sé si lo he conseguido, pero al menos lo he intentado. Supongo que eso cuenta, ¿no?

Y la próxima vez que me leas decir que trataré de ser breve... Bueno, lo seré, pero a mi manera. Como siempre.

# AGRADECIMIENTOS DE MARTIN MCCOY

En mis libros, los agradecimientos los reservo única y exclusivamente para el lector, pero este no es un libro más. No es un libro normal. Es un libro que, para mí, encierra muchas primeras veces y merece darle las gracias a un buen montón de gente.

En primer lugar, debo agradecerle a mi compi, mi socia Sara Halley, que me trajese hasta este punto, hasta este momento en que hemos acabado el libro. Diría aquello de que ha sido un camino largo y duro, pero estaría mintiendo como un cabrón. Ha sido una auténtica maravilla ir descubriendo la novela que íbamos a escribir, conociendo más detalles de los personajes, las calles por las que se mueven... Todas esas horas de Messenger son, con mucha diferencia, lo mejor de esta experiencia que se me ha hecho tan corta. Gracias por haber tenido la idea, por haberme dado ese empujoncito que parece que siempre me hace falta, por tantísimas horas de risas, por tanta comprensión en los momentos menos buenos y, en definitiva, por seguir soñando hasta que nuestros sueños se han hecho realidad.

Gracias también a Gemma Herrero Virto y Analí Sangar, nuestras chicas del Alpha Team. Gracias por aceptar ser lectoras cero de un proyecto tan extraño y loco. Gracias por vuestro entusiasmo, vuestros ánimos y vuestra deliciosa manera de hacernos ver los puntos en los que nos equivocábamos. Vuestras palabras y vuestro cariño han sido la gasolina que ha mantenido Double Trouble avanzando. Eso junto al chocolate y la cerveza, por supuesto. Os voy a llevar en el corazón para siempre.

Mil millones de gracias a Marien Fernandez Sabariego, la cuquiportadista que ha plasmado en una sola imagen la esencia de todo este montón de páginas. Tienes magia en la cabeza y en las manos, niña. Adoro todo tus trabajos, pero esta portada se lleva la palma. Si te digo que me voy a hacer un poster con ella, seguro que entiendes cuánto me gusta.

Un agradecimiento muy especial a Carol, nuestra revisora, correctora, apoyo y amiga. No nos conocíamos mucho hasta ahora, pero te has metido muy dentro de mí. No solo eres una profesional como la copa de un pino, sino que también eres una de las mejores personas que me he cruzado en este mundillo.

Este ha sido un proyecto lleno de mujeres. Cinco para ser exactos. Aun así, en ningún momento me he sentido apartado o fuera de lugar por el simple hecho de ser un hombre. Es un orgullo compartir este camino con todas vosotras.

Para el final, lo más importante. Gracias a ti por haber pasado este rato con nosotros. Te juro que estoy aterrado con lo que te pueda haber parecido el libro. Es mi primera vez en la romántica y temo no estar a la altura. No a la mía ni a la de los críticos, sino a la tuya. Deseo de todo corazón haberte entretenido, haberte hecho sonreír en ocasiones, pasar nervios en otras y, en definitiva, haberte hecho sentir con mis palabras. De eso va la literatura. Si tú no sientes nada leyéndome, es que la he cagado. Tanto si te gusta como si no, espero que me lo hagas saber. No podemos mejorar si no nos decís con total sinceridad lo que os parece nuestro trabajo. Ojalá que te decidas y me mandes un correo a [martinmccoy1810@gmail.com](mailto:martinmccoy1810@gmail.com) o te pongas en contacto conmigo en Facebook en <https://www.facebook.com/martin.mccoy.3323> para charlar un rato, contar unos chistes o lo que cuadre.

De nuevo gracias por la oportunidad. No es fácil atreverse a leer un libro que, *a priori*, suena tan extraño. Seguro que, a pesar de los inmejorables consejos de mis compañeras, la he cagado en mil cosas. Prometo intentar

mejorar si es que hay una segunda vez. La habrá, ¿verdad? O no. Yo qué sé. Lo único que tengo claro es que me lo he pasado como un enano escribiendo Double Trouble. Si tú has disfrutado al menos la mitad, prueba superada.

Un abrazo enorme y gracias por leer autores independientes. Nos vemos en las páginas de algún otro libro.

# SOBRE SARA HALLEY

Nacida en Jaén en 1983, la música, la literatura y su amor por los animales han sido siempre unas constantes en su vida.

Su primera publicación fue el relato finalista “Mi Luz” en la Antología Solidaria, «Roja, Paraíso Literario» (2017). Después siguió con la primera entrega de la Serie Chicago Cops, Reed. Rendición (Abril 2018). Recientemente cuenta con un relato de Género Z en la Antología Benéfica «Fuera de Tiesto» (Diciembre 2018), en la que ha participado junto a otros 47 autores de distintas nacionalidades en un proyecto de lo más loco. Lo siguiente fue la segunda entrega de Chicago Cops, Luke. Liberación (Enero 2019). Double Trouble es uno de sus proyectos más especiales (y también diferente); algo que tanto ella como Martin McCoy estuvieron trabajando y madurando durante meses y que por fin ve la luz para participar en el Premio Literario Amazon (Julio 2019)



¿Quieres contactar con ella?

Facebook: Sara Halley

Instagram: @sarahalley83

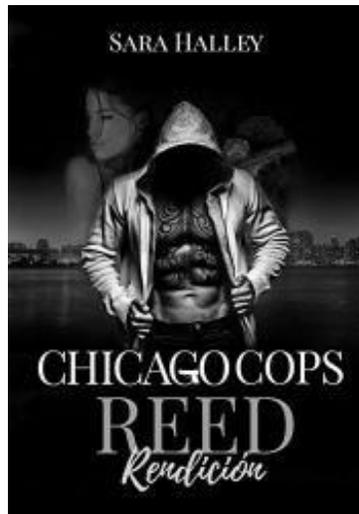
E-mail: [sara83146@gmail.com](mailto:sara83146@gmail.com)

También puedes encontrar tu versión virtual de Mick's en "Café con Sara Halley en Mick's".

¡¡Nos leemos!!

# OTRAS OBRAS DE SARA HALLEY

## Reed. Rendición (Chicago Cops nº 1)



[relinks.me/B07CQ2GJSD](https://relinks.me/B07CQ2GJSD)

¿Pueden los caminos de dos polos opuestos acabar convergiendo hasta ser uno solo?

Tras crecer en una familia de policías, rodeada de amor y protección, Mia Sullivan sabe lo que quiere en su vida y también lo que no quiere. Mientras lucha por conseguir un futuro mejor para sus chicos, anhela encontrar ese amor épico del que en raras ocasiones ha sido testigo. Un amor que, sin importar los años transcurridos, siga haciendo que su corazón lata con fuerza.

Ethan Reed experimentó desde muy joven la cara más despiadada de una sociedad en la que para sobrevivir tuvo que hacerse a sí mismo. Este fuerte y terco policía ni quiere ni necesita las complicaciones que supondrían una relación sentimental.

Un encuentro fortuito será solo la primera de muchas coincidencias que

enlazarán de forma irremediable las vidas de estas dos personas. Ethan ve en ella una mujer atractiva, desinteresada, dulce y tenaz que le atrae como la luz a la polilla. Pero sabe que no es para él y tendrá que pelear contra algo que jamás quiso sentir. Mia no puede evitar que se le acelere el pulso cada vez que piensa en ese hombre hermético, protector y tremendamente sexy, pero sabe que solamente pueden ser amigos.

Ambos luchan por un mismo objetivo, aunque de formas muy diferentes. Y mientras tratan de salvar a otros, también deberán pelear contra sus creencias, sus ideales y sus sentimientos.

Una historia de atracción y pasión.

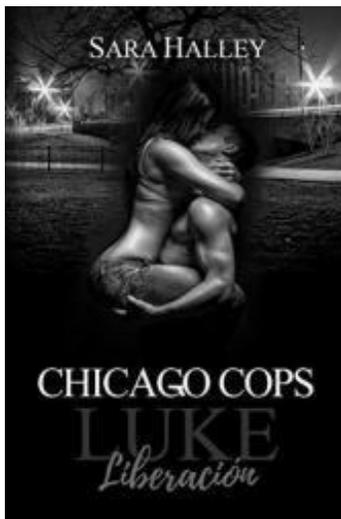
Una historia en la que las segundas oportunidades no son el final, sino el principio de todo lo demás.

Una historia en la que el amor, la lealtad y la familia están por encima de todo.

Una historia en la que rendirse puede significar ganarlo todo.

Y tú, ¿por qué lucharías?

## Luke. Liberación (Chicago Cops nº 2)



[relinks.me/B07MDTWK2Q](https://relinks.me/B07MDTWK2Q)

«Algunas de las batallas más importantes de nuestra vida comienzan con el miedo tomando el control».

Demasiado joven, Jenna Gray conoce lo que es el miedo y entiende que los lazos de sangre no implican amor. Pero también descubre que hay personas capaces de ofrecer todo sin pedir nada a cambio. Se ha convertido en una mujer fuerte que jamás duda en luchar por aquello en lo que cree, que siempre defiende la justicia, incluso si sus métodos no parecen ser los más adecuados. Una mujer que valora su libertad por encima de todas las cosas y que, desde niña, anhela que el hombre al que ama «la vea».

Luke Sullivan es un hombre de férreos principios cuyo principal objetivo es hacer lo correcto y cuidar de los suyos. Siempre se atiene a las normas, aunque ello suponga ir en contra de aquello que quiere y desea. Desde joven amará y alejará a la mujer que lo vuelve loco y sin la que no puede vivir. Porque es lo que debe hacer.

Un amor que se forja a fuego lento. Que nace cuando ni siquiera eres consciente de lo que significa estar enamorado. Unos sentimientos que

consumen y alimentan a partes iguales. Lazos que unen, pero que no ahogan.

Una historia en la que el amor, la familia y la lealtad están por encima de todo.

Una historia dura, real. De desengaños, mentiras y traiciones.

Una historia en la que hacer lo que está bien no siempre es fácil.

Una historia en la que no quiero que mires, sino que los veas.

Que respires.

Que saborees la libertad.

# SOBRE MARTIN MCCOY

Martin McCoy es un autor muy celoso de su vida personal, por lo cual esta biografía va a quedar muy sosa y un tanto estúpida. La cosa es que hay que poner algo para rellenar.

Su carrera literaria comenzó en julio de 2018. Presentó su primera obra, Seb Damon 3 14, al Premio Literario Amazon con más pena que gloria. Básicamente, solo pena. Sin embargo, el libro fue ganando popularidad con el paso de los meses hasta convertirse en uno de los mejor valorados por los lectores de ese Premio.

Gracias al empuje de los lectores y su inconsciencia, se lanzó a escribir una segunda entrega de Seb Damon llamada Libertad virtual que vio la luz en abril de 2019 con lo que su dilatada y gloriosa carrera incluye dos novelas sin contar con la que tienes entre las manos. ¡Toma ya!

Actualmente sigue escondido bajo su capucha trabajando en la tercera entrega de Seb Damon y en un precioso proyecto solidario llamado Fuera de tiestillo.



Facebook: <https://www.facebook.com/martin.mccoy.3323>

E-mail: [martinmccoy1810@gmail.com](mailto:martinmccoy1810@gmail.com)

# OTRAS OBRAS DE MARTIN MCCOY

## Seb Damon 3 14



[relinks.me/B07F6S7ZTV](https://relinks.me/B07F6S7ZTV)

¿Imaginas vivir una historia digna del cine negro en una ciudad de la Luna? Tal vez te cueste imaginarlo, pero puedes leerlo.

Cuando a un policía le echan del cuerpo, su primera opción es hacerse detective privado. Siempre ha sido así y, en el año 2048, sigue siéndolo. Da igual que vivas en una ciudad subterránea en la Luna con más de cien mil almas. Un brutal asesinato ha quedado sin resolver y la familia de la víctima quiere encontrar al culpable. Para ello contratan a Seb Damon, un detective privado novato que acaba de salir de la cárcel tras ser expulsado de la policía.

Una historia a medio camino entre la novela negra y la ciencia ficción. Un

viaje por lo peor del ser humano en la piel de un detective diferente. Una investigación trepidante en un mundo que no existe. Todavía.

## Seb Damon. Libertad virtual



[relinks.me/B07QKQ66L2](https://relinks.me/B07QKQ66L2)

Uno de los terroristas más peligrosos de la Tierra ha llegado a la ciudad lunar de Ilarki con el propósito de destruirla. Por suerte, ha sido encerrado en prisión, donde sigue pagando su deuda con la sociedad. Su cuerpo, al menos, está en la cárcel, aunque su mente ha conseguido huir. No necesita más para cumplir sus planes.

Seb Damon, tras salir airoso de su primer caso, deberá enfrentarse a esta extraña caza del hombre. Para ello, contará con la ayuda de Kurt y Bianca, pero también de su nuevo ayudante y un policía enviado desde la Tierra para atrapar a Jäger.

Un nuevo caso de Seb Damon en el que la aventura se mezcla con la novela negra y la ciencia ficción. Un nuevo desafío para el detective más peculiar de la Luna.

---

[i] Glencoe es un barrio de Chicago en el que vive la gente más adinerada. Es donde vivía Edward Miller.

[ii] Wringleyville es un popular barrio de Chicago lleno de pequeños comercios.

[iii] The Loop es un barrio de Chicago en el que se desarrolla gran parte de la actividad económica de la ciudad.

[iv] «Querría hablar con el encargado, por favor», en italiano.

[v] «¿Cómo puedo ayudarlo?», en italiano.

[vi] Letra de la canción *I just want to make love to you* de Etta James. Lo que dice Lance se traduciría como: «Todo lo que quiero hacer es cocinar tu pan / tan solo para asegurarme de que estás bien alimentada. / No te quiero / triste y deprimida. / Y lo único que quiero es / hacerte el amor».

[vii] Letra de la canción *Picture* de Kid Rock y Sheryl Crow. Lo que se reproduce significa: “Pensé en ti por mucho tiempo / Parece que no puedo sacarte de mi mente / No entiendo por qué estamos viviendo la vida de esta manera. / Hoy encontré una foto tuya / Prometo que voy a cambiar / Acabo de llamar para decirte que te quiero / Para volver a casa / Hoy encontré una foto tuya ...”